Sección: Humanidades

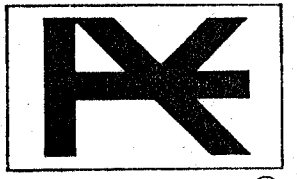
A. S. Diamond:
Historia y orígenes del lenguaje

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid

Sección: Humanidades

A. S. Diamond:
Historia y orígenes del lenguaje

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



Título original: *The History and Origin of Language*
Esta obra ha sido publicada en inglés por Mathuen & Co. Ltd., Londres
Traductor: Francisco Romero

© A. S. Diamond, 1959
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1974
Calle Milán, 38; ☎ 200 0045
ISBN 84-206-1508-0
Depósito legal: M 21817-1974
Papel fabricado por Torras Hostench, S. A.
Impreso en Breogán, I. G., S. A. - Torrejón de Ardoz (Madrid)
Printed in Spain



*Capítulo 1.* Introducción.

*Capítulo 2.* En el lenguaje la comunicación completa es la oración; y hay tres tipos de oración:

1. La exigencia de acción (o mandato), p. ej., '¡Mira!'.
2. La afirmación, p. ej., 'Jorge corre'.
3. La afirmación descripción, p. ej., 'Jorge es rápido'.

El primero es el más simple y primitivo, el tercero el más complejo y avanzado, desde todos los puntos de vista, incluyendo el de desarrollo mental; y en lo que al lenguaje se refiere, comparando el primero con el segundo y el segundo con el tercero, vemos un proceso de disminución en la proporción de verbos, y, en primer lugar, un aumento en la proporción de los nombres, y luego un aumento en la proporción de adjetivos. Además, a medida que la frase se desarrolla para hacerse más precisa, ello ocurre por la adición de nombres y adjetivos.

*Capítulo 3.* Si observamos el vocabulario de un inglés (por ejemplo, Shakespeare) vemos fenómenos que reflejan la misma situación: entre las palabras más comunes y familiares la proporción de verbos es mayor, entre las menos comunes hay un aumento en la proporción de nombres, y entre las menos usadas de todas se da un aumento en la proporción de adjetivos. Y si examinamos la lengua inglesa desde el período anglosajón hasta nuestros días, vemos el mismo desarrollo a lo largo del tiempo: a saber, mientras aumenta el vocabulario, hay un aumento lento en la proporción de nombres, y un aumento posterior más rápido en la propor-

ción de adjetivos, así como una disminución en la proporción de verbos. Los adverbios son menos importantes, y las demás partes de la oración incluyen pocas palabras. Por consiguiente, el aumento del vocabulario, en general, sucede por adición de nombres y sus correspondientes adjetivos. Y si examinamos los vocabularios de determinados escritores a lo largo de siglos de la historia de la literatura inglesa, descubrimos también un aumento en el total del vocabulario de cada uno, representado por la adición de nombres y aún más de adjetivos, y una disminución paralela en la proporción de verbos.

*Capítulo 4.* Si volvemos la mirada a las demás lenguas del mundo, en el pasado y actualmente, vemos el mismo fenómeno: desde las lenguas de los pueblos más atrasados y primitivos conocidos hasta las lenguas europeas actuales, existe el mismo proceso de cambio —de modo que si en los pueblos de fines del Período Paleolítico los verbos constituyen aproximadamente el 50 por 100 del inventario léxico, en inglés moderno representan menos del 10 por 100.

*Capítulo 5.* Este proceso puede observarse, y se corrobora su existencia, al examinar los nombres, adjetivos y adverbios en diversas lenguas para ver cuál es su origen. En inglés, por ejemplo, los nombres se forman generalmente a partir de verbos, la inmensa mayoría de adjetivos a partir de los nombres, y los adverbios casi siempre a partir de los adjetivos.

*Capítulos 6 y 7.* Lo mismo puede decirse de las lenguas clásicas indo-europeas y semíticas y de las lenguas de los pueblos primitivos. Las «raíces» son verbos. Llama también la atención que las raíces tienen en casi todas partes la misma forma, a saber CVC o CVCV y a veces CV, (C indica consonante y V vocal, regularmente breve, y predominantemente A). Por consiguiente, las raíces, hasta donde podemos seguir su rastro, no solamente tienen la misma función (es decir, son verbos), sino que también tienen en general la misma forma. Retrocediendo a lo largo de sus muchos milenios de existencia, vemos que las lenguas van teniendo un vocabulario cada vez más reducido, hasta llegar a un punto en que las palabras que encontramos, que son las primeras del lenguaje, son unos pocos verbos, todos de la forma CVC(V).

*Capítulos 8 y 9.* La gramática presenta una variedad tan ilimitada entre unas lenguas y otras que parece inútil buscar en ella rasgos comunes o universales del lenguaje —y, sin embargo, hay un rasgo común y universal: la forma del verbo que significa mandato o exigencia de acción carece por completo de todo aparato gramatical. Prácticamente en todas partes la raíz pura del verbo tiene el sentido de una exigencia de acción dirigida a una persona (masculina).

*Capítulo 10.* Sólo un poco menos extendido está el fenómeno de que la raíz pura del verbo coincida con el infinitivo (o nombre del verbo) y también

*Capítulo 11.* con la tercera persona del singular (masculino) del aoristo de indicativo del verbo.



Resumiendo lo que hasta aquí hemos dicho, vemos que la frase más primitiva (la exigencia de acción que consiste en una sola palabra, p. ej., '¡Mira!') es también el origen del vocabulario y el origen del lenguaje. A medida que añadimos nombres y sus correspondientes adjetivos para formar las oraciones del Tipo 2 y Tipo 3, y las formas más complejas de los tres tipos, presenciamos el fluir de la historia del lenguaje, a lo largo de la cual la proporción de verbos disminuye continuamente y mediante el desarrollo de los nombres del verbo a partir de mandatos, y de aoristos de tercera persona del singular a partir de los nombres verbales, la proporción de nombres y adjetivos aumenta continuamente.

*Capítulo 12.* Todo esto indica que el lenguaje surgió de las peticiones de ayuda dirigidas por una persona (masculina) a otra en esos pequeños grupos locales seminómadas de los cuales parece haber surgido la sociedad humana. Si esto es así, podemos preguntarnos ¿cuáles fueron los primeros significados de estas peticiones? Suponemos que eran peticiones de ayuda para hacer lo que un hombre no podía hacer por sí solo —exigencias de actos que requerían el máximo esfuerzo corporal— actos como el de romper, cortar, machacar, matar, destruir. Si observamos ahora el lenguaje desde un punto aún más alejado, y estudiamos el comportamiento animal, pre-humano, en desarrollo, veremos la extraordinaria importancia que el movimiento tiene para la mente: cómo el movimiento atrae la atención. Esta es una base psicológica que apoya nuestra teoría de que el lenguaje tiene su origen en los verbos. Y los movimientos y sonidos más importantes para un animal son los movimientos y sonidos de sus congéneres. Observamos también entre los monos peticiones de ayuda; así como una propensión a machacar, y destrozar. Y en tanto que su actividad consiste en hacer *(fabricar)* es un hacer rompiendo; p. ej., hacen herramientas rompiendo o cortando materiales que la naturaleza pone a su alcance.

*Capítulos 13 y 14.* Otra manera de seguir el rastro de los significados originales del lenguaje es mediante la historia semántica —la historia de los cambios de significado de las palabras—. Vemos que los principales procesos de cambio de significado nos llevan al mismo origen, es decir, a significados más vagos pero más emotivos, a palabras que expresan el máximo esfuerzo humano.

*Capítulo 15.* La solución del problema de cuál era la forma de las primeras palabras, se hace más fácil mediante el estudio fisiológico de los sonidos del lenguaje. Varios experimentos parecen indicar que los primeros y más fáciles sonidos eran sílabas que consistían en una consonante seguida de la vocal A, y que esa consonante era generalmente o una oclusiva o una nasal (p. ej., ba, da, ma, etc.).

*Capítulo 16.* Las primeras palabras de los niños siguen teniendo la misma forma —consonantes oclusivas o nasales no agrupadas, generalmente seguidas de la vocal A, a menudo reduplicadas formando dada, mama, papa, etc. Estos hechos corroboran la opinión de que para el hombre primitivo estos eran los sonidos lingüísticos

más fáciles de pronunciar, y por esa misma razón fueron probablemente los primeros. Los registros que se han hecho de los sonidos orales de los chimpancés apoyan en general estas conclusiones.

*Capítulo 17.* Hay otro aspecto del estudio de la fisiología del lenguaje, a saber, el estudio de la laringe y su historia, y la relación fisiológica que existe entre el uso de la laringe y el uso enérgico de los brazos. Un esfuerzo enérgico de los brazos va acompañado de un cierre de la glotis y en consecuencia de una detención momentánea del sonido de la vibración de las cuerdas vocales, y cuando éstas tensas, se relajan súbitamente, es audible la expulsión del aliento antes reprimido (como un jadeo). Esto parece indicar que, en un principio, el sonido lingüístico consistía en un jadeo producido por el escape de aire contenido en los pulmones que acompañaba el uso enérgico de los brazos, o en otras palabras, que el jadeo producido por el escape de aire implicaba un uso enérgico de los brazos. Esto corrobora la opinión de que en el estudio más primitivo del lenguaje las sílabas ba, da, ma, pa, etc., emitidas con fuerza coincidían con un máximo esfuerzo humano.

*Capítulos 18 y 19.* Nos queda por considerar si conocemos lenguas que todavía retengan rastros que prueben que su origen son verbos de forma CVCV, donde la vocal sea A y las consonantes oclusivas o nasales, con el sentido de *romper, cortar* y otros parecidos. Se podría pensar que es imposible encontrarlas. Si existe un grupo de lenguas que ofrece más probabilidades de mostrarnos su origen que cualquier otro, ese grupo es el semítico; porque, al menos en tiempos históricos —es decir, durante los cuatro milenios últimos— las diversas lenguas semíticas han sufrido muchos menos cambios que ninguna otra. Y, en efecto, las lenguas semíticas contienen rastros inequívocos de este mismo origen. Parece que también las lenguas bantúes muestran los citados rastros.

*Capítulo 20.* Terminamos pasando revista a las teorías más conocidas sobre el origen del lenguaje. Si la teoría presentada en este libro es correcta, la mayoría de ellas la corroboran parcialmente.



El lenguaje es un don del hombre. Ningún animal lo posee y no tenemos conocimiento en el pasado o en la actualidad de sociedades humanas tan simples o primitivas que no hayan desarrollado un lenguaje elaborado y complejo. El lenguaje es la comunicación entre individuos por medio de sonidos producidos por la vibración de una columna de aire que pasa por la laringe, boca y nariz y entra en contacto con las zonas contiguas de la garganta, paladar, lengua, mejillas, dientes y labios. La capacidad del hombre para producir tales sonidos, y para reconocerlos e imitarlos cuando otros los producen es la materia prima de la que se fabrica el lenguaje. La práctica o hábito que hace el hombre de este medio de comunicación se suele llamar 'habla' [inglés *speech,* francés *parole*] en oposición a 'lengua' [inglés *language,* francés *langue*] que es la suma de los sonidos del lenguaje empleados en una comunidad junto con los significados que se les atribuye en esa comunidad. A una comunidad que usa un lenguaje común se la conoce como 'comunidad lingüística', y una lengua es ininteligible para los miembros de otra comu-

nidad lingüística distinta (ésta es la diferencia entre lengua y dialecto). La suma de todas las lenguas es el 'lenguaje' en sentido abstracto [inglés *language,* francés *langage*].

El significado de un grupo de sonidos es lo que se comunica a la mente del oyente primero, por medio de las vibraciones acústicas así producidas y oídas, y segundo, del contexto en que esos sonidos han sido emitidos por los miembros de esa comunidad en pasadas ocasiones y los emite el hablante en una ocasión determinada. Según esto, aunque el hablante pueda elegir esos sonidos con la intención de producir un significado determinado, el significado efectivo de esos sonidos está en la mente del oyente más que en la del hablante.

La unidad mínima independiente con significado del lenguaje se llama 'palabra'. Es posible que esta conste de un sólo sonido, pero en general está formada por un grupo de sonidos. La comunicación completa mínima es una 'frase'. Por ejemplo, los tres sonidos que juntos constituyen el grupo de sonidos *man* ['hombre'] tienen significados en la lengua de la comunidad lingüística inglesa, y por lo tanto constituyen una palabra inglesa; aunque esa palabra por sí misma lleva a cabo una comunicación incompleta. Pero el grupo de palabras *Every man deceiveth* ['Todo hombre engaña'] establece, una comunicación completa, sea verdadera o falsa, y es una oración. Todas las lenguas constan de palabras y frases.

Las lenguas están divididas generalmente en dialectos, hablados cada uno por un sector de la comunidad lingüística que ocupa una parte de su territorio, de manera que en un dialecto todo el conjunto de sonidos de la lengua, y especialmente las vocales, pueden diferir ligeramente del de otro, o se pueden emplear formas gramaticales distintas o distintas palabras, o las mismas palabras pueden tener sentidos distintos. Pero hay muchas otras divisiones de una comunidad lingüística aparte de las originadas por los hablantes de sus dialectos. Por ejemplo, un grupo social que tenga un interés común determinado, de profesión o actividad, puede que use palabras no usadas



por los otros hablantes de la misma lengua, como pueden ser los nombres de herramientas, procesos y conceptos especializados, o puede que use y entienda las mismas palabras con un significado especial; y hay palabras que sólo utilizan los hombres o las mujeres exclusivamente. Esto ocurre en cierto grado en las naciones civilizadas y en mayor grado entre pueblos más primitivos. A esta y otras divisiones semejantes los autores franceses las han llamado «langues particulières». Luego está la «lengua oficial (o común)», que a veces se origina en torno a la sede del gobierno, a la que poco a poco recurre una parte creciente de la población, que espera conseguir favores al hablar el dialecto de los poderosos. Esta puede convertirse en la lengua aceptada de una clase social cada vez más numerosa, como el «Standard English» del sudeste de Inglaterra, que se expande a costa de los dialectos locales. Pero hay grandes diferencias en el vocabulario (o inventario de palabras) y en la pronunciación, no sólo entre los diferentes distritos, profesiones, clases sociales y sexos, sino también entre las generaciones; y no sólo los vulgarismos («slang») sino las anomalías de gramática y pronunciación del habla de los niños pueden perpetuarse al alcanzar esta generación la madurez. Desde luego, no hay dos personas que usen exactamente las mismas palabras o que tengan la misma pronunciación.

La aparición de la literatura —lengua escrita— ha creado o acentuado algunos rasgos del lenguaje. Al principio, la escritura registraba, en la mayoría de los casos, lo que ya se hablaba. Consistía principalmente en leyes y otros documentos públicos en la lengua de su tiempo. Así, los documentos escritos empiezan, en la Inglaterra anglosajona, con las Leyes de Etelberto, rey de Kent, escritas en el lenguaje de la época. Pero la poesía (es decir, la canción) también se registraba mediante la escritura, y hacía ya tiempo que existía un lenguaje oral para la canción. Un lenguaje oral para la canción se encuentra, desde luego, en algunos de los pueblos más primitivos de la humanidad: incluso algunas tribus aborígenes de Australia tienen nombres y adjetivos que sólo usan en las canciones [1]. El lenguaje se convierte pronto en un arte y

también en un medio de actividad social, y no descubrimos nada nuevo al decir que el espíritu artístico del hombre encuentra belleza en las palabras tanto como en la música y la danza, y al hablante le gusta mostrar en el manejo de las palabras la habilidad que otros muestran en la fabricación de armas y en la caza. Así, cuando la gran tradición de la poesía inglesa escrita comienza con el *Beowulfo,* y la poesía de los antiguos griegos con Homero, se ve que la lengua de ambos es una lengua poética desarrollada desde hace ya mucho tiempo, que contiene gran cantidad de nombres y adjetivos tradicionales y otras formas literarias que nunca han formado parte del habla cotidiana. A medida que el uso de la escritura se extiende y desarrolla, registra tanto en prosa como en verso un lenguaje que nunca es completamente el lenguaje de todos los días. En un caso extremo puede suceder que una lengua hablada no se registre nunca en literatura, como ocurría, por ejemplo, con la lengua finlandesa, que la literatura hasta el pasado siglo parecía despreciar. Y viceversa, una lengua literaria puede dejar de hablarse, y en la Grecia moderna y en el sur de la India la tradición conservadora de la literatura puede mantener separadas la lengua escrita y la hablada. La religión es la más importante de las fuerzas conservadoras, y es capaz de retener durante mucho tiempo formas lingüísticas cuyo significado se ha perdido [2]. En la Abisinia cristiana el sacerdote sabe leer ge'ez, lengua semítica clásica, hoy muerta, de la liturgia y sagradas escrituras, pero no puede entenderla; y en China el sacerdote budista no comprende el pali de los cánones budistas. Un gran número de católicos y judíos no comprende el latín y hebreo de sus oraciones.

Pero éstos son casos extremos de las diferencias que puede haber entre lengua hablada y escrita. Es más importante señalar las diferencias comunes. La lengua escrita es más artística y más precisa; excluye las frases fragmentadas, las jergas, las palabras, formas gramaticales, sintaxis y sentidos todavía no aceptados hoy que pueden llegar a ser la lengua aceptada del mañana. Es muy importante tener en cuenta las diferencias entre la lengua hablada y la literatura, ya que a partir de esta última tenemos que



entender las lenguas del pasado. Incluso las lenguas de los pueblos más atrasados que nos rodean, tenemos que aprenderlas la mayoría de nosotros, a base de diccionarios, gramáticas y textos que otros nos han legado. E incluso la lengua hablada de nuestro país y tiempo se aprende mejor en los abundantes y reconocidos textos de literatura contemporánea, una vez que nos hemos percatado bien de las relaciones entre la lengua hablada y la escrita.

Pero la gran masa de la población del mundo era, por lo menos hasta el comienzo de este siglo, en todas partes y todo tiempo, completamente analfabeta, y nosotros buscamos la naturaleza y el origen del lenguaje en los días antes de que el hombre hubiese producido un testimonio escrito. Por lo tanto, es necesario señalar que las ideas corrientes sobre la naturaleza del lenguaje se derivan de la literatura y no de la lengua hablada. La mayor parte de los tipos de literatura ya avanzada —sobre todo la didáctica— consiste en un discurso unilateral: una persona, el escritor, es siempre el que habla, y otra, el lector, es siempre el oyente. De esta situación se derivan las conocidas definiciones de lenguaje como «el medio de expresión del pensamiento humano» [3]; «la expresión del pensamiento por medio de sonidos» [4]; «manifestaciones externas de procesos internos de la mente» [5]; «sonido significativo, encarnación exterior y expresión, aunque imperfecta, del pensamiento» [6].

Estas frases no consiguen expresar las principales facetas y funciones del lenguaje. El lenguaje es un hábito del cuerpo. Según las palabras de Platón en el *Cratilo,* «el lenguaje es una acción, ¿no? Un tipo de acción que atañe a las cosas». No es un proceso unilateral, sino un juego entre dos personas, ora visto desde una, ora visto desde la otra. El significado, como hemos dicho, está más en la mente del oyente que en la del hablante. El significado de la palabra hablada tiene que derivarse en parte del contexto físico en que ésta se pronuncia en una determinada ocasión. El lenguaje no es tanto el instrumento mediante el cual se manifiestan las actividades internas de la mente sino más bien «el instrumento mediante el cual se inicia y refuerza el comportamiento humano en socie-

dad» [7]: es «el medio necesario de comunión; el único instrumento indispensable para crear los vínculos del momento sin los cuales la acción social unificada es imposible» [8]. El hombre habla para marcar su impronta en el prójimo, y el lenguaje es el medio por el que él consigue la ayuda de éste con el fin de dominar su entorno.

Claro que la definición de lenguaje como «el medio de expresión del pensamiento humano» no es más que un pálido reflejo incluso de la función del lenguaje con respecto a las actividades de la mente. Muchos han puesto en duda que el pensamiento sea posible sin el lenguaje, y han postulado que pensar no es más que hablar en silencio. Por lo menos está claro que una idea o concepto nuevos, aunque en alguna medida puedan alcanzarse antes de que se expresen mediante el lenguaje, nunca podrían conservarse, y mucho menos transmitirse a otros o desarrollarse si no fuera por medio de éste. El lenguaje, por tanto, debe ser, en cierto sentido, la encarnación de todos, el progreso mental de todos nuestros antepasados: un diario de sus pensamientos cotidianos.

Pero, a fin de acercarnos al objeto de esta investigación, hay tres aspectos del lenguaje que quizá sea necesario tener más en cuenta que otros. El primero es que el lenguaje no es una entidad física con una existencia independiente, suya propia, sino que consiste simplemente en tipos de sonidos, pronunciados y oídos por hombres, que adquieren su significado a partir de circunstancias ajenas al mismo. El segundo es que el lenguaje está siempre cambiando. El tercero es su carácter de órgano de una comunidad.

Aunque los dos primeros aspectos son obvios, son los que menos tenemos en cuenta. En todas partes, en todas las lenguas, encontramos cambio. La gramática cambia la forma de la palabra y el significado cambian: en último término todo cambia. Y, sin embargo, tenemos conciencia de las más pequeñas minucias del lenguaje común de nuestros días. El lenguaje es la realización social más importante y el mayor caudal que todo hombre posee. Hablamos principalmente para impresionar y conseguir la ayuda de los demás. Sabemos lo importante y necesario



que es usar la palabra adecuada a cada propósito y momento. El matiz de diferencia de sentido entre una palabra o frase y otra es muchas veces tan delicado que apenas puede expresarse con palabras, y solamente puede percibirlo un miembro nativo de la misma comunidad lingüística de nivel cultural semejante. La palabra adecuada es la llave de todas las puertas: una palabra inadecuada puede marcar al que la usa como ignorante o impostor, o (uno) que «no es de los nuestros». Con razón achacamos al uso de palabras inadecuadas nuestro fracaso en tal o cual ocasión. No puede sorprendernos que en tiempos de la magia, el éxito o fracaso de cualquier acto en que el éxito era una cuestión de casualidad, se atribuyese a que la palabra usada fuese adecuada o no, y las frases ceremoniales han ido pasando de generación en generación. No puede sorprendernos que en los primeros días de la religión el devoto rece «Enséñame las palabras que debo usar para alcanzar tu perdón», y piense que conocer el nombre de un dios, le salva la vida, o que por otro lado le cause la muerte el pronunciarlo; o que el lenguaje del rito religioso permanezca mucho tiempo después que se haya perdido su sentido. No debe sorprendernos que en los primeros días de la filosofía haya confusión entre lo que distingue el lenguaje y lo que distingue a las cosas que él representa, de manera que en Platón e incluso en Aristóteles e incluso actualmente, las nociones sobre la naturaleza de los objetos del mundo físico están muchas veces configuradas por las nociones sobre la naturaleza de las palabras usadas para expresarlos. Pero estas consideraciones sobre el lenguaje, necesarias en la práctica, están lejos de su verdadera naturaleza. Sólo le atañen dos entidades físicas: el hombre y su entorno.

Si esto es así, y si todo es cambio, ¿para qué buscar los orígenes del lenguaje? Nuestra mayor esperanza está puesta en el tercer aspecto del lenguaje: que es un órgano de la comunidad humana. Para poder entender lo que esto significa, usamos la analogía del derecho. La ley es, ante todo, un órgano de la comunidad. Es, en su esfera, el instrumento mediante el cual una comunidad entera se organiza y funciona; es también la expresión del funciona-

miento de esa organización. El derecho y sus normas para ser acatados deben acomodarse a las necesidades de la comunidad y contar con la aprobación de ésta y todos los aspectos de la vida de la comunidad determina esa aprobación y configura esa ley. Lo mismo ocurre con el lenguaje: el lenguaje, en su esfera, es el instrumento mediante el cual una comunidad entera se organiza y funciona, y es también la expresión del funcionamiento de esa organización. Podemos hablar del derecho de Inglaterra, y de la lengua inglesa, en un sentido en que, por ejemplo, no podemos hablar de la música o la pintura inglesas o la religión de Inglaterra. Cada uno de nosotros, si quiere que le entiendan, debe hablar la lengua de su comunidad lingüística. Quizá nos atrevemos, de vez en cuando, a usar una palabra o una frase que nos parece nueva y atractiva, pero debe estar, por así decirlo, dentro del campo del lenguaje, si queremos que la entiendan. Debemos usar palabras familiares con sus significados familiares, o palabras de forma aceptada y familiar y que estén aprobadas, que suenen bien al oído de la comunidad, y que se parezcan lo suficientemente a otras palabras como para sugerir sin dificultad el significado que pretendemos darles. Pero la aprobación de una comunidad no se obtiene casualmente: está determinada por innumerables circunstancias comunes a ese grupo social: no sólo los sonidos de su lengua, sino también las circunstancias físicas comunes del medio ambiente que proporcionan el contexto, y las circunstancias comunes del pasado. Y porque conocemos, a lo largo de los siglos, los grandes períodos de cambio en el entorno del hombre y en la economía de la sociedad y las necesidades del hombre, y porque el hombre habla para ganarse el apoyo del prójimo, es posible que creamos que los cambios lingüísticos, como los cambios de la ley, puedan estar relacionados con estos cambios conocidos de la sociedad y del ambiente. De ahí que, mientras el lenguaje cambia continuamente, nos permitamos suponer que cambia según leyes susceptibles de formulación. Y si realmente sucede así, ¡qué recompensa al final de la búsqueda! No encontraremos la historia de la sucesión de los sonidos



y significados si al mismo tiempo no encontramos la historia de la sucesión de las ideas que representan. No podemos rastrear el progreso del lenguaje humano sin observar al mismo tiempo los avances sucesivos de la mente humana.

Uno de los principales rasgos del lenguaje sólo se nos muestra claramente cuando comparamos éste con los gritos animales. Igual que los seres humanos, muchos animales de especies superiores emiten sonidos audibles mediante los cuales son capaces de comunicarse con los de su especie, y esto lo hacen, en cierta medida, intencionadamente. Pero los gritos animales, en tanto que los conocemos, expresan siempre una llamada o algún otro sentimiento. Este es también uno de los usos del lenguaje, pero el lenguaje se usa también para comunicar datos y lo hace mediante el uso de unidades fonéticas, cada una de las cuales es índice de un elemento puramente intelectual. Meillet expresa este fenómeno así:

«Muchos animales emiten sonidos variados para fines variados. Los gatos maúllan de manera muy diferente según pidan algo o se quejen, muestren irritación o deseo... Pero estos distintos maullidos, por precisos y variados que sean, nunca expresan nada más que deseo o llamada. Parece que nunca sirven para comunicar un dato. El lenguaje humano, que utiliza una serie de sonidos claramente diferenciados unos de otros, y en mayor grado que cualquier otro 'lenguaje animal', se distingue de este último por una característica esencial: los grupos fonéticos que emplea no sirven directamente para transmitir un estado afectivo o una llamada. Cuando indirectamente sirven para esto —cosa que ocurre a menudo— lo hacen mediante el uso de *palabras*. A cada noción va vinculada una unidad de sonidos, llamada palabra, que representa a esta noción en la mente del hablante y despierta la misma noción en la mente de su interlocutor. Por importante que sea el papel que desempeñan los elementos *afectivos* o *activos*[1] en el lenguaje humano, el elemento esencial suyo es el intelectual, y mediante elementos intelectuales se expresan los sentimientos, ruegos y mandatos.»[2]





De la misma manera, aunque Darwin estaba en lo cierto al reconocer la continuidad psicológica subyacente en el uso de gritos animales y algunos usos del lenguaje, se equivocaba al ver una continuidad entre los sonidos animales y los elementos fonéticos del lenguaje. El hombre usa un instrumento distinto derivado de un uso distinto. Difiere en la forma, ya que sólo el lenguaje tiene consonantes; difiere también en el tipo de significado, que se deriva de su uso para una finalidad diferente. Deberíamos añadir, para completar el contraste, que el hombre, y especialmente el niño, tienen también sus gritos inarticulados que se distinguen claramente de su lenguaje, y que en su forma y uso se parecen a los gritos animales.

Hay otra característica que el lenguaje comparte con los gritos animales. Como el significado está en la mente del oyente, que puede oír al mismo tiempo otros sonidos aparte del grito o la palabra, y ver otras cosas además de la de su interlocutor, el significado se deriva en parte del grito o la palabra y en parte del contexto físico. Se facilita, por tanto, la tarea del que utiliza el lenguaje: puede, en parte, basarse en el contexto para expresar el sentido que quiere comunicar. Así *Fire!* ['¡Fuego!'], según el contexto, puede significar «la casa está ardiendo», o «Cuidado con el fuego; se va a apagar», o «Dispara a los tres hombres que pasan por la puerta». Y, sin embargo, palabras sueltas como ésta son, en la mente del oyente, una comunicación completa: es decir, una oración que es capaz de expresar, si es necesario, con la forma de una de las frases recién mencionadas. Quizá —ya lo veremos— esto es así porque su mente se ha formado median-

te el lenguaje, que consiste en comunicaciones: es decir, oraciones.

Examinando estas frases, observamos una característica importante: siempre incluyen un verbo. Esta característica es universal, afecta a todas las frases; es la primera característica fundamental que nos encontramos en el lenguaje.

Las palabras que componen la frase se dividen en general en un número de «partes de la oración» según las funciones que desempeñan en ella. En todas las lenguas la función de una palabra se reconoce en parte por el sentido; en algunas (como en inglés) también por la posición y forma de la palabra; en otras (como en latín) por la forma más que por la posición. Construyamos para nuestro uso una frase inglesa a manera de ilustración.

Empecemos con la palabra *struck* [pret. y p. p., de *to strike,* 'golpear', 'herir', 'chocar', 'dar' (la hora), 'levantar' (el campamento), 'declararse en huelga', etc.]: un «verbo» porque significa acción o movimiento. El tipo de acción o movimiento es muy vago: puede ser un choque, o levantar un campamento, o el dar la hora, o simplemente un paro de trabajo. El tiempo, modo y lugar de la acción son desconocidos, aunque a partir de la vocal (presente *strike,* pasado *struck)* podemos pensar que sucedió en el pasado. Si ahora añadimos un «nombre» [3] o un «pronombre» y decimos *George struck* ['Jorge golpeó, chocó', etc.], o *he struck* ['él golpeó, chocó', etc.], el significado es menos vago. Hemos hecho que el verbo sea más preciso: la acción de golpear tenía lugar sin discursión en el pasado, y era Jorge (o cualquier otro hombre) el que golpeaba, y no él golpeado, como nos indica el orden de las palabras y también la forma del pronombre. También la acción de golpear sería diferente si fuera Georgina, o *she* ['ella'] quien golpeaba. Si ampliamos la frase para añadir otro nombre y un «artículo definido» y decimos *George struck the iron* ['Jorge golpeó el hierro'] la acción de golpear se define más todavía: *iron* ['hierro'] es el objeto de *struck* ['golpear'], como vemos por el lugar que ocupa en la frase, y está claro que aquí *strike* ['golpear'] no tiene el sentido de *striking camp* ['levantar el campamento'] o *striking work* ['declararse en huelga']. Si ampliamos todavía más la frase añadiendo un «adverbio», y decimos *George struck the iron hard* ['Jorge golpeó fuerte el hierro'] —y podemos decir que es un adverbio, y no un adjetivo, por su posición— la acción de golpear es más precisa, y es aún más precisa si añadimos una «preposición», un artículo indefinido y un nombre, y decimos *George struck the iron hard with a hammer* ['Jorge golpeó fuerte el hierro con un martillo']. Sería una acción completamente distinta si golpeara con un diapasón; y si añadimos un «adjetivo» a *hammer* ['martillo'] y decimos *George struck the iron hard with a heavy hammer* ['Jorge golpeó fuerte el hierro con un martillo grande'], una vez más la acción de golpear es más precisa. La acción sería distinta si golpeara con un martillo pequeño. Por lo tanto, aunque el adjetivo *heavy* ['grande']* indica con mayor precisión qué tipo de martillo se ha usado, define, como todas las demás palabras de la frase, la manera de golpear a que nos referimos.



Conforme se alarga la frase y la proporción de verbos disminuye progresivamente con respecto a las otras partes del lenguaje, el significado de la oración y del verbo se hace progresivamente más preciso.

Pero puede decirse que el análisis que hemos hecho arriba de la frase es el resultado de mantener la mirada fija continuamente sobre el verbo, y que de la misma manera podríamos haber considerado la frase, como hacen otros gramáticos, desde el punto de vista del sujeto «George»; y de haberlo hecho así, habríamos visto un predicado, o mensaje, relacionado con él, que si no gana en precisión, sí gana en cantidad de información. Pero esto no es así, y semejante análisis es imposible. Hay un tipo importante de frase, la más simple de todas, que no tiene sujeto.

Hay en el lenguaje tres tipos de frases que reducidos a su forma más sencilla pueden ejemplificarse en inglés de la siguiente manera:

* Traduzco «heavy» por «grande». *(N. del T.)*

1. *Look!* ['¡Mira!']
2. *George runs* ['Jorge corre'].
3. *George is fast* ['Jorge es rápido'].

El primer tipo de frase, en su forma más simple, consta de una palabra, un verbo solo, en lo que se llama segunda persona singular del modo imperativo. Pero la palabra «imperativo» no es adecuada: indica un mandato, y la frase puede ser un mandato, un ruego o algo intermedio. El mandato es un uso poco frecuente del «imperativo». Cuando Marco Antonio dice

*Friends, Romans, countrymen, lend me your ears*
['Amigos, romanos, compatriotas, prestadme atención']

¿está expresando un mandato o un ruego o una cosa intermedia entre estas dos? No es, desde luego, un mandato, más bien un ruego, pero no podemos estar seguros. Cuando una persona dice *Love me, love my dog* ['literalmente: quiéreme, quiere a mi perro'] *, el elemento imperativo o afectivo es tan escaso que no podemos decir que se trate de un mandato o una súplica: tiene casi la calidad incolora de un infinitivo. Nos basta con describir este primer tipo de oración, en los términos más generales y menos comprometedores que podamos encontrar, como una «sugerencia (o petición) de que se haga algo». Ahora bien, es importante observar que una sugerencia de acción, lo mismo que una aseveración, se dirige a un oyente, pero mientras que en la primera se pretende que el oyente haga algo, la aseveración es una afirmación referida a una tercera persona (ya que toda persona o cosa que exista en el mundo es, en este caso, una tercera persona, con la sola excepción del hablante y el oyente). Según esto, el primer tipo de frase es más sencillo que el segundo: lo mínimo que expresa el primer tipo es una mera sugerencia de acción; lo mínimo que expresa el segundo

* Una traducción más exacta sería «Quien me quiere a mí debe querer a mi perro». *(N. del T.)*



tipo es una acción más el nombre de una tercera persona o cosa que actúa. Por tanto, la forma más sencilla del primer tipo contiene solamente una palabra: acción (un verbo); la forma más sencilla de la afirmación contiene dos elementos: acción (un verbo) más un nombre sujeto (o pronombre). Esto sucede así en todas las lenguas. El tercer tipo de frase es la afirmación-descripción. La forma mínima de este tipo es todavía más compleja. Contiene tres palabras, un nombre y un verbo, como antes, pero ahora lleva también un adjetivo. La primera diferencia fundamental entre estos tres tipos mínimos de frases, es pues, que la primera consta de un verbo sólo; la segunda, de verbo más nombre; y la tercera, de verbo más nombre más adjetivo.

La segunda diferencia fundamental que advertimos entre los tres tipos de frase es que el primero hasta parece realizar directamente la función básica de toda lengua, a saber: que mediante el lenguaje el hombre en sociedad, a través de la persona a quien se dirige, domina y controla su ambiente. En la afirmación, y más todavía en la descripción, el ejercicio de esta función es indirecto.

En tercer lugar, la exigencia de acción es la forma más sencilla del proceso mental. Es la expresión de un deseo: es, en el lenguaje, lo más próximo a la interjección o la llamada emitida por un animal —a lo que Meillet llama «désir ou appel». Es lo que en el lenguaje se aproxima más a la actuación del instinto. Los rasgos mínimos de la acción instintiva son un *sentimiento* (elemento afectivo), un afán (elemento conativo) y la acción resultante. En la exigencia de acción se da el elemento afectivo, que a menudo representamos, como aquí, mediante un signo exclamativo, y el elemento conativo; pero ahora, en vez de un esfuerzo directo, el hablante intenta con su *palabra* conseguir la acción de otro: ¡Mira! ¡Pega! ¡Mata! ¡Corre! Con el uso de herramientas el hombre ha extendido su capacidad de acción, y su influencia en el ambiente. Con el instrumento social del lenguaje intenta conseguir la acción del prójimo. Si la exigencia de acción se consuma, ello se debe a la actuación del oyente. El elemento afectivo se transmite a éste y confiere atractivo y persuasión

a las palabras para que éstas susciten al interlocutor a actuar.

Por otra parte, el tercer tipo, *George is fast* ['Jorge es rápido'], es un *pensamiento* en la mente del hablante: la expresión de una actividad intelectual. Implica la observación del hecho de que Jorge está corriendo, y un análisis de ese hecho comparado con otros similares, y el correr de otras personas, probablemente en tiempos y lugares distintos. El segundo tipo, *George runs* ['Jorge corre'], podría también describirse como un pensamiento. Pero es, desde luego, un pensamiento muy simple: es un mero reflejo mental del hecho físico de que Jorge corra en ese momento y ese lugar. Pero el tipo 1, *Look!* ['Mira'], no es, en absoluto, un pensamiento en ninguno de los usos admitidos de esta palabra. Puedo ver que Jorge corre y pensar que «Jorge es rápido». Puedo pensar, quizá, que «Jorge corre». No puedo pensar que «¡Mira!». Este primer tipo no es la expresión de un pensamiento, sino de un deseo.

Podemos expresar la diferencia de otra manera diciendo que en el primer tipo de frase hay un sujeto (George) y un predicado —algo que se afirma de él, a saber, que es rápido. Se puede pensar que la frase de segundo tipo contiene un sujeto (George) y un predicado (corre), aunque la construcción parece hasta cierto punto vana, artificial e infecunda. De la misma manera podría decirse que hay un verbo o acción, que se hace más precisa mediante la adición de un agente. Pero en el primer tipo de oración no hay sujeto ni rastro de sujeto.

Dicho de otro modo, la exigencia de acción está en relación típica con el medio ambiente. Es cierto que puede ser una exigencia de que la acción se realice en otro lugar o tiempo —estamos dispuestos a reconocer que tal exigencia no constituye el caso más sencillo. También la aseveración puede serlo de una acción que ocurre en otro tiempo o lugar, y la descripción nunca se relaciona sencillamente con el medio ambiente: implica siempre un análisis intelectual y una síntesis en relación con otras personas, objetos o acontecimientos. Pero la exigencia de acción es consustancial con el medio ambiente. Esto,



sin embargo, no significa que cuando se interpreta la exigencia a la luz del medio ambiente no se le incorporen más elementos, de manera que puede resultar más compleja que la afirmación. Si le digo a un hombre «ve» o «corre», éste es todo el significado total de la exigencia y no hay que completarlo necesariamente con nada más. Esto sucede sobre todo con los verbos intransitivos.

Como la petición de acción está en relación con el medio ambiente, es una forma que no encontraremos característicamente en literatura ni en historia ni en filosofía, sino en la lengua hablada y en menor grado en obras de teatro que reflejen el habla. La afirmación es el tipo más común de todos, y lo encontramos por todas partes en el habla y en la literatura. La afirmación-descripción es típica de la literatura, y especialmente de las formas avanzadas de la misma, como la novela y la filosofía. Estamos hablando no sólo de la forma de la afirmación-descripción, sino de su sustancia, la descripción.

Apuntamos antes que el pensamiento encarnado en una afirmación se hacía progresivamente menos vago y más preciso si aumentábamos el número de los no-verbos, de manera que el porcentaje de verbos disminuía con respecto al total de las palabras. Observamos la misma relación entre la exigencia de acción, la afirmación y la afirmación-descripción. La forma mínima de la exigencia de acción contiene una proporción mayor de verbos que la mínima afirmación, y esta última más que la afirmación-descripción. La primera, en su forma más sencilla, consta exclusivamente de verbo: en la segunda la mitad es verbo, y en la tercera es verbo un tercio. Podemos expresar de otra manera diciendo que a medida que el pensamiento encarnado en una afirmación se torna menos vago y más preciso, la frase se hace más larga. En la exigencia mínima de acción vemos la frase en su forma más sencilla, y, por supuesto, en su forma nuclear. Toda lengua, como dijimos, consta tanto de palabras como de oraciones. La exigencia mínima de acción consta de una palabra que es también una oración. Pero si el pensamiento contenido en la afirmación puede hacerse progresivamente más preciso si aumentamos el número de no-verbos,

lo mismo le ocurre a la descripción, y también a la exigencia de acción: «¡Golpea!», «¡Golpea el hierro»!, «¡Golpea fuerte el hierro!», etc.

La exigencia de acción conserva, en la práctica, una cierta sencillez y brevedad. La afirmación, a medida que se desarrolla, se hace más variada y compleja. En las lenguas más modernas dos frases de este tipo a menudo van unidas mediante conjunciones, adverbios o pronombres relativos. Una forma de la afirmación es la pregunta, que por la forma no se puede distinguir, en la mayoría de las lenguas, de cualquier otra afirmación, a no ser, quizá, por una diferencia de tono o en el orden de las palabras o añadiendo una partícula o una negación, o (como sucede con las lenguas indo-europeas, semíticas, polinesias y otras) utilizando todos estos medios.

La afirmación-descripción puede alcanzar todavía más variedad, longitud y complejidad. Como veremos, se desarrolla a partir de la afirmación, por lo que le damos este nombre. En la afirmación-descripción no sólo el porcentaje de los verbos es menor que en los dos tipos anteriores, como ya hemos visto, sino que además el verbo mismo ha perdido su fuerza, y en su forma actual un verbo como «ser» (Jorge es rápido) contiene un mínimo de acción o movimiento. El proceso por el que se ha producido este cambio en el verbo es universal, y es parte del proceso fundamental de cambio en el lenguaje. Más adelante veremos cómo y por qué ocurre.

Estos son, pues, los tres tipos de frase y los tres tipos de oración, y estos análisis no sólo conciernen al inglés, sino al lenguaje y al pensamiento en general.

## 3. El vocabulario y las partes de la oración en inglés

Pasemos ahora de la oración a la lengua que ella crea y veamos cómo las características de la primera se reflejan en la segunda.

Si quisiéramos ser precisos deberíamos hacer nuestra comprobación sobre una lengua en un momento preciso de su existencia. El lenguaje está en perpetuo cambio y no veremos claramente la verdad si, por ejemplo, tomamos como representante del inglés moderno el Oxford Dictionary, que registra gran parte del vocabulario inglés usado en cualquier época del último milenio. ¡Cuán grandes deben de haber sido los cambios efectuados a lo largo de esos siglos! ¡Y cuán acelerados desde, por ejemplo, los comienzos de la Revolución Industrial! Podemos arreglarnos para seguir la mayor parte de los significados de Shakespeare, pero un inmenso número de palabras, frases, significados y usos nuevos se han introducido a partir de entonces en la lengua, y él hubiera encontrado mucho más difícil entendernos a nosotros.

Podríamos, claro está, seguir a un inglés contemporá-

neo durante un cierto número de años y anotar su vocabulario. Superada la dificultad de incorporar fielmente a sus palabras las referencias al contexto físico en que se pronuncian, todavía tendríamos que contrastar nuestros resultados con el vocabulario de otras personas para descubrir las peculiaridades de su manera de hablar. Esta empresa sería irrealizable. La única alternativa es examinar el vocabulario de un escritor inglés del pasado tal como lo encontramos en el conjunto de sus obras. Por lo que ya hemos dicho es evidente que, con ciertas salvedades, la literatura servirá para nuestro objetivo tan bien como la lengua hablada. En la literatura se da expresión a la oración entera y casi a los pensamientos completos, y el contexto físico inmediato no tiene gran importancia. Pero hay varios peligros latentes. El primero puede ser lo reducido del vocabulario de un hombre en comparación con el de otros, al menos tal como aparece en su obra escrita. En segundo lugar, debemos huir del escritor que utilice un vocabulario parcialmente suyo o, como en el caso de Edmund Spenser, un vocabulario que sea en gran parte arcaico y desusado.

Consideremos el vocabulario de la mayor gloria de nuestra literatura, Shakespeare. Es por varias razones el que mejor sirve a nuestro objetivo. En primer lugar, el vocabulario utilizado en el conjunto de sus obras es extenso: aproximadamente 14.440 [1] palabras, sin contar (como haremos a lo largo de este libro) los nombres propios. Podemos apreciar sus dimensiones cuando lo comparamos con el de los poemas homéricos (unas 6.750 palabras) [2], el de la *Divina Comedia* de Dante (unas 7.000) [3], el de las obras poéticas de Milton, Spenser, o Chaucer (unas 8.000 cada uno) [4], y un vocabulario de unas 6.000 usadas en todo el Antiguo Testamento hebreo [5]. En segundo lugar, a pesar de la creencia general de que Shakespeare desempeñó un importante papel en la creación del inglés moderno, está probado que escribió en la lengua de su tiempo. Un genio semejante no tiene necesidad de solecismos ni arcaísmos para expresarse, y hay que buscar la magia de su obra por encima de la forma de la palabra y su significado inmediato. Palabra



y significado no son otros que los que encontramos en sus contemporáneos. Y la poesía no es menos adecuada a nuestros propósitos que la prosa, porque si hay que conmover el corazón del lector hay que hablar desde el corazón del lenguaje. Una razón, no menos importante, por la que la lengua de Shakespeare es tan útil a nuestros propósitos es que tenemos a nuestra disposición el magnífico *Shakespeare Lexicon* de Alexander Schmidt, que registra toda palabra y su empleo con excepción de las más comunes.

Consideremos el porcentaje de cada una de las partes de la oración en su vocabulario. Esta es una tarea un tanto distinta de la que emprendimos en el capítulo anterior, cuando veíamos los distintos tipos de oración. Comparábamos entonces la frecuencia relativa de los verbos y las otras partes de la oración, no la frecuencia relativa de los *distintos* verbos y las *distintas* palabras de otras partes de la oración.

Pero primero debemos aclarar en qué sentido vamos a usar el término «palabra». En este libro hablaremos de palabras, como hemos estado hablando del lenguaje, en su sentido funcional, y , por lo tanto, una palabra es, para nosotros, distinta cada vez que se usa como una parte de la oración distinta, y por otro lado, un verbo es una sola palabra, cualquiera que sea la forma del verbo que se use. Así pues, la palabra «que» cuando se usa como conjunción es una palabra distinta de «que» usado como pronombre relativo o interrogativo. Pero «marchado», «marchando» y «marcha» (tercera persona singular del presente de indicativo) son todas la misma palabra, mientras que «marcha», usada como nombre, como en la frase «No esperéis el turno de vuestra marcha» [6], es una palabra distinta. Así es como se registran las palabras en el *Shakespeare Lexicon* de Schmidt [7].

Hablando de «palabras» en este sentido, encontramos 14.440 [8] palabras en el citado léxico de Schimdt, y el porcentaje de las partes de la oración en dicho inventario es:

| *Verbos* | *Nombres* | *Adjs.* | *Advbs.* | *Prons.* | *Preps.* | *Conjs.* | *Interjs.* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 25,5 | 48 | 19 | 6,6 | 0,4 | 0,5 | 0,3 | 0,3 |

Pero el núcleo del vocabulario de Shakespeare —como en el vocabulario de todo el mundo— consiste en un pequeño número de palabras que se usan con gran frecuencia; mientras que en la periferia hay un gran número de palabras que rara vez se usan. Si enumeramos el léxico total sin discriminación obtendremos una falsa imagen de su lengua. Dividamos su vocabulario en tres grupos, de acuerdo con la frecuencia de palabras que él usa: el primero (grupo A) lo forman las palabras usadas tan frecuentemente que cada una se refleja en un artículo de por lo menos 25 líneas [9] en el *Lexicon* de Schmidt; el segundo (B) consta de palabras de frecuencia intermedia, representada cada una por un artículo que fluctúa entre cuatro y veinticuatro líneas en dicho *Lexicon;* y el tercero (grupo C) lo componen las palabras menos usadas, representadas cada una en el *Lexicon* por un artículo de tres líneas o menos. De las 14.440 palabras de este vocabulario, el grupo A comprende solamente 1.625 palabras; el B, 6.330 [10]; y el C, 6.485. Dos tercios de las palabras del grupo C aparecen sólo una vez en sus obras. Pero las 1.625 palabras del grupo A son tan frecuentes que constituyen casi dos tercios de todos los escritos de Shakespeare, y éstas, unidas a las del grupo B, constituyen las nueve décimas partes del total.

Ordenando las distintas palabras de cada grupo según las partes de la oración, obtenemos el siguiente resultado:

Grupo A (cada palabra ocupa 25 líneas o más)

| *Verbos* | *Nombres* | *Adjs.* | *Advbs.* | *Prons.* | *Preps.* | *Conjs.* | *Interjs.* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 36 | 36 | 16 | 6,4 | 1,5 | 2 | 1 | 0 [11] |

Grupo B (frecuencia intermedia)

| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 27 | 49 | 16 | 6,4 | 0 | 0,5 | 0 | 0 |

Grupo C (cada palabra ocupa tres líneas o menos)

| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 20 | 50 | 22 | 7 | 0 | 0 | 0 | 0,5 |



Estas cifras empiezan a ser muy significativas. En el capítulo anterior señalamos que el único término necesario de la frase era el verbo, y que tan pronto como íbamos de las frases de Tipo 1 (exigencia de acción) a las de Tipo 2 (afirmación), la proporción de verbos disminuía, debido principalmente a un aumento en el porcentaje de nombres, y en las del Tipo 3 (afirmación-descripción) con respecto a las del Tipo 2 disminuía aún más, debido sobre todo a un aumento en el porcentaje de adjetivos. Al mismo tiempo los tres tipos de oración se iban desarrollando mediante la adición de no-verbos. En estas estadísticas del lenguaje de Shakespeare observamos que de las palabras corrientes de uso más común (grupo A) 36 por 100 son verbos, en el grupo B el porcentaje ha bajado a 27, y entre las palabras menos usadas (grupo C) a sólo 20. Claro está que si subdividiéramos estas secciones encontraríamos que este proceso de cambio continúa. Por ejemplo, de las palabras del grupo B las más comunes —las que ocupan de 14 a 24 líneas cada una— incluyen una proporción de verbos mayor que las que ocupan de 4 a 14 líneas. Y de las 1.625 palabras del grupo A, 419 palabras (grupo AA) se usan tan frecuentemente que cada una ocupa más de una columna (66 líneas) del *Lexicon* de Schimdt, y en total constituyen un tercio de las obras de Shakespeare. Aquí el porcentaje de verbos es todavía mayor, y el proceso de cambio en las otras partes de la lengua continúa. De estas 419 palabras, 128 (grupo AA) son tan frecuentes que cada una ocupa más de una página (132 líneas) del *Lexicon* de Schmidt, y el proceso continúa como sigue:

| *Sección* | *Total de palabras* | *Verbos* | *Nombres* | *Adjs.* | *Advbs.* | *Prons.* | *Preps.* | *Conjs.* | *Interjs.* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| AAA | 128 | 47 | 18 | 10 | 9 | 5 | 8 | 3 | 0 |
| AA | 419 | 38 | 31 | 15 | 7 | 3 | 4 | 2 | 0 |
| A | 1.625 | 36 | 36 | 16 | 6,4 | 1,5 | 2 | 1 | 0 |

En esta tabla el grupo A incluye las palabras del grupo AA, y ésta a su vez el grupo AAA. Si excluimos de AA las palabras de AAA, y de A las palabras de AA, la tabla del conjunto es la siguiente [12]:

| *Sección* | *Total de palabras* | *Verbos* | *Nombres* | *Adjs.* | *Advbs.* | *Prons.* | *Preps.* | *Conjs.* | *Interjs.* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| $A^1$ | 128 | 47 | 18 | 10 | 9 | 5 | 8 | 3 | 0 |
| $A^2$ | 291 | 35 | 37 | 16 | 5,9 | 2 | 2,5 | 2 | 0 |
| $A^3$ | 1.206 | 35 | 37,5 | 16 | 6,2 | 1,5 | 1,5 | 1 | 0 |
| B | 6.330 | 27 | 49 | 16 | 6,4 | 0 | 1,5 | 0 | 0 |
| C | 6.485 | 20 | 50 | 22 | 7 | 0 | 0 | 0 | 0,5 |

Podríamos dar un paso más en este proceso. Cuarenta palabras del vocabulario de Shakespeare se usan con tanta frecuencia que cada una ocupa más de dos páginas (264 líneas) del *Lexicon*. De éstas, 21 palabras (52,5 por 100) son verbos [13]; los nombres se han reducido a tres (7,5 por 100); no hay adjetivos (pero sí artículos definidos e indefinidos), y los adverbios y preposiciones (estas últimas adverbios en su origen) constituyen juntos 19,5 por 100 del total.

Este descenso en la proporción de los verbos entre los grupos A, B y C no se corresponde con un aumento paralelo en cada una de las otras partes de la oración. En primer lugar [14] hay un aumento en los nombres (concretamente en los grupos A y B; apenas lo hay de B a C). Luego [15] hay un aumento en el porcentaje de adjetivos (grupo A 16 por 100, grupo B 16 por 100, grupo C 22 por 100). De manera que el esquema muestra, en principio, que el verbo pierde terreno frente al nombre ($A^1$, verbos 47 por 100, nombres 18 por 100; $A^2$ y $A^3$, verbos 35 por 100 y nombres 37 y 37,5 por 100 respectivamente; en el grupo B el número de nombres es casi el doble del de verbos, y en el grupo C los nombres ocupan dos veces y media el número de los verbos). En la periferia del vocabulario los adjetivos ganan terreno a costa del verbo y también a costa del nombre. Si tuviéramos que añadir a nuestra tabla los 2.125 compuestos con guión que mencionamos antes, esta tendencia continuaría, porque ninguno de estos «compuestos» aparecen prácticamente más de una vez; constan casi enteramente de nombres y adjetivos, y los adjetivos son más numerosos que los nombres (adjetivos 58 por 100, nombres 41). Los pronombres, preposiciones y conjunciones, aunque usados con frecuencia en el vocabulario de Shakespeare, aun siendo importantes, son pocos en número, y las interjecciones también son pocas y no tienen ninguna importancia.



La más curiosa variación de porcentaje en las estadísticas citadas se da en los adverbios. Entre las palabras más comunes (grupo $A^1$) constituyen el 9 por 100 del conjunto. En el grupo $A^2$ descienden rápidamente a un 5,9 por 100, y a partir de este punto aumentan lentamente. Volveremos a encontrar de nuevo este curioso fenómeno en otras circunstancias. Los adverbios del grupo $A^1$ son en gran parte los más antiguos y familiares de nuestros adverbios (*as, so, forth, thus, how, there,* etc.). El aumento en el grupo C es en gran parte la difusión moderna del tipo adverbial *adjetivo* + «*ly*» (español: *-mente*) y abarca un gran número de modernos adverbios familiares que sólo aparecen una vez en Shakespeare [16].

Las palabras del grupo C son interesantes en varios aspectos. Por ejemplo, si, como es sabido, la lengua cambia constantemente, aquí, en estas palabras raras veces usadas, encontramos parte de la materia prima que va a añadirse después a la lengua. De estas palabras ocasionales muchas se sopesarán y se las encontrará deficientes, y no se repetirán: otras serán aceptadas y aprobadas y llegarán a ser permanentes y comunes. Por ejemplo, entre las palabras usadas sólo una vez en Shakespeare, incluyendo las palabras compuestas con guión, hay expresiones hoy corrientes en nuestra lengua, tales como los adverbios que acabamos de mencionar y los adjetivos *tearful* [17] ['lloroso'], *traditional* [18] ['tradicional'], *blood-thirsty* [19] ['sanguinario'], *tear-stained* [20] ['bañado en lágrimas'], *earth-bound* [21] [lit. 'sujeto a la tierra'], *cloud-capped* [22] ['cubierto de nubes'], y muchos otros [23]. El mismo Shakespeare forjó unos cuantos de éstos, probablemente (de la misma manera que todos nosotros he-

mos acuñado palabras de vez en cuando), y se han hecho de uso común. La mayoría de ellas eran neologismos entonces y usadas ocasionalmente también por sus contemporáneos. Por otra parte, muchas eran simplemente jocosas [24], o usadas por su efectismo, o de intensa belleza [25], o por otras razones, no aptas para un uso general y permanente.

Así pues, podemos considerar que las cifras citadas son realmente representativas de una gran parte del vocabulario de la época isabelina de los alrededores de 1590. No tenemos ningún diccionario de inglés isabelino.

Comparemos ahora el estado de la lengua inglesa en períodos anteriores y posteriores, y veamos qué cambios observamos. Diccionarios de distintas fechas nos proporcionan la información más segura; pero para operar con magnitudes comparables, tendríamos que escoger, cuando fuera posible, no los de carácter exhaustivo y monumental, ya que suelen incluir demasiadas versiones de la misma palabra (especialmente no-verbos) según la usan distintos autores o se utilice en distintos dialectos, y arcaísmos y voces desusadas de épocas anteriores. Después de la época de Shakespeare está el magnífico diccionario del doctor Samuel Johnson [26], que podemos considerar como representativo de la lengua hacia 1790; y el diccionario del doctor Charles Richardson, de 1844 [27]. Para el año 1900 podemos tomar el *Graphic English Dictionary* de Collins, del que adquirí un ejemplar, nuevo, en 1908. Para el período anterior a Shakespeare tenemos el diccionario de inglés medio (1150 a 1580) [28] de Mayhew y Skeat, que podemos considerar que registra la lengua en torno a 1400. Ninguno de estos diccionarios contiene un número significativo de compuestos con guión [29].

Analizando el contenido de cada uno de estos diccionarios obtenemos los siguientes resultados significativos:



| *Diccionario* | *Fecha aproximada que abarca* | *Total de palabras* | *Porcentaje de verbos* | *Nombres* | *Adjs.* | *Advbs.* | *Prons.* | *Preps.* | *Conjs.* | *Interjs.* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Mayhew and Skeat (inglés medio) | 1400 | 10.000 | 29 | 47 | 16 | 5,6 | 1 | 1 | 0 | 0 |
| Schmidt (Shakespeare Lexicon) | 1590 | 14.440 | 25,5 | 48 | 19 | 6,6 | 0 | 1 | 0 | 0 |
| Samuel Johnson | 1790 | 41.000 | 21 | 50 | 22 | 7 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| Ch. Richardson | 1844 | 48.300 | 18 | 52 | 23,5 | 7 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| «Graphic» de Collins | 1900 | 63.000 | 14 | 54 | 25 | 7 | 0 | 0 | 0 | 0 |

En esta tabla no hemos ido más atrás del inglés medio, y no hemos incluido el anglosajón (o inglés antiguo). La razón es que los diccionarios de inglés antiguo son en gran parte diccionarios de poesía anglosajona. En ese período el lenguaje de la poesía difería mucho del lenguaje coloquial —mucho más que en ninguna época posterior. De hecho, excepto en ese período y durante dos siglos después de la Conquista, y últimamente en el siglo XIX, la poesía inglesa no se ha distanciado de la prosa ni de la lengua cotidiana. El desarrollo de la situación es muy semejante al que observamos en Grecia, donde la poesía, desde que comienza con los poemas épicos de Homero, en una fase parecida de desarrollo económico, tenía en cierta manera un vocabulario propio, determinado por la tradición y alejado de la lengua hablada. En Grecia este vocabulario constaba principalmente de adjetivos —«aurora de rosados dedos, hija del día», Hera «la de ojos bovinos», Atenea «la de ojos de lechuza», mujeres «de blancos codos», y otros epítetos estereotipados de gran belleza. Aristóteles dice que fueron los autores dramáticos los que al fin realizaron el cambio, porque «descartaron todas aquellas palabras que difieren de la lengua cotidiana, con que los primeros poetas acostumbraban a adornar sus obras» [30]. En Inglaterra, cuando alcanzamos la época de los *Miracle Plays* de York, hacia 1350, fecha equivalente a la del primitivo teatro griego, el verso se ha hecho completamente coloquial.

El alcance de este fenómeno en la poesía del inglés antiguo era mucho mayor que en los primeros poemas griegos. Su característica más importante era la riqueza de sinónimos en forma de nombres compuestos (creados en la mayoría de los casos por combinación de dos nombres), y menos frecuentemente de adjetivos compuestos. En un diccionario de inglés antiguo casi la mitad del total de los nombres son compuestos, y una proporción igual de adjetivos son compuestos, escritos con guión o sin él. En el *Beowulfo,* por ejemplo, el mar es *hron-rad* (*whale-road,* ['camino de ballenas']), *holm-wylm* (*sea-surge* ['oleaje del mar']), *mere-straet* (*sea-path* ['sendero del mar']), aparte de otros 14 sinónimos más; hay otros 35 para «príncipe» y «héroe». Solamente en el *Beowulfo* hay 20 nombres compuestos cuyo primer componente es *heado-* ['batalla-']. El extracto siguiente es una traducción literal de un breve pasaje [31] que es buen ejemplo de estas características:

*At whiles they vowed*
*At the idol-fane buildings* [32]
*Idol-honours* [33]
*And with words they prayed*
*That to them the spirit-slayer* [34]
*Might aid afford*
*Against the nation-calamities.*

Cada cierto tiempo ofrendaban
en templos custodiadores de ídolos
honras dignas de ídolos
y con palabras rogaban
que a ellos el asesino del espíritu
pudiera ayuda prestar
contra las calamidades de la nación.

No es necesario decir que los anglosajones no hablaban de esta manera. Pero si se nos permite descartar los nombres y adjetivos compuestos del *Concise Anglo-Saxon Dictionary* de Clark-Hall [35], y contamos, claro está, cada componente de una palabra compuesta como una palabras separada, percibimos en cuanto es posible el verdadero carácter del inglés antiguo, y las cifras resultantes pueden compararse con los de nuestra anterior tabla:



| *Diccionario* | *Fecha aproximada* | *Total de palabras* | *Porcentaje de verbos* | *Nombres* | *Adjs.* | *Advbs.* | *Prons.* | *Preps.* | *Conjs.* | *Interjs.* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Clark-Hall (inglés antiguo) | 1000 | 14.500 | 30 | 46 | 16 | 5,4 | 1 | 1 | 0 | 0 |
| Mayhew and Skeat (inglés medio) | 1400 | 10.000 [36] | 29 | 47 | 16 | 5,6 | 1 | 1 | 0 | 0 |
| Schmidt (Shakespeare Lexicon) | 1590 | 14.440 | 25,5 | 48 | 19 | 6,6 | 0 | 1 | 0 | 0 |
| Samuel Johnson | 1790 | 41.000 | 21 | 50 | 22 | 7 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| Ch. Richardson | 1844 | 48.300 | 18 | 52 | 23,5 | 7 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| «Graphic» de Collins | 1900 | 63.000 | 14 | 54 | 25 | 7 | 0 | 0 | 0 | 0 |

En esta tabla pueden verse a gran escala, de acuerdo con el paso del tiempo, fenómenos que hemos descrito muy por encima, refiriéndonos al inglés de Shakespeare, de acuerdo con las relaciones entre el «núcleo» de su vocabulario y su «periferia». También pueden verse en esta tabla, en términos diacrónicos, fenómenos que hemos descrito, en el capítulo anterior, de acuerdo con el desarrollo funcional entre las oraciones de los tipos 1, 2 y 3, y también entre las formas mínimas y desarrolladas de ellas. Este transcurso de un milenio en un pequeño país ha presenciado cambios más grandes y variados que los que han producido varios milenios en muchas otras tierras, ya que dichos cambios abarcan las etapas que van desde una cultura primitiva hasta hoy. La tabla revela estos cambios con indiscutible claridad.

El primer hecho que observamos en el vocabulario es el aumento en el número total de palabras. El lector no tendrá necesidad de que le convenzan de que a medida que la cultura material de un pueblo se desarrolla y se hace más compleja, y crecen el número de habitantes y el grado de especialización económica, y al tiempo que aumenta la conciencia del hombre con respecto al mundo que le rodea y de sí mismo, el vocabulario del lenguaje tiene que ampliarse paralelamente a fin de registrar los múltiples y variados mensajes del hombre. Pero esta ex-

pansión, y esto es curioso, no se presta fácilmente a una prueba o medición concluyentes. El vocabulario de una lengua no es del todo finito; pero mucho de lo que se ha escrito sobre este tema es apresurado y superficial. Max Müller hizo circular la afirmación hecha «con autoridad solvente por un párroco de una localidad rural, que algunos labradores de su parroquia no manejaban más de 300 palabras de vocabulario» [37]. Wood observó que «el hombre medio usa unas 500 palabras». En el otro extremo, a Sweet le impresionó la historia de un misionero de la Tierra del Fuego que había compilado un diccionario que contenía 30.000 palabras de la lengua de los Yahgan, uno de los pueblos más primitivos entre los colectores de alimentos. Esa historia es igualmente notable, y nadie parece que haya visto nunca el diccionario [38]. Smedberg, apoyado por otros, llegó a la conclusión de que el vocabulario de un campesino sueco pasaba de 26.000 palabras [39]. El vocabulario del inglés moderno, cualesquiera que sean sus límites, sobrepasa con mucho las 100.000 palabras. Es imposible no ver, ante el panorama de los diccionarios en general, que el vocabulario de las lenguas crece con el avance de la civilización, y es difícil poner en duda que en general el léxico de cada individuo se amplía según se desarrolla la inteligencia.

La expansión del vocabulario es semejante al crecimiento de un árbol, es decir, por la superposición anual de nuevas capas en torno al corazón del tronco. La relación que vimos en el vocabulario de Shakespeare entre el «núcleo» y la «periferia», sigue siendo en gran parte la que era: el cambio se produce mediante la superposición sucesiva de nuevos anillos alrededor del corazón del tronco. Estos anillos no son de la misma composición que el corazón. Constituyen las extremidades, la sección C de los vocabularios humanos —palabras nuevas, en período de prueba y sin difundir, algunas de las cuales se adoptan sin reparos haciéndose familiares y de uso cotidiano. La proporción de verbos en estas capas exteriores disminuye rápidamente. Por ejemplo, en el diccionario de inglés medio de Mayhew y Skeat hay unas 10.000 palabras, de las que 29 por 100 (2.900 palabras) son verbos y 71 por



100 (7.100 palabras) no lo son. En el *Lexicon* de Shakespeare hay unas 14.440 palabras, de las que 25,5 por 100 (es decir, 3.684 palabras) son verbos y 10.756 no, lo cual significa que del aumento neto de 4.440 palabras sólo 784 (18 por 100) son verbos y 82 por 100 no lo son. Lo mismo ocurre entre los diccionarios de 1844 y 1900 en la tabla de arriba: del aumento neto de 14.700 palabras sólo 134 (menos de 1 por 100) son verbos y más del 99 por 100 no-verbos. Por consiguiente, la proporción de verbos en el conjunto del vocabulario disminuye en cada época.

Pero las otras partes de la lengua no aumentan en las capas exteriores en la misma proporción. En gran parte aumentan de la misma manera que la periferia (Sección C) del vocabulario de Shakespeare. Los nombres aumentan despacio, los adjetivos más rápidamente. De esta manera los últimos ganan terreno sobre los primeros. El porcentaje de adjetivos en relación a los nombres aumenta en cada época como sigue: año 1000, 35 por 100; 1400, 34; 1590, 40; 1790, 44; 1844, 45; 1900, 46. El desarrollo de los adverbios está oculto por la disminución de los verbos que aquéllos determinan. La razón de adverbios por cada 100 verbos es, en cada época: año 1000, 18 por 100; 1400, 19; 1590, 26; 1790, 33; 1844, 39; 1900, 5.

Hay que llamar la atención sobre otro tema muy importante. A lo largo de la prehistoria y de la historia humana, el ritmo del progreso de la civilización se ha hecho más rápido, y en Inglaterra es cosa conocida la aceleración que ha tenido lugar desde el comienzo de la Revolución Industrial en 1750, y, en nuestros días, con el aumento de velocidad a partir de 1914, y aún más a partir de 1939. La tabla de arriba muestra claramente la aceleración que ha habido en el último milenio. El porcentaje de verbos en el vocabulario de la lengua inglesa disminuye cada siglo, durante dicho período, en la forma que sigue: de 1000 a 1400, 0,25 por siglo; de 1400 a 1590, 1,1; de 1590 a 1790, 2,25; de 1790 a 1844, 5,1; de 1844 a 1900, 7,8. El paso era más lento

antes del año 1000 y se ha acelerado mucho a partir de 1900.

Antes de que dejemos este tema, hay un experimento más que puede intentarse, y que configuraría aún más el cambio que se está produciendo.

El inglés es una de las lenguas cuyo vocabulario proviene de dos fuentes distintas. Una parte, la más antigua del vocabulario viene del germánico, subgrupo de la familia indoeuropea, que comprende entre otros el antiguo inglés (anglosajón) y el antiguo nórdico. Pero durante muchos siglos ha habido penetración de voces románicas (es decir, palabras de origen latino) que vienen o directamente del latín o indirectamente a través del francés. Comenzando en la segunda mitad del siglo XII, cuando el inglés medio estaba formado, con un empuje máximo en los siglos XIII y XIV, y continuando en menor grado hasta el siglo XIX, ha habido una gran invasión de palabras francesas. La entrada de voces latinas comenzó a pequeña escala incluso antes de que los anglosajones llegaran a Inglaterra [40]. Durante la Edad Media, y especialmente a través de la Iglesia, hubo una afluencia continua de palabras latinas, pero en gran escala sólo a partir del renacimiento humanístico en los siglos XIV y XV. Según esto, el vocabulario germánico del inglés es más antiguo que el romance, y como era de esperar, la proporción de verbos en las palabras del léxico germánico es más elevado que en el de origen románico. Calculo que hacia 1900 la proporción de palabras romances en el vocabulario inglés ha crecido hasta constituir el 63 por 100 del total. El análisis de los dos elementos, que tomo del mismo diccionario inglés de hacia 1900 [41], muestra las siguientes cifras:

| | *Verbos* | *Nombres* | *Adjs.* | *Advbs.* | *Prons.* | *Preps.* | *Conjs.* | *Interjs.* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Anglosajón (germánico) | 20 | 51 | 20 | 9 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| Románico | 9 | 56 | 28 | 6 | 0 | 0 | 0 | 0 |



Este pequeño examen da ahora los mismos resultados que antes. Mientras el vocabulario total contiene verbos en una proporción del 14 por 100, los de origen germánico con más del doble, en número, que los de origen románico. La proporción de nombres románicos ha aumentado ligeramente del 51 al 56 por 100 (es decir, un 9,8 por 100); el porcentaje de adjetivos ha subido mucho más, del 20 al 28 por 100 (es decir, un 40 por 100); la proporción de adjetivos con respecto a los nombres ha aumentado del 39 al 5 por 100; y la de adverbios con respecto a verbos todavía más: del 45 al 67 por 100.

Acabamos de examinar el contenido de varios diccionarios a lo largo de la historia del inglés, pero sólo el vocabulario de un autor. Vamos a compararlo con el de otros escritores. Dando por sentado que todos hablan la lengua de su tiempo —y en cierta medida todos deben hacerlo así si quieren ser entendidos— es de esperar que observaremos cambios según la época de cada autor, de suerte que los de fecha posterior mostrarán una proporción más reducida de verbos, mayor porcentaje de nombres y adjetivos. Pero hay diferencias entre los autores que son independientes de las diferencias de época: diferencias en el tema de su obra, diferencias entre lengua coloquial y estilos artificiosos o artísticos, así como, diferencias entre libros escritos para adultos y libros escritos para niños. Según esto, no debemos esperar que un cotejo de los vocabularios de distintos autores nos muestre una conclusión tan clara.

Comparemos, por ejemplo, el vocabulario de Shakespeare con el de las obras poéticas de Milton. El cálculo que hago del contenido del *Lexicon to the English Poetical Works of John Milton* de Laura Lockwood comparado con el *Shakespeare Lexicon* de Schmidt da las siguientes cifras:

| | *Total de palabras* | *Verbos* | *Nombres* | *Adjs.* | *Advbs.* | *Prons.* | *Preps.* | *Conjs.* | *Interjs.* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Shakespeare | 14.440 | 25,5 | 48 | 19 | 6,6 | 0,4 | 0,5 | 0,3 | 0,3 |
| Obras poéticas de Milton | 8.500 | 26,7 | 41 | 25 | 5,6 | 1 | 1 | 0 | 0 |

Este cotejo nos dice poco. La obra de Milton es unos 50 años posterior a la de Shakespeare. Un ligero aumento en el número de adjetivos si era previsible, pero no tan grande; el salto del 19 por 100 al 25 por 100 se debe también al hecho de que la lengua dramática es más coloquial y tiene menos adjetivos. Los nombres, sin embargo, son menos numerosos en Milton y los verbos más, y no al revés. Pero conocemos la causa de esto: en el *Lexicon* de Milton, que sólo abarca sus obras poéticas, el número de vocablos es poco más de la mitad que en el de Shakespeare, y sólo representa una parte del vocabulario total de Milton. Según esto, las principales omisiones son las de las palabras menos comunes, las pertenecientes a la periferia de su vocabulario, especialmente los nombres (ya que sus escritos poéticos están bien provistos de adjetivos); y los verbos, en contraste, aparecen algo más numerosos. No sacamos nada de este cotejo excepto que confirma, en cierto modo, lo que ya sabíamos.

Por otro lado, el vocabulario de Edmund Spenser [42] muestra los siguientes porcentajes:

| *Total de palabras* | *Verbos* | *Nombres* | *Adjs.* | *Advbs.* | *Prons.* | *Preps.* | *Conjs.* | *Interjs.* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 8.500 | 29 | 44 | 19 | 6,7 | 0 | 0 | 0 | 0 |

Spenser escribió sólo unos cuantos años antes que Shakespeare (aunque en parte su lenguaje es el de una época anterior), y al comparar su vocabulario, más reducido, con el de Shakespeare esperaríamos encontrar, probablemente, el resultado que encontramos en estas cifras.



Pero el vocabulario de Chaucer [43] da las siguientes cifras:

| *Total de palabras* | *Verbos* | *Nombres* | *Adjs.* | *Advbs.* | *Prons.* | *Preps.* | *Conjs.* | *Interjs.* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 8.000 | 25 | 52 | 16 | 6,7 | 0 | 0 | 0 | 0 |

Esto, para la época poco evolucionada de Chaucer, es un vocabulario bastante grande, típico, tanto de un erudito como de un poeta. La diferencia reside en la amplitud de conocimientos del autor y en la variedad de su amplia temática y por esta razón la proporción de nombres es muy grande y, en correspondencia, pequeña la de verbos.

Comparemos ahora, partiendo de los vocabularios publicados de los principales poetas ingleses de gran fecundidad, las proporciones de las partes de la oración, ordenando los autores cronológicamente.

| *Floreció* | *Autor* | *Vocab.* | *Verbos* | *Nombres* | *Adjs.* | *Advbs.* | *Prons.* | *Preps.* | *Conjs.* | *Interjs.* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 1380 | Chaucer | 8.000 | 25 | 52 | 16 | 6,7 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| 1575 | Spenser | 8.500 | 29 | 44 | 19 | 6,7 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| 1590 | Shakespeare | 14.440 | 25,5 | 48 | 19 | 6,6 | 0 | 1 | 0 | 0 |
| 1650 | Milton | 8.500 | 26,7 | 41 | 25 | 5,6 | 1 | 1 | 0 | 0 |
| | Promedio | 9.860 | 26,5 | 46,2 | 19,7 | 6,4 | | | | |

| *Floreció* | *Autor* | *Vocab.* | *Verbos* | *Nombres* | *Adjs.* | *Advbs.* | *Prons.* | *Preps.* | *Conjs.* | *Interjs.* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 1720 | Pope [44] | 6.000 | 28 | 44 | 22 | 5 | 1 | 1 | 0 | 0 |
| 1780 | Burns [45] | 9.250 | 24 | 45 | 25 | 4 | 1 | 1 | 0 | 0 |
| 1810 | Keats [46] | 9.500 | 24 | 41 | 27 | 6 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| 1810 | Shelley [47] | 10.250 | 25 | 38 | 27 | 8 | 0 | 1 | 0 | 1 |
| | Promedio | 8.750 | 25,2 | 42 | 25,2 | 5,8 | | | | |

| | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 1820 | Wordsworth [48] | 11.750 | 21,5 | 42 | 28,5 | 7 | 1 | 0 | 0 | 0 |
| 1850 | Tennyson [49] | 11.800 | 25 | 50 | 22 | 2 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| 1850 | Browning [50] | 17.500 | 21 | 44 | 29 | 6 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| | Promedio | 13.700 | 22,5 | 45,3 | 26,5 | 5 | | | | |

Para describir estos tres grupos podemos decir que constan de: cuatro poetas anteriores a la Revolución Industrial, cuatro poetas que vivieron en sus comienzos y tres poetas posteriores. Esta tabla nos dice lo mismo que las precedentes. Primero notamos, a pesar del tamaño del de Shakespeare, un aumento general en los vocabularios. Luego vemos alguna irregularidad en la proporción de nombres de cada vocabulario, y en conjunto pocos cambios. Esto no tiene por qué sorprendernos; ya vimos, al principio de este capítulo, sólo un lento incremento, por siglo, en sus porcentajes. Se observa, como antes, poco cambio en los adverbios. Sin embargo, como siempre, hay un descenso constante, pero acelerado en la proporción de los verbos, y un aumento todavía más firme y rápido en la proporción de los adjetivos, y en el porcentaje de nombres y adjetivos unidos (65,9, 67,2, 72,8). Sobre todo observamos, como antes, un aumento en el «ritmo» del cambio. El primer grupo abarca un período de doscientos setenta años, el segundo los ciento sesenta años siguientes, y el tercero los cuarenta años siguientes.

Con cada poeta (aunque no demos cifras) el número de verbos continúa siendo el más elevado por la frecuencia de su uso —es decir, cada verbo, por término medio, se usa con más frecuencia que cualquiera de las demás palabras del vocabulario. Es imposible no observar, además (aunque no he dado las cifras), que entre un autor y otro se observan mucha mayor diferencia entre los nombres, adjetivos y adverbios usados, que entre los verbos. Los verbos son, en gran parte, el patrimonio común de la lengua. Esto no sorprenderá al lector. Pero la importancia de este hecho la veremos más adelante en otro capítulo [51].

Estos cambios de porcentaje no se deben, o no se deben exclusivamente, a aumentos de vocabulario. Por ejemplo,



en el segundo grupo de poetas los vocabularios son, de hecho, algo más reducidos que en el primero. Pero observamos que el porcentaje promediado de verbos en nuestro segundo grupo es de 25,2 por 100, mientras que en el diccionario contemporáneo de Johnson era de 21 por 100; y el vocabulario medio de los autores de ese grupo es de 8.750 palabras, mientras que los vocablos del diccionario de Johnson suman 41.000. En el tercer grupo el término medio de la proporción de verbos es de 22,5 por 100, y el término medio del vocabulario del grupo es de 13.700 palabras, frente a las 48.300 del diccionario de Richardson. Se explica esto porque la configuración sigue siendo la misma: no hay dos hombres que tengan el mismo vocabulario, pero hasta cierto punto los verbos que todo hombre usa son del patrimonio común de la lengua —lo cual no sucede, hasta ese punto por lo menos, con los nombres y adjetivos. Esto se ve todavía más claro si comparamos un nivel o estilo de lengua con otro: en unos y otros oficios, profesiones y clases sociales los verbos tienden a ser del patrimonio común, mientras que el vocabulario particular lo forman principalmente las otras partes de la oración. Este proceso de adición al vocabulario del lenguaje es simplemente una acentuación y exageración del proceso mediante el cual el lenguaje se ha desarrollado siempre. En las comunidades más primitivas los intereses eran en gran parte los mismos, excepto entre los de distinto sexo y generación, y había poca diferencia entre el vocabulario sucinto de una persona y otra. Con el paso del tiempo la especialización y diferenciación de ocupaciones e intereses y vocabularios ha crecido a una velocidad cada vez mayor, conforme la comunidad crecía en tamaño y población y su tecnología cada vez más allá de los límites de la mente del individuo.

Pongamos un ejemplo. La medicina es un tema del que no sé nada. Tomo al azar el número del *British Medical Journal* de fecha de 6 de enero de 1951. Entre las páginas 1 y 19 hay seis artículos especializados que comienzan con el titulado «Fracturas del seno esfenoidal con rinorrea cerebroespinal» («Fractures of the Sphenoidal Sinus with Cerebrospinal Rhinorrhea»); y en las páginas 19-20 hay

algunas notas médicas. Recojo de estas páginas todas aquellas palabras cuyo significado me es desconocido, o que sé que son de uso exclusivamente médico (exceptuando partes del cuerpo y otros términos médicos con que un profano está familiarizado). Trato de igual manera el número de la misma publicación de fecha de 16 de junio de 1951, páginas 1.343-1.367. Lo que sigue es una tabulación de estas palabras, que difieren poco de un artículo a otro:

| *Fecha del número* | *Número total de palabras* | *Porcentaje de las partes de la oración* | | | |
|---|---|---|---|---|---|
| | | *Nombres* | *Verbos* | *Adjetivos* | *Adverbios* |
| 6 enero | 192 | 56 | 2,5 | 40 | 1 |
| 16 junio | 180 | 53 | 2,5 | 44 | 1 |

Esto no es un análisis de todo el lenguaje de este grupo profesional, sino de las palabras que se hallan en la periferia de su vocabulario. Representa un paso más en la dirección en que se mueve el lenguaje. La proporción de verbos, que ha ido disminuyendo progresivamente desde la época anglosajona, y supone ahora, en 1958, un 10 por 100, o menos, del total del lenguaje, aquí ha sufrido una seria caída para bajar al 2,5 por 100. El porcentaje de nombres, que ha crecido tan lentamente hasta llegar al 54 por 100 en el inglés de 1900, apenas si muestra algún aumento desde entonces. Pero el adjetivo, que ha crecido tan rápidamente en los últimos tiempos y había alcanzado el 25 por 100 en el inglés de 1900, ha subido aquí hasta el 40 por 100. Los adverbios de este vocabulario son demasiado pocos para que puedan indicar ningún cambio significativo. Este es un caso tan extremo de jerga profesional que la mayoría de estas palabras no las encontraríamos en un diccionario de inglés. Este pensamiento nos trae a la memoria otro aspecto de este proceso de cambio. La historia comienza con comunidades lingüísticas de sólo unos cientos de almas [52]. Las palabras que ahora nos ocupan apenas no son ni con mucho privativas de la numerosa comunidad lingüística inglesa de unos 250 millones: pertenecen a un vocabulario internacional.

Dijimos antes que entre las diferencias que marcan a



los autores una depende de que el libro haya sido escrito para adultos o para niños. Esperaríamos, por lo que sabemos ya, que en los libros escritos por o para niños los vocabularios tendrían que ser más pequeños, y que las palabras menos comunes de la lengua serían todavía menos comunes en estos vocabularios que en los libros de adultos, y de acuerdo con esto la proporción de los verbos tendría que ser mayor. Encontramos este resultado, desde luego, aunque no he dado las cifras. Este tema es, sin embargo, mucho más amplio: abarca toda la historia del desarrollo de la mente a lo largo de la historia humana conocida, y a esa luz lo examinaremos en el siguiente capítulo.

# 4. El vocabulario y las partes de la oración en las diversas lenguas

Hemos seguido, desde los tiempos modernos hasta el inglés medio, los cambios en las proporciones de las partes de la oración a lo largo de la historia de la lengua inglesa. ¿Podemos hacer lo mismo ahora con respecto a otras lenguas? Y lo que es todavía más importante, ¿hay medios para proseguir esta indagación remontándonos a la infancia de la humanidad? ¿Sigue dándose el mismo proceso? La historia del inglés nos retrotrae, en poco más de un milenio, de una civilización moderna a una cultura simple y atrasada. ¿Puede proseguir la indagación?

El único testimonio directo a nuestro alcance lo encontramos en las lenguas de pueblos primitivos y civilizados que nos rodean y los pueblos civilizados del pasado. Pero nosotros nos preguntamos por las lenguas de pueblos primitivos que no han sobrevivido, remontándonos a las comunidades más primitivas que podemos imaginar. No podemos usar un orden cronológico de acontecimientos porque no conocemos directamente nada de dichas lenguas, pero por lo menos sabemos algo de la sucesión de las fases principales de cultura material por las que estos





pueblos han pasado; y si recordamos que el lenguaje es un órgano de la comunidad podemos esperar que los cambios en la sociedad puedan relacionarse con cambios en la cultura material, y los cambios en el lenguaje con cambios en la sociedad. Por consiguiente, si ordenamos los pueblos primitivos que conocemos de acuerdo con su progreso material, confiamos en reconstruir así la prehistoria cronológica del pasado. Los estudios de cultura material que debemos escoger deben de representar cambios fundamentales, basados en el grado de control de una sociedad sobre su medio ambiente. Dispongamos entonces estas sociedades pasadas y presentes por orden de acuerdo con estas fases [1], y examinemos las lenguas de algunos de estos pueblos en cada fase. Este es el único medio comprobatorio, penetrar en el pasado indagando el desarrollo tal como hemos hecho en el vocabulario inglés.

El primero y más primitivo estadio que encontramos es el de los Colectores de Alimentos. Viven sobre todo a base de coger su alimento —raíces, miel, insectos, caza o pesca —donde lo encuentran. No tienen viviendas permanentes y viven en agujeros, refugios rocosos o cuevas, se protegen del viento en resguardos o en toscas cabañas de ramas o paja. Están en la Edad de Piedra (paleolítico): no hilan, no tienen cerámica ni metales, sólo disponen de tejidos rudimentarios conseguidos por un simple trenzado. La tribu la componen por término medio unas 400 almas, y poseen en general una lengua propia, distinta de todas las demás y dividida en tres o cuatro dialectos. La comunicación entre tribus es escasa, pero suficiente para dar lugar a algunas semejanzas entre las lenguas de un área determinada, y el área tiende a ensancharse a medida que la gente progresa. Normalmente la tribu está dividida en un número de grupos locales seminómadas, cada uno formado por unas 20 personas y que cubre un territorio limitado. Requiere tanto territorio para subsistir que la densidad media de población es de una persona por cada 7 millas cuadradas. No hay organización social en la mayor parte de los pueblos en esta fase de desarrollo, ni clanes, ni totems, ni individuos que ejerzan su influencia sobre una tribu entera. Muchos de estos pueblos han sobrevi-

vido hasta el presente [2], pero la mayor parte de ellos no ha dejado más rastro que un breve glosario redactado por un viajero, y no hay los suficientes testimonios como para acometer un examen del porcentaje de las partes de la oración en un grupo de vocabularios representativos [3].

Luego viene el Primer Grado Agrícola (A1), representado por pueblos cuyo modo primordial de subsistencia se basa en recoger los alimentos que encuentran y en la caza, pero que han alcanzado una agricultura rudimentaria que utilizan como un medio subsidiario de manutención. Pertenecen al Período Neolítico, y han complementado sus tejidos trenzados con una cerámica y un hilado primitivos. Pueden encontrarse algunas casas de cierta entidad entre los más avanzados de ellos, y hay un intercambio reducido de unos cuantos productos naturales. La gente necesita ahora menos territorio para subsistir, y la densidad de población ha crecido hasta un término medio de una persona por dos millas cuadradas aproximadamente. Los grupos locales se han hecho menos nómadas y se han convertido en aldeas, desde las cuales la comunidad asentada a medias domina su territorio. En la mayoría de los casos existe cierta organización social. Los jefes tienen más influencia que autoridad. El término medio de población de la aldea es de una 30 personas y el de la tribu de unas 1.500. Se da también un progreso paralelo de pueblos que han desarrollado una cultura cazadora en vez de agrícola (C2); los antiguos Cazadores Neolíticos. El aislamiento de estos pueblos va disminuyendo poco a poco, y hay confederaciones de tamaño considerable, pero de poca cohesión. Es posible ahora, en cierto sentido, clasificar las lenguas de distintas tribus en familias de lenguas, en las que hay a veces semejanzas de vocabulario y a veces semejanzas gramaticales. Así, por ejemplo, entre los más avanzados de estos pueblos en Norteamérica, la confederación de los iroqueses, junto con los tuskarora y los hurones, hablaban lenguas de una misma familia iroquesa [4]. Los pueblos de las grandes llanuras entre ellos la confederación de Dakota [5], Winnibago, Iowa, Mandan e Hidatsa hablaban lenguas de la familia siux. Muchos pueblos de las regiones de bosques del Este hablaban lenguas de la familia algonquina, incluyendo confederaciones como las de Abnaki, Delaware y Ojibway [6].



Tomemos como representativos de los pueblos A1 y C2 tres lenguas [7] de las que tenemos a nuestra disposición, vocabularios buenos y extensos, de fecha dos de ellos relativamente temprana antes de que las influencias de la civilización europea se hubieran marcado demasiado. Una es la de los Pies Negros [8] (o Siksika) de las Llanuras del Norte, cazadores errantes sin vivienda permanente, sin cerámica ni canoas y sin agricultura excepto la siembra y recolección de un tipo de tabaco de la región. Su lengua pertenece al grupo Pies Negros de la familia de lenguas algonquinas. Nuestro segundo ejemplo es el natick [9], de Massachusetts, un pueblo del Primer Grado Agrícola, un poco más avanzados que los Pies Negros. Su lengua pertenece al grupo central de la familia algonquina. Tomamos nuestro tercer ejemplo de un pueblo situado más al Sureste y todavía más avanzado, el choctaw [10], de la familia Muskhogeana. Este pueblo vive al este del Bajo Mississippi, y en nuestra clasificación está en la transición del Primer Grado Agrícola al Segundo. El diccionario choctaw tiene un vocabulario bastante considerable, pero ha aumentado debido a la inclusión de muchas palabras que indican familiaridad con los productos de la civilización europea [11].

El Segundo Grado Agrícola (A2) es el de pueblos donde la agricultura (o, como se ha llamado más exactamente, horticultura) ha llegado a ser el medio principal de subsistencia. A pesar de ello, todavía no poseen ganadería ni rebaños. También ellos pertenecen al Período Neolítico antiguo: no utilizan los metales ni han inventado el arado. El instrumento primordial que utilizan en sus huertos para cavar sigue siendo el palo de escabar. Sus cabañas de madera tienen solidez, y ellos muestran habilidad en el trabajo de la madera, en el hilado y el tejado, y en algo de cerámica. Hay un aumento de comercio que incluye un trueque considerable de pequeños artículos hechos a mano (como cestas y escudillas) y también productos agrícolas y naturales. Hay un aumento claro de la influencia o autoridad de los jefes. En Melanesia hay todavía pocos jefes;

en Polinesia hay un considerable aumento de su autoridad. Considerando esta etapa (A2) en conjunto, hay un jefe o cabecilla del grupo local en la mitad de las comunidades y un jefe de tribu en una tercera parte de éstas aproximadamente. Todavía no tienen tribunales y por lo tanto, no hay leyes en el sentido propio del término, a excepción del castigo esporádico de algunos delitos tales como incesto y el asesinato por medio de magia. El aumento de superficie de la horticultura trae consigo un alza en la densidad de población, y el término medio está ahora entre 5 y 10 personas por milla cuadrada.

Los hechos del lenguaje están sometidos a los cambios correspondientes. En América la situación es en gran parte como antes. En las atrasadas Melanesia y Nueva Guinea el número de lenguas que todavía se hablan parece increíble. Un recorrido de unas 5 millas pone en contacto al viajero normalmente con un nuevo dialecto. Una tribu reducida de 500 almas o una isla de la mitad de esa población tienen generalmente su propio lenguaje. Y sin embargo, todos los pueblos de Melanesia, Micronesia, Polinesia e Indonesia hablan lenguas que se agrupan en una sola familia malayo-polinesia, que disponen, en conjunto, de una morfología y sintaxis comunes. Estas islas y lenguas se extienden desde Formosa y Hawaii al (Norte) hasta Nueva Zelanda (Sur) y desde Madagascar (Oeste) hasta la Isla de Pascua (Este), una distancia de 5.000 millas de más de Norte a Sur, y 14.000 de Este a Oeste, distancias que han de ser recorridas sólo con las frágiles barcas de los isleños. En medio de esta inmensidad, las múltiples y dispersas islas de los pueblos avanzados de Polinesia están ocupadas por tribus cuyas lenguas no son otra cosa que dialectos de una sola lengua original, que se apartan cada vez más unos de otros. Estos hechos muestran elocuentemente el movimiento creciente, el cambio y adaptabilidad del hombre, y sugieren también que mientras unas lenguas cambian más rápidamente que otras, este cambio se acelera a medida que subimos en la escala de la civilización. Porque en los siglos durante los cuales hemos tenido conocimiento de Polinesia es evidente que ha habido cambios en el lenguaje. Sin embargo, las semejanzas entre las lenguas de los polinesios son tan grandes que, aunque la comunicación haya aumentado, los cambios en tiempos pasados deben haber sido pequeños y lentos.



Dividiremos el Segundo Grado Agrícola, para mayor claridad en un estadio atrasado y otro más avanzado, y en el primero (Grado A2-1), pondremos a los melanesios y sus lenguas, y en el segundo (Grado A2-2) a los polinesios. Los fiji ocupan la divisoria entre los dos. Y para mayor claridad tomaremos todos nuestros ejemplos de estos dos grupos de la gran familia malayo-polinesia de lenguas. Como ejemplos del grupo melanesio vamos a tomar la lengua de Bugotu [12] (Isla de Santa Isabel, en las Salomón), la lengua de Sa'a y Ulawa [13] (en el sureste de las Salomón), la lengua de la Isla del Duque de York [14] (en el grupo de Nueva Bretaña), y Mota [15] (Isla Del Pan de Azúcar, en las Islas de los Bancos). Esta última, que era la lengua materna de unas 800 personas, se ha convertido, debido al uso que de ella hace la Misión Melanesia, en una «lengua franca» conocida y usada en islas muy apartadas. En el segundo estadio de este grado ponemos el fiji [16] (la lengua melanesia más extendida) y las lenguas de Tonga [17], Samoa [18], Hawaii [19] y Maori [20].

Hasta aquí hemos hablado sólo de caza y agricultura primitiva, pero ahora aparece un tercer modo de vida, el pastoreo, sobre todo el de rebaños de ganado mayor. La institución del pastoreo es sólo un poco posterior a la agricultura primitiva. Ha habido unos cuantos pueblos pastores en el mundo moderno, y sin duda muchos más en el pasado, de un grado de progreso algo menor al que hemos alcanzado ahora —por ejemplo, los hotentotes del Suroeste de Africa, cuyo medio de vida hasta hace muy poco era una combinación de pastoreo y caza. Pero en nuestro examen nos encontramos con pueblos que subsisten mediante el pastoreo y la agricultura y también con la caza, y éstos señalan el principio de nuestro Tercer Grado Agrícola.

La selva —como, por ejemplo, en el Africa ecuatorial actualmente—, impide el crecimiento del pasto y la cría de ganado. Los pueblos pastores del Período Neolítico no tenían medios para cortar los árboles de la selva, y el

pastoreo sólo podía darse en regiones semiáridas donde las selvas que crecen con la lluvia no tuvieran condiciones favorables. Sin embargo, el pastoreo y alguna caza pueden dar alimentos suficientes a una población humana allí donde la agricultura es casi imposible debido a la escasez de lluvia, y donde el ganado y el hombre solamente pueden vivir moviéndose a tenor de los chaparrones y puede desarrollarse ampliamente cuando estas regiones semiáridas están cerca de ríos permanentes en climas templados. En semejantes condiciones favorables nacieron las grandes civilizaciones. Las áreas principales de pastoreo (a menudo combinado con agricultura) se dieron y se dan en la unión entre Asia y Africa, y en el área menos favorable de las estepas que se extienden desde el Noreste de Europa hasta el Oeste de Asia. La creciente movilidad y adaptabilidad del hombre se reflejan claramente en los hechos del lenguaje. Donde Asia se une con Africa nació el gran grupo de lenguas camito-semíticas, y a medida que la civilización de sus hablantes avanzaba estas lenguas se extendieron por todas partes. Concretamente las lenguas semíticas que tuvieran su origen en dialectos de una sola lengua proto-semítica, desplazaron, hace cuatro mil años, al sumerio del sur de Mesopotamia, y se extendieron por Arabia, Babilonia, Asiria, Siria y Palestina, y desde entonces se han extendido por Africa en todas direcciones, desalojando el camítico de Egipto y muchos otros países. Otra familia de lenguas, el bantú, que tuvo su origen quizá en una sola lengua hablada en la región de los Grandes Lagos del Este y Centro de Africa, ha sido llevada hacia el sur por sus hablantes, y se extiende ahora por el tercio meridional de Africa. Y en algún sitio en las estepas de la Europa Oriental y el Oeste de Asia se originó, hace más de cinco mil años, una lengua indoeuropea que, a medida que sus dialectos se separaban en lenguas distintas, era llevada por los pueblos que la hablaban a tierra esparcidas por todo el mundo, donde más tarde han florecido las civilizaciones de Grecia, Roma, India, Gran Bretaña, Norteamérica, Rusia y muchas otras; hasta el momento los que sólo tienen como lengua materna una de éstas, el inglés, totalizan unos 250 millones de personas.



Dividimos los pueblos de este Tercer Grado Agrícola (A3) en cinco estadios de acuerdo con el de su cultura material, que pueden estimarse con más exactitud por su progreso en el desarrollo del derecho.

Nuestro primer estadio (Grado A3-1) está bien representado por los nilotas y los bantúes del noreste y este de Africa tal como eran en los primeros años del presente siglo. Este era también el estadio del conjunto de la mayoría de los pueblos de Germania en tiempos de Julio César y Tácito. La mayor parte de estas poblaciones consisten en comunidades que se dedican al pastoreo con escasa agricultura subsidiaria. Saben ya trabajar y vitalizar el metal. Muchos de ellos forman confederaciones amorfas y poco coherentes que abarcan de 50.000 a 600.000 almas. Hay pocas aldeas que puedan recibir este nombre, y la población vive en caseríos distanciados. La religión muestra un avance notable. Hay poco progreso en lo que se refiere a la autoridad central de la tribu, y sólo en una pequeña minoría de tribus hay una monarquía fuerte [21]. El matrimonio mediante compra de la novia es de plena vigencia en todas partes. Hay tribunales primitivos que dispensan justicia, y por sus normas de derecho podemos definir este estadio con alguna precisión como aquél en que la sanción impuesta por los tribunales por cada uno de los cuatro principales delitos civiles es el pago de un número concreto de cabezas de ganado. Estos delitos civiles son: homicidio; lesiones, adulterio, violación y seducción; y robo sin agravantes. Los santuarios donde pueden acogerse los homicidas hacen su primera aparición. La legislación es todavía desconocida.

Para ilustrar este estadio tomamos cinco lenguas de los nilotas y bantúes del noreste y este de Africa a saber: el dinka [22] y shilluck [23] en la confluencia del Nilo Blanco y el Bahr-el-Ghazal; el lango [24] de Uganda (tres lenguas que representan el grupo nilota Central de lenguas sudanesas); el kikamba [25] y el kikuyu [26] (como representantes de las lenguas bantúes del Norte en este estadio). Los vocabularios de que disponemos son la mayoría de las veces muy reducidos, y quizá en parte por esta razón, y en parte por la diferencia del número de palabras de una lengua a

otra son grandes; pero las cifras promediadas ocupan su sitio en nuestra tabla.

A nuestro segundo estadio en el Tercer Grado Agrícola lo llamamos (A3-2), o el de los Códigos Primitivos. Está representado en el Occidente de Europa por las tribus germánicas cuando se asentaron por primera vez en el territorio del desaparecido imperio romano, así los anglosajones del 60 al 900 d. c. En Africa está representado por las avanzadas meridionales del mundo bantú, tal como estaban al principio de este siglo, incluyendo los pueblos nguni del sureste de Africa. El poder de la realeza ha crecido, y las clases sociales proliferan. Como estos pueblos están en general más asentados en su territorio y sus jefes son también administradores de la tierra de la que todos viven, aparece un incipiente feudalismo. Las tribus empezaron a agruparse en naciones que poco a poco aumentan de tamaño. El matrimonio por compra de la novia está todavía en su apogeo. El incentivo de la religión crece. Considerado desde el punto de vista legal, esta fase es el de pueblos en los que aparecen los primeros testimonios de legislación —es decir, el proceso de modificar la ley conscientemente. Las sanciones impuestas por los tribunales por cada uno de los principales delitos civiles (que siguen siendo los mismos de antes) consisten todavía en la mayor parte de los sitios en el pago de un número determinado de cabezas de ganado, pero un cierto tipo de moneda empieza a sustituirlo. Hay un gran aumento del número de leyes relacionadas con el robo.

Para representar a los pueblos que se hallan en este estadio vamos a tomar las lenguas de tres pueblos bantúes muy diferentes. El más atrasado de éstos es el zulú [27] del sureste de Africa. Dirigiéndonos hacia el Oeste y el Norte encontramos a los herero [28] del sureste de Africa, y los mayombe [29] cerca de la costa occidental en la orilla derecha del Loango. Estos últimos están ya al final del estadio, que es el mismo punto de desarrollo que refleja en Europa nuestro diccionario de inglés antiguo.

Nuestro próximo estadio es el de los Códigos Centrales o Grado A3-3. Es el estadio de los comienzos de la civilización. En Europa Occidental nuestra historia continúa en orden cronológico, y esta fase está representada por el inglés del año 900 hasta 1100. En Africa nos erigimos desde los bordes nordeste y sureste del mundo bantú hacia el centro y el oeste del continente, y esta fase está representada por un elevadísimo número de pueblos bantúes de Africa Central, y la mayoría de los pueblos del Congo [30]. El antiguo Imperio Hitita [31] estaba en la misma fase de desarrollo.



Los pueblos se van haciendo más sedentarios y la agricultura más intensiva, y la densidad de población consiguientemente aumenta. Las aldeas crecen pero son todavía muy pequeñas. La aldea por término medio contiene probablemente unas 20 familias, pero hay ahora unas cuantas ciudades en crecimiento. Londres en 1086 tiene una población de unos 12.000 habitantes. Ciudades quiere decir mercados, que ahora empiezan a organizarse. La población del reino inglés en 1086 es aproximadamente de 1.500.000 habitantes, y muchas de las naciones citadas cuentan con más de 100.000 personas. El número y autoridad de los nobles terratenientes locales aumenta; el poder de la religión y las órdenes religiosas sigue creciendo. Al final del período el feudalismo alcanza su plenitud. En términos jurídicos este estadio se define como una fase en que la sanción por homicidio deja de ser pecuniaria y empieza ahora a ser personal, y normalmente consiste en la entrega a los familiares del asesinado de un número determinado de personas que ocupen su lugar. Seleccionamos, como lenguas representativas de estos pueblos, la lengua sudanesa de los azande [32] en Africa Central, y dos lenguas bantúes de la misma región, el bulubalulua [33] y el congolés [34].

Nuestro próximo estadio —el último estadio del Tercer Código Agrícola— es el de los Códigos tardíos o (A3-4). Es en el que nacen todas las grandes civilizaciones y creencias religiosas del hombre. En Inglaterra está representado por el período que va del 1100 al 1300. Es la fase de progreso en que se encontraban la mayoría de las naciones de Africa Occidental al principio del presente siglo, y de la mayor parte de las civilizaciones del mundo antiguo desde las primeras noticias que tenemos de ellas

—los sumerios al final del tercer milenio, los babilonios y egipcios del año 2000, los asirios del Período Medio de 1400. En la frontera de ese mundo los hebreos de los reinos de Israel y de Judea estaban en una etapa equivalente entre el año 900 y el 600, y lo mismo los atenienses de los tiempos de Dracón (hacia el 620) y los romanos de la época de las Doce Tablas.

El «ritmo» del cambio sigue acelerándose como sucedía desde el principio de nuestro recorrido histórico. Hay un gran incremento de población en estas naciones e imperios. El reino de inglaterra hacia 1300 cuenta con unas 3.500.000 almas, y hay muchas naciones de tantos o más habitantes. La densidad de población y el tamaño de ciudades y aldeas crece. En la mayoría de los países la población media de una aldea es de 300 personas. Se da un gran aumento en la especialización industrial y en el número y tamaño de los mercados. Se encuentran por todas partes gremios de comerciantes y artesanos. A partir de la mitad de este período hay un mercado de tierras. Las artes, sobre todo las relacionadas con la construcción, entran en su estado de madurez. El uso de la escritura, hasta ahora privativo de los sacerdotes, es ahora función de un grupo distinto, el de los escribas próximo a las órdenes eclesiásticas; aparecen escuelas para laicos. El feudalismo se encuentra en su plenitud pero empieza a declinar. Se inicia la decadencia del matrimonio por compra de la novia, y en su lugar cobra importancia la dote entregada por el padre de la novia. En términos jurídicos el comienzo de este período puede definirse como el punto en que la pena por homicidio premeditado se hace capital. Al final de este Tercer Grado Agrícola las cuatro ofensas principales homicidio premeditado, lesiones, adulterio y robo se han convertido en delitos criminales.

Podemos tomar como lenguas representativas de esta fase económica la de los baganda [35] del este de Africa (que pertenecen al comienzo de esta fase), el hausa [36] (que se habla al Norte de Nigeria), el bini [37] (la lengua del pueblo edo de Nigeria del Sur), y el suahili [38] (del Este de Africa), lengua un tanto difícil de situar, porque teniendo su origen como lengua de Zanzíbar, el comercio la ha extendido



por todas partes como «lengua franca» hablada entre pueblos mucho menos avanzados. Como última lengua, y no la menos importante, podemos tomar el hebreo [39] del Antiguo Testamento.

Las épocas que siguen a la de los Códigos Tardíos pueden dividirse sumariamente en dos períodos, uno que llega hasta el comienzo de la Revolución Industrial (que podemos llamar Epoca Pre-Industrial) y otro que la rabasa y que nunca alcanzaron Grecia y Roma, al que se puede llamar la Epoca Industrial. Los procesos de cambio, que hemos presenciado, continúan a un paso cada vez más rápido. La población de las ciudades alcanza cifras de millones, y la de los Estados e Imperios y comunidades lingüísticas de cientos de millones. El poder del gobierno central es cada vez mayor, mientras que en contraste la familia se debilita y el clan desaparece. La especialización de oficios y profesiones se hace cada vez más intensa. Podemos tomar el inglés medio como índice de la Inglaterra de hacia 1400. Con el inglés de Shakespeare podemos comparar los vocabularios griegos [40] y latinos [41]. Ambos tienen un carácter especial, ya que ninguno representa una lengua hablada en un tiempo preciso. El diccionario de griego cubre en cierta manera un período de casi dos mil quinientos años desde Homero hasta la conquista de Constantinopla por los turcos. El latín abarca una época de más de ochocientos años desde Ennio y Plauto hasta Fortunato y San Isidoro. De aquí que estos vocabularios sean excepcionalmente copiosos.

La tabla completa es entonces como sigue:

| *Lenguaje* | *Grupo de lenguas* | *Area* | *Número de palabras* | *Verbos* | *Nombres* | *Adjs.* | *Advbs.* | *Prons.* | *Preps.* | *Conjs.* | *Interjs.* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | | GRADO A1 Y CAZADORES PRIMITIVOS | | | | | | | | |
| Pies Negros (C2) | Algonquín (Grupo Pies negros) | N. América (Llanuras del Norte) | 4.500 | 53 | 32 | 7 | 7 | 0 | 1 | 0 | 0 |
| Natick (A1) | Algonquín (Grupo central) | N. Am. (Massachusetts) | 3.000 | 48 | 34 | 8 | 9 | 0 | 1 | 0 | 0 |
| Choctaw (A1-A2) | Muskhoqeano | N. Amér. (S.E.) | 10.000 | 47 | 36 | 12 | 4 | 1 | 0 | 0 | 0 |
| | | *Promedio:* | 5.800 | 49,3 | 34 | 9 | 6,7 | | | | |
| | | | GRADO A2-1 | | | | | | | | |
| Bugotu | Malayo-polinesio | Melanesia | 2.750 | 53 | 33 | 6 | 4 | 2 | 1 | 0 | 1 |
| Sa'a y Ulawa | » | » | 7.750 | 52 | 34 | 4 | 5 | 4 | 1 | 0 | 0 |
| Duque de York | » | » | 3.900 | 41 | 37 | 14 | 4 | 2 | 2 | 0 | 1 |
| Motá | » | » | 5.750 | 40 | 44 | 11 | 3 | 1 | 0 | 0 | 1 |
| | | *Promedio:* | 5.000 | 46,5 | 37 | 8,75 | 4 | | | | |
| | | | GRADO A2-2 | | | | | | | | |
| Fiji | Malayo-polinesio | Melanesia-Polinesia | 4.500 | 39 | 35 | 20 | 2 | 3 | 1 | 1 | 0 |
| Tonga | » | Polinesia | 7.800 | 48 | 26 | 19 | 3 | 1 | 1 | 1 | 1 |
| Samoa | » | » | 13.000 | 46 | 37 | 11 | 3 | 2 | 0 | 1 | 0 |
| Hawaii | » | » | 15.000 | 40 | 43 | 16 | 1 | 0 | 0 | 0 | 1 |
| Maorí | » | » | 8.000 | 34 | 46 | 15 | 2 | 2 | 0 | 0 | 1 |
| | | *Promedio:* | 9.700 | 41,4 | 37,4 | 16,2 | 2,2 | | | | |



| *Lenguaje* | *Grupo de lenguas* | *Area* | *Número de palabras* | *Verbos* | *Nombres* | *Adjs.* | *Advbs.* | *Prons.* | *Preps.* | *Conjs.* | *Interjs.* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | | GRADO A3-1 | | | | | | | | |
| Dinka | Sudanés (Nilota) | N. E. Africa | 2.500 | 44 | 36 | 12 | 3 | 2 | 1 | 0 | 0 |
| Shilluk | » | » | 2.500 | 44 | 47 | 4 | 3 | 1 | 0 | 0 | 0 |
| Lango | » | E. Africa | 3.100 | 32 | 58 | 4 | 3 | 1 | 0 | 0 | 0 |
| Kikuyu | Bantú | » | 6.500 | 42 | 53 | 3 | 1 | 1 | 0 | 0 | 0 |
| Kamba | » | » | 6.000 | 33 | 61 | 3 | 2 | 1 | 0 | 0 | 0 |
| | | *Promedio:* | | 39 | | | 2,4 | | | | |
| | | | GRADO A3-2 - CÓDIGOS TEMPRANOS | | | | | | | | |
| Zulú | Bantú | S. E. Africa | 12.500 | 45 | 49 | 2 | 2 | 1 | 0 | 0 | 1 |
| Herero | » | S. O. Africa | 5.500 | 40 | 50 | 3 | 2 | 2 | 1 | 0,5 | 0,5 |
| Mayombe | » | O. Africa | 8.750 | 40 | 53 | 4 | 1 | 0 | 1 | 0 | 1 |
| Inglés antiguo | Indoeuropeo | Inglaterra | 14.500 | 30 | 46 | 16 | 5 | 1 | 1 | 0 | 0 |
| | | *Promedio:* | 10.300 | 38,75 | | | 2,5 | | | | |
| | | | GRADO A3-3 - CÓDIGOS INTERMEDIOS | | | | | | | | |
| Azande | Sudanés | Africa Central | 3.750 | 34 | 50 | 13 | 3 | 1 | 0 | 0 | 0 |
| Buluba-Lulúa | Bantú | » | 3.000 | 44 | 48 | 3 | 3 | 1 | 0 | 0 | 0 |
| Congolés | » | » | 10.750 | 36 | 54 | 4 | 2 | 2 | 0 | 1 | 1 |
| | | *Promedio:* | 5.800 | 38 | | | 2,7 | | | | |

| *Lenguaje* | *Grupo de lenguas* | *Area* | *Número de palabras* | *Verbos* | *Nombres* | *Adjs.* | *Advbs.* | *Prons.* | *Preps.* | *Conjs.* | *Interjs.* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | GRADO A3-4 - CÓDIGOS TARDÍOS (Inglaterra siglo XII) | | | | | | | | | |
| Ganda | Bantú | E. Africa | 6.300 | 44 | 49 | 2 | 2 | 2 | 0 | 0 | 1 |
| Hausa | Sudanés | O. Africa | 17.500 | 29 | 60 | 5 | 5 | 1 | 0 | 0 | 0 |
| Bini | » | S. Nigeria | 3.000 | 33 | 57 | 6 | 3 | 1 | 0 | 0 | 0 |
| Hebreo (A. T.) | Semítico | Palestina | 6.000 | 29 | 57 | 9 | 2 | 1 | 1 | 0 | 1 |
| Sauhili | Bantú | E. Africa | 13.500 | 31 | 60 | 5 | 2 | 0,5 | 0,5 | 0,5 | 0,5 |
| | | *Promedio:* | 9.200 | 33,2 | | | 2,8 | | | | |
| | | INGLATERRA 1400 | | | | | | | | | |
| Inglés medio | Indoeuropeo | Inglaterra | 10.000 | 29 | 47 | 16 | 5,6 | 1 | 1 | 0 | 0 |
| | | INGLATERRA 1600-1700 | | | | | | | | | |
| Inglés de Shakespeare | Indoeuropeo | Inglaterra | 14.440 | 25,5 | 48 | 19 | 6,6 | 0 | 1 | 0 | 0 |
| Griego | » | Grecia | 101.250 | 30 | 36 | 29 | 4 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| Latín | » | Roma y su Imperio | 42.500 | 18 | 45 | 25 | 10 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| | | *Promedio:* | 52.700 | 24,5 | | | 6,5 | | | | |



| *Lenguaje* | *Grupo de lenguas* | *Area* | *Número de palabras* | *Verbos* | *Nombres* | *Adjs.* | *Advbs.* | *Prons.* | *Prep.* | *Conjs.* | *Interjs.* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | INGLATERRA 1790 | | | | | | | | | |
| Inglés (Diccionario del doctor Johnson) | Indoeuropeo | Inglaterra | 41.000 | 21 | 50 | 22 | 7 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| | | INGLATERRA 1844 | | | | | | | | | |
| Inglés (Diccionario de Charles Richardson) | Indoeuropeo | Inglaterra | 48.300 | 18 | 52 | 23,5 | 7 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| | | INGLATERRA 1900 | | | | | | | | | |
| Inglés (Diccionario de la edit. Collins) | Indoeuropeo | Inglaterra | 63.000 | 14 | 54 | 25 | 7 | 0 | 0 | 0 | 0 |

Antes de examinar estos resultados hay que señalar algunas dificultades especiales con que tropezamos al comparar el vocabulario de una lengua con el de otra, sobre todo si son lenguas que pertenecen a distintas familias.

En primer lugar el hombre puede expresarse de mil maneras. Es probable que en todas las lenguas puedan encontrarse verbos, nombres, adjetivos y adverbios, pronombres, unas cuantas conjunciones, e interjecciones; y en la mayoría de las lenguas, preposiciones. Pero a diversas lenguas y familias de lenguas les gusta o les disgusta una parte determinada de la oración y tienden a usar otra en su lugar. Por ejemplo, incluso entre las lenguas indoeuropeas, el griego antiguo nunco tuvo la predilección por el nombre que otras tuvieron. Continuó, por ejemplo, usando verbos y adjetivos en vez de nombres abstractos, por ejemplo, Γὸ καλόν, «lo bello» (neutro) —en lugar de «belleza». En consecuencia, la proporción de verbos y adjetivos en griego fue en todas sus fases más elevada que en inglés o incluso que en latín. Pero esto no significa que el proceso de cambio en la historia del griego antiguo fuese distinto del que ocurrió en inglés. Mis cálculos del contenido del *Lexicon for Homer* de Crusius [42], y del contenido del *Lexicon of the Greek Literature* de Liddell y Scott, nos permite la siguiente comparación:

| | *Total de palabras* | *Porcentaje de verbos* | *Nombres* | *Adjs.* | *Advbs.* | *Prons.* | *Preps.* | *Conjs.* | *Interjs.* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Homero | 6.750 | 41 | 27 | 23 | 8 | 1 | 0 | 1 | 0 |
| Liddell y Scott | 101.250 | 30 | 36 | 29 | 4 | 0 | 0 | 0 | 0 |

De acuerdo con esto, a pesar de la diferencia entre estas cifras y las de la lengua inglesa, está claro que, en griego, como en inglés el porcentaje de verbos disminuía a la vez que el de nombre y adjetivos aumentaba.

Las lenguas indoeuropeas no son las únicas que han experimentado un desarrollo temprano del adjetivo. También como en ellas, por lo menos, está desarrollado en el



grupo malayo-polinesio, y está bien desarrollado incluso en Australia. Pero hay lenguas, por otra parte, como las semíticas y bantúes, que no tienen predilección por él. El verbo y el nombre todavía siguen ejerciendo la función del adjetivo en la mayoría de los casos— por ejemplo, habrá un verbo distinto para significar 'ser grande', 'ser pequeño', 'ser hermoso'. Los gramáticos árabes, de hecho, no consideraban el adjetivo como parte distinta de la oración: para ellos sólo había nombres, verbos y partículas. En las lenguas semíticas y bantúes los adverbios son aún menos, casi insignificantes en número. En la mayoría de los casos los verbos y nombres todavía realizan la función de un adverbio. Por ejemplo, en hebreo [como en español 'madrugar'] 'levantarse temprano' o 'ir de prisa' es un sólo verbo; y 'él lloró ruidosamente' se dice *bakah qol gadol liter* ['él lloró una gran voz']. Apenas se siente la necesidad de crear el adverbio como una parte distinta de la oración. En consecuencia, en las lenguas bantúes, por ejemplo, la proporción de verbos es elevada. Sin embargo, si nos ceñimos a una sola de estas lenguas y podemos seguir su desarrollo, observaremos los mismos cambios en el porcentaje de las partes de la oración que hemos visto en inglés [43].

En segundo lugar, hay algunas diferencias totalmente fortuitas y superficiales entre los diccionarios de lenguas distintas. Por ejemplo, si imaginamos dos lenguas parecidas en otros aspectos, pero en una el verbo se ha desarrollado mediante la prefijación de una partícula, adverbio o preposición, como en las formas inglesas *outdo,* y en la otra el verbo ha permanecido independiente y el adverbio le sigue, como en las formas inglesas *break out, break off, break up, break down,* entonces el diccionario de la primera lengua mostrará un porcentaje mayor de verbos que la segunda, debido a que en la primera se han añadido los verbos prefijados. Por otra parte, en una lengua semítica el verbo muestra un valor causativo en uno de sus modos, y éste es un rasgo tan regular de la conjugación del verbo que el diccionario sólo registrará un artículo para todo el verbo. Así, en hebreo, de la forma simple del verbo, *qatal* ['él mató']

se forma *hiptil* ['él hizo matar']; pero el diccionario sólo registra como único artículo la forma simple qatal. En cambio, en bantú puede tener o no una forma causativa, y ésta no siempre del mismo tipo. Por consiguiente, el diccionario registrará estas distintas formas en artículos también distintos, y esto resultará en un aumento del porcentaje de verbos en un diccionario bantú si lo comparamos con uno semítico.

Según esto, todo intento de comparar una familia de lenguas con otra tiene que ser tosco e inexacto en métodos y resultados. Pero una vez dicho esto, las diferencias no son más que accidentales. No tenemos más que tomar el término medio de un número suficiente de lenguas, pertenecientes a distintas familias, y todo lo accidental desaparecerá excepto un rasgo: la gran irregularidad en el desarrollo del adjetivo. Algunos gramáticos modernos quisieran incluso abolir el uso de las palabras «adjetivo» y «nombre» en relación con las lenguas de los pueblos más atrasados, y hablar de «formas nominales dependientes e independientes», u otros términos similares. Pero si en cada fase sumamos las cifras de nombres y adjetivos, la regularidad del desarrollo de una fase a otra es absoluta.

La tabla de arriba habla elocuentemente por sí misma. Esboza en tierras y pueblos diversos una historia paralela e idéntica a la que hemos observado en Inglaterra, y sigue los pasos del mismo proceso hacia atrás, en estadios económicos y en el tiempo, hasta el hombre salvaje de finales del período Paleolítico. A medida que el vocabulario se amplía la proporción del verbo disminuye como por una ley inexorable, en gentes que hablan una gran diversidad de lenguas de diferentes familias, desde un porcentaje, en el punto más lejano que podemos alcanzar, de un 50 por 100 del total del vocabulario, a un porcentaje en el año 1900 de un 14 por 100, y en 1958 de probablemente un 10 por 100 o menos. El número de nombres aumenta primero, y luego el de adjetivos. El cambio en el número de adverbios es el más curioso de todos. Observábamos en el lenguaje de Shakespeare que, a medida que íbamos del núcleo de su vocabulario a la



periferia, la proporción de los adverbios disminuía al principio, y luego, en los límites, volvía a crecer [44]. Ahora veremos la misma imagen en términos cronológicos. De las lenguas de norteamérica a las remotas hablas de Melanesia, y luego, de estas a las polinesias parientes suyas, la proporción de adverbios decrece constantemente. En las lenguas sudanesas y bantúes del siguiente estadio permanece casi igual, y a partir de aquí comienza a aumentar lentamente a lo largo de nuestra escala. Entre los pueblos más primitivos los adverbios generalmente se derivan de los verbos. Después del desarrollo del nombre, cierto número de nombres y frases nominales realizan cada vez más la función del adverbio. Pero posteriormente, muy poco después del apogeo más importante del adjetivo, los adverbios (derivados de adjetivos) aumentan considerablemente en número [45]; de manera que, mientras en las lenguas polinesias hay sólo un adverbio por cada 20 verbos, en la Europa Occidental de 1900 la relación ha llegado a ser de un adverbio por cada dos verbos.

En las lenguas norteamericanas, melanesias y polinesias el desarrollo del adjetivo es continuo, pero en las lenguas sudanesas, bantúes y semíticas del Tercer Grado Agrícola no es fácil separar el adjetivo del nombre. Si a pesar de todo sumamos los adjetivos y los nombres —las formas nominales dependientes e independientes— la historia es la misma:

| | *Verbos* | *Nombres y adjetivos* | *Adverbios* |
|---|---|---|---|
| A1 y C2 | 49,3 | 43 | 6,7 |
| A2-1 | 46,5 | 45,75 | 4 |
| A2-2 | 41,4 | 53,6 | 2,2 |
| A3-1 | 39 | 56,2 | 2,4 |
| A3-2 | 38,75 | 55,75 | 2,5 |
| A3-3 | 38 | 57,3 | 2,7 |
| A3-1 | 33,2 | 62 | 2,8 |
| Inglaterra 1400 | 29 | 63 | 5,6 |
| » 1600-1700 | 24,5 | 66,2 | 6,5 |
| » 1790 | 21 | 72 | 7 |
| » 1844 | 18 | 75,5 | 7 |
| » 1900 | 14 | 79 | 7 |

Aunque, como hemos dicho, hay pocos glosarios de las lenguas de los Colectores de Alimentos lo bastante extensos como para permitirnos llegar a cifras exactas de las partes de la oración, es bastante claro, por lo que hemos examinado, que el mismo proceso continúa hacia atrás entre los pueblos de este grado. Las partes de la oración están muy delimitadas, el verbo domina la totalidad, y hay poco material que no sean verbos y nombres. El profesor L. F. Maingard, por ejemplo, observa a propósito del dialecto kumana de los bosquimanos que «aunque en kumana no haya una verdadera línea de demarcación entre lo que llamamos «verbos» y «adverbios», aunque probablemente no haya verdaderos «adjetivos», y aunque el llamado «adverbio de tiempo» pueda analizarse como «nombre», sin embargo, hay «nombres» y «verbos» claros en el verdadero sentido de esos términos. No es posible descubrir un sólo caso en que las dos últimas categorías se confundan una con otra» [46]. La situación es en gran parte la misma en Australia. La distinción entre nombre y verbo en una oración es siempre clara [47].

Es importante añadir a las cifras del cuadro de arriba unas cuantas ilustraciones del espíritu y esencia del lenguaje entre los pueblos más primitivos, donde el porcentaje de verbos guarda el nivel que se ha mencionado. Diversos observadores han señalado la riqueza del verbo en estas lenguas [48]. Driberg observa que «el verbo es la parte más importante de la lengua en lango no sólo por las funciones naturales que le corresponden sino por la riqueza de metáfora y colorido que comunica al lenguaje» [49]. El Reverendo Padre L. M. Spagnolo señala que «el verbo desempeña el papel más importante, por encima de todas las demás partes de la oración, en la gramática bari, no sólo por su función primordial como columna vertebral de la frase, sino también porque es la parte más rica en número de vocablos, da origen a muchas otras palabras (por ejemplo, nombres, adjetivos, adverbios, etc.), y le es posible, debido a un sistema muy complicado de composición, suplir la falta de algunos adverbios o preposiciones» [50]. Muchos autores han destacado el poder del verbo en las lenguas de Norteamérica; cómo domina la



frase [51]; su «inmensa capacidad de hacer compuestos» [52]; cómo puede soldar nuevas combinaciones y «absorbe e incorpora toda clase de elementos» dentro de sí [53]. Un ejemplo de proceso similar puede tomarse de una lengua de un pueblo colector de alimentos, los aranda del Centro de Australia. Mr. T. G. H. Strehlow, que ha vivido con ellos y que está familiarizado con su lengua desde su infancia, nos cuenta cómo un indígena que acecha a un canguro de monte podría decir de él (usando formas desarrolladas del verbo ilkuma, *comer)* ilkutjakalaka (descendía-comiendo), ilkub-ilkutjakalanaka (descendía-lentamente-comiendo-todo-el-rato), ilkuenalalbuka (iba-alejándose-de-nosotros-comiendo-a-lo-largo-de-su-camino), ilkup-ilkuentjalbuka (retrocedió-hacia-nosotros-comiendo-vorazmente-todo-el-tiempo), ilkub-ilkulanaka (aquí-continuó-paciendo-y-padeciendo), ilkutjintilka (pastaba-mientras-caminaba-hacia-arriba), y así sucesivamente.

Pero este copioso desarrollo del verbo se explica por la mente e idiosincrasia del indígena. Es un habla de acciones y movimientos más que de cosas o de cualidades. Tomemos como índice de uno de los más primitivos de los pueblos colectores de alimentos un ejemplo del habla de un andamanés en una típica afirmación de acción [54]. Vamos a dar primero el texto y una típica traducción literal. Notamos su crudeza —sus frases breves, coloquiales, desunidas e imperfectas, la ausencia de conjunciones y de subordinación entre una oración y otra. Pero tiene poco o ningún significado para nosotros fuera de su contexto físico y afectivo:

Ba kichika arla – l'-eate ngo on? Wainga – len do on.
Cuan muchos día - - - pasados tú venir? Mañana en yo venir
Na do reg dele. Kam wai dol. Kam wai do on.
Ahora yo cerdo cazar. Lejos en efecto yo. Lejos en efecto yo venir (ir).
D' – arlog – len ka. Wai do jala - - - - - ke. Reg. – ba.
Mí – tras – de allí. En efecto yo alejar - - hacer. Cerdo-pequeño.
Kam wai do ik on. Wai ka eda otjoi. Do
lejos en efecto yo llevar venir. En efecto allí ellos asaron. Yo
lilti doga - - - - - lat. Reg doga. Do ela

(en la) madrugada grande (cerdo) — para. Cerdo grande. Yo
flecha-de-cerdo
l'igjit - - - - - ke. D' — okanumu - - - kan. Kaich d' - - - arolo.
afilar - - - - - hacer. Yo - - ir - - - - hacer. Venir mí - - detrás.
Do - - - - - ng' - - - - - igdele. D'okotelema ik on. Wai d'a
Yo - - - - tú - - - - cazar. Mí — delante llevar ir. En efecto me
- - - be otjoi - - - - - ka bud-len. Tim roicha — roicha — beringa ke.
- - - para cocinar - - - - estaban cabaña-en. Muy maduro — bueno - -
hacer.
Na do ikpagi - - ke. Ikre ka. Wai eda
Ahora yo varios - - hacer. Cogiendo — estaban. En efecto ellos
ikkenawa.
ladraban

Es en realidad el relato de una caza de cerdo imaginaria, tal como la contó un eremtaga (hombre de la selva) de la tribu Bea para solar de sus amigos. «El narrador se sienta en el suelo, frente a un semicírculo de andamaneses ociosos. Después de un corto silencio se inclina hacia delante agachando la cabeza. De repente se incorpora con ojos brillantes y habla de manera rápida y excitada, actuando como si mantuviera una conversación con otra persona». «¿Dentro de cuántos días volverás?» Entonces, como respondiendo por sí mismo dice: «Volveré mañana. Ahora me voy a cazar un cerdo». Una pausa: «Me voy». Muy de repente: «Tú te quedas aquí». Moviéndose como si se alejara: «Me voy a otro sitio». Chillando como un lechón, con pantomima de dispararle: «No es más que un cochinillo. Lo llevaré a la cabaña». Moviendo los hombros como si lo llevara encima. «Lo asaron allí». Agitando las manos displicentemente para dar a entender que el cerdo no tenía importancia. Pausa. «Empecé de madrugada en pos de uno —un cerdo grande—». Movimientos de las manos para indicar el tamaño del cerdo. A un amigo imaginario: «Afilaré flechas de cerdo para llevarlas conmigo. Ven detrás de mí y cazaremos juntos». Imitación con las manos de un cerdo corriendo, del disparo de flechas, manotazo en el costado izquierdo, gruñidos de varios cerdos heridos, etc. Pausa: «Llévalos delante de mí». Se dirige con pantomimas a otras personas como si fueran los cerdos. «Estaban guisándoles para mí en la cabaña, guisándolos bien». Se anima y comienza otra vez. «Traeré algunos



más». Hace como que escucha. «Ya los tenemos. Los perros están ladrando». Y así durante horas.

He aquí otro pasaje tomado de Portman, menos imitativo, pero tan simple y tosco como el anterior —versión de Portman de la leyenda del fuego en lengua bea.

Tol — l'oko-tima — len Puluga mami — ka. Luratut — la
(Nombre de un sitio) — en Dios durmiendo-estaba. (Nombre de un
pájaro)
chapa tap — nga omo — re. Chapa - - - - la Puluga — la
fuego roba — ndo traer — hizo. Fuego Dios
pugat - - - - - ka. Puluga — la boi — ka. Puluga — la — chapa
quemando — estaba. Dios despierto-estaba. Dios fuego
eni — ka. A ik chapa — lit Luratut l'ot — puga — re.
cogiendo estaba. El cogiendo fuego — por (el pájaro) quem - - - ó.
Jek. Luratut eni — ka. A i — Tarcheker l'ot-pugari-re.
En-seguida. (el pájaro) cogiendo-estaba. El (un pájaro) quem - - - ó.
Wota — Emi — baraij — len Chauga — tabanga oko — dal — re.
Wota — Emi — aldea — en Los — antepasados hicieron - - - hogeras.
Tomolola.
Tomolola.

La versión de Portman es ésta. «Dios estaba durmiendo en Tol-l'okotima. Laratut llegó, robando fuego. El fuego quemó a Dios. Dios se despertó. Dios cogió el fuego. y quemó a Laratut con él. Entonces Laratut cogió (el fuego). Quemó a Tarcheker en la aldea Woti-Emi (donde entonces) los antepasados encendían hogueras. (Los antepasados aludibles eran) los Tomolola».

Vemos claramente que estas diferencias de lenguaje no representan meramente estadios de progreso económico. Representan también estadios del desarrollo intelectual que va unido a ellos. Podemos observar fases paralelas en la lengua de nuestros hijos.

## 5. El origen de los nombres, adjetivos y adverbios en inglés

Parece evidente pues que, dondequiera que miremos, desde los tiempos del hombre salvaje el progreso de la cultura material ha ido acompañado de un aumento del vocabulario (de la lengua), una disminución del porcentaje de verbos, y un aumento primero de los nombres, más tarde de los adjetivos, y después —sobre todo a partir de la mitad de la Era Pre-Industrial— de los adverbios. También está claro que, dondequiera que miremos, aunque las palabras puedan cambiar o quedarse anticuadas y ser reemplazadas por otras, el proceso ha sido, sustancialmente, un incremento del vocabulario de nombres, y luego de adjetivos y adverbios —todos, por así decir, en la periferia de la lengua, porque, en conjunto, cada verbo sigue usándose más frecuentemente que cada nombre, adjetivo o adverbio. Es evidente que la creación de los nombres no ocurrió en un momento determinado, ni la de los adjetivos ni la de los adverbios. El proceso, en los tres casos, se ha desarrollado a lo largo del período que hemos examinado; primero los nombres; más tarde los adjetivos, principalmente a partir del período de los





Códigos Tardíos en adelante, pero en fechas diferentes en las distintas familias de lenguas, y en las diversas «literaturas» orales o escritas; y los adverbios parte en una etapa muy temprana y parte, sobre todo, a partir de la mitad de la Era Pre-Industrial.

Hemos visto que incluso al final del Período Paleolítico había aún un número de verbos igual al de la suma de todas las demás partes de la oración juntas, y dando por sentado que el proceso de cambio continuó invariable en tiempos del hombre salvaje —y es difícil imaginar por qué no había de continuar, o por qué este proceso aparentemente eterno había de cesar entonces— veríamos, si pudiéramos volver la mirada a los comienzos del lenguaje, que los vocabularios decrecen hasta el punto de esfumarse y quedan reducidos a un número insignificante de palabras, cada una de las cuales sería un verbo y a la vez una oración (ya que la comunicación completa es siempre una oración y siempre contiene un verbo). De acuerdo con esto veríamos que tanto el vocabulario como la frase se reducen hasta llegar a un verbo nuclear.

Hemos inferido también que este proceso inacabable de cambio en la proporción de las partes funcionales de la lengua es también el proceso de desarrollo del intelecto. A grandes rasgos, las etapas de este avance son, por orden de aparición, primero la conciencia del movimiento, segundo, la conciencia de los objetos, y en tercer lugar la conciencia, o concepción, de las cualidades. Pero todavía no estamos en condiciones de examinar este progreso de la mente: primero debemos detenernos a examinar las formas de estas partes de la oración que hemos estado considerando. Nos puede servir tanto para corroborar como para explicar las conclusiones alcanzadas hasta ahora.

¿Cómo es que surgieron entonces las palabras de estas nuevas partes de la oración: nombres, adjetivos y adverbios?

Estas palabras nuevas pudieron originarse de dos procedimientos o maneras. En primer lugar, cada una pudo ser una nueva palabra con un nuevo significado, siendo de forma distinta a todas las palabras que ya existieran en

la lengua. Esto, como un fenómeno general en el proceso de desarrollo, es absolutamente inconcebible. Incluso hoy, como norma general sería imposible pues, para ser aceptada por una comunidad, la forma de una palabra tiene, como dijimos, que cumplir unos requisitos y sonar bien al oído de la gente; y su significado debe estar claramente vinculado a ella. Debe sonar como si hubiese nacido para tener ese significado: debe significar lo que su sonido parece sugerir. Pero en aquellos días lejanos de inteligencia tosca y embrutecida, de pocas palabras y cambios lentos, ¿cómo podía una palabra conseguir una aceptación común con un determinado sentido si no había nada en su forma que sugiriese su significado? Y si era de una forma completamente nueva ¿cómo era posible pronunciarla? Por otra parte, si podía ser pronunciada ¿por qué no estaba ya en uso con su significado correspondiente? La otra manera en que podían aparecer nuevas palabras es usando las antiguas con un nuevo significado, relacionado en algún modo con el antiguo, o, bien prescindiendo de estas y usando, al menos, vocablos de forma lo suficientemente similar a los antiguos como para recordar su forma y su significado.

De estos dos procedimientos sólo el segundo es posible. Como dice Bréal: «Hay que descartar por completo (entiéndase bien) la creación *ex nihilo*: la aplicación a nuevos usos de materia transmitida desde épocas pasadas, así es como vemos elaborarse el progreso» [1]. Dwight Whitney dice: «De la invención absoluta de nuevas palabras, el lenguaje, en el curso de su historia documentada sólo presenta raros casos» [2]. Es cierto que las lenguas pueden tener un número de palabras no asociadas en forma o significado con el resto, especialmente los nombres de mercancías o artes importados —como por ejemplo, la palabra *sack* ['saco'] que vino de la antigua civilización del Cercano Oriente y viajó a todas partes con el objeto que designaba [3]. Como norma general de desarrollo, en las lenguas de que tenemos conocimiento no hay prueba de otro procedimiento que el segundo. Hay tantas palabras, en nuestra lengua y en otras, que muestran una afinidad de forma y significado con alguna palabra anterior, que si no



podemos encontrar el origen de una palabra determinada en otra, damos por sentado que tuvo un origen, pero decimos que su etimología es hasta el momento desconocida.

Cuando oímos que una determinada palabra se ha formado no sobre otra palabra sino por un acto consciente e independiente de creación voluntaria, como el químico van Helmont cuando en el siglo XVII inventó la palabra «gas» [4], lo consideramos como algo excepcional y notable. Pero la distinción entre estos dos procedimientos no es una distinción entre la creación consciente de una nueva palabra y la alteración insensible de una palabra y su significado. El segundo procedimiento que hemos mencionado incluye por una parte el cambio gradual insensible (de una palabra) y la creación consciente de una palabra sobre el modelo de la forma y significado de otras. En ambos casos debe haber una afinidad de forma y significado con la palabra antigua, si se quiere que la nueva sea entendida y aceptada, aunque no podemos dar por sentada ninguna creación consciente de este tipo en los primeros días del lenguaje.

Vamos a ilustrar entonces este proceso mediante el cual se crean palabras de las partes nuevas de la oración, tomando una palabra representativa del inglés moderno. Escojamos una palabra familiar al inglés de hoy: *nationalization* ['nacionalización']. Es útil para nuestro propósito porque ha viajado mucho, y lleva en las suelas señales y capas de las tierras que ha recorrido. La raíz actual o núcleo de la palabra, *'na'*, es la parte más antigua de ella. Tiene un valor verbal [5], y significa dar a luz, nacer, engendrar o ser engendrado. Ha sufrido más de un cambio. Vino al inglés del latín, y en el latín de los primeros tiempos su forma era *'gna'* (como lo es todavía en nuestra palabra inglesa «co-gante» (afín) [6]; incluso la «*a*» no era en su origen parte de la raíz. Retrocediendo aún más, en indoeuropeo común, la raíz era *'gen'*, que ha sobrevivido en innumerables palabras del inglés y de otras lenguas indoeuropeas. A través del germánico la palabra *'gen'* se introdujo en el inglés con la forma «Kin» y «Kind»; y del latín vienen, directamente o a través del francés, palabras como *genius, general* y *gender*. Pero en la palabra que

ahora nos ocupa, sólo el sonido «*n*», sobrevive en la raíz «*na*». Mediante la adición del grupo consonántico «*sc*» tomó la forma de un presente, tiempo frecuentativo o continuo: *nascor* («nazco»); hubo una forma reduplicada *na-n-ci-sc-or,* «consigo, obtengo», de la misma manera que en inglés temprano *I get* podía significar *I beget* ['yo engendro'] o *I obtain* ['yo obtengo'].

De esta vaga raíz verbal «*na*» vino, a través de su participio «*natus*», el nombre «*na-tio*» que significaba «parto, nacimiento, progenie, pueblo». Este nombre es la raíz verbal con la adición del sufijo «*-tio*», una de las terminaciones características de nombres latinos de determinado tipo (acusativo «*-alem*»), terminación característica de adjetivos latinos, formando el adjetivo «*nationalem*» («de una nación») aunque esta palabra no aparezca en el vocabulario de la República o del Imperio romanos. De «*nationalem*» se forma entonces el verbo «*nationalize*» (a veces escrito «*nationalise*») (nacionalizar) mediante la adición del sufijo *-ize,* en griego - ιξω, una terminación usada en esta lengua con el fin de convertir, por ejemplo, un adjetivo en verbo. Por último, de este verbo, mediante la adición del mismo sufijo-nombre latino «*-atio*» (*-ationem*) se forma el nombre «*nationalization*» (nacionalización).

La historia de esta palabra, por lo tanto, es que ha sido primero verbo, luego nombre, luego adjetivo, luego verbo, luego nombre. En cualquier momento podemos oír hablar de «*nationalizational schemes*» (proyectos nacionalizacionales) si se tolera la longitud de la palabra, y entonces la historia será verbo, nombre, adjetivo, verbo, nombre, adjetivo. Palabras modernas como «*nationalistic*» (nacionalista) o «*naturalistic*» (naturalista) han recorrido el ciclo dos veces [7]. Palabras del tipo de «*nationalization*» no son raras en inglés moderno [8].

Esta sucesión es muy significativa. Por medio de estas formas, cada una de ellas característica de una parte de la oración, podemos seguir la historia de la palabra y ver, en primer lugar, que en los últimos cuatro mil años aproximadamente han recorrido toda la historia del lenguaje; y en segundo lugar, que esta historia siempre se está repitiendo. La historia del lenguaje (ayudada, por ejemplo, en las lenguas indoeuropeas, por la existencia de cierta sucesión de formas que ha dejado atrás) ha creado en la mente un cauce de asociación de pensamiento y sentimiento por el cual pensamiento y sentimiento pueden seguir fluyendo, de la misma manera que las aguas de un río seguirán fluyendo a lo largo del cauce que el agua anterior ha excavado.



También hemos oído hablar en los últimos años de profesiones y sindicatos que se han organizado nacionalmente («nationally»). En esta palabra «nationally» vemos la historia de la evolución del verbo a nombre, y de éste a adjetivo («national»), y luego a adverbio mediante la adición del sufijo «*-ly*», por el que en inglés moderno la mayoría de los adjetivos se convierten en adverbios. Esta palabra muestra en su forma, como los estratos geológicos en un terreno pequeño, que ha atravesado una historia como la que se ha dado en todas partes. Palabras como ésta son muy numerosas en inglés moderno. Sólo en las lenguas de la época moderna podemos ver tan claramente todo el proceso, ya que en las lenguas más primitivas los adjetivos y adverbios son a menudo muy escasos. Además, en estas lenguas indoeuropeas, en que una palabra normalmente se desarrolla por afijación, la historia puede verse con mucha mayor claridad.

Hay otro desarrollo en inglés moderno que no hemos señalado hasta ahora, y es la aparición de innumerables nombres abstractos. Como el adverbio moderno, vienen detrás del adjetivo, y su verdadero aumento ocurre a partir de la misma fecha que el del adverbio —es decir, a partir de la mitad de la Epoca Pre-Industrial. Casi invariablemente, en inglés como otras lenguas se derivan del adjetivo. El adjetivo expresa la conciencia que tienen el hablante y el oyente de una cualidad: el nombre abstracto da a esa cualidad existencia, personalidad y nombre. Como el adverbio, el nombre abstracto ya es conocido absoluto en época tan temprana como la del inglés antiguo [9], pero hay un gran aumento en los últimos tiempos.

Consideremos ahora de manera más general las diver-

sas partes de la oración en inglés moderno, y veamos cómo se forma la mayoría.

Primero, los nombres. Cuando podemos rastrear su derivación, están formados generalmente a partir de los verbos. Pueden formarse de varias maneras: por ejemplo, añadiendo el sufijo «*-er*» u otros indicadores del agente: de *kill* ['matar'], *killer* ['asesino']; de *count* ['contar'], *counter* ['contador']; de *pose* ['afectar una postura'] *poser* ['afectado']; o añadiendo el sufijo «*-ing*» para formar un nombre verbal —de hecho el participio en «*-ing*» era en su origen un nombre verbal. Luego vienen todos los nombres formados a partir de verbos romances (y a veces verbos germánicos) mediante sufijos romances. Estas palabras son las más modernas, y por lo tanto son en gran parte nombres abstractos: del verbo *judge* ['juzgar'], *judgement* ['juicio']; *decide* ['decidir'], *decisión* ['decisión']; *determine* ['determinar'], *determination* ['determinación']; *break* ['romper'], *breakage* ['ruptura']. Luego hay un gran número de palabras —principalmente, aunque no todas, de origen germánico— que pueden desempeñar la función tanto de verbo como de nombre sin cambiar de forma. Cuando podemos rastrear su origen, la palabra ha sido, en general, un verbo: *to cut* ['cortar'], *a cut* ['un corte']; *to walk* ['pasear'], *a walk* ['un paseo']. Pero hay también un gran número de ejemplos del proceso contrario, en que un verbo se forma a partir de un nombre muy común y familiar: por ejemplo, el nombre de un animal: *dog* ['perro'] *to dog* ['cazar con perro, perseguir'] *hound* ['lebrel, perro de caza'], *to hound* ['cazar con perros, acosar'], *wolf* ['lobo'], *to wolf* ['engullir'] *fox* ['zorro'], *to fox* ['cazar zorros, fingir'], *gull* ['gaviota'], *to gull* ['estafar, timar'], *pigeon* ['palomo'], *to pigeon* ['estafar, engañar']. O el nombre de una parte del cuerpo o prenda de vestir: *finger* ['dedo'], *to finger* ['manosear'], *head* ['cabeza'], *to head* ['encabezar, dirigir'] *foot* ['pie'], *to foot* ['andar, pisar'], *toe* ['dedo del pie'], *to toe* ['ir de puntillas, tocar con la punta del pie'], *hand* ['mano'], *to hand* ['entregar'], *eye* ['ojo'], *to eye* ['mirar'], *elbow* ['codo'], *to elbow* ['dar con el codo'], *button* ['botón'], *to button* ['abrochar'], *coat* ['abrigo'], *to coat* ['cubrir'], *mantle* ['manto'], *to mantle* ['cubrir']. También hay otros casos, por ejemplo, del nombre *battle* ['batalla'], *to battle* ['batallar'] [10]. Aún contados todos estos verbos que eran originalmente nombres no son más que una pequeña minoría entre los verbos. El cambio de nombre a verbo va en contra del devenir histórico y del espíritu del lenguaje; es posible sólo porque el nombre, aunque más reciente que el verbo, es algo muy antiguo, y, aunque por término medio se use más el verbo que el nombre, concretamente estos nombres son muy comunes y familiares.



Veamos ahora los adjetivos. La gran mayoría de ellos están formados a partir de nombres, y en enormes cantidades mediante la adición de sufijos romances y a veces griegos (*-ic, -an, -al, -ous, -ive* y otros), así como germánicos (*-less; -lic,* hoy reducido a *ly,* como en *friendly* ['amistosamente'], *godly* ['divino']; *-like,* del inglés antiguo *ge-lic,* como en *godlike* ['divino, como divino']; *-y,* como en *juicy* ['jugoso']; *-ful,* como en *blissful* ['dichoso']. Pero en inglés moderno, con su gramática analítica, en que la palabra generalmente muestra la función por su posición en la frase y no por variación de forma, hay un procedimiento más sencillo de convertir un nombre en adjetivo, que consiste en ponerlo en el lugar ocupado por el adjetivo en la frase, es decir, inmediatamente delante del nombre al que determina. De esta manera tenemos *flower shop* ['tienda de flores'] (no *floral shop*), *sea urchin* ['erizo de mar'] (no *marine urchin*), etc. No hay límites para la expansión de este proceso. De esta manera dice Darwin en *Origin of Species,* libro 1, cap. 1: *I have never met a pigeon or poultry or duck or rabbit fancier who was not fully convinced that each main breed was descended from a distinct species* ['No he encontrado nunca a un entusiasta de las palomas, de las gallinas, de los patos o de los conejos que no estuviera plenamente convencido de que cada raza principal desciende de una especie diferente']. Entre los nombres usados de esta manera están los nombres verbales, por ejemplo, *driving power* ['fuerza motriz'], *riding boot* ['bota de montar']. Hay pues, en inglés moderno diversas maneras de formar

un adjetivo a partir de un nombre. Podemos decir, por ejemplo, *a cup of gold, a golden cup,* o *a gold cup*: todos tienen el mismo significado ['una copa de oro']. Pero en algunos pocos casos hay adjetivos que también se forman directamente a partir del verbo, especialmente tomando la forma del participio pasivo: *a deserted wife* ['una esposa abandonada'], *a plucked hen* ['una gallina desplumada']; y por analogía (como sucede también en latín) [11] un nombre con el mismo sufijo (*-ed*) puede convertirse en adjetivo: por ejemplo, a *two-handed sword* [literal, 'espada de dos manos', 'mandoble'] (aunque no exista el verbo *to two-hand*), [cfr. esp. alicaído, cariacontecido], *double-breasted* ['cruzado', 'traje'], etc. Y muy frecuentemente se forman adjetivos a partir del verbo mediante la adición del sufijo romance *-able* o *-ible readable* ['legible'], *edible* ['comestible']. Hay pocos casos, si es que hay alguno, del proceso inverso, es decir, de nombres concretos que se formen a partir de adjetivos [12], pero en tiempos relativamente modernos sí se da el proceso a que nos hemos referido de que se desarrollen nombres abstractos a partir del adjetivo, y en la época actual, finalmente, un número reducido de casos en que el mismo adjetivo se convierte en el punto de partida para el desarrollo de un nuevo verbo.

No necesitamos emplear mucho tiempo para hablar del reciente desarrollo del adverbio en inglés. Los pocos adverbios que había en inglés antiguo eran generalmente, como en tantas lenguas primitivas, nombres (por ejemplo, *-maelum* ['a veces']; así *styccemaelum* ['poco a poco, en pedazos, por partes']; *daeges* ['de día'], o adjetivos con el sufijo «*-e*» añadido, por ejemplo, *heard,* con el significado de *hard* ['duro', 'difícil'], adjetivo; *hearde,* adverbio; *freondlic* ['amistoso'], adjetivo; *freonlice,* adverbio; *frecne* ['atrevido, osado'], adjetivo o adverbio. «*Lic*» era un nombre que tenía el sentido de cuerpo 'cadáver', 'forma' (como en el moderno *lych-haus* ['depósito de cadáveres']), y como hemos visto, su uso como sufijo convertía un nombre en adjetivo *freond, freondlic* [13]. En inglés moderno tanto «*-lic*» como «*-lice*» se han reducido a «*-ly*», y el sufijo sobrevive principalmente como un



medio de convertir cualquier adjetivo en adverbio. Además con la desaparición general de la *-e* final átoma en el siglo XV, algunos adjetivos antiguos y adverbios tienen ahora la misma forma, como es usual en alemán moderno (así en inglés *hard* 'duro', 'firme', 'duramente', 'firmemente'; *fast* 'firme', 'rápido', 'firmemente', 'rápidamente'; *sound* 'sensato', 'sana', 'sensata', 'sanamente'). El adverbio no se convierte en adjetivo ni de hecho en ninguna otra parte de la oración: es demasiado nuevo para ello. Como hemos visto, hay en inglés antiguo (como en las lenguas de los pueblos más atrasados) unos cuantos adverbios formados directamente a partir del verbo.

Así pues, resumiendo, podemos ahora decir más categóricamente que en el vocabulario del inglés moderno, los nombres están formados generalmente a partir de verbos, los adjetivos en aplastante mayoría a partir de nombres, y los adverbios prácticamente en todos los casos a partir de los adjetivos, aunque anteriormente los pocos adverbios existentes procedían de verbos y nombres.

## 6. El origen de los nombres, adjetivos y adverbios en las lenguas clásicas

Si nos fijamos ahora en una lengua indoeuropea más antigua e intentamos remontarnos todavía más en el estudio de estos procesos, encontraremos que tienen el mismo carácter pero pueden medirse con mayor precisión, ya que en latín las palabras retienen su función sin importar el orden que tengan en la oración, y la indican mediante su forma. Examinemos entonces el Diccionario de Latín de Lewis y Short, y (aceptando las etimologías de los autores) contemos las palabras y sus orígenes.

De los verbos, aproximadamente 60 por 100 son verbos antiquísimos en los que no podemos rastrear ningún cambio sustancial de forma o significado, o son verbos derivados de otros verbos. La clase a que pertenecen los primeros la llamaremos de *verbos radicales,* porque no pueden derivarse con seguridad de ninguna otra palabra latina, y no pueden dividirse en partes componentes. Entre ellos están muchas de las palabras más comunes de la lengua [1]. Otro 26 por 100 procede de nombres [2]. Estos se usan con mucha menos frecuencia. el 14 por 100 restante son verbos derivados de adjetivos [3]. También son en general palabras poco comunes.





De los nombres, aproximadamente 57 por 100 (los más frecuentes de todos) son derivados de verbos [4], 24 por 100 son derivados de otros nombres [5], y 20 por 100 de adjetivos. Estos últimos son casi todos nombres abstractos y palabras tardías.

De los adjetivos, 72 por 100 son derivados de nombres [6] y 28 por 100 de verbos [7].

Los adverbios son prácticamente todos derivados de adjetivos, pero hay unos cuantos adverbios de larga existencia que se derivan de antiguos verbos muy usuales [8].

Podríamos resumir estos cambios utilizando exactamente las mismas palabras con que resumíamos los cambios en inglés al final del capítulo anterior.

Ahora cabe seguir dos caminos para obtener una imagen aproximada de la constitución del vocabulario antes de que estas transferencias de función hubieran ocurrido. Uno es sustituir cada parte de la oración por las partes de la oración que la precedieron. Calculamos en un capítulo anterior que el Diccionario de Latín de Lewis y Short presentaba las partes de la oración en los siguientes porcentajes:

| *Verbos* | *Nombres* | *Adjs.* | *Advbs.* | *Prons.* | *Preps.* | *Conjs.* | *Interjs.* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 18 | 45 | 25 | 10 | 0 | 0 | 0 | 0 |

Sustituyamos ahora la cifra de cada parte de la oración por las partes de la oración de que deriva. Así, sustituimos el 18 por 100 de verbos por 60 por 100 de verbos (es decir, 11), 26 por 100 de nombres (5) y 14 por 100 de adjetivos (2); los 45 nombres los sustituimos por 57 por 100 de verbos (25), 24 por 100 de nombres (11) y 20 por 100 de adjetivos (9); los 25 adjetivos por 72 por 100 de nombres (18) y 28 por 100 de verbos (7); y los 10 adverbios por 9 de adjetivos y 1 verbo.

Las proporciones de las partes de la oración se transforman entonces de esta manera [9]:

| *Verbos* | *Nombres* | *Adjetivos y adverbios* |
|---|---|---|
| 44 | 34 | 21 |

Estas cifras muestran un gran aumento en la proporción de los verbos. Pero la proporción queda subestimada aquí, pues muchas de las palabras que aparecen en el diccionario han sufrido más de un cambio de función. Por ejemplo, una palabra como *continuare* ['continuar'] viene del adjetivo «continuus», y de éste no hemos pasado. Pero «continuus» viene del verbo «contineo» ( y este a su vez, del verbo radical «teneo»). Si continuáramos con este proceso de sustitución, la proporción de verbos sería mayor, y la de los nombres y especialmente la de los adjetivos y adverbios menor. Pero las cifras de arriba indican suficientemente el carácter de los vastos cambios sufridos por la lengua latina, o el dialecto indoeuropeo que la precedió, en los siglos o milenios anteriores al 200 antes J. C.

Otra manera de rastear el camino que ha seguido el lenguaje consiste simplemente en reunir todas las raíces de todas las partes de la oración que aparecen en el Diccionario —es decir, todas las palabras que no pueden con seguridad derivarse de otras palabras latinas, y que no pueden dividirse. Hay aproximadamente 775 de éstas. Son palabras muy cortas, y son del tipo CVCV, CCVV, CVV, CV, VCCV, CCV, VCV o V (C significa cualquier consonante y V cualquier vocal). Pero no menos del 86 por 100 de estas palabras son de una forma: CVCV [10] —hecho al que a menudo tendremos ocasión de volver— e incluso del 16 por 100 restante la mitad es decir el 18 por 100 son de la forma VCV, lo que nos hace suponer que la consonante inicial de CVCV haya caído. Los 6 tipos restantes constituyen entre ellos sólo el 6 por 100 del total. Las partes principales de la oración están representadas en las palabras radicales por los siguientes porcentajes:



| *Verbos* | *Nombres* | *Adjetivos y adverbios* |
|---|---|---|
| 46 | 37 | 14 |

Estas cifras no son muy distintas de las que sugería nuestro primer examen, y perfilan la imagen general ya esbozada. Están muy cerca de las que dimos en nuestras tablas de la página 62 que representaban a los pueblos del Grado A2-1. En muchos otros terrenos es posible que los hablantes del indoeuropeo común no estuvieran avanzados —es decir, que eran pastores u horticultores primitivos. Los indoeuropeos más atrasados que conocemos hasta ahora son los Germanos del tiempo de Tácito tal como los describe en su Germania y solamente estaban en el Grado A3-1 todavía.

No necesitamos examinar de la misma manera el curso de la historia de los demás dialectos indoeuropeos. Hace muchos siglos, Panini y otros gramáticos indios, al estudiar con celo el sánscrito de su literatura sagrada, reconocieron en el vocabulario un número de raíces sobre el que ese vocabulario parecía estar formado. El número de estas raíces pensaron ellos que era 1706 [11], la inmensa mayoría tenía significado verbal, y dedujeron que su lengua tenía su origen en los verbos. Luego cuando a fines del siglo XVIII, se difundió el conocimiento del sánscrito en Occidente, y se descubrió que el griego, el latín, el gótico, el eslavo, el celta, el sánscrito y otras lenguas no eran más que dialectos de una lengua antigua, de la que habían ido apartándose cada vez más, una serie de investigadores intentó estudiar esa lengua a través de los elementos comunes encontrados en sus descendientes. Usaron, por lo tanto, el método empleado por los biólogos, que intentan averiguar las características de una especie anterior extinguida a partir de los rasgos comunes de los distintos descendientes. Al hacerlo así, estos lingüistas llegaron a dos conclusiones: la primera, que en toda lengua hay un número de «raíces» —es decir, partes de palabras existentes— cada una de las cuales se encuentra también formando parte de muchas otras palabras de la misma

lengua. Había inevitablemente alguna disparidad en los resultados conseguidos por diferentes investigaciones, que pueden resumirse diciendo que las raíces que encontraron sumaban varios centenares —unas 800, más o menos— y aparte de un número insignificante pero compacto de raíces con significados pronominales (que constituían poco más de un 1 por 100 del total), todas ellas tenían significado verbal, y ninguna lo tenía de nombres o adjetivos. Las formas de estas raíces eran esencialmente las mismas que las de las palabras radicales que hemos encontrado en el diccionario de latín. Una o dos eran de la forma V (como *i* = *ir*). Una o dos eran de la forma CV (como *da*, ['dar'], latín *da*, griego *do*. Una o dos eran de la forma CVC, como *gen* (o *gan*), ['dar a luz'], *ker* (o *kar*), ['cortar'], *mer* (o *mar*), ['romper', 'dividir']; *per* o *par*, ['atravesar', 'separar'] [12]. Pensaron que todas estas raíces eran originariamente palabras reales y distintas [13], y databan de un momento en el crecimiento del lenguaje en que esa marcada distinción que hacemos entre las diferentes partes de la oración no se había consolidado [14], en que la función de dichas partes no estaba diferenciada y no había surgido todavía la gramática [15]. Observaron que estas palabras contenían siempre una vocal breve [16], especialmente la vocal «a». Por lo tanto, aunque estas raíces —excepto unos cuantos pronombres— tenían claramente un significado verbal, probablemente pocos de estos investigadores pensaron que se habían originado como verbos. Las consideraron como palabras completas que tenían significados verbales, pero que se anticipaban a la aparición de verbos, nombres o adjetivos.

Pero alrededor del año 1880 hubo una revolución en el pensamiento lingüístico, y no podemos dejar este tema sin mencionarla. En Alemania y otras partes del Continente se hicieron varios descubrimientos que ponían de relieve el hecho de que, independientemente del significado o la función de las palabras, los sonidos tienen, unos con respecto a otros, una relación funcional y una historia o la función de las palabras, los sonidos tienen, unos con el habla se disponen a producir un sonido lingüístico determinado, esa «disposición» de los órganos de la función



tiende a influir en la producción del sonido siguiente o precedente, que por lo tanto cambia. Así, el sonido *ka* puede ser relativamente invariable, porque tanto la vocal *a* como la consonante *k* se pronuncian más o menos en la parte de atrás de la garganta. Pero si la vocal es *č* o *i* (donde la lengua se acerca al prepaladar, justo detrás de los alveolos), la *k* tiende también, para mayor facilidad, a pronunciarse en la misma área, entre la lengua y el paladar duro, y consecuentemente la disposición de los órganos necesaria para producir la *e* o la *i* tiende a cambiar la *k* en *ch*. De la misma manera *ge* o *gi* (pron. *gue, gui*) tenderán a convertirse en *ye* o *yi*. Esta «ley palatal» ayudó a mostrar que la vocal «a», tan común en los escritos sánscritos, anteriormente había sido en algunos casos «e» (como sucedía en griego). Se vio también que el énfasis o el acento que recae sobre un sonido, o su ausencia, afecta a la forma de ese sonido y de los sonidos vecinos. En fin, había una actuación «ciega» de las leyes fonéticas, independiente del significado o la historia de las palabras. El resultado de estas afirmaciones fue que en algunos sectores hubo una profunda reacción contra los puntos de vista de estos precursores. La escuela de los *Junggrammatiker* ['Neogramáticos'], afirmaba que todo se explicaba por leyes fonéticas. Es asombroso ver ahora la influencia que tuvieron en Inglaterra, como en todas partes. Por ejemplo, Sayce, profesor de Asiriología en Oxford y docto lingüista, en el prefacio a la segunda edición de su *Introduction to the Science of Language* (1883), anuncia el «destronamiento del sánscrito» [17], recoge alegremente una frase de Fick [18] acerca del «vacío alboroto de raíces y sufijos», y afirma que debe desaparecer con la influencia de los gramáticos indios. «En pocas palabras», dice, «el verbo ario era en su origen un nombre, tal como lo es todavía en muchas lenguas del mundo» [19]. Es cierto que cuando dice «nombre» quiere decir nombre verbal, es decir, el nombre de una acción, no el nombre de un objeto; pero la afirmación suena de manera extraña a la luz de los hechos expuestos en los capítulos anteriores de este libro.

Estas raíces, dice Sayce, siguiendo a sus mentores del Continente, nunca pueden haber sido palabras. Muchas

de ellas, por ejemplo, requieren la adición de vocales para hacerlas articuladas [20]. Además, algunas de estas raíces son de forma idéntica a otras raíces, pero tienen significados diferentes —por ejemplo, hay una raíz indoeuropea *kar* ['cortar'] y *kar* ['crear'], y esto hace todavía menos probable que ellas fueran alguna vez verdaderas palabras. Como no son más que esqueletos, los significados de estas raíces son vagos (dar a luz, ir, estar de pie, etc.), y es imposible suponer que el lenguaje consistiera alguna vez en nada más que esto. Es cierto que esencialmente todas ellas son verbales en su significado, pero esto se debe solamente a que también los verbos tienen un significado vago y general. Por último, las «raíces» no tienen que ser necesariamente de gran antigüedad: una raíz puede empezar a existir en cualquier momento del desarrollo de una lengua. Como señaló Bréal, si tomamos las palabras francesas *rouler, roulement, roulage, roulier, rouleau, roulette, roulis,* podemos decir con razón que contienen la raíz común «*roule*», que tiene un significado verbal 'rodar', 'enrrollar'. Pero sabemos que *rouler* se deriva del nombre latino *rotula* ['rueda pequeña'].

No necesitamos seguir adelante en la exposición de los argumentos de estos dos puntos de vista opuestos. Se han reconocido errores en los dos lados. Estos precursores estaban equivocados en algunos aspectos, pero habían avanzado por el buen camino, aunque no lo suficiente. Los investigadores posteriores hicieron grandes avances en otras direcciones pero se desviaron de este camino, y en consecuencia, a partir de 1880, ha habido pocos progresos en la búsqueda de los orígenes del lenguaje. Ahora, en cambio, si consideramos el asunto amplia y prácticamente a la luz de lo que hemos aprendido acerca de la historia del lenguaje en los capítulos precedentes de este libro, no es difícil valorar la verdadera naturaleza e importancia de las «raíces».

A medida que los pueblos del mundo avanzan hacia la civilización, el uso que hacen y la conciencia que tienen de su ambiente y de sí mismos se hace más intenso y detallado, y cada comunidad lingüística se hace mucho mayor, y más variada, especializada y compleja en su



constitución. Por lo tanto, sus comunicaciones aumentan en número y precisión, y su vocabulario crece. En los primeros días del lenguaje el crecimiento es infinitamente pequeño: el paso se va haciendo cada vez más rápido, y cuando se llega a la época moderna la velocidad es vertiginosa. Pero ¿gracias a qué medio formal puede el número de palabras de una lengua aumentar de tal manera que desde menos de 10.000 palabras en la mayoría de los pueblos del Grado A2(1) se llegue a más de 150.000 en inglés moderno?

En primer lugar, puede haber una variación y diferenciación crecientes de las vocales —además de *bad,* por ejemplo, podemos tener *bid, bed, bead, bud* *. Pero eso no nos llevará lejos. Las vocales son comparativamente pocas e inestables y sus fronteras mal delimitadas. De hecho, tal variación y diferenciación ya había ocurrido en gran parte antes de que el vocabulario llegase al número de 10.000. En segundo lugar, puede haber una variación y diferenciación crecientes en las consonantes. También eso había ocurrido ya, y no nos llevará mucho más lejos. De hecho, el número de consonantes distintas en muchas lenguas de los pueblos menos avanzados es ya muy grande y no aumenta en las lenguas que conocemos. Al contrario, tiende a disminuir. Quedan otras tres posibilidades. Una es aumentar el número de significados de cada palabra. Este procedimiento, desde luego, ha sido empleado con mucha frecuencia, pero no tiene relación con la pregunta que ahora nos hacemos, que es: ¿cómo aumentaron los vocabularios de menos de 10.000 palabras a más de 150.000? En algunas lenguas, pocas, se ha conseguido un incremento de vocabulario por modulación del tono, y así, en varias lenguas sudanesas occidentales, chino-tibetanas y bosquimanas, en que la mayor parte de las palabras son monosílabos, cada palabra adquiere un significado distinto, según el tono en que se pronuncie —por ejemplo, puede ser un tono alto o bajo, ascendente o descendente. A medida que el lenguaje se

* Inglés: «malo», «ofrecer», «cama», «cuenta», «capullo», respectivamente. (*N. del T.*)

desarrolla, el número de tonos puede aumentar, de manera que, por ejemplo, en chino, en los últimos dos mil años, mientras las palabras siguen siendo monosílabos y siguen siendo todavía unos cuantos centenares, el número de tonos ha aumentado continuamente, hasta que en cantonés moderno ha llegado a nueve. En la lengua ewe sólo ha aumentado hasta cinco. Pero la mayoría de las lenguas —por ejemplo, las indoeuropeas, semíticas y bantúes— no son en este sentido lenguas tono-distintivas. Queda un método primordial: para aumentar el vocabulario de una lengua hay que aumentar la longitud de las palabras. En teoría, doblando la longitud de todas las palabras de una lengua, el número posible se eleva al cuadrado. El inglés, que ofrece una historia tan larga en la escala temporal del progreso económico, nos brinda un testimonio inconfundible de este proceso. Aquí, en cualquier párrafo de inglés moderno puede verse el antiguo germánico de monosílabos y bisílabos [21] codo con codo al lado de vocabulario posterior romance de palabras más largas; y puede verse el mismo proceso en marcha en los vocabularios de otras lenguas arias, antiguas y modernas, a medida que aumentaba el grado de civilización de sus hablantes [22].

Pero, como hemos visto, estas palabras más largas añadidas después, constituyen un porcentaje de verbos muy pequeño y en disminución. Son ellas, por lo general, noverbos añadidos a un vocabulario de verbos. Así, vimos en el vocabulario latino —y lo veríamos en cualquier otra lengua indoeuropea— que entre las palabras más cortas es donde la proporción de verbos es más alta. La forma de estas palabras nuevas y más largas se deriva principalmente de la de los verbos: los nombres sobre todo derivan directamente de los verbos; los adjetivos principalmente de los verbos a través de los nombres, pero también directamente de los verbos; y los adverbios, al principio de verbos, luego de nombres y en último término de adjetivos. La razón por la que la forma de las palabras nuevas y más largas se deriva de los verbos es que, a fin de ser comprendidas en su nuevo significado, deben tener una forma lo suficientemente semejante a la



de las palabras antiguas como para sugerir el nuevo significado. Deben contener, por lo tanto, la antigua palabra entera o una parte claramente identificable de ella que tenga el mismo significado. Ya se verá, después de examinarlas, que contienen con más frecuencia la palabra antigua entera. Porque, en primer lugar, cualquier parte de la palabra antigua —si puede pronunciarse y tiene materia suficiente como para formar una palabra— tendrá existencia ya, por lo común, como una palabra independiente con un significado diferente. En segundo lugar, en todos los casos en que el proceso de desarrollo consista simplemente en que la palabra antigua adquiera un nuevo significado de modo insensible, la forma seguirá siendo la misma; y esto es cierto en una gran cantidad de casos. De hecho, probablemente era cierto en todos los casos en los primeros días del lenguaje, y no podemos suponer que en aquel tiempo los hombres, cuya conciencia del medio ambiente y de sí mismos era vaga y superficial, fuesen capaces de la creación consciente de palabras de forma nueva con nuevos significados. Por otra parte, incluso en épocas posteriores, cualquiera que fuese el punto en que se encontrara el proceso de desarrollo léxico mediante la combinación de palabras existentes, el nuevo compuesto contendría, por lo general —al menos hasta que se hiciese lo suficientemente familiar como para poderse comprender como mero ensamblaje en forma reducida— cada una de las palabras antiguas entera [23]. Pero cuando la nueva palabra contiene sólo parte y no toda la palabra antigua, como norma conservará las consonantes y no las vocales [24], ya que las vocales son inestables, y no se reconoce tan fácilmente una palabra por sus vocales como por sus consonantes. Reconocemos *bid* ['ofrezco'] y *bade* ['ofrecí'], o *sing* ['canto'], *sang* ['canté'], *sung* ['cantado'] y *song* ['canción'] como palabras que tienen una conexión entre sí. Dado un contexto suficiente en una oración inglesa podríamos suplir sin gran dificultad las vocales en «b-d» o «s-ng». Pero ninguna agrupación formada exclusivamente a base de vocales sugerirá las consonantes de una palabra. Si de hecho —como ya apuntaremos— las vocales de las primeras palabras

eran sustancialmente las mismas, no había posibilidad de que una palabra nueva pueda conservar parecido alguno con la antigua, como no sea conservando las consonantes antiguas —es decir, conservando la palabra antigua entera.

De aquí las «raíces». Son simplemente los resultados del proceso de usar sonidos antiguos para fines nuevos. Por lo general no son ni más ni menos que los antiguos verbos (como en las lenguas indoeuropeas) o sus consonantes (como en las lenguas semíticas) que, en un gran número de nombres, adjetivos y adverbios, se encuentran constituyendo el todo o una parte de cada uno de ellos. Al mismo tiempo, los verbos antiguos siguen a menudo sobreviviendo al lado de estas palabras, a no ser que el eterno proceso del cambio, degeneración, desgaste y desaparición de las palabras oculte el proceso a nuestros ojos, a no ser que lo que es raro (como en las raíces semíticas) el otro eterno proceso de regularización o «analogía», alargue las palabras hasta que todas tengan la misma estructura.

Pero las «raíces» no se verán en todas las lenguas, sino sólo en aquellas en que el aumento de vocabulario se ha obtenido en gran escala mediante el alargamiento de las palabras. El concepto de «raíces» es especialmente un fenómeno de las lenguas indoeuropeas. Porque, en primer lugar, estas lenguas se han desarrollado en gran parte no sólo por extensión, sino por adición de sufijos, añadidos con fines gramaticales y para ampliar el vocabulario. Este es un proceso importante, y va unido al desarrollo de la frase por expansión. De aquí que las «raíces» pueden verse claramente, y como el final de las palabras tiende a ser más inestable que el comienzo, las «raíces» resisten mejor la alteración y el desgaste. Además, las lenguas indoeuropeas, tal como las conocemos, y la cultura material de la gente que las habla, se han desarrollado y han avanzado más que todas aquellas de que tenemos noticia, y como resultado los vocabularios se han ampliado más rápidamente y han avanzado más que en cualquier otra familia de lenguas. La importancia de esta velocidad de desarrollo es que el eterno proceso de cambio, degeneración, desgaste y pérdida de las palabras no ha tenido tiempo de afectar por igual al creciente vocabulario. Podemos añadir también que la mera existencia de las mismas raíces en tantas palabras tiende a oponerse al proceso de cambio y corrupción y a perpetuar la forma y el significado.



Si es así, los lingüistas del siglo XIX estaban equivocados al pensar que las «raíces» datan de «una etapa en el crecimiento del lenguaje en que la distinción precisa que nosotros hacemos entre las distintas partes de la oración todavía no había sido consolidada». No hay pruebas de que tal etapa haya existido nunca. Las raíces son por lo común verbos de fecha más temprana. En los primeros días del lenguaje, de los verbos se derivaron las formas de las otras partes de la oración, y el mismo proceso, por las mismas razones, ha continuado desde entonces. El verbo, la acción, es el elemento productivo, fecundo de lenguaje y pensamiento. Por otro lado, los investigadores posteriores estaban en un error al pensar que tales «raíces» nunca podían haber sido verdaderas palabras. Muchas de ellas sobrevivieron con pocos cambios como palabras independientes claramente definidas en las lenguas clásicas e incluso en las modernas. Alegaron que el hecho de que el análisis dé por resultado un verbo es sólo accidental: que el resultado es, naturalmente, algo que tiene un sentido vago y general, tal como ocurre en los verbos. Lo único cierto en esto es que los verbos tienen un sentido general, y es en parte por esta razón por lo que el lenguaje se origina con ellos. Señalaron que la misma raíz se encuentra a veces con dos significados distintos —por ejemplo, hay *kar* ['cortar'], y *kar* ['crear']. Esto es así por la sencilla razón de que *kar* era una palabra que originariamente significaba 'cortar', y así (también como en inglés *cut* ['cortar'] llegó a significar 'crear cortando', 'dividiendo' —igual que decimos hoy que uno *cuts a caper* ['hace una cabriola'] o *cuts a garment* ['hace un corte de traje']. Lo mismo sucede, por ejemplo, en las lenguas semíticas: el verbo *bara'* se utiliza en el hebreo del Antiguo Testamento cuando Dios crea el mundo, pero en algunos dialectos semíticos significa

todavía 'crear cortando', 'dividiendo'. Un centenar de casos paralelos podrían citarse de otras lenguas [25]. Por último, alegaron que estas raíces no tienen por qué ser de gran antigüedad; y que las raíces pueden crearse en cualquier momento. Esto, como hemos visto, es muy cierto. En el ejemplo de Bréal el verbo *rouler* ['rodar', 'enrrollar'] se derivaba del nombre latino *rotula* ['rueda']. En todas partes hay verbos que se han formado a partir de nombres familiares de uso diario. Pero el proceso de formación de un verbo a partir de un nombre es la excepción más que la regla y, en todo caso, una vez que el verbo se ha formado, él es el elemento fecundo, dispuesto a producir otras partes de la oración, como *rouler* produjo *roulage, roulette, roulier, rouleau, roulis.* Todo esto no es razón para que confundamos los verbos antiguos con los modernos. Las raíces que las lenguas indoeuropeas comparten deben ser por lo menos tan antiguas como el indoeuropeo común.

Si nos volvemos ahora a las lenguas de los pueblos menos adelantados, encontraremos estas «raíces» tal como existían previamente, es decir, en su mayor parte como verbos. Pero antes de hacerlo examinemos una o dos de las familias de lenguas de la antigua civilización del Próximo Oriente. Aunque ninguno de los pueblos que las hablaban estaban tan atrasados en cultura material como muchos indoeuropeos, nos servirán como introducción a las lenguas de las comunidades menos adelantadas.

Cuando dejamos la familia de las lenguas indoeuropeas y observamos el milagro de las semíticas, ¡qué diferente es la imagen que vemos! Mientras la mayoría de las primeras, durante los tres mil años que las hemos conocido, han cambiado hasta ser irreconocibles, de no ser por la escritura y por una historia que conocemos, no hubiéramos adivinado que el francés moderno o incluso el inglés moderno eran dos de estas lenguas, las lenguas semíticas han permanecido esencialmente invariables durante cuatro mil años. El asirio del 2000 a. J. C. está en algunos aspectos más cerca del etíope moderno que ambos del árabe. En algunos aspectos el hebreo de hace más de dos



mil quinientos años se ha apartado más del prototipo que el árabe moderno. Algunos dialectos modernos de Arabia están considerados por muchos investigadores como más primitivos y puros que ninguna de las demás lenguas. Mientras algunos vocabularios de lenguas indoeuropeas han crecido hasta alcanzar las gigantescas proporciones de más de 150.000 palabras, los semíticos siguen siendo pequeños. El Antiguo Testamento hebreo reúne un total de sólo 6.000 palabras diferentes. En las lenguas semíticas no necesitamos buscar las raíces, porque están a la vista: Prácticamente todo verbo es una raíz, y prácticamente toda raíz es un verbo.

Pero todas las lenguas observan algunos rasgos arcaicos que han sobrevivido, y a la vez están en algunos aspectos modernizadas y cambiadas. Las lenguas semíticas, aunque son estables en comparación con cualquier otra familia de lenguas conocida, son únicas en la longitud de sus radicales. Son generalmente (por ejemplo, en árabe) de la forma CVCVCV (como *gatala,* él mató); o (como en hebreo) del tipo CVCVC (como *qatal,* él mató). Es decir, que casi todos sus verbos contienen tres consonantes, separadas por vocales, en lugar de las dos del indoeuropeo. Pero muchos tratadistas han estado de acuerdo en que en una lengua de parentesco común los verbos semíticos constaban de dos consonantes en vez de tres, y eran, por tanto, del tipo CVC(V). También puede haber habido unos cuantos de la forma VCV, aunque para el fino oído del semita una débil consonante gutural era perceptible justo antes de la primera vocal. La vocal de estos antiguos radicales, tanto como la de los radicales modernos más largos, es, en su forma más simple, generalmente la «*a*». En consecuencia, parece que tanto las lenguas semíticas como las indoeuropeas nos hacen retroceder hasta un número de verbos que casi no se han mezclado con otras partes de la oración, casi todos del tipo CVCV, pero unos pocos de la forma VCV, y curiosamente domina la vocal «*a*».

Las lenguas camitas nos ofrecen un cuadro similar. En egipcio el verbo radical contenía dos, tres o cuatro consonantes, pero en el egipcio más antiguo que conoce-

mos la inmensa mayoría de los radicales eran de tres consonantes, como los semíticos. Parece probable —y es la opinión quizá de la mayor parte de los investigadores— que las lenguas camíticas y semíticas hayan tenido un origen común, pero cuando se escindieron la mayoría de los radicales ya se habían alargado, formando la forma triconsonántica.

## 7. El origen de los nombres, adjetivos y adverbios en las lenguas de las comunidades atrasadas: los pronombres

En los dos últimos capítulos dimos razones para pensar que, en general, en inglés y en las lenguas clásicas, semíticas e indoeuropeas los nombres, adjetivos y adverbios se originaron, directa o indirectamente, en lo que a su forma se refiere, a partir de los verbos. En segundo lugar, dimos razones para suponer que los verbos de los primeros tiempos sobrevivieron como raíces en los vocabularios de las lenguas clásicas, y señalamos que la mayor parte de esas raíces eran de un solo tipo: CVC(V), en que las vocales eran breves y la vocal A predominaba. Estábamos considerando, por lo tanto, dos aspectos completamente distintos de la historia formal de las palabras: el primero, su historia funcional, y el segundo, su historia fonética. Pero era importante estudiar estos dos aspectos juntos, porque si las palabras más antiguas a que podemos llegar pertenecen la mayoría a una sola parte de la oración, la de los verbos, y si guardan sólo un esquema, CVC(V), hay doble razón para creer que el camino que seguimos es el ancho camino por el que se desarrolló el lenguaje, y que nos lleva a un origen común o parecido.

Veamos ahora las lenguas de los pueblos primitivos que nos rodean, y considerémoslas bajo estos dos mismos aspectos.

Así pues, veamos en primer lugar lo referente al origen de los nombres, adjetivos y adverbios. Por todo el mundo, en las lenguas de los pueblos más atrasados, en cuanto nos es posible examinarlas, encontramos lo que ya hemos encontrado en inglés y latín: que los nombres se han derivado principalmente de los verbos, los adjetivos al principio directamente de los verbos y luego de los nombres, y los adverbios al principio de los verbos, luego de los nombres y en último término de los adjetivos; y los nombres abstractos también principalmente de los adjetivos. Sería una repetición aburrida analizar los vocabularios de una serie de estas lenguas para mostrar estos resultados. En ciertas familias de lenguas, por ejemplo las bantúes y semíticas, algunas de estas partes de la oración están poco desarrolladas, el adjetivo no se ha diferenciado, en gran escala, del verbo y del nombre, y los adverbios son aún menos numerosos, y no hay mucho que ver aparte de la derivación, en general, de los nombres a partir de los verbos. Pero hasta el momento en que encontramos adjetivos, adverbios y nombres abstractos, el proceso general es el mismo que hemos mencionado. Para ilustrar mejor su funcionamiento deberíamos tomar una de las familias de lenguas —por ejemplo, la melanesia y polinesia— en que el adjetivo está bien desarrollado. Tomemos como ejemplo el fiji, en la transición del Grado A2-1 al A2-2, lengua melanesia más próxima a las polinesias que la mayoría de su familia. Es un caso útil y sorprendente, ya que en las lenguas melanesias y polinesias, como el inglés moderno en este respecto y a diferencia del latín, griego, hebreo y las demás lenguas flexivas, nos encontramos con que las palabras ejercen comúnmente las funciones de las distintas partes de la oración sin cambiar nunca de forma. En su *New Fijian Grammar*[1] C. M. Churchward se expresa a este respecto como sigue:

«1. En fiji, como en inglés, hay ocho clases principales de palabras o partes de la oración, que se distinguen



de acuerdo con sus usos o funciones respectivas. Se dividen de un modo natural en cuatro parejas: nombres y verbos (palabras principales), adjetivos y adverbios (palabras calificativas), preposiciones y conjunciones (palabras nexo), pronombres e interjecciones (palabras que sustituyen)...

»2. Con frecuencia ocurre, sin embargo, que una misma palabra puede tener unas veces un uso y otras otro. Esto es completamente normal en inglés; es aún más normal en fiji. Tal intercambio de funciones se da sobre todo de las siguientes maneras.

»3. A) muchas palabras que son en principio nombres se usan también como adjetivos. Ejemplos: *kau* ['árbol', 'bosque', 'de madera']; *vatu* ['piedra', 'roca', 'rocoso']; *tagane* ['hombre', 'macho']; *yalewa* ['mujer', 'hembra']. Así *na vale kau,* ['la casa de madera']; *na vale vatu* ['la casa de piedra']; *na toa tagane* ['el gallináceo macho' (gallo)]; *na toa yalewa* ['el gallináceo hembra' (gallina)].

»4. B) la mayoría de las palabras que son en principio adjetivos se usan también como nombres abstractos. Ejemplo: *savasavā* ['limpio', 'limpieza', 'lo limpio', 'aseo']; *dina* ['verdadero', 'verdad']; *balavu* ['largo', 'longitud']; *titobu* ['profundo', 'profundidad']. Así *na kena titobu,* ['su profundidad']; *na savasavā* ['limpieza']; *na dina* ['verdad'].

»5. C) la mayoría de las palabras, quizá todas, que son en principio verbos se usan también como nombres. Ejemplo: *vosa* ['habla', 'palabra', 'afirmación' o 'lengua']; *qito* ['jugar, 'juego']; *bula* ['vivir', 'vida']; *maté* ['morir', 'muerte']; etc.

»6. D) los verbos, ya solos, ya precedidos del adverbio *dau* ['habitualmente'] se usan a veces como adjetivos. *Na waqa vuka* ['aeronave' o 'aeroplano'] (lit. el barco volador). *Na taurata dauteiti* ['el sembrador'] (lit. el hombre que habitualmente-siembra).

»7. Algunos verbos se pueden usar incluso como adverbios. Ejemplo: *yavo* ['llegar'], como en *vunau yaco* ['predicar llegando'], ['ser un buen predicador']; *cakacaka yaco* ['trabajar eficientemente']; y *lako* ['ir'], como en *vunau lako* ['predicar caminando'], etc.».

Cualquier lengua melanesia mostrará un proceso parecido en funcionamiento, y lo mismo cualquier lengua polinesia. Así, por ejemplo, G. Pratt en su *Grammar and Dictionary of Samoan* [2] señala que los verbos son principalmente palabras primitivas, es decir, palabras que al rastrear su origen no vemos que se deriven de otras partes de la oración [3]. Muchos nombres son también primitivos, pero otros son derivados de verbos mediante la adición de *ga, saga, taga, maga,* o *aga* [4], y la forma simple del verbo se usa a veces como un nombre [5]. Respecto a los adjetivos, unos son primitivos, otros, derivados de nombres mediante la adición de «*a*» (como «*y*» en inglés), duplicando el nombre o anteponiéndole el prefijo *fa'a.* Igual que en inglés «*-ly*» y «*-like*», el prefijo *fa'a* a menudo expresa semejanza [6]. Pero los verbos se usan también como adjetivos sin necesidad de cambiar [7]. Los adjetivos se convierten en nombre abstractos al añadirles un artículo o pronombre, como *lelei* ['bueno'] *o le lelei* ['lo bueno', cfr. el griego τὸ καλόν]. Las lenguas papúes de Nueva Guinea muestran el mismo proceso en funcionamiento. Por ejemplo, en motu (lengua hablada en Port Moresby y alrededores) Lawes [8] nos dice que algunos nombres son primitivos (como *au,* ['árbol']; *nadi* ['piedra'], o son derivados de verbos). Los verbos se convierten en nombres cuando se añade el prefijo *i* o *he* a la raíz verbal, y en ciertos casos añadiendo también el sufijo *-na* y la palabra *tauna* o *gauna.* Pero en muchos casos el verbo sin alteración de la forma se usa también como un nombre. Los nombres abstractos se forman generalmente añadiendo «*na*» al adjetivo. A éste se le conoce por su posición en la oración. Por lo común es un nombre o un verbo, indicando al ir pospuesto al nombre que en esa frase está utilizado como adjetivo. Casi todos los adjetivos pueden utilizarse también como adverbios [9].

Así pues, en estas lenguas que hemos escogido como ejemplos, vemos en funcionamiento un proceso mediante el cual, en un largo transcurso de tiempo, las palabras (con o sin cambio de forma —y si lo hay, generalmente, por alargamiento de las mismas—) irán perdiendo cada vez más su carácter verbal y se irán adquiriendo cada vez más el de otras partes de la oración, en el orden que hemos descrito.



Examinemos ahora al problema que hemos tratado en los dos últimos capítulos: las «raíces» y su forma.

Cuando observábamos las lenguas indoeuropeas y semíticas, hablamos de «raíces» porque, aunque suponíamos que habían existido previamente como palabras independientes y distintas, se encontraban principalmente formando parte de una palabra más larga, y eran la parte más primitiva de esa palabra. A medida que nos acercamos a pueblos más toscos y primitivos, encontramos que los vocabularios son todavía muy pequeños y las palabras de las otras partes de la oración —es decir, palabras que se han derivado de verbos— son muchas menos, y de ahí que las que hemos llamado «raíces» aparezcan cada vez más como verbos distintos e independientes. También se las puede ver formando parte de otras palabras (sobre todo no-verbos) pero mucho menos que antes: hay que interpretarlas cada vez más como verbos que no han podido derivarse de otras palabras. En consecuencia es menos apropiado llamarles «raíces» y más exacto llamarles «palabras radicales (o primitivas)». Las palabras primitivas no son en absoluto todas verbos, pero la proporción de verbos entre ellas es mucho mayor que en las palabras derivadas no-radicales del vocabulario. El número de palabras primitivas, es decir, de palabras cuya derivación no se puede averiguar, es a menudo elevado. Ya hemos señalado las razones: entre los pueblos menos adelantados la extensión del vocabulario, incluyendo la formación de no-verbos a partir de los verbos, es lenta, y mientras tanto el desgaste y decadencia normales de las palabras avanzan rápidamente.

Empecemos con el sumerio, la lengua de una civilización de la fase de los Códigos Tardíos del sur de Mesopotamia, que fue arrollada por el semítico que invadió esa zona en el segundo milenio a. J. C. Aquí podemos hablar con razón de «raíces». La mayoría de las raíces son del tipo CVC, pero también hay una minoría numerosa del tipo CV. Una característica acusada del sumerio era que, como sucede en francés moderno y en otras muchas

lenguas, las consonantes finales desaparecían excepto cuando la palabra siguiente empezaba por una vocal. De hecho esto era tan frecuente que en muchos casos (como en la escritura alfabética moderna) era costumbre representar la consonante con un símbolo fonético diferente, aunque no se pronunciara, a fin de hacer más claro el significado de la palabra. Parece probable que haya sido este proceso de la caída de las consonantes finales, que continuó durante un largo período de tiempo, el que ha hecho pasar a muchas raíces del tipo CVC al CV. Un análisis de las raíces confirma este punto de vista. Como las formas en CVC son anteriores a las CV, la proporción de verbos entre las primeras es mayor que entre las segundas. Calculo a partir de los glosarios, que la proporción de verbos con raíces del tipo CVC es un poco más del 50 por 100, y en raíces del tipo CV aproximadamente 40 por 100. La proporción de verbos entre las palabras no-radicales es en comparación muy pequeña.

La mayoría de los pueblos del Tercer Grado Agrícola que sobreviven en el mundo moderno se encuentran en el continente africano. Todos los pueblos indígenas de ese continente se encuentran en este grado, a excepción, por un lado, de los pueblos modernos de Egipto y el litoral mediterráneo, y de otro, los pocos bosquimanos y hotentotes supervivientes de Africa del Sur y los pigmeos de Africa Central. Podemos encontrar, por lo tanto, toda una serie de pueblos africanos de este grado, más y más primitivos que las comunidades avanzadas a que hemos prestado atención en los dos capítulos anteriores. Pero no sólo en este aspecto es Africa importante para nosotros. La mayor parte de Africa es parte de un gran campo cultural que abarca las zonas de los pueblos que hablan lenguas semíticas, sumerias e indoeuropeas. Señalaremos una vez más, en lo concerniente al lenguaje, grandes parecidos generales con los campos semítico y ario, salvo en aquellos casos en que el atraso de Africa con respecto al progreso de la civilización produzca las diferencias correspondientes.

Teniendo en cuenta la población nativa de Africa en general, vemos que las palabras radicales en la gran mayoría de las lenguas son predominantemente del tipo CVC(V) [10]. Hay también unos cuantos pueblos en cuyas lenguas los radicales son generalmente del tipo CV, y unos pocos en que los radicales son de las dos formas [11]. Hay razones para creer que en Africa los radicales del tipo CV, en los sitios en que se dan, son más tardíos que los demás. Los pueblos en que se presentan están situados en las zonas más extremas del mundo indoeuropeo y semítico. De las lenguas que hablan, unas pocas pertenecen al grupo sudanés occidental del oeste de Africa, y otras a las lenguas bosquimanas del sur y suroeste de Africa. Son lenguas-tono distintivas en que la variación de tonos ha compensado la pérdida del final C(V) y ha hecho posible el arreglarse con un vocabulario más reducido. En la mayoría de estas lenguas los radicales son de los dos tipos, CV y CVC(V). Las lenguas en que los radicales son de manera uniforme del tipo CV están configuradas en la cuna de la raza negra, en las tierras de la costa norte del golfo de Guinea. Aquí el número de tonos va en aumento para hacer frente a la necesidad de expansión del vocabulario. Por ejemplo, en ewe, que tiene cinco tonos, «casi toda combinación de una consonante con una vocal aparece con un tono alto y otro bajo, cada uno de los cuales tiene un significado distinto» [12]. Pero incluso en algunas de las lenguas sudanesas occidentales (por ejemplo, las del Senegal) los radicales son normalmente del tipo CVC(V), y por toda Africa, excluyendo Africa Occidental y las lenguas bosquimanas, los radicales son uniformemente de este tipo.

Por ejemplo, retrocediendo gradualmente a partir del mundo semítico, encontramos en primer lugar los pueblos de habla bantú, que cubren todo el tercio meridional de Africa. Representan fases que van desde los akikuyu y akamba del Este de Africa (Grado A31), los zulúes y otros pueblos nguni de Sudáfrica (Grado A3-2) y los pueblos del Africa Central y Centro-Occidental (principalmente (Grado A3-3, o de los Códigos Centrales). Podemos tomar el zulú como típico de estos pueblos más atrasados y uno de los dialectos bantúes que menos ha cambiado. En todas las lenguas bantúes los radicales son de la forma

CVC(V) [13]. La vocal final es en todos ellos «*A*». Igual que en indoeuropeo, la primera vocal del radical no cambia generalmente en las distintas partes del verbo y el nombre [14], pero, hay testimonios de que en fecha más temprana la vocal cambiaba en la morfología verbal, coincidiendo en gran parte con lo que sucede en las lenguas semíticas [15]. A nuestro parecer hay abundantes testimonios de que en su origen la primera vocal era una «*a*» breve. Incluso en la fase actual de la lengua sigue siendo en general una vocal breve. Como ejemplos de radicales en bantú pueden tomarse palabras zulúes como *caba* ['tronchar', 'romper', 'cortar']; *ceka* ['cortar']; *capa* ['suavizar la piel frotándola']; a veces, sin embargo, con una vocal nasalizada, como *canda* ['tronchar', 'partir']; *centa* ['rascar'], etc.

Para encontrar pueblos más primitivos, debemos ir al nordeste de Africa, en los límites de los territorios negros, bantú, camítico y semítico. Aquí encontramos los pueblos nilotas desnudos del Sudán y el lango de Uganda. Pertenecen al Grado A3-1, pueblos pastores con una escasa agricultura subsidiaria, los shilluk, anuak, nuer, dinka y otros, que hablan lenguas de un subgrupo «sudanés». En todas estas lenguas los radicales son en su mayoría de la forma CVC [16], y la vocal es breve. Echemos una ojeada al glosario y gramática del lango de Driberg [17], a fin de apreciar hasta qué punto los fenómenos que estamos considerando son uniformes e inconfundibles. En lango la gran mayoría de los radicales son de la forma CVC, con la vocal breve, y prácticamente todo verbo tiene esta forma. De los 930 verbos que constan en el glosario sólo 16 empiezan por vocal, aunque casi la mitad de las palabras del vocabulario total empiezan así: de estas, sólo un 1,5 por 100 son verbos. De las palabras que empiezan por consonante, 52 por 100 son verbos. En lango, por lo tanto, los verbos son primordialmente radicales, y los radicales son primordialmente verbos. Lo mismo ocurre en dinko, en que la mayoría de los radicales son de la forma CVC, y prácticamente todos son verbos. «Casi todas las palabras dinka son raíces primitivas, que de vez en cuando —sin gran alteración de cantidad, etc.—, se usan también como nombres, adjetivos o preposiciones» [18]. Los dinka son los más primitivos de los nilotas.



Retrocedamos un poco más en nuestra escala del progreso económico. Los pueblos del Segundo Grado Agrícola se encuentran sobre todo en Oceanía. Aquí también la mayoría de las radicales son de la forma CVCV, tanto en las lenguas polinesias (Grado A2-2) como en las melanesias (A2-1), y predomina la vocal «*A*». Hemos visto que aquí la proporción de verbos aumenta, y es aún más apropiado que en Africa, hablar de radicales más que de raíces, ya que se dan principalmente como palabras separadas aunque también se encuentran, como en indoeuropeo, formando parte de otras palabras [19]. En toda esta área, sin embargo, hay una indiferenciación notable en los sonidos de la lengua [20], y como resultado las formas de las palabras muestran un cambio y desgaste rápidos, y en particular una debilitación creciente y desaparición progresiva de las consonantes. En consecuencia, hay muchos casos en que un antiguo radical o raíz, que se encuentra, por ejemplo, en indonesio con la estructura CVCV, se convierte en melanesio o polinesio en CV [21]. Como observa Ray, el extremo desgaste de la raíz en algunas lenguas melanesias hace que su identificación sea insegura [22]. El mismo fenómeno puede observarse en polinesio. Por ejemplo, el maorí *tō* ['arrastrar'] y *ke* ['diferente'] aparecen en los dialectos afines polinesios como *toso* y *kese*: la *s* ha desaparecido en maorí. De hecho, en algunas de estas lenguas el número de consonantes se ha reducido mucho.

Sigamos retrocediendo en la escala del progreso económico hasta llegar a los cazadores y pueblos del Primer Grado Agrícola, la mayoría de los cuales se encuentran en América. Una vez más observamos los mismos fenómenos. En la mayoría de las lenguas la forma más común de las «raíces», «troncos» o «elementos» es la forma CVC (con la vocal en general breve), aunque hay una minoría considerable de lenguas en que son más frecuentemente de la forma CVCV, y otra notable minoría en que la forma más común es CV. No disponemos de espacio para dar ejemplos.

Por último, podemos tomar como ejemplos de los colectores de Alimentos más primitivos las lenguas bosquimanas de Africa del Sur y las de los andamaneses. En bosquimano el tipo más común de tronco verbal es el tipo CV, pero también hay un número considerable del tipo CVCV. En las lenguas de las islas Andaman los radicales son principalmente del tipo CVCV.

Detengámonos ahora y consideremos cuál es el significado de los hechos expuestos en este capítulo y el precedente, con respecto a las raíces y a las palabras radicales. ¿Cuál es el significado de la persistencia de las mismas formas radicales, es decir, del tipo CVC(V) (con predominio de vocal breve que es predominantemente la «*A*») y en menor grado del tipo CV?

Si las palabras fuesen entidades biológicas, deduciríamos que estos tipos, que se encuentran por doquier en todas las fases de evolución, representan rasgos de un patrimonio común. Análogamente podríamos inferir que las palabras tuvieron su origen en estas formas, y por consiguiente que la explicación de su existencia es histórica. Entonces, si alguien objetara a esta hipótesis (como alegó Sayce con respecto a las raíces semíticas) que estos tipos se encuentran no por razones históricas sino porque son meramente el prototipo de las palabras más comunes —que la mayoría de las palabras y sílabas empiezan por consonante, y por tanto, las raíces también empiezan por una consonante; y como se llega a ellas por medio del análisis y la abstracción, son cortas y contienen una vocal breve, que no es más que el factor común de todas las vocales— si alguien postulara esto, estaríamos sinceramente de acuerdo, pero seguiríamos diciendo que aun así la explicación también podría ser histórica. Nada hay más probable que el que los rasgos más comunes, más generales del lenguaje sean sus rasgos originarios. De hecho, en períodos cortos puede verse muy claramente en todas partes que el origen es histórico. Si una serie de palabras tienen una raíz común, es decir, una sílaba o par de sílabas comunes con un sólo significado, el mismo, dondequiera que aparezca, la raíz debe ser más antigua que todas estas palabras, o por lo menos más antigua que todas excepto una de ellas. Podríamos añadir que Sayce se equivoca totalmente al considerar las palabras radicales como distintas de las raíces.



Pero entenderemos mejor el significado de estos fenómenos si recordamos que el lenguaje no es simplemente en cierto modo, una unidad biológica —los sonidos producidos por criaturas vivientes— sino también el resultado de una función. Volvamos a nuestra metáfora del lenguaje como tronco de un árbol. Habíamos observado en el vocabulario de los individuos (por ejemplo, Shakespeare) un núcleo o corazón formado por las palabras más comunes, en que la proporción de los verbos era mayor que en el resto del vocabulario. Luego examinamos el curso del desarrollo del inglés y otras lenguas a lo largo de los siglos y en los diversos grados de progreso, y vimos que la relación entre el lenguaje de antes y después era parecida a la que existe entre el corazón del tronco y la corteza, es decir, que la historia del lenguaje era el conjunto de anillos exteriores acumulados alrededor del corazón en que la proporción de verbos se iba haciendo cada vez menor. En el lenguaje posterior el corazón tendía a retener las características del lenguaje anterior, por ejemplo, una proporción de verbos más elevada. Lo mismo ocurre con la morfología. Estas palabras radicales cuyas formas hemos examinado son en su mayor parte verbales. En todas las lenguas mencionadas en este capítulo, que abarcan todos los grados de progreso hasta el de los Códigos Tardíos, la proporción de verbos, hasta donde puedo calcularla, en las palabras radicales de los tipos CVC(V) y CV permanece constante en la enorme cifra de 50 por 100, más o menos. Además, estas palabras radicales son las más comunes en todas las lenguas: son el centro del corazón, y tienden a conservar el mismo tipo de forma a lo largo de su historia, incluso cuando retienen las mismas funciones, es decir, las mismas proporciones de las partes de la oración. En pocas palabras, como hemos visto una y otra vez, y veremos en capítulos posteriores, lo más común en el lenguaje es en general lo más antiguo, y las características de lo más común, en lo que respecta a la función (es decir, el significado) y a la forma,

son en general las características de lo más antiguo [23]. Y a la inversa, lo más antiguo en el lenguaje es en general lo más común, porque es generalmente lo más familiar. Además, podemos ver fácilmente que si el corazón constaba originariamente de verbos, y tiende a seguir así, y si los radicales o palabras-raíces tienden a sobrevivir conservando inalterada su función, tenderán también a sobrevivir conservando inalterada su forma —de lo contrario, ¿qué va a ser de las formas antiguas? O bien deben desaparecer dejando una laguna, o han de tender a conservar los antiguos significados. Estas son las tendencias del lenguaje en el curso de su historia.

Pero cabría objetar que esto no basta para explicar lo que ha ocurrido. Suponiendo, por el momento, que estos tipos de raíces sean los (tipos) de las palabras más primitivas del lenguaje, ¿cómo es posible que, mientras el lenguaje cambia continuamente, esta relación entre los radicales y el resto de la lengua continúe durante innumerables generaciones —que estos sigan siendo del tipo breve, mientras que otras palabras se hacen cada vez más largas? La respuesta reside fundamentalmente en una característica fundamental del lenguaje todavía no señalada en este libro, a saber, el principio de conservación de la energía humana o ley del mínimo esfuerzo. El hombre —y sobre todo el hombre primitivo— no dice más que lo necesario para hacerse entender. Lo demás —si es que hay algo más en el lenguaje— se deja sin decir, o no se dice del todo, o se abrevia. Estas palabras radicales, como hemos dicho, son generalmente las más frecuentes de la lengua. Por consiguiente la conservación de energía encuentra aquí su campo primordial —las palabras se reducen al mínimo necesario para hacer que el hablante sea entendido. Después veremos más sobre el funcionamiento de este proceso.

Finalmente, antes de dejar el tema de las raíces, volvamos a un punto que mencionamos en el capítulo anterior pero que no desarrollamos. Dijimos que la gran mayoría de las raíces indoeuropeas eran verbales pero que había un número pequeño y compacto de raíces con significado pronominal. La principal función de los pronombres personales está vinculada al verbo, y por lo tanto no hay que asombrarse de que junto a un gran número de raíces verbales aparezca un pequeño grupo de raíces pronominales. Además, muchos lingüistas han observado, y casi puede decirse que es un tópico, que de todas las partes de la oración los pronombres personales son los menos propensos a cambiar de forma. Estos dos hechos refuerzan notablemente nuestras conclusiones de que, en primer lugar, las raíces verbales eran en su origen verdaderos verbos, y en segundo lugar, que estas raíces son generalmente de antigüedad considerable. *Noscitur a sociis*: si a un hombre se le conoce por los que van con él, lo mismo puede decirse de las palabras. El grado de resistencia al cambio que caracteriza a los pronombres personales es realmente notable. No sucede esto con los pronombres de tercera persona: de hecho, muchas de las lenguas del mundo no tienen pronombres de tercera persona, aunque pueden tener varias clases de demostrativos. Pero todas las lenguas tienen pronombres de primera y segunda. Y realmente sólo hay una persona denotada por la primera persona del singular: un solo hablante para cada frase. No conozco ninguna lengua que considere necesario señalarle ni siquiera mediante los signos distintivos del género. Ni siquiera la segunda persona es tan unívoca; puede haber más de un oyente, y hay unas cuantas lenguas que (como las semíticas) hacen distinciones de género en los pronombres de la segunda persona.



Es principalmente el pronombre de la primera persona del singular el que se resiste al cambio en las lenguas del mundo. Inmensos como son, por ejemplo, los cambios sufridos por las lenguas indoeuropeas en los últimos cuatro milenios, la forma del pronombre de primera persona [24] se mueve en un círculo muy limitado *-me, ma, mam, mi, mu,* etc., la consonante cambia solamente de *m* a *n,* aunque la vocal muestra mayor variación [25].

El pronombre sumerio de hace más de cuatro milenios es esencialmente el mismo. Las formas del pronombre independiente de la primera persona del singular son, si actúa como sujeto u objeto del verbo, *ma, ma-e* y *mē,* y si actúa como complemento indirecto, *ma-a;* si es el

pronombre posesivo sufijado = ing. *my,* tanto sujeto como objeto, *-mu,* y si es complemento indirecto, *-ma.*

En el pronombre semítico la consonante es *n.* El pronombre de la primera persona del singular en árabe y en la mayoría de los otros dialectos semíticos es *'ana,* pero en hebreo y en algunos dialectos árabes modernos se ha convertido en *'ani* [26]. El pronombre objeto que va unido como sufijo al verbo es en general *-ni* en todas las lenguas semíticas [27]. Estas y otras formas similares para el pronombre «yo» se extienden por todo el norte y este de Africa. Por ejemplo, en las lenguas del este de Africa, llamadas a veces camíticas y a veces sub-semíticas, el pronombre es *ane* (en bishari), *ani* (en galla; acusativo, *ana*), *anu* (en saho), *an* (en bilin y en dambasa), *ana, ani* y *an* en somalí. Todavía más notable es la persistencia de estas formas en algunos de los pueblos más atrasados de Africa. Entre los nilotas desnudos y los llamados semi-camitas del nordeste de Africa, encontramos, por ejemplo, en nandi *ane,* en suk *ani,* en nuer *'an,* y en lango *an.*

El resto de las lenguas sudanesas —grupo muy variado que se extiende desde el este de Africa hasta el Atlántico— presenta aproximadamente la misma imagen que las lenguas indoeuropeas, sumerias y semíticas. Resultaría ocioso multiplicar los ejemplos [28].

Las lenguas bantúes corroboran estas observaciones y ensanchan la vastedad del panorama. Aunque son distintas, en su forma actual, de las lenguas que hemos mencionado, hay notable identidad entre sus pronombres personales de primera persona del singular y los de las lenguas camíticas, semíticas, sudanesas e indoeuropeas. Por mucho que se hayan alejado de su región de origen en la zona de los Grandes Lagos, han cambiado poco en este aspecto. Sir Harry Johnston [29] suponía que las formas originales de estos pronombres en la lengua madre bantú eran probablemente: para el pronombre sujeto, *mi, n, ne, ni;* para el pronombre objeto, *-mi, -n-, -ni-, -ñgi-*; para el pronombre posesivo, *-ñgu-, -ñge-, -m, -mi, -ni, -ne.* Estas son formas comunes entre las modernas,



que también incluyen formas tales como *nene, nanu, -a-nge, -a-ne, a-ni, -a-nye.*

En el lejano sur y suroeste de Africa, se encuentran las mismas palabras en las lenguas de los bosquimanos, colectores de alimentos que se esparcieron en todas direcciones por el continente durante muchos milenios. He aquí los pronombres de la primera persona del singular en tres lenguas bosquimanas del Norte y seis lenguas bosquimanas del Sur, cuyos vocabularios han sido cotejados por Miss D. F. Bleek [30]. Las del Norte: 1) *m, mihi, mi;* 2) *ng, na, m, mi;* 3) *mi, mihi, ma.* Las del Sur: 1) *ng, n, ng-ng* (enfático), *m* (ante labiales) y ocasionalmente *ka;* 2) *ng, n, ni, ma, a;* 3) *ng, ang, am;* 4) *ng, ng-ng;* 5) *ng, na;* 6) *ng, ng-ng* (enfático), *m, na.* El profesor L. F. Maingard da como formas del pronombre en el dialecto kumana *n, ng, nga, na* (sujeto), y *ng* (objeto); *ng-ng* (enfático).

Desde Europa Central y cruzando la Asia actual, el mismo fenómeno se da en todas partes. En la familia de lenguas fino-ugrias, diseminadas entre Laponia y Finlandia, Hungría y la parte occidental de Siberia, encontramos de nuevo que el pronombre de primera persona está representado, en sus distintos usos, por *m* que se debilita en *n.* Por ejemplo, en húngaro *könyv* ['un libro'], *könyvem* ['mi libro'];*ház* ['una casa'], *házam* ['mi casa']; *var* ['él siembra'], *varam* (forma definida de imperfecto) ['yo segaba']; *én* es el pronombre personal de la primera persona del singular, y *mi* el plural. En finlandés *minä* es el singular del pronombre de primera persona, y *me* el plural; el posesivo singular (inglés *my*) es *-ni,* y el plural (ing. *our*) es *-mme.* El pronombre personal negativo (yo no) es *en,* y el plural (nosotros no) *emme.* La primera persona del singular del verbo es *-n,* p. ej., *tu-on* (en su forma original *tu-om*) ['yo traigo'], *to-in* (en su forma original *to-im*) ['yo traje']. De igual manera, en las lenguas samoyedas de la misma familia, el principal afijo de predicado es en todas partes *-m,* y los posesivos son generalmente variaciones de *m* [31]: *Lûca* ['ruso'], *Lûcam* ['yo soy ruso'], *paránām* ['yo ardo']. El pronombre singular es generalmente

*man*. En tavgui, *kula-ma* ['mi cuervo'], *matuyua-ma* ['he cortado']. Pero en algunas de estas lenguas, ciertas partes del verbo y del nombre, muestran la *-m* final claramente convertida en una vocal o consonante labial: por ejemplo, en yurak, *lamba-u* ['mi esquí'], *madâ-u* ['yo corto']. En el samoyedo del Yenisei *l'ibe-bo* ['mi águila'], *mota-bo* ['yo corto'].

El fenómeno es el mismo en la familia de lenguas turco-mongol-tungis que se extiende desde Europa hasta el extremo de Asia. En general el pronombre de la primera persona del singular está representado por *m*. En las distintas lenguas turcas repartidas entre Europa y el nordeste de Siberia los distintos usos del pronombre o adjetivo pronominal están expresados todos por medio de sufijos que constan de *m* o *n*, por ejemplo, en turco, *acharm-im* ['yo abro'], *ach-di-m* ['yo abrí'], *qiz-im* ['mi hija'], *bâ-bâ-m* ['mi padre']. En las lenguas mongoles el pronombre en sus distintos usos está compuesto por *m* y *n* (*min* ['yo'], *man* ['nosotros']); y el adjetivo posesivo está formado por el genitivo del pronombre, *menu* ['mi'], *manu* ['nuestro'], que al hablar se acorta en varios compuestos de *m*. En el grupo tungús la situación es en gran parte la misma, pero en la lengua tungús (como ya vimos en samoyedo) la *m* a veces se cambia en *b:* pronombre *bi* (turco *ben*, acusativo *béni*), sufijo posesivo *-f, -u;* mientras en manchú se da todavía *mini* ['mi'], *mani* ['nuestro'], que son genitivos del pronombre. En la lengua de los ghiliak (cazadores del norte de Sajalin), una vez más el pronombre es *ni* ['yo']: *ni vind* ['yo voy'].

En las lenguas dravídicas del sur de la India y Ceilán, los distintos usos de este pronombre están representados generalmente por variaciones del sonido *n:* en tamil, *nan* ['yo'], *nam* ['nosotros'], *en* ['mi', 'mis']; por ejemplo, *sey-d-en* ['yo he hecho'], *en kaigal* ['mis manos'], *nam seydem* o *seydom* ['nosotros hemos hecho'], *valu-nam* ['nosotros vivimos']. En tamil antiguo *yan* significaba ['yo'] *,en* (disyuntivo) ['me', 'a mí'], *kon-en* ['yo soy rey'] (lit. 'rey-soy'). En canara el singular del



pronombre es *nanu, ná,* el plural *návu* ['nosotros'], acusativo *namma* ['nos', 'a nosotros'].

En lo que respecta a las lenguas chino-tibetano-birmanas, según Karlgren, en antiguo chino el nominativo y genitivo de este pronombre era *nguo,* el acusativo *nga* (birmano *nga-ga*, acusativo *nga-go*). En el grupo lolo, en miri *ngā* era el pronombre sujeto (acusativo *ngom*); en dafla *ngâ* ['yo'], *ngam* ['me']. En tibetano *nga* es el pronombre de la primera persona, y el genitivo (*nge*) es el pronombre posesivo.

En el grupo mon-khmer, los pronombres de la primera persona del singular son *añ* y *khñŏm*.

En todas las tribus de Australia, de costa a costa, el pronombre de la primera persona del singular está representado por *nga* o algún compuesto suyo —p. ej., *ngai, ngaia, ngato, ngatoa, ngaiya, yinga, ngi, ngaiyu*. La situación es en gran parte la misma por lo menos en muchas de las tribus papúes.

Sólo en el sureste de Asia y Oceanía, y en menor grado en América, es donde se encuentran muchas excepciones. En Malaya e Indonesia generalmente este pronombre está representado por *aku* (que recuerda el indoeuropeo *ego*), y lo encontramos también en algunas zonas de Melanesia con la delibitación normal de la consonante. Sin embargo, por lo menos en algunos grupos melanesios volvemos a encontrarnos la consonante nasal [32].

En América del Norte y del Sur la nasal *n* [33] (o a veces *m*) tiene el sentido de este pronombre en quizá la gran mayoría de las innumerables lenguas indígenas.

¿Cuál puede ser entonces la explicación de estos fenómenos extraordinarios? Ninguna, se dice, pero se postula que alguna o algunas palabras semejantes representaban el pronombre de la primera persona del singular cuando el lenguaje la produjo al principio, y que han seguido siendo las mismas, con pequeñas variaciones, desde entonces. Pero se nos puede decir: ¿No es posible que las consonantes nasales tengan alguna asociación fundamental física o psicológica que se refiera al hablante mismo? Quizá sea así; pero esto sólo refuerza el punto de vista que acabamos de exponer. O puede sugerirse como la

verdadera explicación que las nasales *m* y *n* son de todos los sonidos del lenguaje los que cambian más lentamente, y sobre todo al principio de una palabra. Esto es completamente cierto; pero sólo refuerza el mismo punto de vista, ya que nos dice por qué, si la palabra para 'Yo' y 'Me' en los primeros días de la lengua era *ma* o *mama, na* o *nana,* u otra forma semejante [34], esta forma, con variaciones de la vocal, debía mantenerse.

El pronombre de la segunda persona del singular es mucho menos constante, aunque algunas formas, especialmente *ta* y *ka,* con variaciones de la vocal, están significativamente extendidas por el mundo. Pero no hay que seguir indagando más en este tema. Empezamos esta digresión simplemente al intentar decir que, si las raíces del indoeuropeo consistían en unas cuantas raíces pronominales y también en verbos antiguos, esto, al ver la extraordinaria longevidad de algunos pronombres, no debería asombrarnos en absoluto. El pronombre al que hemos dedicado nuestra atención aparecería, por supuesto, en una lista de raíces y radicales en todas estas lenguas tan desparramadas a que nos hemos referido en este capítulo.



El lenguaje, en todas sus facetas, encarna o refleja rasgos fundamentales de la mente humana, haciéndolos patentes así. Por ejemplo, la mente no tiene (por lo menos al principio) un conocimiento real o completo de ningún objeto de la naturaleza, sino sólo de alguna característica o aspecto de ese objeto que impresiona primero a la mente; y en consecuencia el lenguaje expresa esa característica o aspecto, y no el objeto. Lo que es aplicable a objetos de la naturaleza, lo es igualmente a acciones, exceptuando las más elementales. Así, la palabra para 'oveja' en prosa ática —πρόβατον (próbătŏn)— significaba en su origen 'lo que camina delante'; la palabra inglesa *breakers* ['olas', 'rompientes'] (*to break,* 'romper') denota claramente su significado; el griego κρίνειν (*krī-nein*) ['juzgar'], significaba en un principio 'separar' o 'distribuir'; y en inglés *cuckoo* ['cuco'] y *curlew* ['zapapito'] son las llamadas de dos pájaros. Y con tal de que el oyente comprenda la alusión, bien por el contexto (es decir, la función para la que se usa la palabra) si el uso es nuevo, o por el uso anterior si es antiguo, se cumple

la finalidad del lenguaje. Sin embargo, tan pronto como la alusión o referencia es familiar, la palabra deja de significar la característica o aspecto, y simboliza un objeto perteneciente a determinada clase (por ejemplo, una oveja), o una acción (por ejemplo, juzgar) que posee esa característica o aspecto. El uso hasta entonces podría muy bien describirse como «figura retórica» si no fuera porque este término sugiere un proceso anormal, un artificio elaborado, y de hecho este proceso es el usual y natural. Lo que en principio atañe al lenguaje y a la mente no son cosas o animales, sino características o aspectos, y, por tanto, no cosas o animales aislados, sino clases de objetos o animales que posean esas características. Puede que a un pastor le sea muy útil el poder referirse a una oveja particular de su rebaño con el nombre de «Gertrudis»; para la humanidad es mucho más útil tener una palabra que designe a cualquier miembro de la clase «oveja». Y tanto si es útil como si no, hay (por la razón mencionada) pocas palabras en el lenguaje que no simbolicen una clase.

Cuando la mente es poco compleja, tanto en el hombre primitivo como en el niño moderno, el total de estas «figuras» o referencias es pequeño y aumenta lentamente. Pero hay también un factor en el crecimiento del lenguaje que retarda, controla y organiza: una nueva «figura retórica» debe, como dijimos, contar con la aprobación y aceptación de una comunidad antes de que pueda convertirse en una parte permanente del lenguaje como símbolo de una clase de cosas o acciones. En caso contrario, sigue siendo una figura retórica.

Hemos puesto como ejemplo tres tipos de «figuras retóricas». En una (como en χρίνειν ['distribuir', 'juzgar']) una nueva clase de acción puede designarse con el nombre de una clase de acción antigua y más familiar, de manera que un verbo cambia o amplía su significado. En el segundo tipo, a una clase de objetos se la designa por su movimiento (como *probaton* y *breaker*) de manera que el verbo se convierte en nombre cuando la figura retórica se convierte en símbolo. El tercero es el caso inusitado en que la referencia a un animal se hace remedando sus sonidos, de manera que un grito se convierte en un nombre. Si consideramos el lenguaje en general, fácil reconocer que la «figura retórica» más extendida es la que surge de las «semejanzas» aparentes entre movimientos o cosas. Las «diferencias» son infinitas, y la relación más común entre dos movimientos o cosas es la de ser diferentes uno de otro. Las semejanzas son de la mayor importancia para el hombre en su comportamiento y en su lenguaje. En su comportamiento reconoce las semejanzas sin esfuerzo: y como el lenguaje se refiere a los aspectos de las cosas, dos cosas que tengan una característica evidente común, pueden adquirir el mismo nombre (o un nombre que en parte sea el mismo) y éste se podrá entender en cada contexto. De aquí obtiene el lenguaje un amplio campo de referencia y la posibilidad de simbolizar una gran parte de los elementos naturales. Y como el lenguaje se refiere en principio a una característica patente, y es patente a la opinión, sentimiento, acción y memoria, los límites de la clase de objetos a los que se refiere como poseedores de la misma característica tenderán a ser vagos e indefinidos.



Podemos apreciar esta vaguedad de contorno en el lenguaje primerizo de los niños o en otras lenguas más fácilmente que en la nuestra. Por ejemplo: el niño B, bajo la observación del doctor C. W. Valentine, a la edad de un año y dos meses, habiendo visto antes muchas fotografías de perros, a las que ladraba, ladraba también ahora a fotografías de animales que no eran perros. A la edad de un año y seis meses —que es aproximadamente la edad mental en que se origina el lenguaje—, habiendo aprendido a llamar a los pájaros «cu-cú», llamaba cu-cú a su babero con pájaros pintados, y más tarde, a un babero sin pájaros lo llamaba también cu-cú. El mismo niño a la edad de un año y cinco meses, habiendo ya empezado a decir papá al ver a su padre, cuando le señalaban la fotografía de un hombre afeitado decía papá. A la edad de un año y seis meses decía papá al ver retratos de hombres y mujeres, incluso a las reproducciones de estatuas; y a la edad de un año y siete meses a retratos de hombres con barba y al de una mujer con traje

de noche. El mismo niño, a la misma edad, habiendo aprendido a llamar a su abuelo ga-ga (inglés *grandpa*) llamaba ga-ga a la fotografía de su padre, y de hombres en general [1]. Hay innumerables ejemplos de observaciones del mismo tipo en la literatura relacionada con el lenguaje infantil [2]. Podríamos inclinarnos a pensar que el niño se equivocaba al llamar al barbero cu-cú, a la fotografía de una mujer papá, pero esa no es la cuestión. La verdad es que la misma característica evidente que le ha impresionado y motivado un cierto sonido articulado en una ocasión previa, motiva el mismo sonido en ocasiones posteriores. Podemos ver ahora que la aplicación de los términos «figuras retóricas» a los casos de πρόβατον y *breakers* era inadecuada. Cuando un hombre llama a un carnero πρόβατον ['lo que camina adelante'], o un niño llama papá a la fotografía de una mujer, el proceso es el mismo. Cualquier diferencia en el proceso es una mera cuestión de grados. Se ve a los carneros como poseedores de la misma característica que otros seres que caminan hacia adelante, o en otras palabras, se los clasifica con ellos y dan lugar al mismo nombre; se ve en la fotografía de una mujer una característica común a otras de hombres, y se la clasifica con ellas y se la llama con el mismo nombre, papá. Lo mismo se puede decir de los pasos sucesivos en la expansión y cambio del uso de cu-cú. De manera que si fuéramos a incluir en un diccionario la palabra cu-cú del niño B, podríamos decir:

*Cu-cú:* Origen probable Cuco, llamada del pájaro *Cuculus Canorus,* Linn. De donde:
1. Por extensión, cualquier pájaro.
2. Trop. Cualquier representación de pájaro, y particularmente cualquier babero que la tenga.
3. Por extensión, cualquier babero.

Un diccionario de cualquier lenguaje representaría así el artículo correspondiente a la palabra cucú. A la luz de una característica evidente común, dos clases de objetos se clasifican juntos, y el significado del nombre



de uno de ellos se extiende al otro y se convierte en un símbolo de la clase aumentada, y entonces puede aplicarse a otros objetos clasificados con esta última. De la misma manera, si consultáramos el Diccionario de Griego de Liddell y Scott, al mirar la palabra πρόβατονencontraríamos el siguiente artículo (resumido):

Dícese en un principio del ganado menor, ovejas y cabras que en los rebaños primitivos, donde varios tipos de animales van mezclados, «caminan delante» de los animales mayores. Entre los jonios y dorios, todo tipo de ganado. En Homero generalmente ganado [3], manadas y rebaños. Pero en prosa y comedia áticas (aunque nunca en la tragedia) casi invariablemente se aplica a ganado ovino. En general, animales sacrificados tanto para algún rito como para alimento. Proverbialmente se dice de gente estúpida o perezosa. También es el nombre de un pez de mar.

A medida que el lenguaje se desarrolla irá habiendo muchas referencias semejantes, y los límites de la clase que abarcan se extienden por un lado y otro hasta zonas extrañas. Por ejemplo, en malayo hay muchas clases caracterizadas por nombres especiales, de las que damos los siguientes ejemplos:

*oran* ['persona'] es el nombre de una clase que incluye seres humanos y ángeles.
*ikor* ['cola'] se usa para animales, incluyendo algunos que no tienen cola, como ranas y moscas.
*buah* ['fruto'] para frutos, casas, ciudades, barcas, islas, lagos.
*bidzi* ['grano de cereales'] para granos y otros pequeños objetos más o menos redondos.
*batan* ['tallo o tronco'] para objetos largos.

Estos nombres se usan como determinativos junto a la persona u objeto a que se refieren. Así, *buda'dua oran* significa 'niños dos, personas', *kuda tiga ikor* significa 'caballos tres, colas', y *rumah dua buah* significa 'casas dos, frutos'.

En algunas lenguas estos nombres de clase se convier-

ten en simples prefijos del nombre. Por ejemplo, según Portman [4], una lengua andamanesa denotaba distintas clases de cosas indicando cada clase con un prefijo distintivo:

*ot-*, significaba cosas redondas (por ejemplos, cojines y esponjas).
*ôto-*, cosas largas y estrechas afiladas o de madera.
*aka, ôko-*, cosas duras.
*ar-*, cosas erguidas, derechas.
*ig-*, armas, utensilios, cosas manufacturadas.
*ad-*, lenguaje (ruidos) de los animales, etc.

De la misma manera, en haida los nombres se clasifican en largos, delgados, redondos, planos, angulares, fibrosos, animados y otras categorías [5].

Estas listas tienen un interés especial. En las tablillas cuneiformes sumerias ciertos signos figurativos, cada uno con un significado general, precedían a otros signos que representaban los nombres de objetos de determinadas clases. Por ejemplo, *dingir* (una estrella) delante de otra palabra significaba que ésta era el nombre de un dios. Había muchos otros signos indicadores de clase, por ejemplo:

| | | | |
|---|---|---|---|
| *itu* | precedía | a | nombres de meses. |
| *na* | » | » | nombres de piedras. |
| *duk* | » | » | vasijas de barro. |
| *giš* | » | » | objetos de madera. |
| *tug* | » | » | ropa. |
| *sal* | » | » | hembras. |
| *id* | » | » | ríos; y así sucesivamente. |

Durante mucho tiempo se ha sospechado que estos signos indicadores de clase no eran meros recursos de escritura sino que representaban prefijos que efectivamente se pronunciaban, y un lenguaje como el andamanés es en sí suficiente para convertir la sospecha en certeza.

Es evidente que estos caracteres y la clasificación de la realidad que los motiva, no pretenden de ninguna manera



abarcar todos los fenómenos del mundo. Ningún filósofo ha conseguido clasificar el universo en un pequeño conjunto, completo, de categorías. Estas clases son parciales e imperfectas, y los límites (si es que existen) entre ellas no están fijados por la lógica, sino por la mente —emoción, interés, forma, memoria, opinión, etc.—, y también, hasta cierto punto, son convencionales. El niño que dice ga-ga no sólo cuando ve a su abuelo sino también ante fotografías de otros hombres, y llama papá no sólo a su padre sino a retratos de otros hombres y mujeres, únicamente puede fijar el límite, si esto es necesario, mediante una decisión racional. El niño B, que había aprendido a decir *ba* (baa-cordero cfr. esp. bee) al ver una oveja, a la edad de un año y cinco meses decía *ba* al ver una vaca. Pero probablemente cambiaría el *ba* por *mu* en cuanto se lo dijeran.

Es evidente que en la vida del hombre primitivo se formarán estas denotaciones de clase, y se fijarán sus límites de acuerdo con la función, es decir, según el uso determinado por necesidades y circunstancias económicas locales. Porque se puede definir el lenguaje como un instrumento para enfrentarnos con nuestros ambiente, o con más precisión, para conseguir que los demás hombres nos ayuden en esa tarea. También es evidente que tales denotaciones de clase pueden ser completamente distintas en dos pueblos que estén en el mismo grado de civilización. Hace tiempo que hemos dejado atrás los fenómenos que son comunes a muchos pueblos que se encuentran en el mismo grado de cultura material.

Por ejemplo, los aranda Colectores de Alimentos de Australia Central tienen nombres genéricos para los siguientes grupos biológicos:

*garṛa* - todos los animales que caminan por tierra firme y que son comestibles.
*deba* - todos los pájaros que vuelan por el aire.
*deba-deba* - todos los insectos que vuelan, y también todo ser viviente de tamaño muy pequeño.
*pinara-pinara* - todos los escarabajos.
*apina* - todas las serpientes y culebras.

ten en simples prefijos del nombre. Por ejemplo, según Portman [4], una lengua andamanesa denotaba distintas clases de cosas indicando cada clase con un prefijo distintivo:

*ot-*, significaba cosas redondas (por ejemplos, cojines y esponjas).
*ôto-*, cosas largas y estrechas afiladas o de madera.
*aka, ôko-*, cosas duras.
*ar-*, cosas erguidas, derechas.
*ig-*, armas, utensilios, cosas manufacturadas.
*ad-*, lenguaje (ruidos) de los animales, etc.

De la misma manera, en haida los nombres se clasifican en largos, delgados, redondos, planos, angulares, fibrosos, animados y otras categorías [5].

Estas listas tienen un interés especial. En las tablillas cuneiformes sumerias ciertos signos figurativos, cada uno con un significado general, precedían a otros signos que representaban los nombres de objetos de determinadas clases. Por ejemplo, *dingir* (una estrella) delante de otra palabra significaba que ésta era el nombre de un dios. Había muchos otros signos indicadores de clase, por ejemplo:

| | | |
|---|---|---|
| *itu* | precedía a | nombres de meses. |
| *na* | » | » nombres de piedras. |
| *duk* | » | » vasijas de barro. |
| *giš* | » | » objetos de madera. |
| *tug* | » | » ropa. |
| *sal* | » | » hembras. |
| *id* | » | » ríos; y así sucesivamente. |

Durante mucho tiempo se ha sospechado que estos signos indicadores de clase no eran meros recursos de escritura sino que representaban prefijos que efectivamente se pronunciaban, y un lenguaje como el andamanés es en sí suficiente para convertir la sospecha en certeza.

Es evidente que estos caracteres y la clasificación de la realidad que los motiva, no pretenden de ninguna manera



abarcar todos los fenómenos del mundo. Ningún filósofo ha conseguido clasificar el universo en un pequeño conjunto, completo, de categorías. Estas clases son parciales e imperfectas, y los límites (si es que existen) entre ellas no están fijados por la lógica, sino por la mente —emoción, interés, forma, memoria, opinión, etc.—, y también, hasta cierto punto, son convencionales. El niño que dice ga-ga no sólo cuando ve a su abuelo sino también ante fotografías de otros hombres, y llama papá no sólo a su padre sino a retratos de otros hombres y mujeres, únicamente puede fijar el límite, si esto es necesario, mediante una decisión racional. El niño B, que había aprendido a decir *ba* (baa-cordero cfr. esp. bee) al ver una oveja, a la edad de un año y cinco meses decía *ba* al ver una vaca. Pero probablemente cambiaría el *ba* por *mu* en cuanto se lo dijeran.

Es evidente que en la vida del hombre primitivo se formarán estas denotaciones de clase, y se fijarán sus límites de acuerdo con la función, es decir, según el uso determinado por necesidades y circunstancias económicas locales. Porque se puede definir el lenguaje como un instrumento para enfrentarnos con nuestros ambiente, o con más precisión, para conseguir que los demás hombres nos ayuden en esa tarea. También es evidente que tales denotaciones de clase pueden ser completamente distintas en dos pueblos que estén en el mismo grado de civilización. Hace tiempo que hemos dejado atrás los fenómenos que son comunes a muchos pueblos que se encuentran en el mismo grado de cultura material.

Por ejemplo, los aranda Colectores de Alimentos de Australia Central tienen nombres genéricos para los siguientes grupos biológicos:

*garṛa* - todos los animales que caminan por tierra firme y que son comestibles.
*deba* - todos los pájaros que vuelan por el aire.
*deba-deba* - todos los insectos que vuelan, y también todo ser viviente de tamaño muy pequeño.
*pinara-pinara* - todos los escarabajos.
*apina* - todas las serpientes y culebras.

*irbanga* - todos los peces.
*manna* - todas las plantas y frutos comestibles, semillas de hierba, y alimentos vegetales en general.
*inna* - todos los árboles, arbustos y maleza.

*Garra* no incluye a los lagartos que no se pueden comer, pero sí a todos los lagartos e iguanas comestibles, grandes y pequeños. Las hormigas no pertenecen al grupo de los escarabajos ni de los insectos voladores. Los arbustos de baya no son ni hierba ni maleza, y se clasifican como *manna* sólo si sus frutos son comestibles. El menú y el pavo no son pájaros sino *garra,* porque pasan la mayor parte del tiempo andando por tierra firme, y se cazan con lanzas y boomerangs para obtener su carne. No hay palabra para lagarto, pero hay 9 palabras que designan a otros tantas especies de la familia de los lagartos, aparte de los iguanas [6].

Igualmente en melanesio hay, como cosa normal, 9 nombres para cocos en distintos estados de maduración, y ningún nombre para el coco [7]. Entre los trobriand, según Malinowski, hay nombres para árboles u objetos que sean de importancia para el nativo, y los demás árboles serán simplemente fondo, «maleza». Un insecto o un pájaro que no ocupa un lugar ni en la tradición ni en la despensa lo despachan como *mauna wala* ['sólo un animal que vuela'] [8]. En bosquimano kumana no hay una palabra para *animal,* pero sí un impresionante y copioso catálogo de las numerosas especies distintas de antílopes que caza el nativo [9]. En una lengua semítica puede que haya muchos nombres para leones de distintos sexos y edad, pero no hay palabra para «león». En nandi (Grado A3-1 principalmente pastoril) hay 35 palabras para bueyes de distintos tipos, edades, características, colores, cria, ascendencia, etcétera. Incluso en inglés, aunque hay palabras para toro *bull* ['vaca'], *cow* ['buey'], *bullock* ['novillo castrado', 'buey'], *steer* ['novilla'], *heifer* ['becerro'], *calf,* etc., es discutible que haya una palabra que abarque a todas, pues *cattle* ['ganado'], incluye a menudo otras especies.

En todas las lenguas se clasifican de manera distinta tanto las acciones como los objetos. En rigor, todo nombre de acción —mover, romper, hacer, golpear— es el nombre de una clase de acciones. Por si fuera poco, en maidu [10],por ejemplo, los verbos llevan prefijos que se refieren a las partes del cuerpo con que están asociados, de manera que el prefijo *ha(n)* significa acciones realizadas con el hombro o la espalda; *hi-,* acciones realizadas con la nariz o el hocico; *in-,* acciones realizadas sentándose *is-,* acciones realizadas con los pies; y *ka-,* con la mano abierta. En kwakiutl hay una serie de sufijos que denotan el instrumento con que una acción se realiza (por ejemplo, con un objeto afilado). En la lengua de la isla Andaman del Sur hay una clasificación expresada mediante siete tipos de prefijos que corresponden a las partes del cuerpo a que se refieren, y abarca a los nombres, verbos y adjetivos [11].



Diferentes comunidades lingüísticas ven semejanzas diferentes entre las personas y los objetos de la naturaleza. Un grupo de lenguas (por ejemplo, las indoeuropeas y semíticas, pero no el sumerio o la mayor parte de las lenguas de Africa) tienen una clasificación según el sexo, pero tal clasificación es tan parcial e imperfecta como las que hemos visto antes, los límites son igual de vagos y a menudo han ido más allá de los puramente lógicos. En algunas lenguas esta clasificación abarca todos los nombres, en muchas (como el chinook [12] y el bosquimano [13]) sólo unos pocos. Hay lenguas en que el masculino incluye animales y cosas grandes y fuertes, y el femenino animales y cosas débiles y pequeñas, de manera que en las dos últimas lenguas mencionadas la mano derecha es de género masculino y la izquierda es de género femenino. Por otra parte, en hebreo, por alguna razón misteriosa, ocurre lo contrario. En la mayoría de las lenguas que tienen género (incluidas las germánicas), el sol pertenece al femenino y la luna al masculino: en latín y griego encontramos lo contrario. Lo gratuito de la distribución de géneros en las lenguas indoeuropeas es de todos conocido. En las más antiguas de estas lenguas la clasificación era en tres géneros, masculino, femenino e inanimado, y se aplicaba a todos los nombres, pronombres y adjetivos, pero no a las acciones. En la mayor parte de las lenguas norteamerica-

*irbanga* - todos los peces.
*manna* - todas las plantas y frutos comestibles, semillas de hierba, y alimentos vegetales en general.
*inna* - todos los árboles, arbustos y maleza.

*Garra* no incluye a los lagartos que no se pueden comer, pero sí a todos los lagartos e iguanas comestibles, grandes y pequeños. Las hormigas no pertenecen al grupo de los escarabajos ni de los insectos voladores. Los arbustos de baya no son ni hierba ni maleza, y se clasifican como *manna* sólo si sus frutos son comestibles. El menú y el pavo no son pájaros sino *garra,* porque pasan la mayor parte del tiempo andando por tierra firme, y se cazan con lanzas y boomerangs para obtener su carne. No hay palabra para lagarto, pero hay 9 palabras que designan a otros tantas especies de la familia de los lagartos, aparte de los iguanas [6].

Igualmente en melanesio hay, como cosa normal, 9 nombres para cocos en distintos estados de maduración, y ningún nombre para el coco [7]. Entre los trobriand, según Malinowski, hay nombres para árboles u objetos que sean de importancia para el nativo, y los demás árboles serán simplemente fondo, «maleza». Un insecto o un pájaro que no ocupa un lugar ni en la tradición ni en la despensa lo despachan como *mauna wala* ['sólo un animal que vuela'] [8]. En bosquimano kumana no hay una palabra para *animal,* pero sí un impresionante y copioso catálogo de las numerosas especies distintas de antílopes que caza el nativo [9]. En una lengua semítica puede que haya muchos nombres para leones de distintos sexos y edad, pero no hay palabra para «león». En nandi (Grado A3-1 principalmente pastoril) hay 35 palabras para bueyes de distintos tipos, edades, características, colores, cria, ascendencia, etcétera. Incluso en inglés, aunque hay palabras para toro *bull* ['vaca'], *cow* ['buey'], *bullock* ['novillo castrado', 'buey'], *steer* ['novilla'], *heifer* ['becerro'], *calf,* etc., es discutible que haya una palabra que abarque a todas, pues *cattle* ['ganado'], incluye a menudo otras especies.

En todas las lenguas se clasifican de manera distinta tanto las acciones como los objetos. En rigor, todo nombre de acción —mover, romper, hacer, golpear— es el nombre de una clase de acciones. Por si fuera poco, en maidu [10],por ejemplo, los verbos llevan prefijos que se refieren a las partes del cuerpo con que están asociados, de manera que el prefijo *ha(n)* significa acciones realizadas con el hombro o la espalda; *hi-,* acciones realizadas con la nariz o el hocico; *in-,* acciones realizadas sentándose *is-,* acciones realizadas con los pies; y *ka-,* con la mano abierta. En kwakiutl hay una serie de sufijos que denotan el instrumento con que una acción se realiza (por ejemplo, con un objeto afilado). En la lengua de la isla Andaman del Sur hay una clasificación expresada mediante siete tipos de prefijos que corresponden a las partes del cuerpo a que se refieren, y abarca a los nombres, verbos y adjetivos [11].



Diferentes comunidades lingüísticas ven semejanzas diferentes entre las personas y los objetos de la naturaleza. Un grupo de lenguas (por ejemplo, las indoeuropeas y semíticas, pero no el sumerio o la mayor parte de las lenguas de Africa) tienen una clasificación según el sexo, pero tal clasificación es tan parcial e imperfecta como las que hemos visto antes, los límites son igual de vagos y a menudo han ido más allá de los puramente lógicos. En algunas lenguas esta clasificación abarca todos los nombres, en muchas (como el chinook [12] y el bosquimano [13]) sólo unos pocos. Hay lenguas en que el masculino incluye animales y cosas grandes y fuertes, y el femenino animales y cosas débiles y pequeñas, de manera que en las dos últimas lenguas mencionadas la mano derecha es de género masculino y la izquierda es de género femenino. Por otra parte, en hebreo, por alguna razón misteriosa, ocurre lo contrario. En la mayoría de las lenguas que tienen género (incluidas las germánicas), el sol pertenece al femenino y la luna al masculino: en latín y griego encontramos lo contrario. Lo gratuito de la distribución de géneros en las lenguas indoeuropeas es de todos conocido. En las más antiguas de estas lenguas la clasificación era en tres géneros, masculino, femenino e inanimado, y se aplicaba a todos los nombres, pronombres y adjetivos, pero no a las acciones. En la mayor parte de las lenguas norteamerica-

nas y en muchas otras (como hitita y andamanés) la división es doble: animados e inanimados. En la lengua de los pies negros, por ejemplo, la clasificación se extiende a toda la gramática e incluye los verbos. Algunas partes del cuerpo son animadas y otras inanimadas; algunos árboles son animados y otros inanimados. La tierra, el sol, la luna y las estrellas, por estar investidos de la suficiente personalidad, son animados [14].

Muchas lenguas tienen también una clasificación en singular y plural y muchas no. En algunas lenguas esta clasificación abarca a personas y cosas, pronombres y adjetivos, y a todas las acciones; en algunas lenguas no. En muchas lenguas la clasificación es en singular, dual (referido especialmente a varias partes del cuerpo) y plural. Los yahgan (quizá el más primitivo de todos los pueblos) tienen una clasificación en singular, dual, trial y plural [15]. En chinook hay una división quintuple: masculino, femenino, neutro, dual y plural [16].

En algunas lenguas, por otro lado —a veces porque el principio original de la clasificación se ha perdido— las clasificaciones se hacen según la forma de las palabras: y aquí nos encontramos con la pura gramática. El lenguaje ya no clasifica en el lenguaje las cosas de la naturaleza, sino que clasifica en el lenguaje las cosas del lenguaje. Así, en latín una de las principales clasificaciones del nombre se hace según las desinencias: nombres que acaban en el singular (nominativo) en *-a* y en el plural en *-ae;* nombres que acaban en el singular en *-ŭs* y en el plural en *-ūs,* etcétera.

En lenguas bantú, por otra parte, la clasificación se basa en la forma de los prefijos. De este modo, en el bulubalulúa existen ocho clases de sustantivos. En la primera de ellas, el singular comienza con *mu-* y el plural con *ba-* (ejemplo: *mu-ntu,* ['una persona']; *ba-ntu* ['personas']); en la segunda, el singular comienza con *mu-* y el plural con *mi-;* en la tercera tanto el singular como el plural comienzan con *n-,* etc. También es corriente la clasificación de verbos según la forma, como ocurre en latín. En la mayoría de estas lenguas (por ejemplo, en tsimshi) existen clases que se basan tanto en la forma como en la función.



Los que estamos familiarizados con dos o tres gramáticas indoeuropeas, tenemos conciencia del distinto carácter y tratamiento de nombres y verbos —y por supuesto, las lenguas no confunden estas dos partes principales de la oración. Pero en la naturaleza no hay una separación necesaria entre las dos: si Juan golpea, es una sola la imagen que se ve: un hombre moviéndose de una determinada manera. No puede sorprendernos entonces que, en los distintos casos que hemos apuntado, nombres y verbos estén muchas veces ocupando un lugar en las mismas clases opuestas: singular o plural, animado o inanimado. Y habiendo observado que en conjunto los nombres se originaron a partir de verbos, nos sorprenderá mucho menos verlos agrupados todavía en las mismas clases. Más claro aún: un adjetivo y su nombre constituyen un sólo fenómeno en la naturaleza —un hombre gordo es un sólo objeto— y no es sorprendente que casi en todas partes los nombres y sus adjetivos se encuentren en las mismas clases, sobre todo si recordamos el poco tiempo que hace que los adjetivos han surgido de los nombres.

Pero los verbos también realizan algunas funciones muy distintas de las de los nombres, y tienen sus propias clasificaciones. Los verbos —es decir, las acciones— se agrupan en clases según la persona que actúa, o según el tiempo de la acción, el modo o la voz, o según la acción sea positiva o negativa, afirmativa o interrogativa. Una vez más, en estos aspectos un grupo de lenguas difiere diametralmente de otro. En muchas o la mayoría de las lenguas el «tiempo» que expresa el verbo está inextricablemente unido a otros aspectos de la acción. Por ejemplo, si uno dice «Yo cenaba cuando Juan entró», la diferencia entre los dos verbos no es de tiempo. Los dos son pasados; la diferencia es que «cenaba» es una acción inacabada o imperfecta, y «entró» es una acción acabada y perfecta. En la medida en que los tiempos verbales expresan el tiempo en que se realiza la acción, muchas lenguas (como las semíticas y el sumerio) carecen en rigor de tiempos, y clasifican las acciones en acabadas o no acabadas. En el

nas y en muchas otras (como hitita y andamanés) la división es doble: animados e inanimados. En la lengua de los pies negros, por ejemplo, la clasificación se extiende a toda la gramática e incluye los verbos. Algunas partes del cuerpo son animadas y otras inanimadas; algunos árboles son animados y otros inanimados. La tierra, el sol, la luna y las estrellas, por estar investidos de la suficiente personalidad, son animados [14].

Muchas lenguas tienen también una clasificación en singular y plural y muchas no. En algunas lenguas esta clasificación abarca a personas y cosas, pronombres y adjetivos, y a todas las acciones; en algunas lenguas no. En muchas lenguas la clasificación es en singular, dual (referido especialmente a varias partes del cuerpo) y plural. Los yahgan (quizá el más primitivo de todos los pueblos) tienen una clasificación en singular, dual, trial y plural [15]. En chinook hay una división quintuple: masculino, femenino, neutro, dual y plural [16].

En algunas lenguas, por otro lado —a veces porque el principio original de la clasificación se ha perdido— las clasificaciones se hacen según la forma de las palabras: y aquí nos encontramos con la pura gramática. El lenguaje ya no clasifica en el lenguaje las cosas de la naturaleza, sino que clasifica en el lenguaje las cosas del lenguaje. Así, en latín una de las principales clasificaciones del nombre se hace según las desinencias: nombres que acaban en el singular (nominativo) en *-a* y en el plural en *-ae;* nombres que acaban en el singular en *-ŭs* y en el plural en *-ūs,* etcétera.

En lenguas bantú, por otra parte, la clasificación se basa en la forma de los prefijos. De este modo, en el bulubalulúa existen ocho clases de sustantivos. En la primera de ellas, el singular comienza con *mu-* y el plural con *ba-* (ejemplo: *mu-ntu,* ['una persona']; *ba-ntu* ['personas']); en la segunda, el singular comienza con *mu-* y el plural con *mi-;* en la tercera tanto el singular como el plural comienzan con *n-,* etc. También es corriente la clasificación de verbos según la forma, como ocurre en latín. En la mayoría de estas lenguas (por ejemplo, en tsimshi) existen clases que se basan tanto en la forma como en la función.



Los que estamos familiarizados con dos o tres gramáticas indoeuropeas, tenemos conciencia del distinto carácter y tratamiento de nombres y verbos —y por supuesto, las lenguas no confunden estas dos partes principales de la oración. Pero en la naturaleza no hay una separación necesaria entre las dos: si Juan golpea, es una sola la imagen que se ve: un hombre moviéndose de una determinada manera. No puede sorprendernos entonces que, en los distintos casos que hemos apuntado, nombres y verbos estén muchas veces ocupando un lugar en las mismas clases opuestas: singular o plural, animado o inanimado. Y habiendo observado que en conjunto los nombres se originaron a partir de verbos, nos sorprenderá mucho menos verlos agrupados todavía en las mismas clases. Más claro aún: un adjetivo y su nombre constituyen un sólo fenómeno en la naturaleza —un hombre gordo es un sólo objeto— y no es sorprendente que casi en todas partes los nombres y sus adjetivos se encuentren en las mismas clases, sobre todo si recordamos el poco tiempo que hace que los adjetivos han surgido de los nombres.

Pero los verbos también realizan algunas funciones muy distintas de las de los nombres, y tienen sus propias clasificaciones. Los verbos —es decir, las acciones— se agrupan en clases según la persona que actúa, o según el tiempo de la acción, el modo o la voz, o según la acción sea positiva o negativa, afirmativa o interrogativa. Una vez más, en estos aspectos un grupo de lenguas difiere diametralmente de otro. En muchas o la mayoría de las lenguas el «tiempo» que expresa el verbo está inextricablemente unido a otros aspectos de la acción. Por ejemplo, si uno dice «Yo cenaba cuando Juan entró», la diferencia entre los dos verbos no es de tiempo. Los dos son pasados; la diferencia es que «cenaba» es una acción inacabada o imperfecta, y «entró» es una acción acabada y perfecta. En la medida en que los tiempos verbales expresan el tiempo en que se realiza la acción, muchas lenguas (como las semíticas y el sumerio) carecen en rigor de tiempos, y clasifican las acciones en acabadas o no acabadas. En el

extremo opuesto, hay unas cuantas lenguas (como el hupa) en que verbos y nombres tienen sus tiempos correspondientes, y puede haber una esposa o una casa pasadas o futuras lo mismo que una acción pasada o futura mediante la adición del sufijo *-nun* al nombre o al verbo [17]; y una lengua como el buluba-lulúa dispone de todo el sistema de verbos auxiliares del inglés moderno e incluso más y expresa aún más variedades y matices de tiempo y aspecto: ['estoy mordiendo'] *I am biting,* presente actual, ['voy mordiendo'] *I am biting,* presente progresivo, ['estoy mordiendo ahora'] *I am now biting,* ['he mordido'] *I have bitten,* ['muerdo'] *I bite,* ['mordí'] *I bit,* ['había mordido'] *I had bitten,* ['estaba mordiendo'] *I was biting,* ['había estado mordiendo'] *I had been biting,* ['no dejó de morder'] *I keep biting and biting,* ['no dejaba de morder'] *I kept biting and biting,* ['morderé'] *I shall bite* ['voy a morder'] *I am about to bite,* ['estoy a punto de morder'] *I'm just about to bite,* ['(si) muerdo'] (*if*) *I bite,* ['hubiera mordido'] *I would have bitten,* ['que muerda'] *that I may bite,* ['¿por qué no muerdo? (dos formas)'] *why don't I bite?;* y en la mayoría de los casos dispone de los paradigmas negativos correspondientes [18]. En la mayor parte de las lenguas es imposible expresar muchas de estas distinciones, que hay que deducir como se pueda del contexto. En hebreo es menester adivinar a veces si lo que se expresa es un pasado, un presente o un futuro.

Pero probablemente todas las lenguas clasifican las acciones según las realice el que habla (primera persona), la persona interpelada (segunda persona), u otra persona o cosa (tercera persona); y también según la persona sea singular o plural. Ninguna otra parte de la oración tiene las mismas categorías, a excepción de los pronombres, en lo que respecta a la persona. Pero hay un gran número de lenguas (sobre todo de América, sureste de Asia [19], Australia y Oceanía [20]) que no pueden tolerar la ambigüedad que en las lenguas indoeuropeas, semíticas, sumeria y la mayoría de las africanas existe entre la primera persona del plural (nosotros) que incluye la persona a quien se habla (yo y tú) y la primera persona del plural que



excluye a esa persona (yo y él, ella o ellos). En el primer caso, por ejemplo, se expresa en la lengua de los pies negros mediante un pronombre de forma parecida a las de la primera y segunda personas del singular:

| | |
|---|---|
| *nistóa* | ['yo'] |
| *ksistóa* | ['tú'] |
| *ostói* | ['él', 'ella', 'ello'] |
| *nistúnàn* | ['nosotros'] (excluyente) |
| *ksistúnùn* | ['nosotros'] (incluyente) |
| *ksistóau* | ['vosotros'] |
| *ostóauai* | ['ellos', 'ellas'] [21] |

El pies negros [22] y el andamanés distinguen entre una tercera y una cuarta persona (estando ésta última subordinada a la tercera persona primordial de la frase). De manera que en pies negros «ese hombre informó a su esposa» sería:

| | | |
|---|---|---|
| *ánistsiu* | *omá* | *ninau oto* × *kéman* |
| informó (3.ª pers.) | ese (3.ª pers.) | hombre (a) su-esposa |

Pero para decir «Ese hombre fue informado por su esposa» tendríamos «Su esposa informó (4.ª pers.) a ese hombre (3.ª pers.)» y la frase sería:

| | | |
|---|---|---|
| *otánik* | *omá* | *ninau oto* × *kéman* |
| informó (4.ª p.) | (a) ese (3.ª p.) | hombre su-esposa (4.ª p.) |

El pies negros conoce incluso una quinta persona [23].

Pero en la comunicación completa —la oración— hay acciones y personas (o cosas), verbos y nombres, que van combinados. La imagen de Jorge atacado por Juan y tambaleándose bajo el golpe es completamente distinta de la imagen de Juan en el acto de golpear. Muchas lenguas distinguen las dos clases de nombres que son sujeto de la acción y nombres que son objeto de la acción. En las lenguas indoeuropeas antiguas y en algunas de las modernas estas funciones se indican mediante el uso de dos desinencias en contraste (cuyas formas varían de acuerdo con la

extremo opuesto, hay unas cuantas lenguas (como el hupa) en que verbos y nombres tienen sus tiempos correspondientes, y puede haber una esposa o una casa pasadas o futuras lo mismo que una acción pasada o futura mediante la adición del sufijo *-nun* al nombre o al verbo [17]; y una lengua como el buluba-lulúa dispone de todo el sistema de verbos auxiliares del inglés moderno e incluso más y expresa aún más variedades y matices de tiempo y aspecto: ['estoy mordiendo'] *I am biting,* presente actual, ['voy mordiendo'] *I am biting,* presente progresivo, ['estoy mordiendo ahora'] *I am now biting,* ['he mordido'] *I have bitten,* ['muerdo'] *I bite,* ['mordí'] *I bit,* ['había mordido'] *I had bitten,* ['estaba mordiendo'] *I was biting,* ['había estado mordiendo'] *I had been biting,* ['no dejó de morder'] *I keep biting and biting,* ['no dejaba de morder'] *I kept biting and biting,* ['morderé'] *I shall bite* ['voy a morder'] *I am about to bite,* ['estoy a punto de morder'] *I'm just about to bite,* ['(si) muerdo'] (*if*) *I bite,* ['hubiera mordido'] *I would have bitten,* ['que muerda'] *that I may bite,* ['¿por qué no muerdo? (dos formas)'] *why don't I bite?;* y en la mayoría de los casos dispone de los paradigmas negativos correspondientes [18]. En la mayor parte de las lenguas es imposible expresar muchas de estas distinciones, que hay que deducir como se pueda del contexto. En hebreo es menester adivinar a veces si lo que se expresa es un pasado, un presente o un futuro.

Pero probablemente todas las lenguas clasifican las acciones según las realice el que habla (primera persona), la persona interpelada (segunda persona), u otra persona o cosa (tercera persona); y también según la persona sea singular o plural. Ninguna otra parte de la oración tiene las mismas categorías, a excepción de los pronombres, en lo que respecta a la persona. Pero hay un gran número de lenguas (sobre todo de América, sureste de Asia [19], Australia y Oceanía [20]) que no pueden tolerar la ambigüedad que en las lenguas indoeuropeas, semíticas, sumeria y la mayoría de las africanas existe entre la primera persona del plural (nosotros) que incluye la persona a quien se habla (yo y tú) y la primera persona del plural que



excluye a esa persona (yo y él, ella o ellos). En el primer caso, por ejemplo, se expresa en la lengua de los pies negros mediante un pronombre de forma parecida a las de la primera y segunda personas del singular:

| | |
|---|---|
| *nistóa* | ['yo'] |
| *ksistóa* | ['tú'] |
| *ostói* | ['él', 'ella', 'ello'] |
| *nistúnàn* | ['nosotros'] (excluyente) |
| *ksistúnùn* | ['nosotros'] (incluyente) |
| *ksistóau* | ['vosotros'] |
| *ostóauai* | ['ellos', 'ellas'] [21] |

El pies negros [22] y el andamanés distinguen entre una tercera y una cuarta persona (estando ésta última subordinada a la tercera persona primordial de la frase). De manera que en pies negros «ese hombre informó a su esposa» sería:

| | | |
|---|---|---|
| *ánistsiu* | *omá* | *ninau oto* × *kéman* |
| informó (3.ª pers.) | ese (3.ª pers.) | hombre (a) su-esposa |

Pero para decir «Ese hombre fue informado por su esposa» tendríamos «Su esposa informó (4.ª pers.) a ese hombre (3.ª pers.)» y la frase sería:

| | | |
|---|---|---|
| *otánik* | *omá* | *ninau oto* × *kéman* |
| informó (4.ª p.) | (a) ese (3.ª p.) | hombre su-esposa (4.ª p.) |

El pies negros conoce incluso una quinta persona [23].

Pero en la comunicación completa —la oración— hay acciones y personas (o cosas), verbos y nombres, que van combinados. La imagen de Jorge atacado por Juan y tambaleándose bajo el golpe es completamente distinta de la imagen de Juan en el acto de golpear. Muchas lenguas distinguen las dos clases de nombres que son sujeto de la acción y nombres que son objeto de la acción. En las lenguas indoeuropeas antiguas y en algunas de las modernas estas funciones se indican mediante el uso de dos desinencias en contraste (cuyas formas varían de acuerdo con la

de la raíz nominal). En inglés moderno y en francés, y en muchísimas otras lenguas, la función queda marcada por la posición relativa de las palabras en la frase. En la mayoría de estas lenguas el nombre precede al verbo cuando es sujeto y lo sigue cuando es objeto. En algunas lenguas (como maorí, bidji y hebreo) el sujeto sigue generalmente al verbo. Así pues, en algunas lenguas la diferencia entre sujeto y objeto se indica mediante accidentes y en otras por medio de la sintaxis.

Pero tan pronto como la frase se ha desarrollado suficientemente, es decir, una vez que se ha alargado y hecho más precisa, sus distintas partes se especializan más o menos en sus funciones correspondientes, y de los verbos se forman nombres, luego adjetivos y adverbios. En algunas lenguas, como hemos visto, las palabras se quedan incorporadas por la forma a las diferentes partes de la oración, estas vienen señaladas por un afijo entre varias alternancias vocálicas. En otras lenguas, como el inglés moderno, polinesio o melanesio, el mismo fonema puede funcionar como una de las distintas partes de la oración y su colocación en la frase (sintaxis) será la principal indicación: por ejemplo, una palabra que generalmente es un sustantivo se convierte en adjetivo cuando precede o sigue a otro sustantivo.

La oración, en todos los pueblos de que tenemos noticia, es un organismo complejo, y si se quiere hacer su sentido inteligible y reproducirlo, es necesario algún medio de mostrar las relaciones entre las partes que la componen. Como tales medios sirven todos los procedimientos mencionados al comienzo de este capítulo. Si tomamos las dos frases siguientes en inglés moderno: *Go! An let no crusted Tory ever darken these innocent doors again!* ['¡Vete! ¡Y que ningún conservador empedernido vuelva a oscurecer más estas puertas inocentes!'], vemos que la primera frase *Go!* ['¡Vete!'] es el ruego o mandato de una acción que no contiene más que un elemento. No son necesarios ni accidentes (es decir, variación de la forma de las palabras) ni sintaxis (es decir, variación del orden de las palabras) para dar a entender las relaciones entre sus elementos. Pero está claro que en la segunda



frase el lugar de cada palabra es fijo, no puede cambiarse (quizá con la excepción del adverbio *again* ['de nuevo, una vez más']. Mediante este orden se delimita y aclara la relación de cada palabra con todas y cada una de las demás: *no* ['ningún'] y *crusted* ['empedernido'] vemos que son adjetivos que modifican el sustantivo *Tory* ['conservador'] al que preceden; *these* ['estas'] e *innocent* ['inocentes'], son adjetivos que modifican el sustantivo *doors* ['puertas'], que es a su vez el objeto del verbo *darken* ['oscurecer'] al que sigue. En las antiguas lenguas indoeuropeas estas relaciones se expresan sobre todo mediante la concordancia formal de las desinencias. De esta manera no sólo se expresa que un nombre es el sujeto y otro el objeto del predicado, y no sólo deben concordar las terminaciones del sujeto y el predicado en género y número (y si el sujeto es un pronombre, en persona), sino que se debe expresar que el adjetivo concuerda con el sustantivo en género, número y caso. En bantú las clases son distintas, y los indicadores formales de concordancia son prefijos. Tomemos dos ejemplos que pueden parecer sorprendentes: para decir en congolés «Estas son las grandes piedras blancas que vimos ayer» se diría:

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| *O* | *matadi* | *mama* | *mampembe* | *mampwena* |
| las | piedras | estas | blancas | grandes |
| *i* | *mau* | *mama* | *twamwene* | *ezono* |
| (imp.) es | ellas | que | vimos | ayer |

*Matadi* ['piedras'] es un nombre de la clase 8, que forma el plural mediante el prefijo *ma-;* y este prefijo vuelve a aparecer como tal en todos los adjetivos y pronombres que califican, representan o aluden a *matadi* en esta oración. Los pronombres, por supuesto, están en su mayor parte compuestos por el prefijo. De la misma manera, si quisiéramos decir en la misma lengua «El manto que perdiste ayer ha aparecido» «¿Dónde está?» «Es éste. Lo vi en la casa», diríamos:

| | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|
| *E* | *kinkutu* | *kiaku* | *kiavididi* | *ezono* | *kisolokele* |
| El | manto | tú | perdiste | ayer | ha-aparecido |

*Akiegi?* *I* *kiau kiki.* *O* *mo* *nzo* *mbwene* *kia.*
¿Dónde está? Es éste él. En la casa vi lo.

*Kinkutu,* como indica el prefijo *ki-,* es un nombre singular de la clase 5, lo que explica las repeticiones del prefijo [24].

Hemos señalado un pequeño número de clasificaciones, las fundamentales y más conocidas que pueden encontrarse en el lenguaje. Quedan muchísimas agrupaciones menores, más ocasionales y sutiles, mediante las cuales se indican algunas de las distinciones más finas y delicadas, pero aquí no hay lugar para ellas. Hemos reunido en este capítulo cierto número de clasificaciones de diversa índole, que normalmente son tratadas como materias distintas, y lo hemos hecho así porque, considerando el lenguaje globalmente, sería caprichoso trazar separaciones entre ellas. Por ejemplo, la clasificación de objetos naturales en ganado, árboles, matorrales, etc., no se puede distinguir de la que se hace entre macho y hembra, o animado e inanimado. La clasificación de objetos naturales en macho y hembra o animado e inanimado no se puede distinguir de la clasificación puramente gramatical en masculino y femenino o animado e inanimado. Lo mismo puede decirse de la clasificación en singular, dual y plural, o en primera, segunda, tercera y cuarto personas. Los accidentes no se pueden separar por completo de la sintaxis, de igual manera que las funciones indicadas por los accidentes en una lengua las realiza la sintaxis en otra, y a menudo la misma función la realizan en parte los accidentes y en parte la sintaxis en la misma lengua.

Entonces, ¿hay alguna verdad general que pueda afirmarse de los distintos fenómenos que hemos visto?

Una de las características fundamentales de la vida del hombre consiste en lo que podemos llamar «normas de conducta», las cuales reflejan características también fundamentales de su mente. Tanto si es niño o adulto como primitivo o moderno, debe seguir los modos de actuar que conoce: algunos de estos son o se hacen instintivos, o por lo menos automáticos. Además, le es más fácil hacer lo acostumbrado antes que algo nuevo. Más aún, en los mares desconocidos de la vida tendrá más confianza a medida que se vayan creando nuevas líneas de acción y normas de conducta donde antes había incertidumbre. Si es llamado para llevar a cabo algo que no ha hecho antes de importancia para la conmunidad, se alegrará si encuentra a alguien que le asegure que sólo hay una manera correcta y admitida de hacerlo, y le diga cuál es. Por lo tanto, sustituye la incertidumbre por la certeza y la ansiedad por el aplomo: aplomo al saber que sigue un camino recto para merecer la aprobación pública o al menos para librarse del desprecio público. En su faceta menos importante reconocemos este proceso en la elaboración de normas de etiqueta o de comportamiento social en general: en su faceta más importante, en materias fundamentales para la existencia y bienestar de una sociedad, descubrimos el mismo proceso en la creación de leyes de cumplimiento obligatorio. En el lenguaje las normas de conducta son casi tan decisivas como en el derecho. La aprobación o desaprobación en cuestión de lenguaje es de la mayor importancia para un hombre, y éste debe adaptarse al lenguaje de la comunidad para que le entiendan. Cuanto más preciosas sean las normas del lenguaje en una comunidad, mejor le entenderán si las cumple, y más expresivos serán los matices de cambio de sentido que puedan introducirse mediante una desviación admitida de la norma. Entre las leyes del derecho y de la mera etiqueta observamos sin dificultad que las primeras están más firmemente apoyadas en las necesidades de la sociedad; son su armazón y estructura. Con mucha frecuencia son comunes a pueblos que se hallan en el mismo grado de civilización, especialmente leyes tan importantes como las que se refieren al homicidio. Las reglas de etiqueta y otras normas de conducta social existen porque el hombre debe hacer normas de comportamiento; pero difieren diametralmente de un pueblo a otro, y cambian con facilidad. En el lenguaje hay la misma relación, por un lado, entre hechos tan fundamentales como los porcentajes léxicos de las partes de la oración, y por otro, las reglas de gramática o incluso de estilo. Los primeros son, por lo general, comunes a pueblos que se hallan en la misma fase de progreso cultural; las segundas son normas de conveniencia

y convención, basadas menos firmemente en necesidades económicas; cambian fácilmente y muestran variaciones ilimitadas de un pueblo a otro. Por eso la gramática es tan importante para el lingüista. Este trata de establecer el parentesco entre dos lenguas: si encuentra coincidencias de gramática en estas, como tales reglas son en gran parte arbitrarias y fortuitas, así como difíciles de aprender para los extranjeros, considera las semejanzas como testimonio de un origen común. Otras materias fundamentales que indican una coincidencia en el estado de progreso económico y mental serían inútiles para sus objetivos.

La gramática de una lengua —sus accidentes (o morfología) y su sintaxis— es de las cosas más difíciles de adquirir para un extraño. Y sin embargo, todo niño las aprende en su primera lengua, captando, por así decirlo, todo el espíritu de la lengua; a partir de la mitad de su segundo año sin previo conocimiento del lenguaje. Va formando su gramática con el resto del lenguaje, pero cuando ha montado los principios de su vocabulario. Empieza, como hemos visto, con clasificaciones de objetos de la naturaleza —papá, cucú, guau-guau, etc.—, y cuando empieza a soldar frases necesita toda la ayuda de las reglas de la gramática; y finalmente, después de las clasificaciones de las cosas de la naturaleza, vienen las clasificaciones más técnicas de las cosas del lenguaje, ya que el lenguaje se convierte, hasta cierto punto (como el derecho), en una institución independiente y autosuficiente.

La primera característica general de la gramática es su uniformidad. La regularidad de sus formas refleja el simple hecho de que éstas representan normas de conducta. Esta regularidad y uniformidad afecta toda la lengua. Hemos llamado la atención sobre las raíces verbales semíticas, que en un pasado muy remoto tuvieron generalmente la forma CVC(V), y no contentas con ampliarse por uno u otro lado hasta dar lugar a formas biconsonánticas, triconsonánticas y cuadriconsonánticas (como el antiguo egipcio), todas o casi todas, han desarrollado la estructura citada hasta llegar a CVCVC(V). A esta uniformidad tiende todo lenguaje en mayor o menor grado. Decimos *ando, anduve,* pero puede que el niño o una persona mayor inculta digan, siguiendo el modelo más común, *ando, andé,* y existe, para simplificar, la tendencia a eliminar gradualmente del lenguaje de todas las excepciones e irregularidades.



Los aranda, en el centro del «continente museo» de Australia, ofrecen un buen ejemplo de esto. En su lengua, según nos dice T. G. H. Strehlow en un curioso pasaje, la inflexión del verbo, el nombre y el adjetivo es completamente regular. Hay sólo tres paradigmas verbales casi idénticos; y todo verbo, según su raíz, sigue a uno de ellos. No hay excepciones a las reglas. «Todas las irregularidades que las conjugaciones del aranda hayan tenido en su origen han acabado por desaparecer, hace ya tiempo por analogía. En otros continentes el principio de analogía, aunque en continua actividad de simplificación, ha tenido que luchar en parte con la educación y en parte con la influencia perturbadora de los préstamos de otras lenguas. Pero en Australia, donde no hubo invasores que turbaran la antigua paz del continente, donde no hubo conquistas (por lo menos en tiempos históricos) que impusieran violentamente el lenguaje de una tribu sobre otra, donde no hubo documentos escritos que frenaran la tendencia humana a sucumbir a la analogía [25], el proceso de simplificación actuó sin trabas desde el comienzo mismo, y en la lengua aranda, por lo menos, vemos la etapa final de un largo proceso de evolución lingüística: nos encontramos frente a una lengua en que la inflexión del verbo, lo mismo que la del nombre y el adjetivo, es absolutamente regular. Al lado de la conjugación del verbo aranda incluso el sistema inflexivo más simple de una lengua europea resulta increíblemente arcaico e irracional. En este aspecto el aranda es mucho más moderno que el inglés o que cualquier otra lengua indoeuropea. Por otro lado el verbo aranda dispone de una riqueza extraordinaria de desinencias y formas reduplicadas, mediante las cuales el nativo que en su propio ambiente quiera expresar cualquier matiz de sentido lo puede comunicar a su interlocutor con la máxima precisión imaginable» [26].

La segunda característica general de la gramática es que

ésta existe para hacer que el lenguaje sea más fácil (por extraña que le parezca esta afirmación al niño que va al colegio). La uniformidad a que nos hemos referido nos permite usar palabras en contextos en que se usan pocas veces o ninguna, pero que entendemos perfectamente. Por ejemplo, podía usarse en un contexto un verbo —o mejor dicho, podría obtenerse una cierta parte del verbo— de acuerdo con las normas de la gramática, y ser comprendido sin dificultad, aunque el verbo, o esa parte del verbo, no se use normalmente. De la misma manera, es en las palabras menos corrientes donde la gramática muestra toda su fuerza. Las palabras más usadas, como ya hemos visto, son los verbos, y se ha dicho muchas veces que es en los verbos más usados donde encontramos más irregularidades. De pequeños nos costó trabajo aprender la siguiente monstruosidad de la gramática francesa:

*Aller,* ['ir']

| *Presente Indicativo* | *Imperfecto* | *Futuro* |
|---|---|---|
| *Je vais* | *J'allais* | *J'irais* |
| *tu vas* | *tu allais* | *tu iras* |
| *il va(t)* | *il allait* | *il ira(t)* |
| *nous allons* | *nous allions* | *nous irons* |
| *vous allez* | *vous alliez* | *vous irez* |
| *ils vont* | *ils allaient* | *ils iront* |

Esto no es un hecho singular. Por ejemplo, en masai encontramos [27]:

*A-lo,* ['ir']

| *Presente* | *Pretérito* | *Imperativo* |
|---|---|---|
| *A-lo,* ['yo voy' ('estoy yendo o iré')] | *A-shom-o,* ['yo fui'] etc. | *Ma-shom-o,* ['vaya yo'] |
| *I-lo,* ['tú vas'] | | *Shōm-* / *I-nno* , ['vete'] |
| *E-lo,* ['él', 'ella', va'] | | |
| *Ki-pwo,* ['nosotros vamos'] | *Ki-shom-ó,* ['nosotros fuimos'] etc. | *Maa-pe,* ['vayamos'] |
| *I-pwo-pwo,* ['vosotros vais'] | | *E-njom,* ['id'] |
| *E-pwo,* ['ellos van'] | | |



*A-lōtu,* ['venir']

| *Presente* | *Pretérito* | *Imperativo* |
|---|---|---|
| *A-lōt-u,* ['yo vengo', 'voy a venir, o vendré'] | *A-ē-uo,* ['yo vine'], etc. | *Wō-u,* ['ven'] |
| *I-lōt-u,* ['tú vienes'] | | |
| *E-lōt-u,* ['él, ella viene'] | | |
| *Ki-pwōn-ú,* ['nosotros venimos'] | *Ki-ē-tuó,* ['nosotros vinimos'], etc. | |
| *I-pwōn-u-nu,* ['vosotros venís'] | | *Wō-tu,* ['venid'] |
| *Epwōn-u,* ['ellos vienen'] | | |

Pero no necesitamos salir del inglés *I go, I went* ['voy', 'fui' o 'iba'], o del verbo inglés *to be* ['ser estar']. *I am, thou art, he is, we are,* etc. ['yo soy', 'tú eres', 'él es', 'nosotros somos'], etc.; *I was, we were* ['yo era' o 'fui', 'nosotros éramos' o 'fuimos']; *I have been* ['yo he sido' o 'estado']. La única regularidad en todos estos verbos está en los pronombres personales y en las terminaciones de los verbos —cosa que no nos sorprenderá si recordamos lo que se dijo en el capítulo anterior sobre la historia de estos pronombres. Los verbos *to go* ['ir'] y *to be* ['ser' o 'estar'] son de los más usados de estas lenguas; pero si buscamos el imperfecto o el futuro de un verbo poco frecuente recurriríamos a las formas regulares de la gramática —o, a la analogía como a menudo se dice— para encontrarlos. Por ejemplo, aunque el aranda dispone de esa «extraordinaria riqueza de desinencias y formas reduplicadas mediante las cuales el nativo que quiera expresar cualquier matiz de significado..., puede comunicarlo», «el aranda..., normalmente se limita al uso del modo indicativo de los dos tiempos más comunes: presente y perfecto». Según esto, sólo con la ayuda de las variaciones regulares de forma facilitadas por la gramática se pueden expresar y entender los usos menos conocidos del verbo.

En menor grado podemos observar el mismo fenómeno en el caso de algunos de los nombres más comunes. Ve-

mos, por ejemplo, que en inglés no hay ningún parecido entre los nombres del macho y de la hembra de animales domésticos y pájaros: *horse-mare* ['caballo'-'yegua'], *cock-hen* ['gallo'-'gallina'], *dog-bitch* ['perro'-'perra'], *cow-bull* ['vaca'-'toro'], *boar-sow* ['verraco'-'cerda'], *ram-ewe* ['carnero'-'oveja'], *tiercel-falcon* ['halcón hembra'-'halcón'], *stag-hind* ['ciervo'-'cierva'], *buck-doe* ['gamo'-'gama']. En otras el nombre de la hembra debe formarse, por regla general, sobre el del macho *lion-lioness* ['león'-'leona'], *male rat-female rat* ['rata macho'-'rata hembra'].

La tercera característica, que se deriva de las dos anteriores, es que una lengua no suele adoptar reglas de gramática de otras lenguas. Esto sólo daría lugar a más excepciones e irregularidades. La gramática existe para ayudar, no para estorbar o confundir. Las reglas de una gramática extranjera están fuera de las generalizaciones significativas que la lengua nativa ha desarrollado. Por ejemplo, en somalí el artículo definido, cuando se aplica a un nombre masculino, se representa mediante el sufijo *-ki*. En los últimos siglos esa parte de Africa ha recibido muchas influencias árabes, y del árabe ha importado cosas y nociones con sus nombres correspondientes. «La puerta» es *albab* (masc.) en árabe, y ahora es en somalí *albabki* [28]: el artículo definido árabe *al* no tiene sentido para el somalí. Pero no necesitamos buscar fuera de Inglaterra el mismo fenómeno, ya que en inglés se dice *an alkali* (aunque de niños conocíamos el *lemon kali*); [cfr.: español *alcalino, alcohol, álgebra*]. En diversas partes del mundo, los nativos, ignorando el sentido del artículo definido inglés, lo adoptan unido al nombre [29].

La cuarta característica es que la gramática se va haciendo más necesaria a medida que el lenguaje se desarrolla. Conforme aumenta el vocabulario de manera que cada palabra, por término medio, se usa menos, se necesitan reglas para declinar el nombre, formar los femeninos y los plurales, y conjugar el verbo. Sobre todo, la precisión y complicación de la oración en proceso de crecimiento dependen cada vez más de la ayuda de los accidentes y de la sintaxis.



La quinta característica surge de las diversas funciones de las partes de la oración. El verbo es el núcleo de la oración, y al ser de características más generales, por ejemplo, que el nombre, se puede aplicar a una mayor variedad de circunstancias —diversidad de tiempos, modos y aspectos. Cuanta más variedad haya en las funciones, tanto mayor será la de las formas del verbo. Aunque en muchas lenguas hay poca o no hay ninguna flexión del nombre, adjetivo y adverbio, en casi todas hay una considerable flexión del verbo. En aranda (que, por ejemplo, carece de género para el nombre) cada verbo dispone de 1.200 formas distintas posibles.

En todo este desarrollo de la morfología y la sintaxis, en todos estos conflictos y variaciones de una lengua a otra, ¿se puede encontrar algo que sea común y universal en el lenguaje? No hay nada.

Pero hay, desde luego, un solo uso del lenguaje, una sola formación, en que se da una *ausencia* común y universal de gramática. La segunda persona del singular del imperativo, es decir, la exigencia de acción, es la forma simple del verbo —sin afijos y sin reglas de sintaxis. Este es el tercer hecho fundamental que hemos encontrado en el lenguaje —el primero, el hecho de que toda comunicación completa incluye un verbo, y el segundo, la disminución universal a lo largo del tiempo en la proporción del verbo. Este tercer hecho es tan importante para nuestro estudio que hemos de referirnos a él y a las razones que lo causan, con cierto detalle.

# 9. La exigencia de acción. (Ruego y mandato)

En todo el mundo y a lo largo de toda su historia la forma más breve y simple del verbo es la exigencia de acción, la segunda persona del singular del imperativo. En las pocas lenguas en que hay una forma distinta para el masculino y el femenino (como en las semíticas y camíticas) según el género de la persona interpelada (la forma más breve y simple) es el masculino.

Podemos tomar como ejemplo el latín. En latín los verbos pueden ser de cuatro conjugaciones: la primera como da a entender el infinitivo) es la forma *amā-re,* la segunda es la forma *monē-re,* la tercera *rege-re,* y la cuarta *audī-re.* Todos los tiempos, aspectos, modos, voces, personas y números diversos de *amāre* (*amat, amabit, amavit, amandum,* etc.) están expresados mediante *amā* y un sufijo [1]; los accidentes de *monēre,* mediante *monē-* y un sufijo; de *regere, rege-* y un sufijo; y de *audīre, audī-* y un sufijo. Y la parte que permanece constante —la raíz, o lo que el gramático latino llama el «tema»— *amā, monē, rege* y *audī-* es la segunda persona del singular del imperativo.





Es cierto que en todas las lenguas indoeuropeas la forma más simple del verbo es también la exigencia de acción. Por ejemplo, en griego clásico el tronco + ε es el imperativo; p. ej., *bale, lue* [2]. El inglés moderno es un caso muy distinto, porque prácticamente ha sustituido todo el aparato gramatical del verbo indoeuropeo, pero en el aspecto que analizamos el resultado es el mismo. Por ejemplo, la palabra inglesa para *festinare* es *to hurry* ['correr', 'apresurarse']; para *festino, I hurry* ['yo corro']; para *festinat, he* (*she* oit) *hurries* ['él o ella corre']; para *festinavi, I hurried* ['yo corría', 'corrí']; para *festinans, hurriyng* ['el, la lo que corre']. Por consiguiente, la constante en cada uno de los usos de este verbo es *hurry.* En inglés la variación de forma tiene su equivalencia en algunos casos mediante la adición de un pronombre, y en otros mediante un sufijo, mientras que en latín es siempre mediante un sufijo; pero en todas las partes del verbo inglés *hurry* se da el elemento constante o tronco, exactamente como ocurre en *festina,* y si yo digo a una persona *hurry* ['corre'], sólo puede significar inequívocamente una cosa: la segunda persona del singular del imperativo. *Hurry* ['prisa'] de hecho es también un nombre, pero si digo *hurry,* y nada más, no puede significar más que exigencia de acción. Hay pocas lenguas de este tipo dentro de la familia indoeuropea, pero muchas fuera de ella.

También ocurre en las lenguas semíticas que la forma más breve y simple del verbo representa la segunda persona del singular (masculino) del imperativo. Estas lenguas presentan un tipo diferente de flexión del que vemos en las lenguas clásicas indoeuropeas. En casi todos los casos la parte constante del verbo consiste en tres consonantes —por ejemplo, *qtl* ['matar'], *lmd* ['aprender']. Pero no puede haber consonantes sin vocales, y las distintas funciones del verbo se expresan por variaciones de la vocal y también mediante afijación de consonantes, antes, dentro y después de las palabras. La segunda persona singular del imperativo nunca lleva una consonante afijada, y consiste, normalmente, en la simple conjugación de la raíz verbal con el acento tónico al final [3], *qtal.*

Pero al acento tiene un efecto sobre la vocal: ésta debe ser reforzada para mantener el acento. El caso más próximo al de *qtal* lo encontramos en hebreo, que evita empezar la palabra con dos consonantes seguidas (innovación a que se resisten las conservadoras lenguas semíticas) insertando una vocal de apoyo entre las dos primeras: *qetal, lemad.* Pero, como en otros casos de la historia del lenguaje, el acento sobre la *a* final da lugar al cierre de la vocal en *O* [ɔ] y luego en *U,* o (con menos frecuencia) en *i* a través de *e.* Por consiguiente, mientras en hebreo la forma es generalmente *lemád* o *lemód,* en la mayoría de las lenguas semíticas (p. ej., árabe y asirio) se da un paso más a *U,* y en algunas de estas lenguas a *e* e *i* [4].

Este proceso de cambio de *a* a *O* y *U* queda frenado cuando la última consonante es una gutural [5]. Más interesante aún, en todas las lenguas semíticas observamos también en el imperativo una omisión de la primera consonante en un gran número de casos [6].

En sumerio el uso de la raíz del verbo es uno de los medios de expresar la segunda persona singular del imperativo —por ejemplo, *zu* ['¡sabe!']. También hay, en esta como en otras muchas lenguas, otras maneras de expresarlo, pero por el momento no nos atañen.

Lo mismo puede decirse del antiguo egipcio y el resto de la familia camítica, por ejemplo, en hausa, *kāmā* ['¡coge!'], y en somalí, *sheg* ['¡di!']. También sucede en toda la familia bantú [7]; por ejemplo, en zulú, *geza* ['lava'], *bona* ['¡mira!'], *tanda* [¡'ama']. Igualmente sucede en el extenso y variado grupo de las lenguas sudanesas, por ejemplo, en lango [8] y acholi [8], dinka [9] y nandi [10] en el este de África, y ewe [11] y nupe [12] en el Oeste. Es decir, por toda Africa la segunda persona singular del imperativo está constituida en general por el tronco verbal solamente [13].

En las familias de lenguas que se extienden del este de Europa hasta el extremo de Asia sucede lo mismo. Por ejemplo, en el grupo fino-ugrio: en finlandés la segunda persona del singular del imperativo es la raíz, y de hecho la raíz es una forma cerrada o abreviada (raíz *otta,* imperativo *ota;* raíz *anta,* imperativo *anna;* raíz *teke,* imperativo *tee*). En las lenguas samoyedas, emparentadas con ésta, la segunda persona singular del imperativo es también la raíz (p. ej., *mada* ['¡corta!']. También en la familia turco-mongol-tungús —por ejemplo, en turco la raíz es la segunda persona singular del imperativo, en *yaz* ['escribe'], *sev* ['¡ama!'], *ghel* ['¡ven!']. Lo mismo puede decirse de las lenguas chino-tibetano-birmanas; por ejemplo, en tibetano coloquial el imperativo es la raíz del verbo. Igualmente ocurre en las lenguas dravídicas del sur de la India y Ceilán —por ejemplo, en tamil, canara y telugu, la segunda persona singular del imperativo es la raíz. En japonés es la forma más breve y simple del verbo —por ejemplo, *oku* es la raíz del verbo «poner» y *oke* es el imperativo '¡pon!' En ainu es sencillamente la raíz, por ejemplo, *kik* ['¡golpea!'].



En las lenguas malayo-polinesias generalmente ocurre lo mismo. Por ejemplo, en indonesio la raíz tiene sentido de imperativo. En maorí la forma simple del verbo es la segunda persona del singular del imperativo fuerte (de mandato o ruego) *-karanga* ['¡llama!'], *haere* ['¡vete!'], *mahi* ['¡trabaja!']. En samoano la raíz simple del verbo tiene el mismo significado (p. ej., *ta* ['¡corta!'] que tiene también en tongano (*fai* ['¡haz!']. En mota, lifu, roviana e iai (lenguas melanesias) la forma simple del verbo es el imperativo; y también en fidji el imperativo puede expresarse con sólo la raíz. En las islas Andamán sucede lo mismo, y también parece que ocurre por todo el continente australiano. Lo mismo sucede en América del Sur; por ejemplo, entre los yahgan la raíz verbal simple tiene el significado de la segunda persona singular del imperativo. Lo mismo parece ocurrir en Norteamérica. Por ejemplo, en las lenguas algonquinas la segunda persona del singular del imperativo es la forma más simple del verbo —así en pies negros, *ntâipi* ['yo entro'], *pit* ['¡entra!']. En zuni la raíz del verbo expresa el imperativo; y lo mismo ocurre en takelma *-nà* ['¡haz!' o '¡di!'].

¿Cuál es la razón y origen de este extraordinario fenómeno? Para cada hecho del lenguaje hay siempre más

de una razón. La razón primordial para el hecho que estamos considerando en este momento hay que buscarla en la finalidad y función centrales del lenguaje. El lenguaje, como hemos visto, es el medio por el cual el hombre en sociedad influye sobre su medio ambiente: es el medio por el cual se atrae los esfuerzos del prójimo en beneficio suyo. El lenguaje es una actividad corporal y, al mismo tiempo, un medio de proyectar hacia afuera la actividad corporal del hombre. Es una herramienta con la que consigue lo que uno se propone, pero en este caso, en vez de usar sus propios miembros, el lenguaje le permite usar los miembros de otros hombres. En el lenguaje primitivo, antes de que el lenguaje y la mente hayan avanzado lo suficiente como para cargar el acento en otras actividades, y los usos del lenguaje se hayan extendido y profundizado, esta situación es mucho más manifiesta; pero se la puede distinguir a lo largo de su desarrollo. Por consiguiente, como el lenguaje se usa primariamente con esta finalidad, el oyente considera también primariamente que el lenguaje se propone esta finalidad y que tiene este sentido. Y como éste es el propósito fundamental del lenguaje, podemos dar por sentado que el verbo, en la historia del lenguaje, se ha utilizado como una exigencia de acción con más frecuencia que para ningún otro fin (hecho que al lector de libros actual puede parecer increíble). Ahora bien, observamos antes (con respecto al verbo) que cada verbo se usaba más frecuentemente que cualquier otra palabra de las demás partes de la oración, y esto daba como resultado que, en general, los verbos fueran las palabras más breves de todas. El hombre no tiene un lenguaje para decir más de lo que es necesario decir, y de hecho abrevia las palabras que usa hasta el mínimo necesario que exprese su significado. Por consiguiente, como vimos, los verbos familiares, y en especial los radicales, siguen siendo las palabras más breves del lenguaje. De modo parecido, el uso como exigencia de acción ha sido el uso más común y familiar del verbo, y por consiguiente la forma más breve del verbo es la forma de la exigencia de acción. En consecuencia, podemos decir que cuando un romano



decía *festinat* en vez de *festina,* la finalidad de la *t* añadida era indicar que no se trataba de una exigencia de acción. Lo mismo que si digo *I go* ['yo voy'] la función de *I* añadido es, en realidad, indicar que yo no mando ni ruego, sino que afirmo en primera persona, ya que si hubiera querido expresar una exigencia de acción, no habría tenido que decir más que *go* ['ve']. Por las mismas razones el imperativo es en algunas lenguas (p. ej., finlandés) no la raíz, sino una versión contracta de ésta.

Podemos ilustrar este punto de vista y corroborar esta explicación con un fenómeno que está en relación con lo que hemos venido diciendo. Se entiende que la forma más simple del verbo tiene el sentido de exigencia (o invitación) de acción. Pero no se puede decir lo mismo de la forma negativa correspondiente. *Go* ['vete'] es un mandato; *go not* ['no vayas'] no lo es. Por consiguiente, aunque hay muchas lenguas en que el sentido de 'no vayas' viene dado por una negación junto con el imperativo del verbo; y aunque hay muchos verbos que tienen sentido negativo, como *desistir, cesar* o *abstenerse;* y aunque hay muchas lenguas (las bantúes, por ejemplo) ricas en conjugaciones o modos negativos del verbo; sin embargo, en un gran número, y quizá en la mayoría de las lenguas, la negación de la existencia de acción no se expresa nunca (como en semítico), o raras veces (como en indoeuropeo), mediante el imperativo, sino de otras maneras, en general mediante el subjuntivo y una negación [14], o a veces mediante el imperfectivo [15] y una negación, o a veces mediante una perífrasis [16]. De la misma manera, la primera o tercera persona del llamado imperativo no es en absoluto un imperativo, porque no es una exigencia de acción dirigida a un oyente, y en general se expresa mediante el subjuntivo o el futuro —por ejemplo, *dicant, qu'ils disent* ['que ellos digan'].

Podemos ilustrar y sustentar mejor este punto de vista con un fenómeno análogo. Vemos que el hombre, en muchas lenguas del mundo (quizá una tercera parte de ellas) varía de forma según su función en la frase. En las lenguas indoeuropeas estos distintos «casos» se expresan por medio de desinencias distintas de palabra. Ahora

bien, en la mayoría de estas lenguas (como en la mayor parte de las lenguas del mundo en que se da esta variación de forma) la misma forma sirve tanto para el nominativo (referido al sujeto de la frase) como para el vocativo (referido a la persona interpelada). Pero cuando hay formas distintas para el nominativo y el vocativo, la forma más breve y simple del nombre es el vocativo singular, que consiste solamente en el tema o poco más. Así, en latín el vocativo es el tema: *domine* ['señor'] (la *e* para que la palabra termine en vocal) y en la forma griega correspondiente encontramos el nominativo ἄνθρωπος (anthōpos), y el vocativo ἄνθρωπε (anthrōpĕ). En las dos lenguas indoeuropeas más conservadoras, griego clásico y lituano moderno, hay muchos ejemplos de este fenómeno [17]. En inglés las terminaciones casuales prácticamente han desaparecido, pero la situación sigue siendo la misma. Podemos hablar de *the friend* ['el amigo'], *a friend* ['un amigo'], *this friend* ['este amigo'], *that friend* ['ese amigo'], pero si digo a un hombre: *Friend* ['amigo'], *chief* ['jefe'], *prince* ['príncipe'], *stranger* ['forastero'], la palabra quiere expresar un vocativo y se entiende como tal [18]. El caso no está lo suficientemente desarrollado en las lenguas semíticas como para mostrar una diferenciación entre el nominativo y el vocativo (y de hecho no hay realmente formas casuales, excepto en árabe y asirio), y no parece haber diferencia entre nominativo y vocativo en sumerio, pero en la zona de Africa emparentada con estas lenguas vemos el mismo fenómeno que en indoeuropeo. En aquellas zonas de Africa en que hay formas casuales y hay diferencia entre el nominativo y el vocativo, el vocativo es generalmente la forma más simple del nombre [19]. Por ejemplo, en bantú, los prefijos marcan la diferencia, y en zulú *inKosi* significa 'un Jefe'; *'nKosi* es el vocativo '¡Jefe!' En herero *ohongaze* es 'tía paterna; *'hongaze* es el vocativo. En el resto del mundo la situación es la misma: donde hay declinación, el nominativo y el vocativo tienen generalmente la misma forma. Si hay diferencia, el vocativo es generalmente la forma más breve y simple del nombre. Este fenómeno, por lo tanto, no es frecuente, pero se da aquí y allá, por ejemplo, en



Norteamérica. En chinook, donde el nombre contiene como norma un elemento pronominal, éste no aparece en el vocativo de algunos nombres, que consisten principalmente (como podía suponerse) en términos de parentesco *-āo* ['hermano pequeño'], *āq* ['hijo'], *āc* ['hija'], *māma* ['padre'] [20], etc.

Funcionalmente esto se explica de la misma manera como la forma de exigencia de acción. El vocativo del nombre es parte de la oración imperativa. Es el complemento funcional del verbo. *George, help! George, hurry!* ['¡Jorge, ayuda(me)!; ¡Jorge, date prisa!']. Si oigo que pronuncian mi nombre me vuelvo automáticamente para ver lo que quieren de mí. Mis reacciones frente al lenguaje están condicionadas por mi vida en la sociedad a que pertenezco, y sé —casi instintivamente— que mi nombre va dirigido a mí, y va dirigido a mí para que realice una acción. Por consiguiente, si en vez de decir *Balbé* digo *balbus,* es simplemente para indicar que yo no pido nada —para lo cual bastaría *Balbe*—, sino afirmando algo.

Pero el oyente es también una persona para quien la función del lenguaje es aumentar su esfera de actividad y conseguir la ayuda de sus compañeros. Por tanto, aunque comprende que *hurry! go!* ['¡corre!', '¡ve!'] son una exigencia de acción, hay circunstancias en que ello puede no gustarle. El hombre, al vivir como vive en sociedad, debe respetar los intereses y puntos de vista de los otros si quiere conseguir su ayuda. Por consiguiente, hay una serie numerosa de formas, aparte del «imperativo», para indicar una exigencia (o sugerencia) de acción, y conseguir los fines del hablante. Si los ingleses no tuvieran escritura ni gramáticas, y un antropólogo o lingüista de otra parte vinieran a visitar y estudiar esta isla primitiva, ¿qué forma del verbo usada por el nativo para expresar una exigencia de acción recogería? Probablemente cuatro formas. La primera, que podría describir como la más común, sería el tronco o forma más breve del verbo —*Go! Hurry!* ['¡Ve!' '¡Corre!']. La segunda, a la que también podría describir como forma común, sería el uso del subjuntivo —*You might clean the kitchen today* ['Podrías

limpiar hoy la cocina'], *You might bring me the file* ['Podrías traerme el fichero']. La tercera, que podría describir como «usada muy frecuentemente», sería algún tipo de perífrasis —*It would be nice if you would do the kitchen today* ['Me gustaría que limpiaras hoy la cocina'], *Would you mind handing me the file?* ['¿Le importaría pasarme el fichero?'], *Please, bring me the file* ['Por favor, traigame el fichero']. En último lugar como un caso raro, excepto en negaciones, y limitado a ciertos tipos de relaciones, podría mencionar el uso del futuro: *You will proceed with your Company to point A...* ['Usted avanzará con su Compañía hasta el punto A...'], *You will do nothing of the sort* ['No harás nada de eso'].

Esto es precisamente lo que encontramos en el panorama general de las lenguas del mundo. En una lengua uno de estos medios de expresión es más frecuente, en otra lengua otro; y considerando las lenguas del mundo en conjunto, éste es probablemente el orden de frecuencia. Pero los observadores del lenguaje muchas veces nos dan sólo la forma más común. Empezamos este capítulo diciendo que «en todo el mundo y a lo largo de toda su historia la forma más breve y simple del verbo es la exigencia de acción». Esto sólo es cierto con ciertas reservas. En un número considerable de lenguas se encuentra el subjuntivo como forma separada del verbo, y leemos en muchas gramáticas de estas lenguas —quizá en una lengua de cada veinte del mundo— que el imperativo del verbo es lo mismo que el subjuntivo. Debemos considerar esta afirmación teniendo en cuenta la proporción mencionada arriba. En estas lenguas, por las razones que se han mencionado, el subjuntivo se usa como la forma reconocida de la exigencia de acción, y el estudioso que redactó la gramática no menciona ninguna otra forma que se use con el mismo objetivo. Pero esto no significa que la simple raíz del verbo no se comprenda también como portadora de este significado; y a veces esto se ve claramente a partir de lo que el gramático dice o de lo que no dice [21].

El método de expresión menos común registrado por el supuesto antropólogo en Inglaterra era, según dijimos, la perífrasis *It would be nice if you would* ['Sería muy



agradable que usted...'], etc. Como sucede en inglés, esta fórmula es poco menos frecuente en las demás lenguas del mundo, pero es corriente, por ejemplo, en Norteamérica. Así en tsimshi el procedimiento más frecuente de expresar el imperativo es mediante *ām* [(sería) 'bueno' (que)] + subjuntivo; o sólo mediante el subjuntivo [22].

En último lugar, mencionamos el uso del futuro para la exigencia de acción. Esto se encuentra aquí y allá en todo el mundo, como, por ejemplo, en motu [23].

Hay, sin embargo, dos formas más que hay que señalar, tanto en inglés como en cualquier otra lengua. En inglés se usa a menudo una exclamación junto a la raíz del verbo para expresar el imperativo —*Oh! get on! Oh¡ hurry up!* ['¡Eh, sigue!' '¡Eh, corre!]. Este uso se encuentra también en otras lenguas, sobre todo en las polinesias, donde la exclamación es *E,* exclamación de uso muy amplio en esas lenguas principalmente en verso [24]. Por ejemplo, en maorí, una de las formas del imperativo es simplemente la raíz verbal, pero otra, en las formas activas, es la raíz verbal precedido de *e*; por ejemplo, *E nobo* ['¡quédate!', '¡siéntate!']. En algunas otras lenguas la exclamación sigue al verbo, pero esto no debe impedirnos ver el hecho de que el simple tronco verbal es también el imperativo. Observamos el mismo fenómeno en el vocativo del nombre. Una gramática inglesa puede decirnos que el vocativo de la palabra inglesa *friend* ['amigo'] es *O friend!* ['¡Oh amigo!']. Esto, claro está, no es así; *Friend!* ['¡Amigo!'] cumple exactamente el mismo objetivo. La exclamación sirve para atraer la atención sobre lo que sigue, y también para dar al hablante tiempo para escoger la palabra adecuada. De la misma manera en latín o en francés si decimos *puer!* o *garçon!* estas palabras significan '¡niño!', '¡esclavo!' o '¡camarero!', con exclamación *Oh* o sin ella.

Hay otro uso que señalar. Hemos mencionado un medio de eludir la resistencia del oyente y asegurarnos su ayuda expresando la exigencia de acción en la forma indirecta y más suave del subjuntivo. Pero, como sabemos muy bien, en muchos casos puede obtenerse el mismo resultado, en inglés y en otras lenguas, mediante un tono

y volumen enérgicos y autoritarios calculados para vencer su resistencia, o para obtener por su parte una acción antes de que tenga tiempo de ofenderse. En algunas lenguas este resultado se consigue con un tono o acento especiales; de la misma manera que, en inglés, una orden militar se acentúa generalmente en la última sílaba (como *attentión* ['atención'], o simplemente *shun* ['ción']), vemos el mismo acento en el imperativo de un gran número de lenguas (como las semíticas) en que el imperativo es un bisílabo [25]. En un reducido número de lenguas este efecto se consigue o intensifica mediante la adición de una partícula enfática. Por ejemplo, aunque en la familia de lenguas fino-ugras la raíz del verbo también es, por lo general, la segunda persona singular del imperativo, en mordvin el imperativo es la raíz con el afijo *k*: así, *era* (raíz del verbo «vivir»), imperativo *erak* ['¡vive!'], *vano* ['ver'], *vanok* ['¡ve!]. Este elemento *k* es muy usado como partícula de énfasis o refuerzo en esta familia de lenguas [26]. En húngaro la partícula es *-j* [27].

Estos casos excepcionales bastan para explicar por qué sólo un 85 por 100 de los gramáticos de las lenguas indican que el tronco verbal, o la forma más breve y simple del verbo, expresa la exigencia de acción. Creo que prácticamente en todas las lenguas la forma más breve del verbo tiene el sentido de exigencia de acción.

Nos encontramos, por lo tanto, ante uno de los fenómenos más sorprendentes del lenguaje. Más arriba, en este mismo capítulo, dimos una explicación de este hecho: a saber, que la exigencia de acción es la función fundamental y característica del lenguaje, y como tal es al mismo tiempo el uso más frecuente y familiar del verbo; y que, como el hombre no dice más de lo necesario para que se le entienda, cuando el verbo se usa en su forma característica y más familiar, esta forma es la más breve y simple. Pero hay otras razones importantes.

Hemos vuelto al punto en que comenzamos este libro. Nos conviene volver la mirada atrás y recordar el camino que hemos recorrido. Empezamos señalando que había tres tipos de frases en el lenguaje —la exigencia (o sugerencia) de acción, la afirmación, y la afirmación-descripción. Como ejemplos: 1) *Look!* ['¡Mira!'], 2) *George runs* ['Jorge corre'], 3) *George is fast* ['Jorge es rápido']. La exigencia de acción constaba, en su forma más sencilla, de un sólo término, un verbo; la afirmación constaba de dos elementos, un nombre-sujeto y un verbo; y la afirmación-descripción de tres, un nombre-sujeto, un verbo y un adjetivo. Examinamos desde varios puntos de vista estos tres tipos de oración, y en cada caso observamos que el segundo era más avanzado que el primero, y el tercero más que el segundo. El primero realiza la función básica de toda lengua, es decir, que mediante él el hombre en sociedad, a través de la persona a quien se dirige, alcanza y exige el control de su medio ambiente. En la afirmación, y más aún en la afirmación-descripción, el ejercicio de esta función es indirecto. A su vez, la exigencia de acción representa la forma más simple del proceso mental, lo que en el lenguaje está más cerca de la interjección o grito producidos por un animal. El tercer tipo, *George is fast* ['Jorge es rápido'], es un pensamiento en la mente del hablante, que requiere análisis y síntesis. El segundo tipo, *George runs* ['Jorge corre'], apenas es un pensamiento; es un mero reflejo mental del acontecimiento físico, de que Jorge está corriendo. Pero el Tipo primero *Look!* ['¡Mira!'], no es en absoluto un pensamiento, sino la expresión de un deseo. Una vez más, en el tercer tipo hay un sujeto, y un predicado que afirma algo de él, y el sujeto es el núcleo de la oración. En el segundo tipo podemos considerar la frase de la misma manera, o decir, desde el punto de vista opuesto, que hay un verbo que se ha ampliado y hecho más preciso mediante la adición de un sujeto. En el primer tipo se da solamente un verbo sin sujeto. Además, el primer tipo es característico del lenguaje en cuanto está íntima y directamente relacionado con el medio ambiente físico; el segundo tipo puede o puede no estarlo; y la afirmación-descripción no es una simple relación con el medio ambiente sino que implica siempre cierto análisis y síntesis de otras personas, objetos o hechos. Por otro lado, el primer tipo es muy frecuente fuera de la literatura; el segundo es común en literatura y fuera de ella; mientras que el tercero es el

lenguaje de la literatura y especialmente de la literatura desarrollada. Finalmente, el primer tipo expresa en absoluta generalidad el verbo de que consta: expresa una mera clase de acción; en el segundo el verbo se alarga y se hace más preciso mediante la adición de un nombre; en el tercero se alarga aún más y se hace todavía más preciso mediante la adición de un adjetivo. Por consiguiente, el porcentaje de verbos entre los elementos de la oración desciende del Tipo 1 al Tipo 2, del Tipo 2 al Tipo 3; y en la exigencia de acción mínima vemos la frase en su forma más simple y breve, mientras que la afirmación-descripción es la más compleja y variada. Por último, la fuerza misma del verbo se debilita del Tipo 1 al Tipo 2 y luego al Tipo 3. En el primero realiza toda la función del lenguaje, es una herramienta que utiliza la acción de los demás; en el segundo expresa un simple acontecimiento; en el tercero el verbo se reduce a la mera cópula «ser», y casi ha desaparecido todo sentido de acción.

Habíamos considerado luego los cambios en el desarrollo del lenguaje, partiendo de los pueblos más atrasados en cuanto a civilización (es decir, en control sobre su medio ambiente), hasta los más avanzados, y vimos muchos o la mayoría de los cambios que ocurrían entre el Tipo 1 y el Tipo 2, y el Tipo 2 y el Tipo 3, a medida que aparecían. En esta línea de progreso vimos un grandísimo descenso en la proporción de verbos en el lenguaje, y un aumento lento y seguro, primero en la proporción de nombres y luego en la de adjetivos. Vimos este proceso de cambio no sólo en el lenguaje anterior y el posterior, sino también entre el lenguaje fundamental y el menos fundamental —ya que en la misma lengua y en el mismo momento observábamos en las palabras más comunes la mayor proporción de verbos, y en las palabras menos comunes un aumento en la proporción de adjetivos. Veíamos el desarrollo del lenguaje como la acumulación anual de anillos alrededor del corazón de un tronco, de árbol, mientras los materiales que formaban el tronco seguían siendo en gran parte los mismos. Por consiguiente, el verbo no era solamente la parte más antigua sino funcionalmente la parte central o básica del lenguaje. Vimos entonces los mismos cambios progresivos en la historia de la forma de las palabras: cómo el verbo, por regla general, daba lugar a un nombre, y este daba lugar a un adjetivo. Por último vimos que las raíces o palabras primitivas del lenguaje —es decir, las partes de palabras, o palabras enteras, cuya base de derivación nos llevaba a un punto en que no podíamos seguir retrocediendo— eran principalmente verbos, es decir, la forma más breve y simple de antiguos verbos de uso común. Consideramos luego los accidentes y la sintaxis, y observamos que se iban haciendo cada vez más necesarios y se iban desarrollando a medida que la frase se hacía más larga y más compleja y precisa, ya que indicaban las relaciones entre los distintos elementos de que consta la oración.



Y ahora vemos que las raíces verbales significan exigencias de acción, y son el corazón del verbo, la forma más breve y simple del verbo, la parte más común y funcionalmente básica del verbo, la forma más temprana y primitiva del verbo, sin accidentes ni sintaxis. Son también la forma más breve y simple de la oración, y la forma más temprana y primitiva y funcionalmente básica de la oración —y por lo tanto del lenguaje, ya que toda comunicación completa es una oración, y las oraciones constituyen el lenguaje. Vemos ahora por qué el imperativo sigue teniendo la misma forma en el lenguaje moderno: es sencillamente otro ejemplo de cómo el corazón del lenguaje conserva en general la misma naturaleza mientras los materiales acumulados aumentan alrededor suyo. En suma, vemos el imperativo del verbo, es decir, la exigencia de acción, como la génesis del verbo y por tanto, de la oración y del lenguaje —lenguaje que en su origen es una palabra que es también una frase.

La teoría de que el imperativo del verbo es la parte más antigua del lenguaje ha sido formulada por más de un autor. Michel Bréal, por ejemplo, expresó este punto de vista en su *Essai de Sémantique* (1897), apuntando que el imperativo es la parte más antigua de la conjugación, y que en los casos en que hay identidad entre el indicativo y el imperativo (al contrario de lo que nos enseñan) es el indicativo el que ha tomado la forma prestada

del imperativo [28]. Termina su capítulo sobre el elemento subjetivo diciendo: «Empezamos a ver claramente a partir de qué punto de vista el hombre ordenó su lenguaje. El lenguaje no estaba hecho para descripciones, narraciones o consideraciones desinteresadas. Expresar un deseo, intimidar y dar una orden, dar a entender la apropiación de personas o de cosas —éstos fueron los primeros usos del lenguaje. Para muchos hombres siguen siendo todavía prácticamente los únicos» [29]. Elliott Smith señaló también que el lenguaje tenía su origen en el imperativo del verbo. En un conocido pasaje de su *Evolution of Man* escribe: «El lenguaje primitivo, aparte de los simples gritos emocionales parecidos a los que los animales dotados de un verdadero sentido del oído emiten, empezó sin duda con verbos imperativos, que sólo en su variedad y mayor significado diferían de los gritos instintivos. Pero cuando se inventaron los nombres, al principio mediante la definición de una experiencia visual para la que se formó un símbolo verbal, les fue posible a los hombres comunicarse unos con otros con frases de dos palabras, como Alfred Jingle en los Papeles del Club Pickwick» [30].

En otras palabras, nuestra frase del Tipo 2, la afirmación, salió del Tipo 1. Vamos a ver cómo pudo suceder esto.

## 10. El infinitivo

Para saber los pasos mediante los cuales la exigencia de acción ha llegado a convertirse en afirmación, y el verbo en imperativo ha producido el nombre y el modo indicativo, vamos a proceder con el mismo método que usamos en el capítulo anterior. Vamos a considerar las lenguas del mundo en general y vamos a ver si hay más usos del verbo que estén expresados solamente por la raíz verbal en la gran mayoría de lenguas. Examinando con este fin los datos de que disponemos, vemos dos usos más de dicha raíz, y sólo dos [1]: uno es el infinitivo; el otro es la tercera persona singular del aoristo de indicativo (y, en los raros casos en que haya una forma distinta para el masculino y el femenino [2], la del masculino). Estos dos usos de la raíz verbal no son tan frecuentes como el uso que se hace de él como imperativo: el uso como infinitivo se da posiblemente en casi la mitad de las lenguas del mundo, y el segundo uso posiblemente en poco más de la mitad de ellas. En pocas palabras, estos usos son muy frecuentes, tan frecuentes que requieren una explicación. No es raro que los tres usos se den en la misma lengua,

donde puede evitarse la confusión por diversos medios, por ejemplo, mediante la variación de vocales o de tono. Pero a veces la raíz verbal se usa como infinitivo o tercera persona singular del aoristo en una lengua en que no se usa como imperativo. La razón por lo general es que el imperativo lleva incluida muchas veces una partícula de énfasis, y el caso típico lo representa la familia de lenguas finougras. Por ejemplo, en húngaro *var* es la raíz del verbo que significa ['sembrar']; *var* también significa ['él siembra'] (forma indefinida); y *varj* ['¡siembra!']. En un gran número de lenguas encontramos que se dan dos de estos tres usos. Pero desde el momento en que los usos como infinitivo y tercera persona singular del aoristo están un poco alejados de la función central del lenguaje, no basta simplemente con señalar la proporción de casos en que la mera raíz o tronco del verbo expresa una de estas dos funciones; a fin de apreciar exactamente los testimonios, es importante también señalar el número de lenguas en que el infinitivo o la tercera persona singular del aoristo, aunque no se expresen mediante la raíz solamente, están representados por la forma más breve y simple del verbo después de la del imperativo; y si algo se añade a la raíz, importa ver, si es posible, cuál es su significado. Esto es especialmente importante en lo que al infinitivo se refiere, ya que el infinitivo señala la frontera entre verbo y nombre, y en las lenguas en que los nombres tienen formas características distintas de las de los verbos, el infinitivo puede adoptar una forma (por ejemplo, una desinencia casual) característica de un nombre, como para indicar que la raíz está usada en este caso como nombre. Por la misma razón, en un número mayor de lenguas en que los nombres no tienen formas distintivas, se usa en general junto con el infinitivo una palabra separada, que indica que es un nombre; muchas veces, por ejemplo, una palabra que corresponde al inglés *to* o (como en maorí, griego y alemán) un demostrativo o un artículo definido.

No necesitamos salir del inglés para encontrar un ejemplo de una clase común. Aquí, por ejemplo, la raíz verbal *break* ['romper'], puede tener el sentido de imperativo y



también de infinitivo (por ejemplo, *I will break it,* ['lo rompere', liter. 'yo quiero romperlo']); aunque como infinitivo, al ser a la vez nombre y verbo, va frecuentemente precedido de la preposición *to,* y la expresión *to break* puede describirse, en términos tomados de la Gramática Latina, como nombre en caso dativo *to break* ['para romper', 'para fracturar']. Pero, puede aceptarse que, anteriormente en inglés la forma del infinitivo era completamente distinta de la del imperativo, y en inglés antiguo terminaba en *-an,* de manera que *to break* en inglés antiguo era *brecan.* Esto es cierto, pero aun así, la terminación *-an* del inglés antiguo era una simple terminación casual que indicaba que el tronco debía entenderse aquí como un nombre, y el inglés moderno, en que las desinencias casuales casi han desaparecido por completo, es más típico de la generalidad de las lenguas. De hecho se está en general de acuerdo en que en las lenguas indoeuropeas los sufijos de los infinitivos son simples desinencias casuales que tienen su origen en el uso de la palabra como nombre, y más tarde, a medida que el significado del sufijo se olvidaba, se iba incorporando de manera permanente [3]. Es fácil ver cómo sucedió esto. Si un verbo puede usarse como nombre, puede usarse como sujeto u objeto de una oración, pero se usará más frecuentemente como complemento indirecto. Por ejemplo, *he desired to run* ['él deseaba correr'], significaba originariamente *he wished for running* ['él siente deseo para correr']. En el curso del tiempo una preposición determinada o una desinencia casual determinada se usan tan frecuentemente con el tema en este sentido, que se deja de ver su origen, y se la considera como señal de infinitivo. Por ejemplo, en la frase *he desired to run* la palabra *to* tiene su sentido propio; pero la frase *to run* ['correr'] también parece, de alguna manera, un objeto directo (*he desired to run* ['él deseaba correr'], *he desired a running* ['él deseaba un correr']). Y en la frase *to err is human* ['equivocarse es humano'], la palabra *to* ha perdido por completo su significado, e indica simplemente que *to err* ['equivocarse'] es un infinitivo o nombre verbal. Igualmente en alemán *Das Wandern ist des Müllers Lust,* la terminación casual

*-n* de *wandern* ha perdido todo su significado y es simplemente una señal de infinitivo. Así en las lenguas indoeuropeas, por lo general, las terminaciones del infinitivo son meras desinencias casuales que han llegado a incorporarse de modo permanente. Es posible que algunos sean acusativos o nominativos neutros, pero la gran mayoría (como podíamos esperar) parecen ser dativos o locativos [4]. Y a medida que la terminación de dativo o preposición de dativo se va fundiendo con el tronco, y su sentido original se olvida, se añaden nuevos indicativos y esto es lo que ocurre en inglés [5].

Otro caso típico es el sumerio, en que la raíz verbal tiene sentido infinitivo (y también de imperativo) —así, *du* ['construir']—, aunque va seguido más frecuentemente de un sufijo de varios disponibles. En semítico el infinitivo es la forma más breve del verbo, y lo mismo sucede con el imperativo, que por lo general difiere apenas de él. Así en hebreo, en general, *lemónd,* ['¡enseña!']; infinitivo *lámod* ['enseñar']; constructo *lemód* (la diferencia es una mera cuestión de acento). Cuando la segunda vocal de la raíz en hebreo es *a* u *o,* la del infinitivo es *o.* En la mayoría de las lenguas semíticas, en que la *a* ha pasado a *u* en el imperativo, la *a* se mantiene en el infinitivo [6]. Y de la misma manera que, en las lenguas semíticas, la primera de las tres consonantes de la raíz cae en ciertos casos en el imperativo, también cae en el infinitivo. Pero el infinitivo es tanto un nombre como un verbo, y en estos casos por regla general se alarga hasta tres consonantes mediante la adición de un sufijo característico de nombres femeninos abstractos; y en general la preposición equivalente al inglés *to* se utiliza de prefijo. En las lenguas camíticas el infinitivo es también, por regla general, la raíz verbal, o la forma más breve y simple del verbo después del imperativo. Así es la raíz en antiguo egipcio; y en somalí es la raíz con el sufijo *-i,* como*sheg* ['¡di!'], *shegi* ['decir']; en galla, raíz + *u, kemu* ['dar']; en hausa el nombre verbal es la raíz, *kāma* ['el agarrar']; *harbā* ['el disparar'], aunque en algunas combinaciones se añade el sufijo *-a* o *-wa.*

En Africa vemos la misma situación en todo el continente. Con pocas excepciones, en todas las lenguas bantúes, como en inglés moderno, el infinitivo es la raíz, precedida de alguna variante de la palabra *ku,* que corresponde al inglés *to* —así *ku bona* = *tosee* ['ver']; *ku tema* = *tocut* ['cortar']; *ku tanda* = *to love* ['amar'].



Las lenguas sudanesas nos proporcionan un ejemplo muy claro, ya que en la mayoría de ellas el infinitivo es la raíz simple. Este es el caso en los grupos nilótas de estas lenguas; por ejemplo, en lango *ol* ['estar cansado'], y en acholi (raíz sólo en verbos de forma neutra), en dinka [7], en bari y en nandi; también en azande; y es común en el oeste de Africa, por ejemplo en ewe (raíz simple, por ejemplo, *yi* ['ir'], en nupe donde el infinitivo es generalmente la raíz precedida de la preposición *ny* = ing. *to* y en bambara (Mande). En las lenguas bosquimanas la forma simple del verbo (es decir, la raíz) es el infinitivo (por ejemplo, *mu* ['ver']).

En la familia de lenguas malayo-polinesias el infinitivo es por lo general simplemente el tronco verbal tratado como nombre, por ejemplo, *fidji* (*lako* ['ir']), samoano (*ta* ['¡corta!', o 'cortar']). En maorí el infinitivo es el tronco verbal, pero siempre va acompañado de un artículo o un demostrativo.

Lo mismo sucede en Asia, en América, pero probablemente hemos dado ya bastantes ejemplos.

¿Cuál es la explicación de todo esto?

En el capítulo anterior apuntamos una serie de explicaciones sobre el uso general de la raíz verbal como imperativo, pero no parecen extensibles al fenómeno similar que vemos en el infinitivo. Una de las explicaciones que dimos era que la tarea característica y fundamental del lenguaje es influir en las acciones de los demás para beneficio nuestro. Dijimos por lo tanto que las palabras, se usaban originariamente en este sentido, y en consecuencia no es necesario añadir nada que modifique al verbo para darle el sentido de exigencia de acción. Esta explicación no nos servirá en lo que al infinitivo se refiere. Dimos también una razón de naturaleza semejante: que, en la historia del lenguaje, el empleo del verbo como exigencia de acción ha sido el más frecuente y más familiar, y por

ello el imperativo es la forma más breve y simple del verbo. Esta razón aquí no nos servirá. Dimos además la explicación de que la exigencia de acción es la forma más breve y primitiva de frase —Tipo 1, como la llamábamos. Tampoco esta razón nos servirá en este caso. El infinitivo nunca puede formar una oración. ¿Cuál es entonces la explicación, o explicaciones? Porque siempre hay varias razones para cada hecho lingüístico.

El primer paso para contestar esta pregunta es observar la estrecha relación que existe entre el imperativo y el infinitivo. En las lenguas indoeuropeas modernas todo el mundo conoce el uso del infinitivo como exigencia de acción en avisos y otros contextos. Y hay un uso más extenso con negación en italiano (*non credere* ['no creas']). También conocemos este uso en griego clásico, en estatutos y avisos públicos, y usos poéticos como, por ejemplo, en el epitafio de los hombres que murieron en las Termópilas.

Este uso del infinitivo no se da solamente en las lenguas indoeuropeas. Se encuentra, por ejemplo, en antiguo egipcio; y en suahili (bantú), cuando la raíz verbal tiene sólo una consonante, la exigencia de acción se alarga por lo general hasta las dos sílabas usando el infinitivo (*kula,* ['¡come!'] [8], *kufa* ['¡muere!']). Pero considerando estos usos indoeuropeos en general observamos que estos imperativos, expresados mediante el infinitivo, son imperativos débiles, o van dirigidos no a una sola persona sino al mundo en general. La frontera entre una exigencia general de acción y el infinitivo es vaga. En frases proverbiales inglesas tales como *Love me, love my dog* lit. ['Quiéreme', 'quiere a perro'], *Waste not, want not* lit. ['No gastar', 'no desear'], o «no gastes, no necesites», en el sentido de «si no lo gastas no lo necesitarás», es difícil saber si el verbo es infinitivo o imperativo. Lo mismo podríamos haber dicho *To love me is to love my dog* ['Quererme a mí es querer a mi perro'], o *To waste not is to want not* ['No gastar es no necesitar'], pero estas frases serían demasiado largas.

Hemos observado una serie de ejemplos en que el infinitivo se usa como imperativo, pero no casos en que el



imperativo se use como infinitivo. Probablemente la razón es que el infinitivo tiene por lo general una forma especializada; pero siempre que la raíz verbal se usa como infinitivo, se trata probablemente del imperativo antiguo. El uso del imperativo como infinitivo es la historia del lenguaje. La razón principal para el uso de la raíz verbal como infinitivo es que el infinitivo es sencillamente un imperativo que ha perdido algo de su fuerza, y, como veremos, el destino de todo lenguaje es perder su fuerza. Conserva todavía parte de la función del imperativo: por ejemplo, puede llevar, como un imperativo, objeto pero no sujeto; pero ha perdido una parte vital de su fuerza —no puede funcionar como oración. Por consiguiente, la razón primordial de este extendido fenómeno de que el tronco verbal funcione como infinitivo es que en los primeros días del lenguaje el verbo imperativo dio su primer paso de expansión haciéndose también infinitivo, y por esta razón el verbo (convertido desde entonces en raíz verbal) tiene todavía en el mundo un amplio uso como infinitivo, aunque este uso es menos extenso que sus funciones como imperativo.

Pero se nos podrá decir ¿no es más sencillo y más probable suponer que el infinitivo precedió al imperativo? Si lo que pretende el uso primordial del lenguaje es influir en las acciones de los demás, y si las palabras se entienden fundamentalmente en este sentido, sólo es necesario, y parece obvio, usar un infinitivo —una palabra que tenga el sentido, por ejemplo, de «mover» o «coger»— y la persona interpelada tomará esta palabra como una sugerencia que se le hace de que se mueva o coja. Esta es, desde luego la base del uso del infinitivo en las lenguas indoeuropeas —se usa para expresar invitaciones atenuadas a la acción.

Pero esta suposición en lo que se refiere a los comienzos del lenguaje es sustituir la historia por la teoría. Las palabras adquieren su significado a partir de su propio uso: no adquieren su uso a partir de su significado [9]. Si el lenguaje empezó con un infinitivo que más tarde se convirtió en imperativo, entonces, antes de la existencia de la frase de Tipo 1 (la exigencia de acción), el lenguaje

consistía en algo que no era una comunicación completa —ya que el infinitivo no es una oración— y se basaba, para formar una frase, una comunicación, en otra clase de palabras que aún no existía. ¿Cómo podía entonces haber existido el infinitivo o el lenguaje? No, el infinitivo es sencillamente el imperativo, que retiene el sentido del verbo, pero que ha perdido la función imperativa al ser usado en un contexto distinto. El verbo ya no se usaba para realizar directamente la función del lenguaje —a saber que un hombre consiguiera la ayuda de otros.

Una segunda razón para este fenómeno, y a la vez la segunda razón para afirmar su gran antigüedad, es que el infinitivo representa el primer paso dado por el verbo —es decir, el imperativo— para convertirse en nombre, y por lo tanto el primer paso dado por las oraciones del Tipo 1 para convertirse en oraciones del Tipo 2. El infinitivo señala el límite entre el verbo y el nombre: es al mismo tiempo verbo y nombre: es el nombre de una acción. En las lenguas en que no hay un aparato formal que distinga el verbo del nombre esto no es tan evidente: la misma raíz puede usarse para cualquiera de los dos fines, como en las lenguas malayo-polinesias. Pero incluso ahí observamos que en maorí, por ejemplo, el infinitivo, a pesar de ser el tronco verbal, va siempre acompañado de un artículo o un demostrativo. En otros grupos de lenguas hemos observado que el infinitivo por lo general va acompañado de una palabra que significa *a* (inglés *to*), y en las lenguas semíticas ya observamos que en algunos verbos hay dos formas de infinitivo, una verbal y otra que tiene una terminación característica del nombre abstracto femenino; y el uso, como prefijo, de una preposición que significa «*a*» está muy extendido en ambos casos. En las lenguas indoeuropeas observamos que el infinitivo lleva frecuentemente una terminación casual o la preposición «*a*», y a menudo el artículo definido. Y debemos recordar que el imperativo, en su progreso hacia la creación de nombres, no se contenta con convertirse en infinitivo. El inglés moderno está lleno de ejemplos del caso contrario. No solamente existe el imperativo *break!* ['¡rompe!'] y el infinitivo *to break* ['romper']; existe algo más que es



casi lo mismo, a saber, el nombre *a break* ['una rotura']. También este proceso es muy antiguo. En griego clásico, por ejemplo, en que los nombres deben tener terminaciones características propias, no existe solamente el antiguo βαλέ, *bălĕ* ['¡lanza!'], y formado sobre éste, el infinitivo antiguo βαλεῖν, *baleîn* en vez de βαλέ-εν, *bălĕ-ĕn;* está también el nombre femenino βολή, *bolé* ['un lanzamiento']; y el nombre masculino βόλος, *bŏlŏs* ['lanzamiento', ['arma arrojadiza', 'lanza']. El proceso por el que el 'arma arrojadiza', 'lanza']; y el nombre neutro βέλος, *bĕlŏs* imperativo, en la expansión del lenguaje, diera origen a los nombres fue a través del infinitivo, y los primeros nombres fueron nombres verbales [10].

Pero, podrá objetarse, ¿no hay otra explicación del frecuente uso de la raíz verbal como infinitivo?, ¿acaso la explicación que se ha dado, antes a otros fenómenos del lenguaje? El infinitivo es el verbo en el punto máximo de vaguedad, sin tiempo, sin cualidad, persona o número, aspecto o modo; y de igual manera el tronco verbal es en su forma lo que el infinitivo es en su significado, la mera noción de verbo sin prefijo, infijo, sufijo u otra variación que especifique la acción. ¿Por qué acudir a una extraordinaria antigüedad para explicar lo que puede encontrarse en inglés y en otras lenguas modernas? Estas relaciones de sentido y forma entre el imperativo, el infinitivo y el nombre ¿no se han formado, configurado y mantenido mediante el uso?

Todas estas observaciones son completamente ciertas, y la respuesta es la misma que dimos en capítulos anteriores. Siguen dándose estas relaciones porque el lenguaje sigue siendo el mismo, e incorporando formas y usos nuevos en su periferia. Pero estas relaciones se originaron por la misma razón, porque el lenguaje originario es lo que desde entonces se ha convertido en el corazón del tronco. Toda la vaguedad que encontramos en el corazón del lenguaje es la vaguedad de la mente primitiva del hombre. Este punto de vista se ve reforzado si tenemos en cuenta el tercer uso de la raíz verbal, a saber, la tercera persona del singular del aoristo de indicativo.

## 11. La tercera persona del singular del aoristo de indicativo

El ejemplo típico del uso de la raíz verbal como tercera persona del singular del aoristo de indicativo nos lo proporciona la más conservadora de todas las familias de lenguas, la semítica. En hebreo, por ejemplo, la palabra *qatal* —obsérvese las dos vocales *a*— tiene el sentido de tercera persona singular masculina del aoristo (o, como se le llama a veces en la gramática semítica, el «perfectivo») del verbo «matar». Este uso no indica necesariamente una relación temporal —puede usarse con sentido de presente, pasado o futuro, y muchas veces es difícil saber de hecho cuál de los tres indica. El contraste se da con el imperfectivo (tercera persona singular masculina *yqetol* o *yqetál*). El perfectivo significa una acción simple, y, por lo tanto, una acción completa, en cualquier tiempo. El imperfectivo tiene el sentido de acción en progreso y no acabada, pasada, presente o futura; por consiguiente, tiene un sentido más elaborado y preciso que aquél. También se usa más frecuentemente el último para el futuro, ya que la acción futura es incompleta, mientras que el primero se usa frecuentemente para el pasado porque la





acción pasada es por lo general completa. Pero no siempre sucede así. Por ejemplo, en asirio —como en muchas lenguas de otros grupos— se usa por lo general como presente. Esto nos recuerda algunos casos del «presente» inglés —por ejemplo, *I reach my office at eight o'clock* ['llegó a la oficina a las ocho'] con el sentido de que «lo he hecho así en el pasado recientemente, lo hago en el presente y lo seguiré haciendo»; o el uso del «presente histórico»: «entonces va y me da un golpe en la cara». El elemento temporal en los «tiempos» de todos los verbos es sutil y evanescente, y va mezclado con elementos y relaciones no temporales. En el grupo semítico no hay, en rigor, tiempos en el sentido de *formas temporales.* Pero en hebreo *qatal* [1] significa normalmente 'él mató'. Para las otras personas, hay pronombres abreviados que se añaden como sufijos a la raíz.

En Europa Oriental y Asia la familia fino-ugra nos ofrece ejemplos igualmente sorprendentes. En ella, hasta hace muy poco, todos los «tiempos» indicaban aspecto, no tiempo; y ahora en finlandés y en húngaro la raíz verbal indica la tercera persona del presente (finlandés: *tuo-n,* antes *tuo-m* ['yo traigo'], *tuo-t* ['tú traes'], *tuo* ['él trae']. Húngaro: *var-ok,* por *var-om-ke* ['yo siembro'], *var-sz* ['tú siembras'], *var* ['él siembra'] —imperativo *varj!*). Algo semejante ocurre en samoyedo, en el indefinido de indicativo, que denota una acción simple, completa y momentánea; primera persona singular *madâ-dm,* segunda *madâ-n,* tercera *madâ* ['él cortó'] imperativo *mada',* infinitivo *madâ*). Las disinencias de la primera y segunda personas son pronominales. En las lenguas turco-mongol-tungúses la situación es muy parecida.

En la familia indoeuropea encontramos este rasgo en una de las más conservadoras de estas lenguas, el griego. βαλε (bălĕ), es la raíz del verbo que significa 'lanzar', y el imperativo es βαλε, ['¡lanza!']. En Homero, βαλε es también la tercera persona singular del aoristo de indicativo [2], que (como en semítico) es independiente del tiempo, pero que se usaba generalmente como un tiempo pasado o pretérito, porque denotaba una acción simple y, por lo

tanto, completa. En Homero encontramos una forma alternante en que una sílaba breve añadida como prefijo (*e-*, conocida en los libros de gramática como el «aumento») se utiliza como medio para distinguir la tercera persona singular del aoristo del imperativo. Esto no debe extrañarnos en absoluto, ya que el griego era muy propenso a añadir una sílaba breve a palabras que empezaban por consonante sin alterar su significado [3], y el mismo aumento se utilizaba también (aunque con menos frecuencia) en las lenguas indoiranias y en armenio [4] con el mismo propósito. En la literatura griega el uso del aumento se extiende gradualmente hasta que llega a hacerse regular en la prosa ática en las tres personas, a las que se añade en todos los tiempos pasados del indicativo (y sólo del indicativo); pero quedaron unos cuantos verbos antiguos, familiares, que nunca lo llevaron [5]. Los pronombres personales abreviados se añadían como sufijos a la raíz para formar la primera y segunda personas (una nasal para la primera persona, y una dental para la segunda, en singular y en plural, como el grupo semítico), pero nunca a la tercera del singular. En todos los verbos que tienen este aoristo «fuerte» la vocal de la raíz es breve, generalmente *a, e* u *o,* predominando la primera.

En griego, a partir del aoristo —bien alargando de alguna manera la vocal, o reduplicando una consonante— se originaron en cierto momento los tiempos que expresaban una acción repetida, continua o inacabada; el presente, el imperfecto y el perfecto. A medida que el valor temporal de los «tiempos» se hacía más pronunciado, y el hablante se iba haciendo más consciente de sí mismo, la primera persona singular del tiempo de presente se convirtió (como en inglés moderno y en latín clásico) en un nuevo núcleo, a partir del cual se derivó un verbo más moderno, cuya conjugación se adaptaba más a las necesidades del hombre moderno. De aquí, desde los primeros tiempos, se desarrolló una nueva forma de aoristo, conocida en las gramáticas como aoristo «débil», formando sobre el tiempo de presente mediante la adición, en general, de una consonante dental (*s* en las voces activa y media y *v* en la pasiva) [6]. Todos los verbos griegos formados tardíamente tenían la nueva forma de aoristo, y ninguno la antigua. Por consiguiente, en la historia del griego, la proporción de verbos con el nuevo aoristo aumentó continuamente, y los verbos con aoristos «fuertes» son todavía los verbos antiguos, de uso coloquial [7].



Si nos volvemos ahora al grupo de lenguas germánicas, veremos un gran número de casos que testimonian la misma evolución. Hay un aoristo fuerte, usado hoy como tiempo pretérito, en que la forma más simple y breve es la tercera persona singular, que es también la raíz verbal y tiene por lo general la vocal *a.* Los verbos que tienen el aoristo fuerte son antiguos verbos de uso coloquial. Así, ejemplos típicos del inglés antiguo son *bītan* ['morder'], pretérito *bāt; fleōgan* ['huir'], pretérito *fleāh; findan* ['encontrar'], pretérito *fand; helpan* ['ayudar'], pretérito *healp; weorpan* ['lanzar'], pretérito *wearp; feohtan* ['luchar'], pretérito *feaht; brecan* ['romper'], pretérito; y así sucesivamente. En inglés moderno los verbos con aoristo fuerte siguen siendo las palabras antiguas, de todos los días *-eat* ['comer', presente], *ate* (pretétrito); *run* ['correr'], *ran; begin* ['empezar'], *began; drink* ['beber'], *drank; sing* ['cantar'], *sang; swim* ['nadar'], *swam; sink* ['hundir'], *sank; get* ['obtener'], *gat* (ahora *got); speak* ['hablar'], *spake* (ahora *spoke); break* ['romper'], *broke; drive* ['conducir'], *drove; see* ['ver'], *saw.* Pero los verbos más recientes tienen siempre un pretérito débil, formado sobre el presente mediante la adición de una consonante dental *d* o *t* (así en inglés moderno, *walk* ['caminar', presente], *walked* [pretérito], que equivale al griego clásico λύε, ἔλυσε . No es difícil reconocer una razón importante que explique por qué ha ocurrido este cambio en las lenguas griega y germánica. Es consecuencia del avance de estos pueblos hacia la civilización y el consiguiente aumento de vocabulario. En la historia primitiva del lenguaje, si suponemos que las raíces verbales eran principalmente monosílabos del tipo CVC, y la vocal era en todas partes casi siempre la misma, era posible expresar una variación en el tiempo de todos los verbos mediante una variación regular de la vocal. Pero en las lenguas indoeuropeas, cuando el vocabulario aumentó las

raíces verbales siguieron siendo en gran parte monosilábicas, y en los casos en que esto fue así el aumento de vocabulario se efectuó mediante un cambio de vocal entre un verbo y otro. A partir de entonces se hizo imposible expresar variaciones de función en el mismo verbo mediante una variación uniforme de la vocal, y este objetivo se alcanó con el método usual de alargar la palabra; en el caso del aoristo mediante la adición de una consonante dental. Este cambio de procedimiento no se hizo nunca necesario en las lenguas semíticas. Estas alargaban las raíces añadiendo una consonante, y conservando la misma vocal. Pero el cambio de procedimiento en las lenguas indoeuropeas debe haber empezado hace más de cuatro mil años, porque puede observarse en los distintos grupos de la familia. Además, comenzó en una época de verbos del tipo CVC.

El aoristo griego y el germánico difieren en un aspecto. En el aoristo griego solamente la tercera persona del singular es la que está representada por la raíz verbal simple, y así βαλε sólo puede significar 'él lanzó'. Pero en alemán e inglés antiguo el antiguo tema representa tanto la tercera como la primera persona, que sólo pueden distinguirse por el pronombre o nombre sujeto: en alemán moderno *er kam* ['él vino'], y *ich kam* ['yo vine']. Esta situación es muy corriente en el lenguaje: aunque la tercera persona singular del aoristo está a menudo representada ella sola por el tronco verbal, en muchas lenguas esta simplicidad la comparte con otra persona o incluso con las otras dos, y hace falta el pronombre para indicar la diferencia. Sigue siendo cierto que la forma de la tercera persona es la forma más simple, después de la del imperativo. Como ya dijimos, para apreciar la simplicidad de la forma de la tercera persona del aoristo, debemos situarnos en una perspectiva más amplia que cuando hablábamos del imperativo, porque aquí el lenguaje se ha apartado de su función central.

El sumerio registra un fenómeno parecido. La raíz del verbo coincide con la primera o tercera persona singular del aoristo, pero en ambos casos va precedido de un prefijo pronominal. Sin embargo, por lo que sabemos, puede



usarse como tal prefijo una u otra de las diversas formas del prefijo pronominal, sea cual fuera la persona a que se refiera. Así *du* es la raíz, 'construir', e *in-du* significa 'yo he construido', o 'construí', o también 'él ha construido' o 'él construyó'; y de la misma manera podríamos usar en vez de *in* un prefijo determinado entre toda una serie de ellos para las diversas funciones, y el sentido lo daría el contexto.

Cuando observamos las lenguas bantúes encontramos por todas partes un fenómeno en cierta manera similar, que es frecuente en el lenguaje. Entre los muchos tiempos verbales de que disponen estas lenguas, hay un aoristo de indicativo que en muchas gramáticas (como en las gramáticas de lenguas norteamericanas y otras) se llama «presente indefinido». Este consta, en todas las personas, del tema o raíz del verbo precedido de un pronombre. Por ejemplo, en ila (en que *bona* es la raíz y el imperativo del verbo 'ver'), *nda-bona* ['yo vi'] [8], *wa bona* ['él vio']. Pero sigue siendo cierto que la tercera persona singular del aoristo (*wa bona*) y el infinitivo (*ku bona*) son la forma más simple del verbo después del imperativo (*bona*). Por lo tanto, mientras que la primera y tercera personas del singular son de la misma forma en sumerio y alemán, y la primera, segunda y tercera personas en muchas lenguas bantúes e inglés moderno, y la tercera persona es única en su forma en griego, semítico, fino-ugro y turco, sigue siendo cierto que en todas estas lenguas la tercera persona del singular del aoristo es la forma más simple (después del imperativo), aunque otras personas y el infinitivo *puedan* ser igualmente simples.

Por toda Africa la distinción entre perfectivo e imperfectivo es el rasgo dominante del verbo [9]. En todas las lenguas camíticas y sudanesas de Africa vemos la misma situación general que describimos arriba. En antiguo egipcio el presente indefinido se expresa mediante la raíz seguida de un sufijo-sujeto, y la forma más simple es la tercera persona del singular. En somalí la primera y tercera persona singular del verbo son de todos sus paradigmas las de forma más simple; y en el aoristo, son las más

simples de todas después del imperativo —así, *sheg!* ['¡di!']; aoristo, primera persona *shéga,* segunda persona *shegta;* tercera persona masculina *shèga.* En hausa, en todas las personas, el aoristo es la raíz precedida del pronombre-sujeto [10].

Gran parte de lo dicho puede decirse de las lenguas sudanesas. Aquí encontramos un tiempo «presente indefinido» o «aoristo», que significa una acción simple independiente del tiempo, y se expresa generalmente mediante el infinitivo (es decir, el tema) con el prefijo pronominal en todas las personas [11]. Pero en alguna de estas lenguas la tercera persona es la única (a veces la tercera del singular, a veces singular y plural) que no tiene prefijo pronominal [12].

En las lenguas bosquimanas el presente indefinido se expresa mediante la raíz precedida de un pronombre.

Lo mismo sucede con otras familias de lenguas asiáticas, además de las ya mencionadas. En siamés el presente de indicativo está formado solamente por el verbo (el verbo es una palabra invariable) precedido del pronombre personal *-xan ma* ['yo vengo'], *thàn ma* ['tú vienes'], *khao ma* ['él viene']. Los otros tiempos se indican mediante la adición de una partícula. En la misma lengua el infinitivo se expresa solamente mediante el verbo —*ma* ['venir']— y el imperativo también puede expresarse solamente mediante el verbo cuando el sentido es lo suficientemente claro. En ainu la raíz verbal expresa la tercera persona del presente de indicativo y también la segunda persona singular del imperativo.

Este estado de cosas no difiere mucho de las lenguas malayo-polinesias. Si observamos, por ejemplo, los más primitivos de estos pueblos, los melanesios, encontramos que, como en las palabras germánicas del inglés moderno, pero todavía en mayor grado, la distinción entre hombre y verbo se revela mediante el uso y el contexto más que por la forma; de manera que la raíz, sin ninguna adición, expresa el infinitivo o nombre verbal. Expresa también la segunda persona del imperativo, aunque en la mayoría de las lenguas una partícula separada de énfasis puede añadirse u omitirse a voluntad. Ciertas partículas separadas (que varían de una lengua a otra) expresan también las diferencias entre los tiempos; pero en la mayoría de estas lenguas la raíz puede usarse sin añadidos, excepto un pronombre personal abreviado, y en este caso representa un tiempo indefinido o aoristo del indicativo que puede usarse a voluntad, sin gran exactitud, para indicar el presente o el pasado. Pero en algunas de estas lenguas hay una partícula simple, que se añade para indicar incluso el aoristo, y en este caso el pronombre, frecuentemente, se omite en la tercera persona del singular [13].



En general, a pesar de la complejidad de la gramática de las lenguas de Norteamérica, el estado de cosas es el mismo que en cualquier otra parte. En muchas lenguas la forma más simple del verbo es la tercera persona singular del presente indefinido. En zuñi, por ejemplo, en muchos verbos, la raíz simple indica tanto el imperativo como la tercera persona singular del presente de indicativo completivo (es decir, la expresión de una sola acción completa) —así *ita* ['¡come!' y también 'él come']; *alu* ['¡vete por ahí!' o 'él anda por ahí']. Otras raíces requieren además sufijos. En coos la tercera persona singular no tiene prefijo, sino que se expresa solamente mediante la raíz (con o sin artículo). En sioux, el verbo, solo, puede usarse tanto para la idea más o menos abstracta de acción verbal como para la tercera persona del indicativo [14]. De hecho, en sioux, como en latín y en griego y en muchas otras lenguas del mundo, hay pronombres de primera y segunda pesona, pero no de tercera [15]. En pies negros la tercera persona singular es la forma más simple del verbo después del imperativo.

Basta con estos ejemplos para dar idea del panorama que nos presentan las diversas lenguas del mundo. Un fenómeno tan extendido debe tener su origen en causas universales y fundamentales. ¿Cuáles son esas causas?

En este capítulo nos hemos ocupado exclusivamente de las oraciones enunciativas o de afirmaciones —nuestro Tipo 2—, y la gran mayoría de éstas en el lenguaje están en tercera persona. Comparadas con las de tercera, las afirmaciones en primera y segunda persona son muy pocas. En lo que a la segunda persona se refiere, hay po-

cas ocasiones en que sea importante decirle al oyente hechos acerca de él. Las afirmaciones en primera persona son incluso en los tiempos modernos una pequeña minoría, y no cabe duda de que en los primeros tiempos, antes de que el hombre estuviese tan ocupado en su auto-observación e introspección, como lo está hoy cada vez más, eran todavía más raras. En repetidas ocasiones hemos visto que lo más frecuente en el lenguaje tiende a ser de la forma más breve y simple —o, con otras palabras, tiende a expresarse mediante un tronco o raíz— y de aquí se seguiría que la afirmación en tercera persona, es decir, la tercera persona del verbo en indicativo, sería de forma más breve y simple que la primera o segunda personas. Pero muy raras veces encontramos que la afirmación de la tercera persona del plural (o dual), y también del singular, tengan la forma más breve y simple. Ya observamos esto en las dos lenguas emparentadas de los masai y los nandi, y hay unas cuantas más, como el ainu, pero en general el fenómeno que estamos considerando se limita a la tercera persona singular. Podríamos haber pasado por alto, sin examinar las formas del lenguaje, que la afirmación en tercera persona del singular es mucho más frecuente que la afirmación en tercera persona del plural. Pero esto es totalmente cierto, y no hay duda de que es una razón importante para justificar la brevedad de la tercera persona singular del verbo [16]. Además, hemos observado un gran número de lenguas en que no hay un verdadero pronombre personal de tercera persona, y menos de tercera persona singular, y que si lo hay, por regla general se omite. Y en las lenguas en que podemos reconocer el significado de la parte del verbo indicativo que se añade a la raíz, se trata por lo general de una significación pronominal: o bien un pronombre independiente (como en inglés moderno o en bantú) o bien una versión abreviada que forma un sufijo (o con menos frecuencia, un prefijo), como en indoeuropeo, semítico, bantú, fino-ugro, sudanés y otras familias de lenguas. Hay, pues, evidentemente buenas razones para decir que la brevedad de la afirmación en la tercera persona singular se debe, por lo menos en parte, a su frecuencia.



Sería inexacto decir que en el lenguaje en general la afirmación en tercera persona del singular de *todos los tiempos* del indicativo tiene la forma del tronco o raíz, o que es más breve y simple que la afirmación en primera o segunda persona. Es verdad que hay una serie de lenguas que hemos observado en las que, en todos los tiempos del verbo, la afirmación en tercera persona es más breve que en primera o segunda. Vimos un ejemplo africano en nandi, y ejemplos sorprendentes en las familias de lenguas fino-ugras y turcas. Pero estos hechos son excepcionales en las lenguas del mundo: en muchos o en la mayoría de los tiempos, en muchas o en la mayoría de las lenguas, la afirmación en tercera persona no es, en rigor, más breve que en las otras. En el lenguaje por lo regular sólo hay un tiempo en que la tercera persona singular se exprese con la forma más breve. La naturaleza de ese tiempo varía muy poco de una lengua a otra, y casi en todos los casos podemos decir que se trata del aoristo o del presente indefinido. Podríamos suponer entonces como explicación de la simplicidad de forma de la tercera persona singular del aoristo su vaguedad de significado; y se podría aventurar que debido a esa vaguedad se expresa mediante la raíz del verbo o poco más, y los usos precisos del verbo se indican por varios añadidos formales a las raíces verbales —prefijos, infijos, sufijos, variaciones de vocal o tono, u otra partículas. Podríamos proponer otra explicación —una explicación del tipo que repetidamente hemos apuntado y aceptado—, a saber, que la afirmación en aoristo o presente indefinido es la clase de afirmación más frecuente y corriente. Podría sugerirse una tercera explicación —del tipo que más de una vez nos hemos visto obligados a aceptar—, a saber, que la tercera persona del aoristo de indicativo es la forma original de la afirmación, de la que han derivado todas las demás. Estas tres explicaciones son en realidad una sola. La primera de ellas indica que esta afirmación «vaga», con su forma vaga y radical, debe haber precedido históricamente a los usos más pre-

cisos del verbo, con indicadores formales añadidos a la raíz. La segunda explicación, basada en el supuesto de la mayor frecuencia de la afirmación de aoristo que de las afirmaciones de otro tipo, sólo resulta cierta en lenguas primitivas y poco desarrolladas, en que el aoristo es realmente el más común de los tiempos.

La verdadera explicación, creemos, es que la afirmación —el verbo en las frases del Tipo 2— tuvo su origen como tercera persona singular del aoristo de indicativo. El proceso aparece claramente a la luz de la historia, ya que es un proceso en cierta manera posterior a los otros que acabamos de examinar. No creo que sea posible considerar en conjunto las distintas lenguas del mundo sin ver este origen. Hay todavía un gran número de lenguas que no tienen «tiempos», en el sentido de variaciones con respecto al tiempo. Hay muchas otras lenguas que, como el grupo fino-ugro, sólo han desarrollado verdaderos tiempos muy recientemente. Sólo una minoría de lenguas, limitadas la mayor parte a los pueblos del Grado Moderno, distinguen estas funciones del verbo en lo que se refiere al tiempo, como, por ejemplo, el latín clásico, que ha perdido su conjugación primitiva del verbo y ha adquirido un sistema completamente moderno. En una lengua como el griego, que conserva formas antiguas, podemos observar el mismo desarrollo. Es poco probable que una lengua que ha conseguido formar distinciones de tiempo las pierda, y seguramente no se conocen casos de que esto haya sucedido. Si el aoristo denota vaguedad mental, es la vaguedad de la mente del hombre primitivo; pero lo que realmente ha producido los hechos que hemos consignado no es tanto la vaguedad del aoristo cuanto su simplicidad, la simplicidad de lo concreto frente a la elaboración y precisión de las concepciones abstractas. El lenguaje toma su significado de su contexto físico. La afirmación más simple registra una acción o movimiento de una tercera persona, animal o cosa. Se trata, por consiguiente, de una acción simple y acabada, y, aunque a la afirmación no le preocupe el tiempo, esa acción es presente o ha ocurrido hace poco. Posteriormente llega el imperfectivo: de nuevo un registro fotográfico de una acción o movimiento, pero en este caso, por así decirlo, producido por una lente mayor, un obturador más rápido y una película más sensible. Registra el desarrollo de una acción inacabada —sin que tampoco le interese el tiempo, pero que implica una concepción más precisa y elaborada de dicha acción. A partir de este momento se desarrolla no sólo el imperfecto, sino también el futuro (en semítico siguen siendo lo mismo) y un sistema de relaciones de tiempo basado en parte en diferencias cronológicas. Pero el verbo simple, usado como tercera persona del aoristo, es el verbo de la afirmación original, y sigue siendo con mucho la forma del verbo empleada con más frecuencia. De aquí que en gran parte siga siendo expresada por la raíz, o al menos por una forma lo más cercana posible, teniendo en cuenta la necesidad de evitar la confusión con el imperativo y el infinitivo (o nombre verbal). Por tanto, la explicación de los fenómenos que estamos examinando es la misma que hemos dado tantas veces. En esencia el lenguaje siempre ha sido lo que ahora es, pero ha ido añadiendo anillos sucesivos alrededor del primer tallo, que a partir de entonces se ha convertido en el corazón del tronco. Lo que es antiguo y familiar en el lenguaje sigue siendo, por decirlo así, su centro de gravedad, o un punto de apoyo gracias al cual actúa. A partir de las formas antiguas y familiares se desarrollan los usos nuevos, y para expresarlas las formas antiguas y familiares extienden su vigencia. En la historia del lenguaje, el aoristo desempeña un papel cada vez menos importante y está cada vez más en desuso. Estas consideraciones explican, por ejemplo, el cambio de forma del aoristo en griego. La tercera persona singular del aoristo empezó como verbo (o tronco del verbo) o algo de forma más próxima a él, porque era el uso más familiar del verbo en la afirmación. Con el tiempo se fue empleando cada vez menos, a medida que aumentaban otros usos del verbo, sobre todo el presente, imperfecto y futuro. De aquí al aoristo —pues el carácter conservador del griego todavía lo conservaba— cambió su forma por otra que se expresaba basándose en el nuevo punto de apoyo de la primera persona singu-

lar del tiempo presente. Puede observarse, si se compara la literatura griega primitiva con la tardía, que el uso de los otros tiempos fue aumentando posteriormente. Tomando otra vez como ejemplo el primer libro de la *Ilíada,* versos 1 a 245, vemos que el aoristo es el más usado de todos los tiempos del verbo. De los verbos que encontramos (contando todos los verbos y partes del verbo cada vez que aparecen), las palabras en aoristo (fuerte o débil) constituyen el 37 por 100 del total [17]. En una serie de pasajes extraídos del libro primero de Tucídides la proporción que calculo de verbos en aoristo es sólo del 26 por 100. Pero esto es sencillamente otro aspecto del desarrollo de la mente humana. La tercera persona del aoristo de indicativo es un registro o reflejo manifiesto de un hecho; de aquí el lenguaje se va ampliando para registrar los procesos mentales cada vez más patentes en que la primera persona singular del verbo se concibe como la forma característica del lenguaje y su centro de gravedad. Ocupa el centro de la línea temporal como tiempo presente del verbo, extendiéndose a partir de él pasado y el futuro, cuyas formas respectivas se derivan de la forma de aquél.

En último término viene la pregunta más importante: ¿de dónde viene la forma típica de la afirmación, la tercera persona singular del aoristo de indicativo? También este es un proceso que se revela en muchos sitios a la luz de la historia. Viene del infinitivo o nombre verbal.

Varios lingüistas han afirmado que el origen del verbo indicativo era el nombre verbal; y es en gran parte esta afirmación lo que alrededor de 1880 dio lugar al error (repetido muchas veces desde entonces) de que la raíz, en su origen, era un nombre —error que desde entonces obstaculizó un correcto entendimiento de la historia del lenguaje. Varios semitistas han observado que las vocales de la tercera persona singular del perfectivo —la forma tipo del verbo semítico— son características de un grupo numeroso de sustantivos antiguos. Por ejemplo, Wright, en su obra clásica *Lectures on the Comparative Grammar of the Semitic Languages* (encontrada entre sus papeles y publicada póstumamente en 1890) señala el tipo *qatal* (hebreo) y *qatala* (árabe) ['él mató'] como una de «las formas nominales más comunes en las lenguas semíticas» [18], y él mismo se declara «inclinado, tras considerarlo cuidadosamente, a aceptar por el momento la opinión de Stade de que aquí nos encontramos ante un nombre simple, sin afijo pronominal alguno... Si es así», dice, «se trataría de un adjetivo antiguo con el sentido de 'que mata, matador', o, como forma personal, 'él mató' [19]. Fick intentó mostrar que las llamadas personas del verbo indoeuropeo eran sencillamente antiguos infinitivos aumentados por medio de infijos [20]. Sayce, en el prefacio a la segunda edición (1883) de su *Introduction to the Science of Language,* nos informa sobre varios descubrimientos recientes entonces y termina diciendo: «La tercera persona, de hecho, como en turco y en tantas otras lenguas, era primitivamente un nombre». La verdad es que, antes de que surgiera la afirmación, el verbo ya había llegado a tener el sentido de un infinitivo, que es al mismo tiempo verbo y nombre, de manera que *qatal* significaba «matar» o la acción de matar. Por consiguiente, si el testigo de una muerte llevada a cabo por otro hombre, decía a un oyente «matando», éste entendería (alguien) está matando (allí) o 'él mata' (o 'mató', o 'ha matado'), o 'su matar'. Más tarde, cuando intentaba decir 'yo maté', lo expresaría diciendo *matar yo,* o (lo que es lo mismo) *mi matar;* y para 'tú mataste' diría *matar tú* o *tu matar.* Vemos esto en todas partes. Lo encontramos en semítico [21], y es evidente en antiguo egipcio, en el grupo finougro [22] y en turco y otras lenguas [23]. De hecho hay lenguas en que la construcción del nombre verbal y el pronombre personal no ha cambiado y nunca llega a tener la forma de un verbo indicativo. Así, por ejemplo, en tibetano coloquial, el equivalente del inglés *he is eating mutton* ['él está comiendo carnero'] es *khö luk-sha sa-ki-du,* literalmente 'por él, en cuanto a carnero, un comer hay'; y uno debe traducir *el comerciante llegará mañana* por *tshong-pa té sang-nyi lép-yong* ['en cuanto al mercader mañana una llegada habrá'] [24]. En los primeros tiempos probablemente no era necesario añadir un pronombre personal en tercera persona, por las razones que se han

mencionado; pero cuando la tercera persona del aoristo dejó de mantener su posición única, entonces, por analogía con la primera y segunda persona del aoristo y de todas las personas de los otros tiempos el pronombre se propagó también en la tercera persona del aoristo (como sucedió con la *-t* del aoristo sánscrito, aunque no en griego o eslavo o armenio). Estas consideraciones explican también por qué en las lenguas fino-ugras y en turco, en todos los tiempos en general, la tercera persona singular es la forma más simple —la razón es que entre las personas sigue habiendo la misma relación que en el aoristo original.

En este punto, de la Exigencia de Acción (o frase de Tipo 1, conteniendo un solo término) se ha formado, si no nos equivocamos, la Afirmación (o frase de Tipo 2, conteniendo dos términos). El progreso hasta este punto ha ocupado un largo período de tiempo, y a partir de estos comienzos se desarrolló el variadísimo sistema del verbo y el nombre.



Examinando diversas facetas del lenguaje en los capítulos anteriores de este libro, pensamos que era evidente, en cada faceta por separado, que el origen del lenguaje estaba en la exigencia de acción —o llamadas de ayuda. En este capítulo nos proponemos considerar cuáles pueden haber sido los factores en el terreno del comportamiento animal que condujeron a este punto de partida. Tendremos que contentarnos en gran parte con hacer conjeturas.

Pero la naturaleza de las comunidades humanas entre las que apareció en un principio el lenguaje apenas es cuestión de conjeturas. El método más primitivo de subsistencia, y las comunidades humanas más primitivas que conocemos o imaginamos, son los de los Colectores de Alimentos, hombres que, como los animales, toman el sustento donde lo encuentran. Todas las sociedades de Colectores de Alimentos que conocemos poseen ya una lengua muy desarrollada, en su compleja morfología y sintaxis. Están también en posesión de un legado de ideas culturales y de una tecnología que, aunque simples,

no es concebible que se hayan producido o transmitido sin la ayuda del lenguaje durante miles de años. Por lo tanto, no es posible imaginar que los primeros hablantes de todos estuviesen tan adelantados como éstos, y, por consiguiente, deben haber sido también Colectores de Alimentos. Recogían plantas, insectos, alimañas y moluscos, cazaban animales más pequeños y pescaban. La mayoría de los Colectores de Alimentos más atrasados que hoy conocemos (bosquimanos, pigmeos, alacaluf, yahgan, ona, guayaqui y tasmanianos) vivían en grupos locales de 10 o 20 personas por término medio, y entre los Colectores de Alimentos más adelantados estos grupos tienden a aumentar en población, como ha ocurrido siempre en la historia del hombre. Es probable, por lo tanto, que los pueblos que nos ocupan vivieran en grupos locales no mayores que éstos, si es que eran tan grandes. Constaban (como sucede entre los pueblos con que les estamos comparando) de una o dos familias nada más, que excepcionalmente incluían, quizá, uno o dos individuos estrechamente emparentados. Sus contactos con otros grupos locales eran poco frecuentes e irregulares. Los actos de humanidad eran raros, dispersos y aislados. Estos grupos locales eran seminómadas: cada uno ocupaba un territorio limitado de unas 50 a 100 millas cuadradas, y la densidad de población no era de más de una persona por siete millas cuadradas. No había gobierno o mando, a excepción de la influencia de los miembros más viejos de la familia sobre los más jóvenes. No había organización social, clanes ni tótems. La guerra —es decir, violencia organizada entre los grupos— era desconocida. Las armas de caza (si de hecho tenían alguna) consistían en palos de cavas, garrotes y utensilios de piedra (si tenían alguno) del tipo más primitivo.

Por consiguiente, no debemos pensar (como algunos autores) que estos hombres vivían en hordas, o que eran cazadores (excepto en este sentido estricto) o que originaron el lenguaje bajo la presión de la guerra, o que aprendían a hablar al enfrentarse con peligros que encontraban al descender de los árboles para vivir en el suelo. Debemos coincidir, sin embargo, en la verdad evidente



de que el lenguaje se produjo cuando fue preciso, y no antes, y que se produjo para llevar a cabo los objetivos para los que era necesario. A lo largo de toda su vida conocida el lenguaje se ha desarrollado para expresar las necesidades del hombre en sociedad, y estas lo han moldeado. Por esta razón no podemos imaginar que el lenguaje existía —y sería una conjetura sin base suponer su existencia— hasta que estas necesidades lo hicieron preciso, y debemos creer que apareció cuando hizo falta.

Entonces, ¿cuándo y para qué fines se hizo preciso el lenguaje? No para los fines del hombre como miembro de su familia. No para las relaciones entre un hombre y su esposa: el hombre corteja todavía a la mujer y se casa con ella, y los esposos viven juntos todavía, sin apenas decir una palabra. Lo mismo puede decirse de las relaciones entre padres e hijos como tales. El sustento y comodidad físicos, los gritos de alarma y los ejemplos visibles, estas cosas y no las palabras, son las que se necesitan para sacar adelante la familia. Entonces ¿para qué es necesario el lenguaje en una comunidad tan simple? Sólo queda una cosa: obtener por medio de otros una acción que nosotros no podemos realizar solos: pedir al prójimo que nos haga algo.

Está claro que ésta es una necesidad diaria. Puede surgir entre dos personas cualesquiera del grupo local, en todo tipo de ocasiones, aunque es también el resorte del comportamiento que hace marchar a toda sociedad, la argamasa que mantiene unida toda estructura social. No es ésta la teoría de Noiré sobre el origen del lenguaje [1]. El veía este origen en los gritos o sonidos rítmicos producidos por un grupo de hombres en el curso de un trabajo común —como los de los marineros al tirar de una maroma o remar. Pero las exigencias de acción se remontan infinitamente más atrás en la historia, y son mucho más comunes y fundamentales que aquéllos. Para cada exigencia o petición de ayuda, dirigida en una sociedad moderna a varias personas, hay miles de peticiones hechas a una sola. La inteligencia requerida para apreciar el poder intensificado del esfuerzo conjunto; el sentido y solidaridad social y la precisión de normas de conducta y

o movimientos. Solamente un muerto está completamente quieto. En el centro del comportamiento de los animales y del hombre está lo que se conoce como instinto o comportamiento instintivo. Es la denominación que se da a la tendencia de una especie determinada a realizar acciones de cierto tipo en unas circunstancias dadas, acciones que apuntan a algún objetivo fundamental para la existencia de la especie —por ejemplo, sustento, reproducción, crianza de la prole y huida del peligro. Las acciones instintivas no se aprenden, y el que las realiza puede ser totalmente inconsciente del fin a que se dirigen. Por un lado, están íntimamente ligadas a factores fisiológicos. Por ejemplo, puede observarse que los instintos de construir nidos o emparejarse se dan en animales adultos, o en los cambios fisiológicos que acompañan el comienzo de la época de cría. Por otra parte, el comportamiento instintivo va íntimamente unido a la inteligencia, es decir, la capacidad de aprender a partir de la experiencia. Aunque un pájaro de una especie determinada construye un nido de una forma especial con una serie limitada de materiales en determinado tipo de localidades, aprende por escarmiento a variar y adaptar el nido dentro de las disponibilidades materiales del lugar. En todo el comportamiento inteligente del hombre puede verse la operación instintiva —por ejemplo, el instinto de construir una casa—, de la que puede ser tan poco consciente como los demás animales. El instinto es un requisito necesario para la adquisición del aprendizaje.

El instinto es un sistema o concatenación de elementos, entre los que están la afectividad (o sentimiento) y un consiguiente deseo de logro (o esfuerzo), que desembocan en acción. El sistema puede activarse debido a un cambio de estado corporal que produzca la afectividad y el esfuerzo, o, más frecuentemente, por una cognición (o impresión causada por los sentidos) de algo externo que provoque la afectividad. Así, la búsqueda de pareja o alimento puede estar producida, al principio, por algún cambio corporal interno que origine una afectividad, deseo de logro (conación) y acción, y en el momento siguiente, cuando el animal ve, huele u oye a un compañero o una



presa, la afectividad puede estimularse todavía más, la conación intensificarse y la acción continuar. De la misma manera el behaviourista analiza todo comportamiento descomponiéndolo en estímulo y respuesta, pudiendo venir el estímulo de una impresión externa o de un cambio corporal interno.

Sobre los diversos tipos de afectividad de un animal debemos juzgar sobre todo a partir de sus actos: una huida súbita denota miedo, cuando la huida acaba podemos concluir que el miedo ha disminuido. A medida que el animal avanza en la escala de la evolución hay un gran desarrollo en la variedad de sus acciones. Los movimientos de una ameba son pocos: el perro tiene mucha mayor variedad de acciones: el hombre, infinitamente más. En el otro extremo de la cadena evolutiva la percepción (o conocimiento externo) se desarrolla. Sigue siendo, en diversos aspectos, parte del mismo encadenamiento: por ejemplo, podemos no notar la presencia de un animal o cosa, aunque sea visible, si falta la afectividad relevante que produce la atención; no se notará la presencia de una presa si no se tiene hambre, ni de la pareja si faltan la afectividad y conación adecuadas. También la acción sigue siendo parte, en varios aspectos, del mismo encadenamiento, ya que la percepción depende en gran parte de la acción, lo mismo que la acción depende de la percepción. Puede que no se encuentre a la hembra como no sea merodeando en su busca; la percepción de los rasgos de una cosa puede que no se alcance como no sea palpándola o probándola. Pero, sobre todo, la historia de la evolución consiste en el avance de la capacidad de percepción, que parece ganar terreno sobre la acción. La forma más baja de comportamiento puede ser el movimiento en un ambiente uniforme, estimulado, quizá, por poco más que cambios corporales: en la fase más alta la percepción puede ser de una gran variedad, ocasionada por una inmensa flexibilidad y variedad de conocimiento, que de hecho puede llevar no a la acción, sino sólo a almacenar impresiones.

No es necesario decir que las cogniciones —impresiones obtenidas por los sentidos— son completamente distintas

de las cosas de la naturaleza de las que proceden; y son los conocimientos los que nos atañen directamente y no las cosas de la naturaleza. En algunas especies de animales las percepciones se logran principalmente por un sentido, en otras por otro. Todos los animales perciben mediante el tacto; en los menos evolucionados la percepción ocurre por medio del tacto o el olfato principalmente. El mundo de las arañas es un mundo táctil; el de los perros es sobre todo olfativo pero su vista es débil. El mundo del hombre es principalmente visual. Incluso entre los monos el olfato ha ido perdiendo importancia, y a lo largo de la historia del mono y el hombre el sentido del olfato ha seguido disminuyendo, y el de la vista mejorando. Detrás de la vista, el oído es en el hombre el sentido más importante. Lo mismo ocurre con los monos. Es sabido que entre los chimpancés la vista es más importante que el sonido como medio de cognición [2] y mucho más importante que el olfato. En todos estos aspectos el hombre y el mono están más cerca de los pájaros que los otros animales, ya que también los pájaros desarrollaron estas características en los árboles. En conjunto, la vista de los pájaros es sólo un poco mejor que la del hombre, su oído más o menos el mismo y su sentido del olfato es todavía peor.

Es evidente que el desarrollo de la vista como medio de percepción ha contribuido muchísimo al progreso del hombre. El mundo entero, hasta el horizonte, se abre ante su mente. Los límites de un mundo táctil es todo lo que está al alcance del animal: el mundo del olfato apenas puede extenderse más allá del área del instinto y su horizonte es realmente muy limitado.

Después de la vista, decíamos, el hombre, como los monos, recibe sus cogniciones sobre todo por el oído. Como la vista, el oído abre ante él un amplio panorama. El hombre es extremadamente sensible al sonido. J. B. Watson ha mostrado, por ejemplo, la extraordinaria capacidad que tiene un ruido intenso de infundir miedo en los niños pequeños.

Pero por muy amplia que sea el área que se abre ante la vista y el oído, poco (como dijimos) se observará si no



hay atención, y eso depende de la afectividad; poco será advertido si no se busca, o no sirve para satisfacer los afanes y necesidades prácticas del hombre. En los animales más elementales esto es de sobra sabido: cuando (como ocurre con los pájaros) la acción es sobre todo instintiva, habrá pocas cogniciones a menos que sean relevantes al comportamiento instintivo. Pero esto es fundamental a lo largo de toda la vida del hombre. Encontramos ejemplos en las lenguas de los pueblos más atrasados, en que no hay palabras para objetos naturales sin interés y hay una gran variedad de términos para los objetos de uso práctico.

Pero aunque la atención esté producida por una disposición afectiva, puede ser captada y retenida por factores externos. El más importante de estos factores es el movimiento. La atención puede ser captada y retenida por algo visto, pero especialmente si ese algo se está moviendo. Sobre esto hay más pruebas, además de nuestras observaciones: está la fisiología y comportamiento de los animales. Tenemos en primer lugar, el instinto de un número de animales de «quedarse paralizados» ante la proximidad del peligro, y esto es así porque la naturaleza, cuyas observaciones son más de fiar que las nuestras, ha seleccionado éste como factor favorable para la supervivencia. Ha obrado así porque el resto de la vida animal se dará cuenta de la presencia de un objeto que se mueve mientras que la de un objeto quieto le pasaría inadvertida. Muchos casos de mimetismo natural confirman también este hecho: protege al así dotado si no se mueve. En los monos y en los hombres la atracción del movimiento es aún más vigente, ya que para los demás animales la vista es menos importante que el tacto y el olfato, y son sobre todo los órganos de la vista los que captan el movimiento. El movimiento es la única característica común de la vida animal y el animal es sensible a él y lo valora. Los pájaros no se darán cuenta de la presencia de un objeto que no afecte a sus instintos a no ser que se mueva [3], y no notarán la proximidad de un ser humano si éste se está quieto el tiempo suficiente. Su interés se debilita y acaba por no hacerle caso.

Esta es la base psicológica constante en que se apoya la estructura del lenguaje, a saber, que la percepción es principalmente la percepción no de animales y cosas, sino de animales y cosas que se mueven. Hasta cierto punto esta base ha existido desde los comienzos de la vida animal, pero es más sólida ahora en la vida de los monos y del hombre primitivo a medida que disminuye la seguridad que les confiere el olfato. El lenguaje nunca hubiera constituido un requisito para que opere el mero instinto. Pero el comportamiento de los monos y del hombre (aunque el instinto sigue ocupando el centro) se ha ramificado cada vez más, y fuera de las cogniciones que forman parte de la cadena del instinto —el olor o el tacto o la vista o la presa de la especie, etc.—, y en gran parte incluso dentro de esa cadena, la percepción se deriva primordialmente del movimiento. El paso del postulado de que la percepción es principalmente percepción de movimiento al postulado de que el lenguaje empieza con palabras que significan acciones, es simplemente el paso de esa base psicológica continua a la estructura lingüística que se ha apoyado en ella. Es la misma base en que se han apoyado las lenguas desarrolladas, en que cada oración tiene un verbo.

Pero un sonido puede captar y mantener alerta la atención no menos que algo que se mueve. Esta es otra razón de por qué un gran número de animales «se quedan paralizados» ante la proximidad del peligro. El pollo que aún no ha salido del nido o el mirlo (peewit) en el suelo «se queda paralizado» para ponerse a salvo de los que le oigan tanto como de lo que le vean. ¿A qué sonidos, pues, es especialmente sensible el animal?

El oído del animal está entrenado para discernir con más exactitud la frecuencia de los sonidos que son de mayor importancia para él. Estos sonidos son los que producen sus congéneres, de quienes espera gritos de alarma, llamadas reconfortantes, etc., y de esta manera el oído se ha adaptado a oír los sonidos particulares emitidos por la especie. A lo que, por supuesto, el oído humano es más sensible es a la distinción de tonos dentro de la escala de la voz humana, y especialmente de la gama reducida que



se emplea en la conversación ordinaria [4]. Es menos sensible a diferencias de volumen o intensidad. Del mismo modo parece probable (aunque menos demostrable) que los animales que utilizan sobre todo el sentido de la vista sean más sensibles a las diferencias de movimiento que captan en los miembros de su misma especie. Aquí tenemos otra relación que proporciona una base psicológica permanente a la estructura del lenguaje, a saber, la especial sensibilidad que posee el hombre para captar los sonidos y movimientos de los demás.

Entre los monos esta estructura lingüística no se ha iniciado todavía; pero, dondequiera que estén, y a veces entre animales (como los pájaros) que están por debajo de ellos en la escala de la evolución, encontramos llamadas que piden acción. Si se expresaran por medio del lenguaje serían necesariamente verbos «imperativos», pero se expresan sobre todo por medio de gestos y gritos inarticulados. Entre los animales menos evolucionados uno se lanzará a menudo contra otro sabiendo o esperando que éste se aparte o deseando que lo haga. El petirrojo, ante la presencia de un macho extraño de la misma especie en su «territorio», se arrojan sobre él para echarle de allí a picotazos. El petirrojo, sin duda, actuó así al principio por irritación instintiva ante la presencia tan próxima del extraño; pero ahora, además, lo sabe por experiencia y espera que si actúa así el intruso se irá; y éste casi invariablemente lo hace. Dos jóvenes gaviotas por los restos de un pez en la orilla. Una abre sus alas todo lo alto que puede y totalmente desplegadas y da un paso amenazadora hacia la otra, que retrocede y le deja en posesión de la presa. La primera vez que hizo este gesto pudo haber sido por instinto en un momento de cólera, pero ahora sabe por experiencia que la otra se retirará, y actúa así esperando que lo haga. Un mirlo joven, siguiendo a su padre por el prado, da chillidos agudos pidiendo comida: la repetición del sonido pone casi frenético a su padre, que furiosamente atiborra de lombrices y gusanos el pico abierto ante él. Cuando el pollo estaba recién salido del cascarón sin duda gritaba por instinto cuando el padre llegaba al nido, y por instinto el padre metía el gusano en

su ansioso pico amarillo; pero ahora está claro que el pollo (como una criatura humana) ha aprendido que su grito va seguido de comida, y grita con la mirada expectante fija en su padre y en el pico de su padre. En los animales más avanzados en el desarrollo de la inteligencia, las exigencias o llamadas pidiendo acción se hacen cada vez más reconocibles a medida que la acción se hace más variada y la intención del animal más clara. Las lastimeras llamadas que el perro hace al hombre para que éste realice determinada acción son demasiado familiares e inconfundibles para que haya que mencionarlas. En los monos son innumerables. Según dice Köhler [5], refiriéndose a los chimpancés: «Puede considerarse definitivamente probado que su gama *fonética* es totalmente «subjetiva», y sólo puede expresar emociones, nunca designar o describir objetos»; y cita a Bühler para afirmar que «los gestos que hacen con la cara o el cuerpo, lo mismo que los sonidos que emiten, nunca designan o 'describen' objetos». Y añade: «Pero su repertorio de gestos y acciones es muy amplio y variado, y, sin comparación, superior no sólo al de los monos de especies inferiores, sino también al del orangután.» Muchos de ellos son comprensibles para nosotros: por ejemplo, rabia, terror, desesperación, dolor, súplica, deseo, y también ganas de jugar, placer... [6]. Los chimpancés comprenden «entre ellos» no sólo la expresión de *estados de ánimo subjetivos* y emocionales, sino también la de deseos e impulsos definidos, dirigidos tanto a otro miembro de la misma especie como a otras criaturas u objetos... Un número considerable del total de sus deseos se expresa de un modo natural mediante una imitación directa de las acciones deseadas. De esta manera, un chimpancé que desea que otro lo acompañe, le da a éste con el codo, o le tira de la mano, mirándole y moviéndose «como si caminara» en la dirección deseada. Uno que desea que otro le de plátanos imita el movimiento de arrancar o agarrar acompañado de miradas suplicantes y pucheros. El llamar a otro animal desde una distancia considerable va acompañado a menudo de señas muy parecidas a las humanas. Los seres humanos somos muchas veces los destinatarios de invitaciones mediante un gesto que indica lo que los animales quieren que hagamos; así Rana, cuando quería que la acariciaran, tendía la mano hacia nosotros y al mismo tiempo se golpeaba y acariciaba torpemente, mirándonos con expresión de intensa súplica. Otro método evidente de invitación que practican los monos es adoptar o indicar con su propia persona los movimientos que llevaría a cabo en la actividad que desea que el otro emprenda, lo mismo que un perro nos invita a jugar con él, saltando y corriendo y mirando luego atrás hacia nosotros.»



Este es el comienzo de la formación de la estructura lingüística sobre esa base psicológica de que hablábamos. Veamos hasta dónde hemos llegado y los pasos que hemos dado.

Considerando estos ejemplos en general vemos que entre los animales menos desarrollados y los monos todo ha cambiado en algún grado. Pero un hecho que hay que señalar es que la exigencia de acción se desarrolla a partir de una simple acción y es en sí misma una acción. Empezamos con un animal que realiza una acción —por ejemplo, empujar a otro animal para que se aparte de su camino— y luego, en una fase posterior, haciendo un gesto amenazador que hace que el otro animal se aparte de su camino. Terminamos con una súplica, mediante gestos, hecha a un animal para que realice una de entre muchas acciones ditintas. El análisis del comportamiento sigue siendo el mismo: percepción-afectividad-conación--acción. Un niño ve una manzana colgando de un árbol. Esta visión despierta en él una afectividad, un deseo de comerla. Extiende su mano, pero la manzana está demasiado alta para que pueda alcanzarla; sin embargo, el gesto sirve para comunicar la afectividad al padre, que coge la manzana y se la da al niño. De la misma manera un mono ve un plátano y lo deseaba e intenta alcanzarlo en vano, pero emplea también el mismo gesto para obtenerlo por medio de otro mono. Sólo tenemos que comparar la exigencia de acción con la «afirmación» de tiempos posteriores para apreciar la diferencia de comportamientos y el cambio que se ha producido. La exigencia de acción es, repetimos, en sí misma una acción: la afirmación es la

expresión de una cognición. En el primer caso el mono ve una cosa, siente una afectividad, lleva a cabo una conación y el compañero que ve y comprende completa la acción. En el segundo caso, en la forma más simple de la enunciación el hablante ve una cosa, siente quizá una afectividad y habla. Apenas podemos reconocer una conación. Este comportamiento presupone unas condiciones sobre las que el lenguaje está tan bien asentado que constituye en sí mismo una especie de acción. El comportamiento termina ahí, y no se hace nada más. En un grupo como el de los monos no tendría otra finalidad útil que la de llamar la atención hacia lo que está sucediendo bajo las narices del oyente. Para eso el grito animal basta.

El segundo hecho que hay que señalar es el desarrollo de un sentido y solidaridad sociales que vemos más tarde desarrollarse en la humanidad a lo largo de su historia, un aglutinante social que en última instancia construye las sociedades políticas cuya población se cuenta por cientos de millones. La exigencia de acción es la base de toda sociedad humana, y ésta es la base de todo lenguaje. El animal inferior que empuja a su compañero, que por comodidad se aparta de su camino, consigue su objetivo por la fuerza. El petirrojo y la joven gaviota se salen con la suya amenazando con el uso de su fuerza, lo que suele ser suficiente. La cría del mirlo (como el niño que desea la manzana) obtiene su comida gracias al instinto y afecto paternal. Pero el chimpancé consigue su objetivo por la comprensión mutua entre los miembros del mismo grupo local. De este entendimiento y solidaridad mutuas hay pruebas abundantes. Por ejemplo, el mismo autor nos dice [7] que cuando se castiga con un golpe a un miembro de un grupo de chimpancés, el grupo entero proferirá un alarido, al unísono. No por miedo: al contrario, ellos intentarán llegar al sitio del castigo (dando un rodeo, si es necesario) y uno de ellos (Cónsul, débil y menudo) correrá todo excitado y con expresión suplicante tenderá el brazo hacia el hombre, más alto que él, que administre el castigo, e intentará detener el brazo de éste o incluso golpearle. Tenemos luego la costumbre de la inspección mútua entre dos chimpancés, de sus



pieles, pelo y cuartos traseros respectivos, tarea realizada con la mayor solicitud, atención y común deleite; y éste es, dice Köhler, un acto claramente social, ya que ningún chimpacé muestra tanto interés por su cuerpo cuando está solo [8]. Todavía más significativo es el placer que encuentran en atender a los quejidos y heridas de otro, no sólo por motivos de asistencia mutua, sino por el gusto de apretar un absceso o sacar una astilla y cosas parecidas [9]. De hecho, Köhler nos dice «no es muy exagerado decir que un chimpancé aislado no es un verdadero chimpancé. El que ciertas cualidades especiales, características de esta especie de animales aparezcan sólo cuando ellos se hallan en un grupo se debe sencillamente a que el comportamiento de sus camaradas constituye para cada animal por separado el único incentivo que dará lugar a una serie de comportamientos distintos, y la observación de muchas peculiaridades de los chimpancés será claramente comprensible sólo cuando el comportamiento de los individuos y del grupo y la respuesta a este comportamiento se consideren como un todo» [10]. Pero nunca hay una tarea común: dos monos pueden estar ocupados en una actividad semejante, persiguiendo un objetivo semejante, uno al lado de otro, como una merienda de niños de dos años de edad, sentados dándose la espalda, jugando como uno por su cuenta con los juguetes del que los ha invitado, pero por el momento no hay nada más [11].

El tercer hecho que hay que señalar es el esfuerzo que debe emplearse en una exigencia de acción si es que ésta ha de provocar un resultado. No es como en una sociedad humana actual, en que a una persona con autoridad le basta indicar su deseo —dando una «orden» o con su mera actitud— para que se observe y se cumpla. Entre los monos —y podemos estar seguros de que sucedía lo mismo entre los primeros hombres— no basta con hacer un gesto reconocible: la afectividad debe ser intensa y su intensidad debe ser comunicada, y debe ir acompañada de una intensa conación, desproporcionada con respecto al resultado apetecido, si es que se quiere causar la impresión deseada. Si se nos permite usar la expresión, la oferta de exigencias es mayor que la demanda, y éste es

un factor que actúa a lo largo de toda la historia del lenguaje, con resultados de la mayor importancia en la historia del significado. La conación se ve intensificada por una especie de frustración, la necesidad de vencer el obstáculo para la consecución del deseo del animal; pero es también un escape de la agitación en que consiste la afectividad, y como hay que medir la afectividad por la fuerza de la acción a que da lugar, la afectividad y la conación serán tanto más intensas cuanto más violenta sea la acción que va unida a ellas. Pero esta conexión y frustración no se descargan solamente en el gesto, sino también oralmente: de ahí no sólo los gestos suplicantes del perro y el mono, sino también las voces suplicantes [12].

En cuarto lugar, hay que señalar que el significado de la exigencia —como el significado del lenguaje— viene dado en parte por el medio ambiente. No lo dan las palabras, porque todavía no hay lenguaje articulado; pero lo dan los tonos afectivos, y mucho más el gesto (del que tendremos más que decir) y la situación, por ejemplo, un plátano que está fuera de su alcance, y que el animal señala o intenta alcanzar.

En último término, hay que señalar el gran desarrollo de inteligencia que se requiere para llegar a esta fase. Se trata de que sea factible de comunicar una afectividad (en este caso un deseo); pero esto no presenta ninguna dificultad entre miembros del mismo grupo homogéneo de animales. Se trata también, de la percepción, por parte del destinatario, del gesto del que pregunta o pide o suplica, y de sus propósitos, y lo que es más, una cierta conciencia, por parte del que pide, de lo que está haciendo y de lo que desea, y una concentración de la mente en el problema de cómo comunicar sus intenciones. La comunicación es subjetiva (la comunicación, como decimos, de un deseo), pero es también objetiva, a saber, la participación del deseo de que el oyente realice una acción determinada y precisa. Aquí está, pues, el primero de los eslabones que nos faltaban y que estamos buscando: el nexo entre la comunicación de una afectividad, tan común entre los miembros de un grupo homogéneo local de animales, y determinada por el medio ambiente,



el movimiento y los gritos animales; y la comunicación de una referencia objetiva, determinada por el medio ambiente, el gesto y el lenguaje. Más tarde buscaremos el eslabón paralelo que sirve de conexión entre el grito animal y el lenguaje articulado.

Los movimientos y gestos del mono y el hombre, la conciencia de los cuales (como dijimos) es requisito para que surja el lenguaje, son de una variedad creciente. La mano del hombre es un órgano de alta precisión, capaz de realizar un inmenso número de acciones delimitadas y delimitantes. No se puede leer un libro como el de Köhler, *Mentality of Apes,* que describe el uso que hacen los chimpancés del palo de cavar (la principal herramienta de los Colectores de Alimentos y de los primeros agricultores), y de palos empleados para llegar a algo que está fuera de su alcance— y cómo ponen una caja sobre otra, y sacan una astilla de la mano de un animal de su grupo —sin darse cuenta de que sólo un animal que tiene manos podría realizar tales funciones. La mano no sólo es capaz de realizar muchas acciones distintas, sino que además le ha otorgado al hombre una mayor variedad de percepciones. Esto ha ocurrido sobre todo de dos maneras. En primer lugar, no sólo ha aprendido estos usos manuales, sino que ha aprendido a reconocerlos (como hemos visto cuando hablábamos de los monos), cuando otros los empleaban como gestos, de manera que han llegado a ser el medio de comunicación de exigencias de acción. En segundo lugar, moviendo y manejando objetos se ha familiarizado con los posibles usos y funciones de un gran número de ellos. Esto ha ocurrido principalmente en su búsqueda de alimentos, instinto que ha experimentado el mayor desarrollo de todos. Los innumerables objetos inanimados de la naturaleza habrían formado parte simplemente del fondo estático, inadvertido, sin significado, pero esta afectividad y esta conación han empujado al hombre a observar y reconocer no solamente alimentos, sino además objetos que estaban a mano para ser utilizados como instrumentos: palos y piedras de que podían usarse para conseguir los objetivos de la mis-

ma conación. Parte de su uso ha consistido en perfeccionarlos y, de esta manera, en hacerlos.

Hay ejemplos manifiestos de estos hechos en los libros de los que han escrito sobre el comportamiento inteligente de los monos y sobre todo del chimpancé. Por ejemplo, en el trabajo clásico de Köhler, al que tantas veces nos hemos referido arriba, leemos acerca de un experimento realizado con una hembra adulta de chimpancé, llamada Tschego. En el lugar en que dormía no había objetos movibles a excepción de la paja y una manta. En un test previo la habían sacado de este lugar y la metieron en una jaula de barrotes donde la tenían todo el tiempo que estaba despierta. En una empalizada que había frente a la jaula, fuera del alcance de sus largos brazos, pusieron un racimo de plátanos. Dentro de la jaula, un poco a un lado, pero cerca de los barrotes, había varios palos. Tschego hizo algunos esfuerzos por alcanzar la fruta sacando el brazo entre los barrotes, pero fracasó en todos los intentos, en los que empleó una media hora, se tendió y perdió el interés. Pero en ese momento unos chimpancés más jóvenes, que jugaban fuera, en la empalizada, empezaron a darse cuenta de que allí había unos plátanos y se fueron acercando a ellos. De repente Tschego se puso en pie de un salto, agarró un palo y poniéndolo con gran habilidad en la parte de atrás del racimo tiró de él hacia ella hasta que estuvo a su alcance, usando primero un brazo y luego otro, y cambiando de brazo con frecuencia. Debido al apremio de las circunstancias había aprendido, por lo tanto, a usar el palo de esta manera, alargando en consecuencia el brazo. A la mañana siguiente, en un segundo experimento, se pusieron dos palos dentro de la jaula, pero a un metro y medio de distancia, más o menos, de los barrotes. Tschego, cuando entró en la jaula, primero sacó el brazo entre los barrotes hacia los plátanos; luego, cuando los jóvenes se acercaron cogió unas pajas largas e intentó pescar los plátanos con ellas, sin resultado. Sólo después de un buen rato, cuando los monos jóvenes se acercaban peligrosamente a la fruta, recurrió a los palos y con uno de ellos se atrajo los plátanos.

En el siguiente experimento que tuvo lugar el mismo



día, los palos se pusieron apoyados contra la pared de la jaula en el lado contrario del objetivo y a cuatro metros de distancia de los barrotes. Después de vanos esfuerzos por alcanzar los plátanos con la mano, dio un salto y se fue rápidamente al lugar en que dormía, que daba a la jaula, y volvió en seguida con la manta. Hizo pasar ésta entre los barrotes, sacudiéndola en la dirección de los plátanos para golpearlos de manera que cayesen cerca de ella [13]. Cuando uno de ellos rodó sobre el borde de la manta, cambió de táctica inmediatamente, y fue tirando suavemente de la manta con el plátano encima. Pero una manta es una herramienta tosca, y el siguiente plátano no pudo alcanzarse como el primero. Tschego parecía perpleja. El experimentador utilizó todos los medios a su disposición para atraer su atención hacia los palos, que tenía detrás cuando estaba junto a los barrotes mirando los plátanos; y de hecho se volvió y los miró directamente, dando la espalda a los plátanos cuando lo hizo; pero no mostró el menor interés por ellos. Se le arrojó entonces otro palo a través de los barrotes, por el lado diagonalmente opuesto al objetivo, y Tschego lo cogió en seguida y lo usó [14].

Este y una serie de experimentos análogos que vemos en los libros ilustran algunas verdades en lo que respecta a la psicología de los monos, por ejemplo, que si un mono aprecia una relación significativa de un objeto con otro, ello depende en parte de la relación de los dos en el espacio. En particular, es menos probable que perciban la relación entre dos objetos si no los ven en un solo campo de visión: dicho de otro modo, el esfuerzo realizado con respecto a un objeto incluye atención prestada a los objetos que se ven al mismo tiempo. Pero lo que nos importa de este experimento para nuestros fines actuales es que Tschego, no pudiendo ver los palos ni la manta cuando miraba los plátanos deseados, y aun volviéndose y viendo los palos, que ya había aprendido a usar para alcanzar los plátanos, no se fijó en ellos en absoluto. Eran simplemente el marco de la situación, y su mente se volvió hacia la manta que tantas veces había manejado y usado. Pero si el palo se hubiera movido

cuando ella podía verlo, se habría destacado sobre el fondo: habría atraído su atención y ella sin duda lo habría usado [15]. A medida que el mono se va habituando a usar el palo —es decir, aprende su función cada vez más—, es más probable que lo use aunque no esté en el mismo campo de visión. La mano y sus dedos, siendo capaces de realizar movimientos delicados, precisos, variados y complicados, hacen posible un desarrollo general del comportamiento y de la mente. El mono —como el niño antes y después de la aparición del lenguaje— consigue la percepción de las funciones y propiedades de los objetos por el manejo que hace de ellos. Porque de hecho, de esta manera se emplean varios medios de percepción al mismo tiempo: la vista, y muchas veces el gusto, el olfato y el tacto, así como los diversos modos de utilizar el objeto. Realmente todos éstos son medios de percepción por medio del movimiento —movimientos del objeto percibido y movimientos de la mano. Así vislumbramos desde otro ángulo la misma base psicológica de la estructura del lenguaje. El paso del postulado de que el conocimiento de los objetos se deriva principalmente de los movimientos, a la proposición de que en el lenguaje los hombres se forman principalmente a partir de los verbos, es simplemente ir de la misma base psicológica a una segunda fase de la estructura lingüística que se ha apoyado en ella.

Pero aunque los gestos y movimientos de los monos y los hombres poseen esta variedad y delicadeza que va en aumento, la aparición del lenguaje postula (pensamos) que un cierto tipo de sonido oral debe ir asociado a un resultado claramente observable en la forma de acción llevada a cabo por otro individuo, es decir, un tipo de movimiento o gesto que sea claramente distinguible de otros por la vista o el oído, de manera que este sonido oral deba tener para todos el mismo significado. Además, en los primeros capítulos de este libro pensábamos que en todas partes había pruebas que nos hacían retroceder a lenguas que iban teniendo un vocabulario cada vez más reducido y que constaban de un número insignificante de oraciones de una palabra con significado de verbos, es



decir, exigencias de acción humana. ¿Podemos arriesgarnos a conjeturar sobre qué tipo de acción humana se hacían estas exigencias del primer hombre? Creemos que sí: tal acción sería del tipo más perceptible de manipulación humana primitiva. Sería, por lo tanto, una acción lo más amplia posible, lo más enérgica y repentina posible, lo más violenta posible y lo más ruidosa posible. Donde mejor se presentarían estas cualidades sería en una acción de romper, cortar, golpear, aplastar, machacar, en otras palabras, el mismo tipo de acción que nos imaginábamos en el capítulo precedente, cuando explorábamos una senda distinta.

No tenemos que ir muy lejos para buscar pruebas de dicho comportamiento entre los monos. El mismo Köhler, refiriéndose de nuevo a los chimpancés, subraya «las tendencias de la especie a desgarrar, aplastar y destruir» [16]. Nuestros niños presentan una imagen parecida. No tienen la fuerza de los adultos, pero su propensión (y sobre todo entre los varones) a conocer las propiedades de los objetos rompiéndolos o haciéndolos añicos, nos es demasiado familiar para que tengamos que dar ejemplos.

Hemos observado también que en la exigencia o súplica de acción la energía de la afectividad y la conación operativas debe guardar siempre proporción con la energía de la acción requerida. De hecho, sólo podemos medir la intensidad de la afectividad de un animal por la energía de la conación y la acción a que da lugar. Medimos la intensidad de la rabia y la cólera por la violencia de las acciones que inmediatamente las siguen. Afectividad es, en mayor o menor grado, el hecho de ser consciente; y en el hombre primitivo podemos suponer sin temor a equivocarnos que (fuera del campo de la acción instintiva) la afectividad y toma de conciencia más intensas y por tanto la mejor oportunidad para que el agente quede condicionado y aprenda, y para impresionar la mente del espectador, irán asociadas a los actos más amplios, violentos y enérgicos de que el hombre es capaz. Aquí nos encontramos una vez más en la convergencia entre la comunicación de una afectividad y la comunicación de una referencia objetiva: y esta convergencia es

una petición (es decir, la comunicación de un deseo) de determinado tipo de acción. Una acción violenta, destructiva, realizada por un animal del mismo grupo, debida, por ejemplo, a un ataque de rabia, causará mayor impresión en el espectador que cualquier otro tipo de acción; y en consecuencia, impresionará de tal manera su mente —o, digamos, lo condicionará— que lo más probable es que identificará de nuevo esa acción, o el gesto imitativo de un animal del grupo que exprese la misma afectividad, que exija la misma acción, y que sea también de la misma violencia.

Una exigencia se puede comunicar mediante el gesto y las circunstancias que lo rodean, y también mediante el sonido. Ahora bien, hay una diferencia entre los gestos de los monos y los del hombre moderno. Los gestos de los monos no son movimientos inseguros y aislados de determinado miembro o del semblante, calculados para destacar o ilustrar un pasaje del discurso. La afectividad en el chimpancé no se diferencia de otra actividad corporal o mental: cuando está excitado el gesto lo hace con todo el cuerpo «Su cuerpo entero se agita y no solamente sus músculos faciales. Da saltos de un lado a otro anticipando alegremente o con enfado y cólera impaciente; y en casos de desesperación extrema —que se origina bajo la más leve provocación— se tira de espaldas al suelo y se revuelca furiosamente. También gira y agita los brazos frenéticamente alrededor de su cabeza en señal de desilusión y abatimiento» [17].

Podemos ver que el gesto que expresa la exigencia de una acción de cortar, romper, desgarrar, aplastar, machacar, debe haber sido el más amplio, violento y enérgico de todos los gestos —por lo menos tan violento como la acción que él exige: un escape de la afectividad excitada que motivó la exigencia, acompañado de una intenso grado de viveza por parte del que exige, e inconfundible incluso para la mente torpe que la recibe. Ya empezamos a ver cómo se originó el lenguaje. Era necesario, para crearlo que hubiera un tipo definido de acción humana, claramente distinto de otros, y, asociado con él, un tipo de sonido oral por parte del que realizaba la



acción distinto de los otros, de manera que este sonido y esta acción, dándose juntos a lo largo de innumerables milenios, pudieran quedar impresos en la torpe inteligencia naciente de actor y espectador como un solo fenómeno, cada uno sugiriendo la presencia del otro, y tan honda fijamente impresos en la mente por un largo proceso de condicionamiento como para formar un punto de partida firme para el lenguaje. También era necesario, para que este tipo de acción pudiera comunicarse mediante un gesto completo de máxima nitidez y energía —el más inequívoco de todos los gestos— que gesto y acción abarcan el mismo movimiento a la par que el mismo sonido oral. Estas condiciones, entre estas gentes, podría proporcionarlas un tipo de acción de máxima fuerza y velocidad para el que era necesario todo el brazo y la mano y el tipo de sonido oral que la acompañaba. Qué sonido era ése, es una cuestión que trataremos en un capítulo ulterior. Entonces, en los milenios sucesivos, a medida que el hombre se hizo más inteligente y consciente se desarrollaron, la afectividad y los gestos disminuyeron [18] y dejaron de ser correlatos. Mientras tanto otras palabras y significados innumerables se desarrollaban a partir de ellas.

Pero el hombre primitivo no era exclusivamente destructor, ni siquiera el mono lo es. Los hechos a que nos hemos referido acompañan al progreso de la inteligencia. Así pues, ¿puede definirse o describirse más ampliamente el grado de inteligencia alcanzado en los comienzos del lenguaje? Sólo que el hombre es el único que usa el lenguaje. Es la continuidad del desarrollo mental desde sus predecesores lo que impide una definición más detallada. A menudo se define al hombre como animal que utiliza herramientas, pero esto no señala una nueva fase en el progreso de la inteligencia. Muchos animales usan herramientas: el esfuerzo que forma parte de un instinto —la búsqueda de alimentos, la construcción de una casa— les permite fijarse en objetos naturales útiles para la consecución de sus fines. Algunas aves ammofilas usan guijarros pequeños para aplanar la tierra en que construyen el nido. Los tordos usan piedras para romper la concha

de los caracoles. Otro pájaro *(Camarhynchus pallidus* de las Islas Galápagos) utiliza una espina de cactus o una ramita para urgar en los agujeros de los árboles y hacer salir a los insectos de que se alimenta. El instinto de construir nidos de los pájaros y los monos y de miles de otros animales les hace emplear materiales que se encuentran en la naturaleza. Entre los monos el uso de herramientas está muy desarrollado. Los chimpancés y otros monos en su medio natural usan piedras para partir nueces, y ellos y otros monos usan los objetos que tienen a mano como proyectiles. Darwin, en el tercer capítulo de su *Descent of Man,* cita a Wallace [19] cuando afirma que en tres ocasiones vio orangutanes hembras, acompañadas de sus crías jóvenes, «rompiendo ramas y el gran fruto espinoso del árbol durio, con todas las muestras posibles de cólera; ocasionando tal lluvia de proyectiles que efectivamente nos mantuvieron lejos sin dejar que nos acercáramos demasiado al árbol». Varios autores (incluido uno que cita Darwin en el mismo capítulo) han observado a chimpancés usando un palo para levantar la tapadera de una caja [20]; y el uso que hacen de palos para cavar está bien comprobado. Este uso corriente de herramientas es parte del proceso por el que una acción instintiva se va diversificando cada vez más entre los animales más desarrollados, y por el cual ejercen un control creciente sobre su medio ambiente.

Por otra parte, muchas veces se ha dicho que si bien el hombre no es el primero en usar herramientas, por lo menos es el primero en hacerlas. Este proceso muestra, ciertamente, un mayor desarrollo de las facultades mentales, y en último término, cuando un hombre fabrica un instrumento sin tener a la vista el objetivo al que lo destina, su progreso ha sido grande, ya que recuerda o imagina ese objetivo, y por lo tanto no solamente lo percibe sino que hasta cierto punto lo concibe. Pero la construcción de una herramienta con miras a su finalidad es algo que puede observarse entre los monos. En cierto sentido, de hecho, cada vez que un pájaro rompe una paja para construir su nido está fabricando una herramienta. Muchos autores describen a los chimpancés y a



otros monos rompiendo las ramas de un árbol que luego utilizan como instrumento. El reformar mejorándolo un objeto de la naturaleza, disponible de ese modo para ser usado como herramienta, es una manera frecuente de fabricar herramientas entre los monos y los hombres. Cuando un chimpancé hace pedazos un palo con los dientes para obtener una astilla, o hacer más fino el palo para que de esa manera pueda entrar en un sitio en el que antes no cabía [21], o cuando los chimpancés de Köhler rompían las barras de hierro de que estaban hechos unos raspadores de zapatos para usarlas como herramientas [22], se trata de fabricación de herramientas tal como cuando el hombre primitivo rompía o desconchaba la piedra pedernal y luego la trituraba.

Por lo tanto, no sería exacto hablar del hombre como del primero en hacer herramientas, si bien la fabricación de herramientas había progresado sólo un poco antes de su aparición. Podemos quizá, lo que no pasaría de ser una verdad sin matizar, describirle como el primer fabricante, pero al decir esto debemos observar un hecho importante. En el mundo del mono y (podemos estar seguros) en el mundo del hombre primitivo cuando el lenguaje aparece por vez primera, el proceso de hacer o fabricar herramientas consiste en romper, cortar y desgajar. En esta fase, hacer consiste en romper una cosa en dos. Esto se ve en todos los ejemplos citados arriba, y no podemos suponer que los primeros hombres progresaron mucho más. La fabricación mediante la ***unión*** de dos cosas es aún materialmente imposible. Una impresión contraria puede sacarse de un experimento singular Köhler, que es quizá el más celebrado de todos los que se han llevado a cabo con chimpancés [23]. Se ponen a la disposición de Sultan (un mono joven muy bien dotado) dos cañas de bambú fuertes, de distinto diámetro, de modo que una pueda meterse fácilmente por cualquiera de los extremos de la obra. La fruta que desea el mono está fuera de la jaula, al otro lado de los barrotes, y demasiado lejos para que la alcance con una sola caña. Durante una hora lo intenta, empujando una caña con la otra en dirección de la fruta, luego abandona el em-

peño. Más tarde, jugando con las dos cañas, se encuentra con que está agarrando una caña con cada mano de manera que las dos cañas están en línea, e introduce un poco la más delgada en la apertura más grande, y así ha aprendido el truco [24]. Este acontecimiento es raro, y es el hombre quien lo ha hecho posible. La fabricación mediante la unión de dos cosas es tarea para una mente avanzada, que supone normalmente la reunión de por lo menos tres elementos y una operación manual hábil, y debe haber sido excepcional incluso en los días del primer hombre. Aquí pues, nos encontramos de nuevo ante la acción de romper, cortar y desgarrar como la acción primordial y más importante del trabajo humano y aquella que probablemente se exigía con más frecuencia en los primeros días de la aparición del lenguaje, en los primeros días de la inteligencia humana.

Hay otro requisito previo para hablar. Los monos no tienen lenguaje. Los de inteligencia más desarrollada son el chimpancé, el orangutan y el gorila, pero estos dos últimos tienen fama de taciturnos, y el chimpancé, aunque utiliza sonidos vocales y es en general el de inteligencia más desarrollada, no da señales de que llegue a hablar. ¿Por qué esto? En general se está de acuerdo en que «en la estructura de los órganos respiratorios, de la lengua y la laringe, no hay ninguna razón que le impida hablar [al chimpancé]...; sin embargo, no se sabe que este animal, según los testimonios más fidedignos de que disponemos, haya intentado nunca articular sonidos» [25]. Furniss intentó pacientemente durante cinco años enseñar a un chimpancé a decir «mamá», pero fracasó rotundamente R. M. Yerkes, realizó una serie de experimentos elaborados y concebidos cuidadosamente para hacer que un chimpancé se interesase «por el lenguaje humano y la producción de sonidos», pero en vano [26]. En general se está de acuerdo en que «tienen tantos elementos fonéticos en común con las lenguas humanas, que el hecho de que carezcan de lenguaje articulado no puede atribuirse a limitaciones secundarias (gloto-labiales)» [27]. El chimpancé produce sonidos que varían mucho en calidad e intensidad [28]. Yerkes y Learned dan una lista de 32 «palabras



o elementos de lenguaje» usadas por dos chimpancés, que han transcrito sin aparente dificultad a un alfabeto fonético. Está, por lo tanto, generalmente admitido que, con palabras de Traill, su deficiencia en este respecto se debe no a limitaciones corporales sino mentales —es decir, que no se les puede inducir a que imiten sonidos. Su tendencia a la imitación parece estar controlada principalmente por estímulos visuales [29].

Debemos dejar ahora los monos y hombres primitivos y volver al lenguaje tal como lo conocemos, y considerarlo desde un punto de vista que hasta el momento no hemos tenido en cuenta en este libro.

Algunos de los capítulos anteriores en que intentábamos describir el proceso de desarrollo del lenguaje, pudo dar a entender que el lenguaje es una entidad independiente que crea su propia historia universal. Primero examinamos la proporción de las distintas partes de la oración y observamos un aumento regular de los nombres y luego de los adjetivos, mientras disminuía la proporción de verbos a medida que la civilización avanzaba. Examinamos entonces los vocabularios de distintas lenguas, vimos la transferencia regular de palabras aisladas de una parte de la oración a otra en el mismo orden establecido de acontecimientos. Esta serie de desarrollos y otros que observamos parece que podrían indicar que el lenguaje avanza por estos caminos debido a su propia naturaleza. Pero no es así: la verdadera causa es el avance del hombre de un grado de progreso material y mental





a otro: los cambios que se dan en el lenguaje son los resultados. Que estos cambios sean regulares se explica porque una lengua es el medio de comunicación entre todos los miembros de una comunidad lingüística, y, por lo tanto, debe servir para las actividades de toda la comunidad, y no solamente para las necesidades o hábitos especiales de algunos individuos. Es el medio por el cual un hombre consigue la ayuda de otros, y por lo tanto, todos deben entender sus usos. Es cierto que el lenguaje ha sido a su vez un instrumento gracias al cual la mente ha progresado, ya que sin él los descubrimientos del hombre no se habrían conservado o comunicado. Pero el lenguaje no es más que sonidos orales emitidos por el hombre, y sería erróneo considerarlo como una entidad biológica o física que contiene los gérmenes o leyes de su propio desarrollo. La cera blanda del lenguaje registra la historia mental y material del hombre, pero es la impronta de esa historia sobre el lenguaje la que lo registra. Esto se verá claramente en el presente capítulo, en que se considera un aspecto distinto del lenguaje, y el más importante y característico de todos; a saber, los cambios de significado de las palabras.

Empecemos por ilustrar este tema con uno o dos ejemplos sencillos.

La palabra inglesa *house* ['casa'] (inglés antiguo *hus),* es una palabra antigua. En el período anglosajón esta palabra significaba para la mayoría de la gente una cabaña de una sola habitación, hecha de zarzo o madera y argamasa, que usaban como vivienda suya, de sus familias y de algunos animales domésticos. Pero desde entonces las casas han cambiado, y para un inglés moderno esa palabra significaba algo distinto. Sigue habiendo una semejanza objetiva: la cosa sigue estando sobre el suelo, tiene paredes y tejado y puerta y agujeros que sirven de ventanas y chimenea, y la misma configuración general. La semejanza funcional es todavía mayor. Sigue sirviéndole al hombre para lo mismo y el hombre sigue haciendo lo mismo con ella: todavía la ocupa con su familia (y posiblemente con un perro o un gato). La semejanza afectiva es aún mayor: la considera como un hogar. El man-

tenimiento del hombre para el objeto que ha cambiado ha sido fácil gracias al hecho de que los cambios han sido graduales y por lo tanto el cambio de significado no ha sido intencional. Lo mismo en gran parte puede decirse de las palabras *shoe* ['zapato'] (inglés antigua *sceo), ship* ['barco'] (*scip*) y *to shot* ['herir', 'matar'] (*seceotan*). Todas estas palabras han sufrido, desde luego, un cambio de forma, pero aquí no lo tenemos en cuenta. Si el cambio de forma hubiera ido demasiado lejos no hubiéramos podido hacer la comparación de significados.

Tomemos ahora unos cuantos ejemplos significativos de interés económico y legal, ya que el derecho y la economía están íntimamente unidos y muestran una historia de fases de progreso de la que encontramos ejemplos en épocas y lugares muy apartados.

El verbo inglés *to sell* significaba en inglés antiguo *sellan* ['dar', 'entregar']. En inglés moderno *to sell* significa estar de acuerdo en transferir la propiedad de una cosa a cambio de una suma de dinero, y también llevar a cabo el acuerdo. Así, cuando dos señores en Mincing Lane tienen una conversación telefónica que va seguida de la nota «Vendidas al Sr. ... 1.000 toneladas de aceite de cacahuete de la India» o cualquier otro producto «a tanto la tonelada», esto no significa que se haya entregado nada. Al contrario, puede que lo que proyectan todavía no exista. Significa que las dos partes han acordado que, de una forma u otra, por un lado se transferirá la propiedad de una cantidad de bienes de tal clase y por el otro se efectuará determinado pago. Este cambio de significado de *sold* ['vendidas'] no tiene nada que ver con la lingüística: la explicación hay que buscarla en la historia del comercio. El antecesor de la venta es el trueque, que consistía en un intercambio de unos bienes por otros, en que cada una de las partes entregaba y recibía, y no había que hacer nada más. Gradualmente un artículo particular, por haber mucha demanda de él, por ser duradero y útil para un gran número de objetivos, fue figurando cada vez con más frecuencia en uno de los partes de transacción, y ese artículo se convirtió en dinero. De manera que el trueque se volvió venta; pero en el



período anglosajón la venta era una transacción que se hacía con moneda. Por un lado se entregaban bienes y por el otro dinero, y en general uno tenía que contentarse con lo que llevaba. No era un acuerdo, sino una transferencia mutua. La venta no tenía que ir precedida de un acuerdo, por lo menos ninguno al que se diera importancia o que la ley reforzara, ya que ninguno perdería si no se llevara a cabo. Los precios del mercado eran bastante estables y de hecho tradicionales, y nadie tenía necesidad de confiar en otro para efectuar tales acuerdos. Pero en tiempos de Isabel I el acuerdo previo se impuso. Los comerciantes se fiaban de él, y con esta confianza establecían acuerdos de reventa o de compra; los precios del mercado subían rápidamente y un hombre se exponía a perder o ganar si el acuerdo no se cumplía. Finalmente, en la mente del público la venta llega a ocupar su lugar entre otras transaciones, y se distingue y refuerza la característica que todas ellas tienen en común, a saber, que son acuerdos, ya se cumplan o no. De ahí el cambio de significado de la palabra *sell* ['vender']: en su origen se refería a cualquier entrega de bienes, y en consecuencia, especialmente a un trueque o venta por dinero, que eran las más importantes de tales transacciones, y sigue haciendo referencia a venta aunque la venta ha cambiado de naturaleza .La comunidad todavía la considera como la misma transacción, pero ha cambiado de carácter y por lo tanto, el sentido de la palabra ha cambiado. Este desarrollo es universal, se ha dado en todos aquellos sitios en que el comercio ha avanzado lo suficiente. Por ejemplo, en latín clásico, *emere* era ['comprar'], pero su sentido primitivo era ['tomar']; y *vendere* significaba ['entregar a cambio de su precio']. Igualmente en las tablillas babilónicas el comprador ['tomaba a cambio de su precio'], y la venta era una transcción mediante moneda[1].

Tomemos otro ejemplo. En la Inglaterra actual la «propiedad» de bienes es una noción familiar y simple. Pero es una concepción desarrollada y técnica, difícil de definir. El propietario de bienes tiene en general el derecho a poseerlos con exclusión de cualquier otra persona; pero puede haberse desprendido de sus derechos o de

parte de sus derechos, por un período de tiempo. Así, el propietario de un automóvil puede haberlo alquilado, y el propietario de un terreno puede haberlo arrendado por una serie de años o incluso por toda la vida. En el derecho inglés y romano un hombre puede ser el propietario legal, y otro puede ser el propietario según un cuerpo de leyes distinto (equití en Inglaterra y la ley pretoriana en Roma). No hace falta decir que las sociedades menos avanzadas no tienen un concepto técnico semejante. Se da en sistemas económicos comparativamente complejos, en que dos o más personas comparten el usufructo de una propiedad, y esto les permite definir sus derechos respectivos. En las sociedades más simples la relación más cercana a ésta es la relación entre un hombre y los enseres que posee y que considera suyos. En Inglaterra la palabra *own* ['poseer', 'ser dueño de'] se encuentra con el sentido de ['tomar'] ya en el 888, y con el sentido de ['tener como cosa propia'] a partir del 1000, pero *ownership* ['propiedad'] no se encuentra hasta 1583 [2]. Vemos entonces que de la noción de que la persona que tiene una cosa es la persona que tiene derecho a tenerla (ya que lo que ocurre normalmente tiene que ocurrir y está bien así) se desarrolla el concepto técnico de propiedad, y el desarrollo está configurado por los cambios económicos. Una palabra inglesa parecida, aunque no tan precisa y técnica, es la palabra *belong* ['pertenecer'], que se encuentra con el sentido de ['acompañar', 'estar con' y 'relacionarse con'] a partir del 1340, y con el sentido de ['ser propiedad de'] no antes de 1393. En Africa pueden encontrarse por todas partes palabras que significan ['tener', 'estar con' o 'acompañar'], en un lento proceso de cambio de una fase a otra de acuerdo con el progreso económico de los distintos pueblos [3].

Estos ejemplos, debido a su carácter preciso y a la amplitud de su historia, ilustran el hecho de que los cambios de significado no los crea el lenguaje sino el progreso mental, en gran parte formado y acompañado del avance económico. Esto se sigue, de hecho, de lo que dijimos previamente, a saber, que, a partir de la aparición



inicial del lenguaje, las palabras derivan su significado de las circunstancias en que se usan y de los usos que se les adscribe. El lenguaje, en su aspecto más importante y característico, es lo contrario de lo que generalmente se supone que es. En vez de consistir en un manojo de etiquetas que nombran las cosas a las que van pegadas, consiste más bien en etiquetas que cobran sentido de las cosas a las que van pegadas; y estas cosas, como todo en el mundo, cambian continuamente, y con ellas cambia el sentido de las etiquetas. En todos estos casos se da, como antes, una semejanza objetiva entre los significados antiguos y los nuevos, por ejemplo, la relación física entre persona y objeto; una mayor semejanza funcional, en que la relación todavía cumple en gran parte los mismos objetivos; y también una semejanza afectiva todavía mayor que, aunque pueda parecer pequeña, tiene relaciones muy amplias con el conjunto del sistema de vida de un hombre y de lo que este modo significa para él.

Hasta aquí hemos estado hablando de un aspecto del proceso de cambio de significado, a saber, del proceso en que los cambios son graduales e involuntarios. Pero hay un aspecto más, cuando las palabras se transfieren a cosas nuevas.

Esta transferencia por parte del hablante y la comprensión de este uso por parte del oyente se deben, como antes a la semejanza que existe entre la cosa nueva y la antigua, pero la nueva es una cosa aparte de la antigua. Como antes la semejanza debe ser totalmente manifiesta para la mente, y en consecuencia debe apelar tanto a los elementos afectivos y conativo-activos de la mente como a los cognoscitivos, es decir, debe ser afectiva y funcional y además objetiva. Esto es lo que se quiere decir cuando se afirma que la transferencia es una «metáfora». A veces la transferencia es muy amplia, y la metáfora parece (según las circunstancias) poética o rebuscada. Por cada una de éstas hay mil que no se reconocen fácilmente como metáforas debido a que la distancia es demasiado insignificante para que nos demos cuenta de ella o porque hace mucho tiempo que se hizo; pero el proceso es el mismo, y pertenece a la verdadera esencia del lenguaje y de la

mente. Es debido a que la distancia apela al elemento afectivo tanto como a los otros por lo que la metáfora constituye la verdadera sustancia de la poesía. Habla al corazón del lenguaje y de la mente. Pero cuando leemos los versos:

*I could a tale unfold whose lightest word*
*Would harrow up thy soul, freeze thy young blood*

['Podría revelar una historia cuya palabra más leve
asolaría tu alma, helaría tu sangre joven']

o

*Full many a glorious morning have I seen*
*Flatter the mountain-tops with sovereign eye*

['Muchas mañanas esplendorosas he visto
halagar las cumbres de las montañas con mirada sobe-
rana']

vemos claramente que *unfold* ['desplegar, revelar'], *lightest* ['más leve'], *harrow* ['asolar'], *freeze* ['helar'], *glorious* ['esplendorosa'], *flatter* ['adular', 'alagar'], *sovereign* ['soberano'] y *eye* ['ojo', 'mirada'] son las metáforas de un poeta; pero muy probablemente todas o la mayoría de estas palabras son metáforas, aunque en algunas la alusión se ha perdido. ¿Y quién podría decir dónde empieza y dónde termina la metáfora en este fragmento?:

*The heavens relate the glory of God*
*And the firmament telleth his handiwork.*
*Day unto day poureth out speech*
*And night unto night imparteth knowledge.*
*There is no speech nor language —*
*No voice of theirs is heard —*
*But their voice is gone forth through all the earth*
*And their words to the ends of the world.*



['Los cielos narran la gloria de Dios
y el firmamento proclama su obra.
Día tras día mana la palabra
y noche tras noche imparte sabiduría.
No hay palabra ni lenguaje —
ninguna de sus voces se oye —
Pero sus voces se han extendido por toda la tierra
y sus palabras han llegado a los confines del mundo'.]

Pero la poesía tiene también metáforas más corrientes, llenas de la calidad suave, conmovedora —por lo menos para mentes sencillas— de las asociaciones sosegadas, caseras y de las ocupaciones de todos los días.

*O gentle son*
*Upon the heat and flame of thy distemper*
*Sprinkle cool patience!*

['¡Oh noble hijo,
sobre el ardor y el fuego de tu cólera
echa unas gotas frías de paciencia!']

Y todavía más sosegadas y menos conmovedoras son las de la prosa. «La poesía», decía Milton, «es sencilla, sensual, apasionada». La prosa es menos sencilla y menos apasionada, pero las metáforas tienen el mismo carácter. Hablamos del *pie* de una escalera o de una montaña, de un *brazo* de mar o del *brazo* de la ley; y en Inglaterra muchísimos promontorios reciben el nombre de *cape* ['cabo'] o de *head* ['cabeza'], de la misma manera que a los promontorios del Norte de Africa los semíticos los llaman *ras* ['una cabeza'], y así en cientos de otras lenguas. *To comprehend* ['comprender'] en latín y en inglés, era en su origen ['mantener juntos', 'captar'] *to hold together, to grasp;* de la misma manera que nosotros usamos *grasp* ['coger', 'agarrar'] con ese sentido, lo mismo que en egipcio *am* era ['agarrar'] y también ['comprender'], y así en muchas otras lenguas. (Cfr., español «capturar», «captar»). Esta *en suspenso* es en su origen estar ['colgado', 'suspendido'], y repetimos la metáfora cuando decimos de alguien que está *pendiente* de las palabras de otro. Estar *afligido* («*afflicted*») era en su origen estar

['molido' o 'quebrantado']; y usamos *crushed* ['molido', 'hecho polvo'] y *broken* ['quebrantado', 'roto'] en el mismo sentido. Cuando usamos la palabra «decidir» *to decide* estamos usando el verbo latino *de-cido,* que tenía el mismo sentido que en inglés, pero en su origen significaba ['separar' o 'cercenar']. El alemán expresa la misma idea y metáfora en la palabra *ent-scheiden.* El griego κρίνω y el latín *cerno* ['decidir'], en su origen significaban ['separar']. El asirio *parâsu* era ['romper'] y también ['decidir'] y *baru* tenía también estos dos sentidos. En hebreo del Antiguo Testamento *gazar* era ['cortar', 'dividir'] y en el libro de Job, en hebreo tardío y en arameo había llegado a significar ['determinar']. El hebreo *haras* era en su origen ['cortar'] y por tanto ['decidir'], y lo mismo en asirio *harasu* ['cortar', 'cavar', 'decidir']. La raíz hebrea *hatak* era ['dividir' y 'determinar']; la raíz hebrea *qasah* era ['cercenar' y 'decretar']; lo mismo pasa en cientos de otras lenguas. Hablamos de cortar *cutting* unas relaciones e igualmente *to contemn* ['despreciar'] era en su origen ['cortar'] (latín y griego *temno* ['cortar'], y ya en latín había llegado a significar ['despreciar']. Así en hebreo *baza'* era ['cortar'] y *bazah* ['despreciar']; *To spurn* ['rechazar', 'despreciar'] era en su origen ['echar a puntapiés']; *to bore* ['aburrir'] en su origen significaba ['taladrar', 'perforar'] (como en latín *foro),* y sigue teniendo el mismo significado. Las palabras *right, recht, droit* son ['recto', 'derecho'] y también ['acostumbrado']; y *wrong* (lo que está mal) es ['torcido' o 'retorcido']. *Straight* ['recto'] y *crooked* ['torcido', 'falto de honradez'] siguen usándose con los mismos sentidos. Muchísimas de estas metáforas pueden encontrarse en todas las lenguas y épocas, en todos aquellos lugares en que un progreso mental análogo lo permita, ya que conciernen al comportamiento fundamental de la comunidad lingüística y de la mente humana; y por la misma razón las mismas metáforas se repiten siempre, fluyendo, por así decirlo, por los canales de la mente excavados en un pasado remoto con la fuerza del lenguaje. La lengua está llena de tales metáforas. La mayoría de ellas pueden descubrirse a simple vista e incluso pueden



sentirse sus valores afectivos; las demás hubo un tiempo en que también fueron metáforas. Pero más tarde o más temprano, una vez aceptadas con el nuevo sentido, las palabras antiguas se convierten en los nombres corrientes de las ideas nuevas, y su valor metafórico desaparece. «Toda lengua», dijo Richter hace tiempo, «es un diccionario de metáforas desvaídas».

El primer aspecto del cambio, que ilustramos con las palabras *house, shoe, ship* y *to shoot* —lo que Stern llama «sustitución»— nos ofrece significados del lenguaje que cambian gradual e insensiblemente al tiempo que ocurren otros cambios en el entorno del hombre, de manera que sigue siendo útil a sus necesidades cambiantes. Carga el acento en el objeto que cambia y en el punto de vista del oyente. El segundo aspecto —ilustrado por transferencias mediante metáforas— nos ofrece el proceso más bien desde la perspectiva del hablante, y carga el acento en su intención más que en la cosa significada, y en el cambio discontinuo más que en el gradual e insensible. La diferencia, sin embargo, es en gran parte una cuestión de grado y hay innumerables casos que se sitúan entre los dos extremos. Por ejemplo, cuando el francés *plume* ['pluma de ave'] llegó a significar (entre otras cosas) pluma de acero para escribir, podemos decir que hubo simplemente un proceso de *sustitución;* el instrumento que se usaba para escribir cambió, pasó de ser una pluma a ser un trozo de acero; o que fue un proceso de *transferencia:* la triple semejanza entre los dos hizo posible el cambio de significado. Lo mismo podría decirse del cambio de significado de *horn* ['cuerno'], de «con forma de cuerno» a otros instrumentos hechos con materiales y sonidos semejantes. Y lo mismo podría decirse de algunos casos de *to shoot.*

El elemento afectivo se nos ofrece con intensidad variable y de diversas maneras. Algunas veces apenas puede verse, o se reduce al nivel de mero interés o atracción. Pero de hecho no habría lenguaje en absoluto sin afectividad, ya que el lenguaje es una acción y la afectividad es necesaria para la acción, y es esta afectividad la que escoge las metáforas y las hace expresivas y atractivas.

Por ejemplo, son las asociaciones afectivas del mar para una comunidad marinera lo que hace que *adripare* ['alcanzar la orilla'] se use para *to arrive* ['llegar a determinado destino'], o que el final de una escalera se llame en inglés *landing* [literal 'desembarco'] (cfr., español *arriba);* y la pasión por el golf es lo que lleva a la expresión *stymied* ['frustrado']; en golf, cuando la pelota de otro jugador se interpone entre la de uno y el hoyo o *bunkered* (idem; cuando la pelota está en el fondo de una hoya del campo) para *hindered* ['obstaculizado'], y son las asociaciones afectivas del quehacer cotidiano lo que hace que *cut in two* ['cortar en dos'] signifique *decide* ['decidir'], y que francés *penser* (de *pensare* ['colgar'] y de ahí ['pesar']) quiera decir ['pensar']; y el miedo a una cosa es lo que hace que se le dé un nombre evasivo, como *brown* ['pardo'] para *bear* ['oso'], o *Euxino* (hospitalario) al Mar Negro.

Hay innumerables detalles con los que se puede completar el cuadro general dado arriba, una palabra de sentido semejante puede sufrir un cambio parecido por «analogía». O bien una palabra puede adquirir un significado debido a su semejanza con otra palabra que tiene ese significado —como en francés actual; St. *Genou* (Genulphus) es el santo patrón de los que sufren de gota, debido al parecido con *genou* ['rodilla']. También, como las palabras cambian de forma —por ejemplo, acortándose— el significado de una palabra, en consecuencia, puede cambiar —como cuando la expresión *the red ball* ['la bola roja'] en el billar puede abreviarse hasta hacerse *the red* ['la roja'], y por tanto el significado de la palabra *red* puede cambiar. Finalmente, el nombre de una parte puede usarse como indicador suficiente del todo (como *cuarenta velas* en vez de *cuarenta barcos)* o el todo por la parte (como *Whitehall* o el *Quai d'Orsay,* refiriéndose a los que trabajan allí). Estos detalles no nos ayudarán a encontrar el ancho camino que ha recorrido el significado de las palabras.

El cambio del significado de las palabras lo facilita la naturaleza del significado de las mismas. Las palabras, como hemos dicho, nombran, en primer lugar, no las cosas o las acciones, sino, sus características o aspectos, y clases y no miembros de clases, y estos aspectos y clases son manifiestos para la memoria, los sentidos, la opinión, la afectividad, y son por consiguiente vagos y subjetivos, y sus contornos cambian y son irregulares. Las palabras tienen característicamente más de un sentido, y muchas veces se dan varios rasgos comunes de semejanza entre algunos de los sentidos de una palabra, y rasgos comunes distintos entre otros sentidos de la misma palabra. Es esta vaguedad de significado y su contorno irregular lo que, por encima de todo, hace posibles los cambios de significado. Ya hemos ilustrado esto con el lenguaje de los niños. Examinemos otra vez el habla infantil y veamos qué luz arroja sobre la historia y los comienzos del significado.



Es obvio que el significado de las palabras de los niños debe ser en algunos aspectos muy distinto del que tenían las palabras de los primeros hombres. Los dos ambientes tienen poco en común. En un caso el significado venía dado por las necesidades de unos adultos primitivos que, cada paso que daban hacia delante, lo daban por primera vez: en el otro caso por las necesidades de niños actuales que aprenden de sus padres palabras y significados establecidos y están provistos de cuanto necesitan. Pero los cambios de significado en el lenguaje de los niños tienen las mismas características generales que los cambios que se dan en la historia conocida de las diversas lenguas humanas, y no hay razón para pensar que no hubo cambios de las mismas características generales en los primeros días del lenguaje [5].

Como Meumann ya observó en 1902, el lenguaje de los niños es al principio primordialmente «afectivo-volitivo», y después se hace cada vez más objetivo. La gran mayoría de los primeros sonidos orales que los niños emiten expresan afectividad y conación, pero gradualmente estos sonidos van utilizándose cada vez más con referencia a determinadas clases de situaciones, y hay un aumento continuo de referencias objetivas a éstas. Los cambios reflejan cambios en sus procesos mentales.

Empezamos con los gritos inarticulados de los recién nacidos y de niños muy pequeños, que expresan principalmente una condición corporal y afectividad-conación. En la fase siguiente, o el niño emite su primer sonido articulado —como *da* o *dada*— o los padres le animan a que imite una de sus palabras, y en cualquiera de los dos casos condicionan al niño para que dé a las palabras un sentido determinado [6].

Una buena ilustración de esta primera fase se puede encontrar en el notable experimento que realizó J. B. Watson con el pobre Albert. Albert tenía 11 meses de edad. «Era un niño maravillosamente «bueno». En todos los meses que trabajamos con él, dice Watson, «nunca le vimos llorar hasta que hubimos hecho nuestros experimentos». No tenía reacciones de miedo ante ningún objeto, y cogía y manipulaba todo objeto no distante más de 12 pulgadas de él. Pero un ruido fuerte puede provocar rápida y fácilmente en cualquier niño una reacción de miedo, y el objeto del experimento era provocar una respuesta de miedo ante una rata blanca. El primer día, pusieron delante de Albert la rata, con la que había estado jugando durante varias semanas, y la cogió, pero en ese momento golpearon con fuerza una barra de acero justo detrás de él. Albert dio un salto violento y cayó hacia delante, escondiendo la cara en el colchón. El experimento se repitió con el mismo resultado, y el niño además empezó a lloriquear. Al final de la serie de experimentos, le presentaron la rata, sin golpear la barra, e inmediatamente empezó a llorar, le volvió la espalda bruscamente, cayó y se alejó a gatas rápidamente. Ahora, por tanto, tenía miedo de la rata blanca. Antes de los experimentos, había estado jugando durante semanas con conejos, manguitos de piel, con el pelo de los ayudantes y con caretas. Después de los experimentos, cuando ponían un conejo delante de él, la reacción de miedo que se producía en Albert era muy parecida a la que tenía delante de la rata blanca. Un perro le producía una reacción parecida, pero no tan violenta, y lo mismo un abrigo de pieles. Su reacción de miedo ante un algodón fue también muy marcada, pero duró muy poco tiempo, y también se negó a jugar con el pelo Watson, que dirigía los experimentos, aunque jugó con el pelo de los otros ayudantes. Watson concluye diciendo que había, por consiguiente, una prueba convincente de expansión o transferencia. En otras palabras, siendo el comportamiento humano en un niño de esa edad principalmente afectivo-conativo y en un pequeño grado cognoscitivo, la reacción de miedo no se dirigía exclusivamente a la rata blanca, o a la clase de ratas blancas, sino a diversas cosas que constituían una clase de contorno impreciso, cada una de las cuales, debido a algún rasgo de semejanza, impresionaba la mente del niño de manera algo parecida. Pero el rasgo común no era necesariamente el mismo en el caso de cada miembro de la clase. Por ejemplo, el abrigo de pieles producía la misma reacción que la rata blanca y lo mismo ocurría, hasta cierto punto, con el trozo de algodón, pero el pelo de una cabeza humana producía esa reacción sólo si era la cabeza de la persona asociada con el experimento [7].



Otro ejemplo de la primera fase lo ofrece el niño B de C. W. Valentine, que, a la edad de un año y dos meses (ejemplo dado en un capítulo anterior) [8], habiendo visto muchas veces fotografías de perros, ante las que ladraba, ladraba ahora ante fotografías en las que no había perros. También está el ejemplo del niño de M. M. Lewis, que a la edad de un año y cuatro meses, habiendo dicho *ajaa* al oler un pañuelo perfumado con espliego, dijo también *aaa* al ver y oler unos junquillos que crecían en un tiesto [9].

Como ejemplos del comienzo de la siguiente fase —la del primer lenguaje articulado— están los casos, dados anteriormente, del mismo niño B que decía *kuk-kuk* y *dada* a la edad de un año y seis meses [10], y el informe de Romanes sobre un niño extraordinariamente precoz, al que, habiéndole enseñado, al año de edad, a usar la palabra *cuac* para un pato, llamaba *cuac* al águila que aparecía en una moneda, y luego a todas las monedas en general.

Ante estos y otros innumerables ejemplos que contienen los libros, vemos el crecimiento del elemento cognos-

citivo: estas palabras se van dirigiendo a un número cada vez mayor de clases de situaciones. Vemos también que estas clases se combinan según los rasgos de semejanza que poseen los miembros. En primer lugar, se da en estos casos —y probablemente en todos— una semejanza afectiva: es decir, que las situaciones que evocan una afectividad parecida se clasifican juntas. Este era el caso, por ejemplo, de Albert y su miedo. En segundo lugar, hay una semejanza de función, como por ejemplo el niño de M. M. Lewis, que decía *aa* cuando olía un pañuelo y cuando olía flores. En tercer lugar, se da una semejanza objetiva —por ejemplo, entre la moneda con águila y la moneda sin ella; o el delantal con el dibujo de un pájaro y el que no lo tiene. Nos sentimos animados a pensar que estos tres tipos de semejanza son fundamentales porque se deben al hecho de que al analizar el comportamiento instintivo nos encontramos con el conocimiento (*cognition*), la afectividad (*affect*) y conación-acción (*conation-action*). Debemos recordar también las diferencias correspondientes, que rechazan otras situaciones que no pertenezcan a estas tres clases. No estamos considerando aquí las formas de los sonidos, pero también es obvio que puede haber poco desarrollo de referencias objetivas a situaciones mientras los sonidos orales no se hagan articulados, de manera que mediante el aumento del número de sonidos disponibles, y la mayor posibilidad de distinguirlos desde el momento en que son articulados, cada sonido pueda aplicarse a una situación percibida diferentemente.

## 14. Historia del significado (continuación)

¿Qué camino ha seguido entonces el significado a medida que han ido ocurriendo los cambios que ha sufrido éste desde que surgió el lenguaje? Las direcciones principales del cambio, según los hechos descritos en el capítulo anterior, son tres.

En primer lugar, los significados de las palabras se han hecho menos vagos y más precisos [1]. Este importante proceso puede observarse desde distintos puntos de vista. Siempre hay una falta de correspondencia y una contradicción entre el lenguaje y la mente, por un lado, y los objetos del mundo físico por otro. Los procesos mentales y el lenguaje son necesariamente generales, ya que en parte (aunque cada vez menos) son afectivos. Una mayor precisión alcanzada lentamente del significado es el resultado de su aplicación a situaciones específicas. La mente sólo ve aspectos, y el lenguaje expresa sólo impresiones; y la aplicación del lenguaje consiste necesariamente en nombrar una situación de acuerdo con una impresión o aspecto suyo. El lenguaje reconoce y nombra la situación considerándola parecida objetiva o funcionalmente a otras

situaciones determinadas o evocadora de los mismos sentimientos. Pero tan pronto como este acto de reconocer y nombrar se ha realizado y ha sido sentido y aceptado por la comunidad en general, el proceso de origen se olvida y el nombre de ese aspecto o impresión general se convierte en el símbolo normal de esa situación. Debido a la continuación del mismo proceso, se convierte en el símbolo normal de una parte cada vez más pequeña de la situación. En términos de la sicología behaviourista el proceso puede describirse como un condicionamiento repetido. Por ejemplo, si se ha condicionado a un perro al sonido de una campana y tono *x* que oye cada vez que le traen carne, ese sonido producirá la misma respuesta de secreción de saliva que produce la carne. Pero lo mismo ocurrirá con cualquier otro sonido de campana. Ahora bien, dentro de los límites de la capacidad del perro para distinguir tonos, si procedemos a alimentarle sólo cuando suena el tono *x* y no otro, en último término responderá sólo al tono *x*. Se han realizado experimentos de este tipo general con monos y otros animales, y con cierto éxito. Lo mismo ocurre con el lenguaje; cuando se ha adoptado el término A como nombre de una situación y el término B como nombre de otra situación, las aplicaciones repetidas de los mismos o parecidos términos a situaciones nuevas en que sólo algunos de los rasgos se mantienen, dará por resultado la adopción de nombres cuyo significado irá limitando y definiendo progresivamente un contexto cada vez más reducido.

Este proceso está íntimamente unido y va a menudo acompañado de un proceso de cambio fonético. Las palabras varían y cambian de forma tanto como de significado, y la aprobación pública escoge una o más formas que sobreviven, de la misma manera que limita y escoge un grupo de significados que sobreviven. Así, cuando el proceso de doble cambio está un poco avanzado, puede verse que una palabra anterior se ha escindido en dos formas y dos significados, y uno de los significados ha quedado adjudicado y limitado a una de las formas, y el otro a la otra forma. Así, las palabras *one* ['un', 'uno', 'una', numeral] y *an* ['un', 'una', artículo] se derivan de



la misma palabra original del ing. ant., lo mismo que *of* ['de', preposición] y *off* ['lejos', 'fuera', adverbio], *as* ['como'] y *also* ['también'], *outer* ['exterior'] y *utter* ['absoluto', 'extremo']; y en el curso de una historia todavía más larga, recorriendo más de un país, los descendientes en inglés del griego *diskos* son *discus* ['disco de lanzamiento'], *disc* o *disk* ['*disco*', esp. de fonógrafo o de animal o planta], *desk* ['escritorio'] y *dish* ['plato'], cada uno con su significado particular. Para conseguir este objetivo es necesario, desde luego, el lenguaje articulado.

Este incremento en la precisión del significado señala también, como hemos visto, todo el proceso de desarrollo de la inteligencia desde el niño hasta el adulto. Las palabras articuladas (que tienen en gran parte el mismo significado que los gritos inarticulados que las precedieron) tienen al principio vastos campos de significado, de empleo y contorno vagos, fácilmente ampliables; pero el proceso de desarrollo de la mente consiste en la división del campo en parte emotivo en un número creciente de terrenos de referencia objetiva cada vez más pequeños; los contornos se hacen más claros, y los cambios se hacen más lentos y difíciles. En el uso que hace el niño de *Dada* y *Gaga* y *Cuac,* puede haber ampliaciones casi de un día para otro; pero muchas metáforas de las que hemos hablado tienen varios miles de años de antigüedad y son todavía identificables.

Considerándolo más atentamente, como un proceso lingüístico-funcional, éste es un proceso de la misma naturaleza que el del avance fundamental de una palabra, cuando cambia de verbo a nombre. Se nombra a un objeto con la expresión más general, un verbo, que señala alguna acción o movimiento característico del objeto —así a la luna (*lu-na* de *luc-na*) se la llama brilla-nte (ing. *shin-er*); a un cese de movimiento se le llama *break* ['ruptura', 'interrupción'...]; y por una metáfora, cuyo valor afectivo recuerdan las palabras de Tennyson

*Break, break, break*
*On thy colde grey stones, O sea!*
['Rompe, rompe, rompe
en tus frías piedras grises, oh mar!']

las olas del mar se llaman *breakers*. De hecho, Bréal atribuye la existencia de todo este proceso a la aplicación de verbos para describir objetos. «Elle vient», dice «de ce que le verbe est la partie essentielle et capitale de nos langues, celle qui sert à faire des substantifs et des adjectifs. Or, le verbe, par nature, a une signification generale, puisqu'il marque une action prise en elle-même, sans autre détermination d'aucune sorte. En combinant ce verbe avec un suffixe, on peut bien attacher l'idée verbale à un être agissant, où à un objet qui subit l'action, où à un objet qui est le produit où l'instrument de l'action, mais cette action gardant sa signification générale, le substantif ou l'adjectif ainsi formé sera lui même de sens général. Il faudra que par l'usage on le limite» [2].

Bréal llama a este proceso «La restriction du sens» (la restricción del sentido, término que Whitney había usado antes que él) [3]. Los dos señalan que la restricción del significado es el curso normal de la historia del lenguaje, pero que también se encuentra el proceso inverso de ampliación del significado, aunque en menor grado; y que cuando este proceso se da, se debe generalmente a un accidente histórico. En primer lugar está, como hemos visto, la «expansión del significado», de la que han hablado tantos autores que han estudiado el lenguaje de los niños. Lo mejor que podemos hacer es pensar que es una denominación equivocada. Un adulto enseña a un niño el nombre convencional de un objeto (por ejemplo, «cuac» para «pato») y el niño entonces llama «cuac» al águila acuñada en una moneda, y luego a las monedas en general. El rasgo importante es la naturaleza afectiva-conativa del significado en la mente del niño: no se trata tanto de un caso de extensión de los límites del significado como de la movilidad de la nube del significado. Un gran número de extensiones de significado en el lenguaje de los adultos se deben a cambios ocurridos en las



formas de propiedad que son consecuencia del progreso económico. Así el inglés antiguo *feoh* ['ganado'] en su forma moderna *fee* ['hacienda', 'honorarios'], llegó a incluir 'tierra' (por ejemplo, en *fee simple,* 'dominio absoluto') y 'dinero'; y esto se debe a que el ganado era al principio el principal exponente y medida de la riqueza de un hombre. Más tarde, cuando la moneda de metal sustituyó al ganado como medio de pago, y en la Inglaterra feudal la extensión de la tierra que pertenecía a un hombre era la medida de su situación, y a partir de los comienzos del siglo XIV hizo su aparición en Inglaterra un mercado regular, la tierra y el dinero se convirtieron en la medida de la riqueza. En latín *pecus* ( = inglés antiguo *feoh)* con la forma *pecunia* tuvo un desarrollo parecido. De la misma manera, en Francia *gagner* era en su origen dar comida al ganado, y un *gagneur* era un granjero, y *gain* era la cosecha; y *gain* también se extendió como denominación de cualquier otra propiedad. En Inglaterra un libro *(book)* no tiene por qué estar hecho de haya *(beech),* ni el papel *(paper)* de papiro *(papyrus),* ni un volumen *(volume)* necesita ser un rollo *(roll).* Una mariposa *(butterfly* [*butter,* 'mantequilla']) no tiene por qué ser amarilla. *Graeci,* como en Italia llamaron a los helenos, era el nombre de un grupo de colonizadores del Norte de la Hélade y los romanos dieron el mismo nombre a todos los helenos que encontraron después, y ahora los llamamos con el mismo nombre, *griegos.* Por razones parecidas los hebreos llamaban a un griego un *yawan* (griego *Ἰων,* un jonio), y los árabes llamaban a los europeos occidentales *francos.* Estos son detalles sin importancia. El proceso no es tanto una restricción de significado (con casos excepcionales de extensión) como un aumento en la precisión del mismo.

Este primer proceso de cambio de significado continúa a lo largo de la historia del lenguaje, pero es especialmente característico de sus fases iniciales. Es, por ejemplo, como dijo Bréal, el proceso por el que los verbos se cambian en nombres. Un segundo proceso de cambio recorre también toda la historia del lenguaje, pero es especialmente característico de las fases avanzadas.

Podríamos describirlo apresuradamente como un movimiento de lo concreto hacia lo abstracto. En el aspecto lingüístico-funcional, es sobre todo el proceso por el cual los nombres concretos se cambian en adjetivos. (Por ejemplo, *wood* ['madera', 'bosque'], nombre, pasa a *wood, wooden, woody* ['de madera'], adjetivos, los adjetivos en nombres abstractos de *woody* ['maderoso'] se forma *woodiness* ['maderosidad'], los demostrativos en artículos definidos [4], y los verbos independientes en verbos auxiliares (por ejemplo, *have* con el sentido ['tener', 'sostener'], pasa a *have* ['haber'] en la frase *I have done* ['he hecho']. Pero definir el cambio como paso de lo concreto a lo abstracto es olvidar el aspecto afectivo de la metáfora. Además, «concreto» connota demasiada precisión: los dos epítetos en contraste de «concreto» y «abstracto» son sólo característicos del pensamiento moderno desarrollado. La mente sólo puede recibir impresiones de lo concreto por medio de los sentidos: no puede absorber o fotografiar lo concreto.

Este segundo proceso se define más exactamente como el cambio de impresiones derivadas de acciones y objetos a nociones abstractas. El filósofo Locke lo describió en el siguiente pasaje, que se ha hecho famoso:

«Podríamos acercarnos un poco hacia el origen de todas nuestras nociones y conocimiento, si observamos cuanto dependen nuestras palabras de ideas sensibles corrientes; y cómo éstas, de las que hacemos uso para denominar acciones y nociones de sentido completamente distinto, han surgido de ahí, y de ideas sensibles evidentes se transfieren a sentidos más abstrusos, y se les obliga a denominar ideas que no nos vienen del conocimiento de nuestros sentidos: por ejemplo, imaginar, aprehender, comprender, adherir, concebir, instilar, disgustar, disturbio, tranquilidad, etc., son todas ellas palabras nacidas al operar con cosas sensibles, y aplicadas luego a ciertos modos de pensar. Espíritu, en su sentido primero, es aliento; ángel, un mensajero; y no dudo que, si pudiéramos rastrearlos hasta sus comienzos, encontraríamos que en todas las lenguas los nombres que denotan cosas que no apreciamos por los sentidos, tienen en origen ideas sensibles, por los cuales podemos en cierta manera adivinar qué clase de nociones eran y de dónde se derivaban, qué les ocupaba la mente y quiénes fueron los iniciadores del lenguaje»[5].

En este capítulo y en el anterior hemos dado ejemplos



de este proceso. Max Müller lo describió como el proceso por el cual «todas las palabras que expresan conceptos inmateriales se derivan por metáfora de palabras que expresan ideas sensibles» [6]. Según las palabras de Dwight Whitney: «Hay una evolución en todo el vocabulario de una lengua que va desde la designación de lo que es más burdo, más tosco, más material, a la de lo que es más refinado, más abstracto y conceptual, más formal. Si lo consideramos desde el punto de vista de los fines y no con respecto a los métodos de expresión, no hay un fenómeno más importante que éste en toda la historia del lenguaje» [7].

A pesar de todo, Bréal no menciona este fenómeno. Al contrario, dedica un capítulo a un proceso que es casi el contrario a éste y que él denomina la Concreción del Significado (L'Epaississement du Sens) [8]. Señala el gran número de casos en que un nombre abstracto se convierte en concreto. Podríamos citar del inglés moderno *a sensation* ['una sensación'] en el sentido de algo sensacional; *a mansion* ['una mansión'], en su origen un nombre abstracto latino que significaba ['estancia', 'permanencia'], y el caso paralelo de *residence* ['residencia']; *an association* ['una asociación'] tiene el sentido no de vínculo sino de institución y de las personas que la integran *bedes* ['oraciones'] se convierte en *beads* ['cuentas'] de un rosario o un collar. Pero hablando con propiedad estas son aplicaciones [9] detalladas del primer proceso; porque ese proceso, como hemos dicho, aunque sea quizá especialmente característico de las primeras fases, continúa a lo largo de la vida del lenguaje, e incluso un nombre abstracto, como cualquier otra expresión general, al ser usado con referencia a una situación particular, tenderá a limitarse a ella. Se trata, de acuerdo con la nomenclatura de Bréal, de una «restricción de significado».

Así pues, mientras en nuestro primer proceso de cambio observábamos que el significado se hacía cada vez más preciso, al liberarse lentamente y en parte el elemento cognoscitivo del elemento afectivo de la mente, vemos en nuestra segunda ley del cambio que el significado de

las palabras va desde las impresiones de lo material a lo abstracto, de lo sensorial a lo no sensorial, de la percepción a la concepción, de lo cognoscitivo a lo intelectual. Si consideramos el cambio como un proceso lingüístico formal, nosotros mismos podemos ver el resultado y confirmar algunas de las propuestas aducidas en este libro, al comparar los significados de las «raíces» verbales, a las que puede reducirse el lenguaje, con los significados del lenguaje moderno. Si consideramos el cambio como un progreso de la mente, lo vemos con una escala inconmensurablemente más noble: la mente volviéndose de la observación de lo que está a la vista a lo que hubo en el pasado y habrá en el futuro, al mundo esotérico, al estudio moderno de la mente y las novelas y poemas introspectivos actuales.

Hay un tercer proceso igualmente importante, o incluso más importante, de cambio de significado. Yo quisiera llamarlo la ley del desgaste. Ya lo apuntó Dwight Whitney al describirlo con las palabras «una atenuación, un debilitarse, una formalización completa de lo que antes era sólido, positivo, sustancial» [10]. Rara vez, o nunca, se refieren a él los lingüistas. Es parecido a la segunda regla de cambio.

Hablamos para impresionar la mente de los demás. Directa y fundamentalmente lo hacemos así en la exigencia de acción; pero indirectamente esta es toda la finalidad del lenguaje, y de hecho todo lenguaje es una petición de ayuda. Como dijimos antes, para conseguir este fin debe comunicarse la intensidad del deseo y la afectividad del hablante, y hay que emplear un esfuerzo proporcionado (o de hecho mayor) al resultado deseado si deseamos obtener éste. En el resultado se da una tendencia universal a la exageración y la hipérbole: las metáforas son más sorprendentes que las situaciones a que se aplican; el lenguaje y sus contenidos son más emotivos, los hechos se magnifican, se tiende a dibujar y colorear excesivamente la imagen. Y entonces, como las etiquetas lingüísticas reciben su significado de las cosas a las que van unidas, y las palabras reciben su significado del contexto al que van dirigidas, estas palabras y frases enérgicas —es decir, todo el lenguaje— tienden siempre a perder fuerza. Dicho de otra manera, hay una pérdida de energía en la transmisión del hablante al oyente. Vemos que este proceso se manifiesta en todas las lenguas y en todas las épocas. Lo vemos más claramente en algunas literaturas, como cuando, por ejemplo, las expresiones forzadas de la Edad de Plata latina suceden a la claridad de la Edad de Oro, en un intento de atraer una atención que ya está agotada. En nuestra propia civilización podemos ver el exceso de énfasis sobre todo entre aquellos de nosotros que, para sustentarse (como publicistas y agentes comerciales) deben causar rápidamente una impresión que sobrepasa los méritos del asunto que tratan, y es típico del «lenguaje periodístico». La frase *They literally tore him limb by limb* ['Literalmente le despojaron un miembro de otro'], quiere decir que tuvo una cálida acogida. *Literally* ['literalmente'], está descendiendo al nivel de «casi». «Les sacudieron de lo lindo» puede indicar que perdieron por dos tantos. Ya no se utiliza el verbo *spread* ['difundir'] para dar noticias, sino el verbo *reveal* ['revelar']. Antes hemos dado otros ejemplos tomados del lenguaje en general.



Si volvemos ahora a estos tres procesos del cambio de significado, reconoceremos fácilmente que no son más que uno, tres dimensiones de las aguas de un mismo río caudaloso. Primero dijimos que el significado se va haciendo cada vez más preciso, al empezar, por así decirlo, el elemento cognoscitivo a liberarse del afectivo- conativo [11]. En segundo lugar dijimos que las impresiones sensoriales derivadas de objetos y personas concretos, quietos o en movimiento, dan lugar a lo abstracto y a lo conceptual. También esto debe querer decir (con palabras del primer proceso) que el significado se hace más preciso. Las impresiones que reciben los sentidos de los objetos de la naturaleza son necesariamente menos precisas que las abstractas y conceptuales. Desde el momento en que lenguaje y pensamiento son impresionistas, las impresiones de lo concreto no pueden ser, en el mejor de los casos, más que imperfectas. Cualquier objeto concreto posee un número ilimitado de aspectos. Podemos decir

que la luna o el sol «brillan», pero hay más: tienen posición y movimiento y tamaño y color y muchos otros rasgos. El lenguaje sólo puede ser completo y exacto cuando nombra lo puramente conceptual, lo que no tiene existencia salvo en la mente del hablante y el oyente, porque entonces no hay conflicto o contradicción entre la realidad física y la impresión mental. El tercer proceso, dijimos, era el de desgaste —una pérdida de fuerza, «una atenuación, un debilitarse, una formalización de lo que antes era sólido, positivo, sustancial», y, podemos añadir, fuertemente conmovedor. Esto, en todo caso, debe ocurrir cuando el lenguaje deja de expresar impresiones sensoriales de cosas y acciones concretas.

Si remontamos en nuestra imaginación el triple camino que ha recorrido el lenguaje, ¿a qué origen nos llevará en último término? Probablemente al origen que describimos en el capítulo 12. Nos retrotrae a un lenguaje cuyas escasas palabras articuladas tienen significados predominantemente afectivo-conativos, y sólo en un pequeño grado cognoscitivos; a un lenguaje de pocas palabras, cada uno de las cuales abarca un campo de significado tan vago e ilimitado, que cada una de ellas significa prácticamente la mismo; a un lenguaje cuyas escasas palabras expresan impresiones recibidas por medio de sentidos y que provienen de la acción humana y de objetos concretos es decir, de seres humanos en acción; a un lenguaje cuyas escasas palabras expresan un máximo de energía —es decir, que todas indican acciones humanas que implican un máximo de fuerza física.

Si volvemos ahora a los primeros capítulos de este libro, veremos que todos los hechos que hemos señalado, todos los procesos de cambio que hemos observado, tienden continuamente, armoniosamente, indiscutiblemente, a este origen. Primero examinamos la historia de los porcentajes de las partes de la oración. Las últimas partes de la oración son las preposiciones y las conjunciones; antes de ellas están los adverbios; antes de la mayoría de éstos, los adjetivos; antes aun los nombres; antes de ellos los verbos; y la más temprana forma del verbo fue la exigencia de acción; y la forma más temprana de exigencia era la de



una acción que requería el máximo de fuerza humana. Este orden de aparición muestra una disminución progresiva, a partir de los comienzos del lenguaje, en la expresión de la energía humana. Las más recientes partes de la oración, las preposiciones y conjunciones, son palabras de valor principalmente gramatical o sintáctico, y no denotan energía física alguna ni fuerza afectiva ni preponderancia de los sentidos. Muchas lenguas de los pueblos más atrasados carecen realmente de estas partes de la oración. Cuando el indoeuropeo común se estaba dividiendo en sánscrito griego, latín y las otras lenguas o grupos de lenguas antiguas, no había una sola preposición o conjunción que podamos considerar como tal; en todo caso no hay ninguna que haya dejado rastro en las lenguas que vinieron después. Antes de las preposiciones y conjunciones venía toda la masa de adverbios y de hecho a partir de ellos se ha formado la mayoría de nuestras preposiciones ya que éstas últimas eran en su origen adverbios, y siguen siendo primordialmente adverbios en algunas lenguas indoeuropeas, sobre todo en griego antiguo. Los adverbios connotan más energía física que las preposiciones y conjunciones. En muchas lenguas, como hemos visto, apenas hay adverbios, y en las lenguas indoeuropeas constituyen éstos una de las partes de la oración más recientes: no tienen, por ejemplo, las flexiones corrientes que caracterizan a esta parte de la oración, y deben haber adquirido sus flexiones a partir de entonces, ya que el indoeuropeo era una lengua flexiva en grado sumo. Los adverbios se originan principalmente a partir de los adjetivos (aunque también del nombre y del verbo) y no hay gran diferencia en sustancia y fuerza física entre los adjetivos y los adverbios. La mayoría de los adjetivos se originan a partir de los nombres que denominan objetos y personas concretos, sólidos y materiales aunque no expresen movimiento o fuerza física. Los nombres se derivan principalmente de los verbos, que no son más que la expresión de la fuerza física, y esto se aplica especialmente a la exigencia de acción, por lo cual, por medio de otro hombre, el hablante hace ac-

tuar la fuerza física. Detrás vienen los primeros verbos, que expresan el máximo de energía física humana.

Este era el curso de la historia que trazamos en los primeros capítulos de este libro; y en este capítulo y en el anterior se ha visto claramente que la aparición sucesiva de las partes de la oración es una mera serie de incidentes en una historia del significado que indica una pérdida progresiva de fuerza.

Vamos a finalizar este capítulo con dos ejemplos de esta pérdida de energía en el lenguaje. Son de particular interés porque pueden encontrarse en continentes y épocas muy alejados, y aclarar la amplitud del sentido en que debe entenderse la frase «pérdida de fuerza».

El primer ejemplo ilustra la historia de la «cópula», el verbo «ser»; así llamado porque para muchos gramáticos es un mero «enlace» entre el sujeto y el predicado de una frase. «Jorge es rápido». Tiene un interés especial debido al lugar que ocupa en nuestros tres tipos de frase. Tiene también un cierto interés debido a una antigua controversia. La observación de Locke sobre el cambio de significado de ideas sensibles a ideas inmateriales fue muy discutida por algunos escritores posteriores, y entre otros por Victor Cousin en sus *Lectures on the History of Philosophy during the Eighteenth Century* [12]. Describe ahí el verbo *être* ['ser'] como algo que no puede reducirse, que no puede descomponerse, primitivo e intelectual, que no expresa ninguna idea sensible, que no representa nada más que el significado que la mente le confiere, un puro y verdadero signo sin referencia a ninguna idea sensible. «No conozco ninguna lengua», dice, «en que el verbo francés *être* se traduzca por una palabra correspondiente que exprese una idea sensible; y por lo tanto no es cierto que todas las raíces del lenguaje, en un último análisis, sean signos de ideas sensibles» [13].

En un capítulo anterior dividimos las oraciones en tres tipos. El Tipo 1 («¡Mira!»), la exigencia de acción, consta en su forma simple, de un sólo elemento, un verbo. El Tipo 2, que llamábamos afirmación («Jorge corre») consta, en su forma simple, de dos elementos, un nombre y un verbo, y por lo tanto el verbo ahora es sólo la mitad



de la frase, y ha perdido fuerza desde el momento en que ya no es una orden sino una mera afirmación o descripción de una acción. El Tipo 3, que llamábamos afirmación-descripción, contiene tres elementos: verbo, nombre y adjetivo («Jorge es rápido»). Es una descripción del nombre. El verbo se reduce ahora a un tercio de la frase. Además, el verbo ha perdido más fuerza: ahora es el verbo «ser» y contiene un mínimo de acción. Las frases del tercer tipo son tan recientes que podemos observar su desarrollo a partir de frases del segundo tipo en las lenguas de los pueblos más atrasados. Por ejemplo, en las lenguas que ya hemos citado, tomadas de pueblos del Primer Grado Agrícola y la primera mitad de los Cazadores (de Norteamérica) el lugar del segundo y tercer elementos de la afirmación-descripción (es decir, cópula y adjetivo) lo ocupa por regla general un sólo verbo. Así, en natick, *womónat* ['amar', 'ser amable con'], *womonausu* ['él es amable con'], *onouw ussu* ['él es delgado']; *ashkoshki* ['ello'] es verde; *missi* o *mishe* ['ello'] es grande. Pero como, con el progreso, la descripción de los objetos se hace más usual, el lenguaje aísla y especializa una forma adjetiva y un verbo «ser» que puede usarse convenientemente con cualquier adjetivo. El adjetivo, como hemos visto, es originariamente un nombre en la mayoría de los casos, pero a veces es un verbo. En muchas lenguas primitivas el verbo «ser» todavía no ha evolucionado, o, si ha evolucionado, lo ha hecho sólo en ciertos casos, y en general no en el caso más simple, a saber, la tercera persona del aoristo o presente histórico, donde puede sobreentenderse fácilmente. Incluso en las lenguas clásicas se omite con mucha frecuencia en la tercera persona del presente: en hebreo que no tiene esta forma siempre, en griego generalmente y en latín a veces [14].

Pero varios verbos de más fuerza se aplican frecuentemente a este fin, y debido a este uso la pierden. En muchas lenguas es el verbo «comer», que, perdiendo fuerza, llega a significar «vivir» y «ser» *(él come bien,* él vive bien, él está bien; *él como allí,* él está allí). Por ejemplo, en bini, lengua sudanesa, lengua de los edo

de Nigeria del Sur, que dispone de cinco o seis tonos, la misma palabra [e [15] con el mismo tono alto, significa 'comer' y 'ser'. En todos los dialectos bantúes vemos la fase siguiente. El uso del verbo en el valor 'ser' es más frecuente que en el valor 'comer', y por lo tanto, como cópula, la palabra está ligeramente abreviada; y también (por ser familiar y no necesitar, por consiguiente, la ayuda de la gramática), se hace irregular y defectivo. Así en el buluba lulua, *dia* ['comer'], y el verbo defectivo *-ri* ['ser']; en el hebreo *-ria* ['comer'], y el verbo defectivo *-ri* ['ser']; en el kikuyu *-rĩa* ['comer'], y el verbo defectivo *-ri* ['ser']; y en el kikuyu del Sur hay una forma aún más debilitada *-i* (en vez de *-ri)* ['ser'].

Los mismos fenómenos pueden observarse en las lenguas indoeuropeas. En indoeuropeo común la raíz *ed* significaba en su origen (y sigue significando) 'comer', y en una forma algo debilitada, abreviada, irregular y defectiva, 'ser'. *Edmi era* ['yo como' y 'yo soy']; *edsi* o *edti era* ['él come' y 'él es']. La *d* se debilitó y pasó a *s* en el verbo 'ser', y también a menudo en el verbo 'comer'. Así en sánscrito, *admi* ['yo como']; *asmi* ['yo soy']; y en griego homérico *edo* ['yo como']; *erménai* ['comer'], y el abreviado *eînai* ['ser'], y *eimi* ['yo soy']. En latín *est* significa ['él es' y 'él come'], *es* ['tú eres' y 'tú comes']; *esse* ['comer' y 'ser. En alemán moderno *iszt* e *ist* ['él come' y 'él es']. Inglés moderno *eats* e *is.*

En otras lenguas se emplean otros verbos —en las semíticas un verbo que significa 'vivir': así en hebreo *hayah* ['él vivió'], y *hayah* ['él fue']. En indoeuropeo se empleaba también un verbo que parece que significaba 'crecer'. La raíz era *bhu*: sánscrito *bhavami,* griego *phuo,* latín *fui,* ant. alt. al. *bim,* al. mod. *bin,* inglés *be.* En francés moderno se emplea también la palabra que en bajo latín significaba 'estar de pie' —así *être, estere* de *stāre* ['estar de pie'] ser; *était* (del perfecto analógico del bajo latín *stavit,* ['él estuvo de pie'] él era; griego moderno *estathē.*

El otro ejemplo que daremos de la pérdida de fuerza en el lenguaje es el ejemplo de los demostrativos.



En las lenguas romances hay un artículo definido *(il, le, la,* etc.), que es una forma abreviada del demostrativo latino *ille, illa* ['aquél', 'aquélla']. Este demostrativo tiene un sentido físico, ya que indica a un hombre u objeto que está más allá de determinado sitio. Como artículo definido ha perdido en romance su fuerza física, ya que su significado es puramente gramatical. Generalmente señala al hombre u objeto de que se ha hablado previamente, al que distingue de cualquier miembro sin especificar de la clase «hombres» u «objetos». En algunos usos, sin embargo, el artículo definido sufre una mayor pérdida de fuerza y no tiene ningún significado. En francés, *le beurre* ['la mantequilla'] y *l'élephant* puede significar simplemente ['un elefante'].

Este proceso de cambio del demostrativo al artículo definido es universal. En inglés, por ejemplo, se ha llegado al artículo definido *the* por un mero debilitamiento fonético (a saber, pérdida de la consonante final) del demostrativo *that* (alemán moderno *das* sigue teniendo los dos significados), y en la fase final encontramos en inglés, como en francés, una pérdida total de significado: *The elephant never forgets, an elephant never fragets* ['el elefante nunca olvida', 'un elefante nunca olvida']. El latín clásico no desarrolló un artículo definido. El griego empieza con un demostrativo (ὁ ὁ, ἡ, ὁ ὁ τό) que (excepto en unos cuantos usos) deja de ser un demostrativo y se convierte en artículo definido.

En algunas lenguas el pronombre demostrativo se convierte también en el pronombre de tercera persona (como en las lenguas romances); en otras (como en griego y en inglés) en pronombre relativo o conjunción (por ejemplo, *I know that the man has gone* ['Sé que el hombre se ha ido'], *I know that* demostrativo neutro, ['yo sé eso', 'a saber'], *the man has gone* ['que el hombre se ha ido'].

Esta debilitación del demostrativo está también muy extendida en las lenguas semíticas. Así, por ejemplo, el árabe tiene el demostrativo *hā* que se ha abreviado ligeramente en el artículo definido *ha* en hebreo, fenicio y moabita; y en hebreo está a punto de convertirse en un pronombre relativo. La *h* que prácticamente aparece en

todas las lenguas semíticas en los pronombres personales de tercera persona se ha dicho que tiene el mismo origen. Así, también, el demostrativo árabe *la* se convierte en artículo [17], y ocasionalmente en pronombre relativo.

También vemos el proceso en lenguas de Norteamérica. Por ejemplo, en hupa, *hai* se encuentra en el proceso de cambiar de demostrativo a artículo definido [18].

En Africa se dan muy claramente los mismos fenómenos, que pueden observarse en todas partes. En algunas lenguas los demostrativos se usan como artículos definidos; en otras como pronombres de la tercera persona. Un buen ejemplo lo proporciona el masai. Esta lengua tiene varios demostrativos *-elle* (fem. *enna), elde* (fem. *enda), illo* (fem. *inna), lello* (fem. *nenna).* Veremos que todas estas son variaciones de un demostrativo *el* (fem. *en).* Sobreviven como artículo definido en masai: masc. *ol* (pl. *il),* fem. *en* (pl. *in).*

Este artículo ha ido todavía más lejos que el artículo definido francés, y en la mayoría de los casos su empleo es obligatorio; se pronuncia como formando parte del nombre al que va unido, y no tiene significado, pero si fuera omitido el texto no podría comprenderse. Por ejemplo, si uno quisiera decir en masai «Erase una vez un hombre que tenía tres hijos —dos niñas y un niño—», diría:

*E - tii opa ol - paiyan, n-e-i-u*
['El-está-ahí antiguamente el-hombre-viejo, y-él-genera']

*'n - gera uni, 'n-doiye are, o ol-ayōni ōbo*
['los-hijos tres, las-niñas dos, y el - niño uno'] [19].

Así, cuando el pronombre demostrativo va unido a un sustantivo, ocupa el lugar del artículo —por ejemplo: *elle-tuñgani* ['este hombre']; *endakerai* ['ese niño'].

Hay también un pronombre relativo, masc. sing., *ō,* femenino *na;* o bien (cuando el negativo *me* se combina con el relativo) se usa *le-me* para el masc., y *ne-me* para el femenino.



Así:

*Ol-tuñgani o - ra sapuk*
['El-hombre que-es grande']
*Ol - tuñgani le-me-ra sapuk*
['El-hombre que-no-es grande'] [20].

Es evidente, por lo tanto, que los relativos (masculino *O* y *le;* femenino *na* y *ne)* son todos formas debilitadas de los mismos demostrativos, como también lo son los artículos definidos *ol* y *en.*

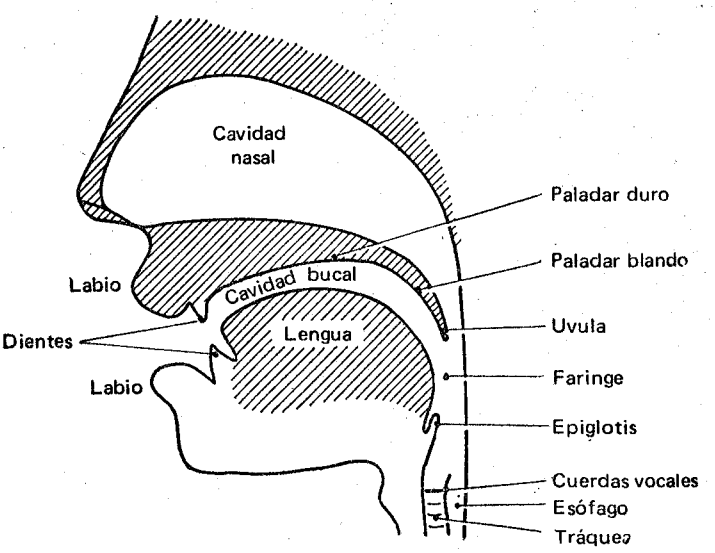
Queda una faceta importante del lenguaje, cuya naturaleza e historia apenas hemos examinado, a saber, la fisiología del habla. Esto es primordial para nosotros, porque nos muestra una sucesión de cambios evidentes y un camino que nos lleva a los orígenes del lenguaje. La materia se deja dividir con dificultad en dos partes: la primera, las formas de las palabras, y la segunda, la fisiología humana que las ha configurado. En el presente capítulo tendremos en consideración principalmente las formas de las palabras, y aquí veremos testimonios tan precisos como los que hasta ahora hemos encontrado.

Hasta el momento hemos dicho poco sobre la forma de los sonidos que utiliza el lenguaje. Ya señalamos en el capítulo anterior [1] que los vocabularios de las lenguas se han ampliado en el curso del progreso del hombre, y que, en cuanto a la forma de las palabras, ello ha llevado consigo una tendencia a aumentar su longitud. Seguíamos analizando los vocabularios de una serie de lenguas, y encontramos palabras o partes de palabras que reaparecían en otras muchas palabras de la lengua y que tenían un





significado constante, y las llamábamos «palabras radicales» o «raíces». Se vio que generalmente tenían el sentido de verbos, y llegamos a la conclusión de que no eran ni más ni menos que los verbos antiguos (o las consonantes de los verbos antiguos) a partir de los cuales estos vocabularios se habían desarrollado. Y lo que era todavía más importante para nuestro objetivo, observamos que estos verbos antiguos pertenecían a un tipo de estructuras, a saber, CV o CVC o CVCV (en que C representa cualquier consonante y V cualquier vocal) y vimos que las formas CVC y CVCV (entre las cuales era difícil señalar la diferencia) eran mucho más numerosas que todas las demás. Así pues, estas raíces o palabras radicales empezaban con una consonante, y la mayoría terminaban en vocal, y mostraban una secuencia de consonante-vocal, pero nunca aparecían juntas dos consonantes. Observamos también que las vocales eran en general breves, y que entre ellas predominaba la vocal A. ¿Eran estas formas léxicas y estos significados meros esqueletos de palabras y fantasmas de significados, a los que se llegaba por un proceso de análisis y abstracción, o



eran el vocabulario original que sobrevivía como un núcleo en el lenguaje ampliado y desarrollado? Pensamos que la verdad estaba en la última proposición; y veremos en este capítulo y en el siguiente poderosas razones que corroboran esta opinión.

Los sonidos que constituyen el lenguaje los recibe el tímpano de un oyente por una serie de presiones rítmicas de aire —presiones muy suaves pero muy rápidas, de una frecuencia que cae dentro de la escala del oído humano. El aire es de naturaleza elástica, y estas presiones —o más bien variaciones de presión— están causadas por una alteración rítmica del aire en determinado punto en que se origina el sonido. El sonido oral se causa al estorbarse la salida de una columna de aire que va desde los pulmones del hablante, sube por la tráquea y la laringe (o «bocado de Adán») y pasa por la cámara conocida con el nombre de faringe; y de ahí sale por la boca, pasando por encima de la lengua, o se desvía por detrás del velo del paladar para salir por la nariz. Algunos sonidos —pocos— en unas cuantas lenguas se pronuncian con aspiración [2], pero este fenómeno es tan raro que no hace falta que lo tengamos en cuenta aquí. Los pulmones desempeñan la misma función de un fuelle; en el proceso que nos ocupa su parte consiste simplemente en proporcionar una columna de aire que se emite en cantidad y presión controladas. Los pulmones se llenan mediante un movimiento muscular, y su posición normal es la de descanso, y cuando se relajan, el aire se expira sin esfuerzo. Una columna de aire contenida, en parte o en todo en la cavidad existente entre la laringe, la boca y la nariz, al ser elástica por naturaleza, oscilará, si encuentra obstáculos, hacia delante y hacia atrás, dejando salir un poco de aire, aspirando cantidades más pequeñas, dejando escapar cantidades más pequeñas aún, y así sucesivamente, hasta que al fin vuelva a establecerse el equilibrio. Así es como se originan las variaciones rítmicas de presión que van por el aire, y golpean el tímpano de un oyente, lo mismo que se forman y van por el agua ondas [3] cuando ésta ve perturbada su quietud.

La columna de aire, presionada desde los pulmones, pasa por la tráquea a la laringe, donde los lados de la tráquea están muy aplastados hasta que se juntan. En este punto las paredes de la tráquea cobran más cuerpo y van dotadas de un complejo de músculos y cartílagos que se conocen con el nombre de laringe. Atravesados en el extremo superior de la tráquea (conocida aquí con el nombre de glotis) se encuentran dos labios móviles, que ocupan horizontalmente la parte anterior y posterior, y que constan de un tejido elástico, y una membrana mucosa y gruesa. Son las «cuerdas vocales». Durante la respiración normal se mantienen lo suficientemente apartadas por la fuerza de la columna de aire que sale, sin ofrecerle ningún obstáculo; pero cuando no se las mantiene apartadas, se juntan por su propia elasticidad, ya que son una simple cubierta del músculo tiro-aritenoideo, y forman también una superficie suave que coincide con la «cuerda» opuesta cuando las dos se juntan. Si se las mantiene lo suficientemente unidas, vibran como una lengüeta cuando el aire empujado por los pulmones pasa entre ellas; y en consecuencia la columna de aire se interrumpe al pasar, y se producen variaciones de presión de aire violentas, rápidas, rítmicas, que dan como resultado una nota en el tímpano del oyente. El volumen (o fuerza) de la nota varía con la presión de aire que viene de los pulmones y la mayor o menor amplitud consiguiente de cada vibración. El tono de la nota varía con la rapidez de las vibraciones: cuanto más frecuentes sean las vibraciones, más alta será la nota; y esta rapidez varía según la longitud, anchura y grosor de las cuerdas vocales. Si el tono es constante el resultado es una nota musical, pero si hay una serie de deslizamientos de tono el resultado son los sonidos del habla. El oído humano ha evolucionado con la voz, y la gama de sonidos audibles por el hombre se corresponde con la escala de frecuencias de la conversación normal.

La nota producida de esta manera por la laringe no consiste en un sólo tono: hay varios tonos al mismo tiempo, es decir, varias series de vibraciones de frecuencia variable. La nota laríngea consiste en un complejo de armónicos fundamentales algunos armónicos más suaves (o parciales) que juntos dan la calidad del «timbre». Pero

además la nota laríngea se ve afectada por los resonadores. Hay poca resonancia, si es que la hay, en el tórax y en la tráquea: la resonancia se deriva sobre todo de la cavidad existente entre la laringe por un lado y los labios y la nariz por otro. Cambia si se altera el tamaño (y hasta cierto punto la forma) de la cavidad bucal, especialmente por el movimiento de la lengua, labios, mandíbula inferior y velo del paladar, y también si se altera el tamaño del orificio en los labios. El resonador no afecta a la nota fundamental tanto como a las parciales, que puede intensificar o absorber. Pero en algunas posiciones puede producirse en la boca (por ejemplo, con los sonidos [i] o [s], entre la lengua y el paladar duro) una segunda nota subsidiaria (además de la nota laríngea). Hasta aquí hemos estado hablando de lo que ocurre cuando se hacen vibrar las cuerdas vocales (o más exactamente, la parte membranosa de las cuerdas vocales), produciendo entonces una nota laríngea y un sonido sonoro (voiced). Pero hay también sonidos susurrados (o sordos) (unvoiced) cuando no se produce ninguna nota en la laringe, y entonces hay una variación en la anchura y forma de la apertura de la glotis, y hay una vibración del aire expirado causada por el contacto con las paredes de la glotis, el paladar, la lengua, los dientes y los labios.

Pero tanto si las cuerdas vocales están vibrando como si no vibran, la columna de aire que ha pasado por ellas puede verse afectada en la cavidad bucal de una o dos maneras. La primera es una detención del aire en algún punto de la cavidad, dando por resultado, tan pronto como la salida se reanuda, un sonido al que se da el nombre de consonante: por ejemplo, la consonante [t]; la segunda consiste en alterar el tamaño de la cavidad y orificio de la boca, y emitir un sonido vocálico mientras los órganos siguen estando en esta posición. Por ejemplo, al emitir la vocal cerrada [i:], como en inglés *feet,* la cavidad bucal queda reducida a un espacio angosto entre el paladar y la lengua, y ésta se apoya en aquél de manera que deja libre en la parte del centro un canal por el que sale el aire.

El primero de estos tipos de obstrucción del aire se



mezcla con el segundo y podemos pensar que los dos forman una línea o una serie continua. En un extremo está el sonido que se produce cuando el obstáculo es mínimo: la boca, que estaba en posición cerrada, se abre bajando la mandíbula inferior, pero la lengua sigue quieta las cuerdas vocales vibren o no, y hay poca obstrucción de la columna de aire que pasa por la boca. El sonido vocálico breve producido de esta manera pertenece al grupo «central» de vocales: bien la vocal «neutra» [ə] (como la *a* inglesa de *above) o la vocal* [ʌ] (como la *u* del inglés del S. E., en *hut)* o la vocal [a] (como la *a* francesa en *la),* o la vocal [ɑ] (como en el inglés *far).* Se requiere el más fino y delicado ajuste de la boca y de la lengua para distinguir entre los cuatro, y usaré el signo A para indicar cualquier vocal de este grupo. En el otro extremo de la serie están los sonidos que se producen cuando la obstrucción de la columna de aire al salir es máxima, es decir, cuando hay una oclusión completa, y, en el momento de quitar el obstáculo y soltar el aire, se producen las consonantes «plosivas». Las principales de éstas son *p* y *b, t* y *d, k* y *g,* y las tres nasales correspondientes (o, como me propongo llamarlas), «plosivas nasales») *m, n* y *ng* [ŋ]. La mayoría de las restantes vocales y consonantes se producen mediante la oclusión parcial de la salida del aire, o el estrechamiento de la cavidad bucal, en grado variable y en sitios distintos.

Así pues, en primer lugar, las oclusivas o plosivas. Se producen, principalmente, en tres zonas de la cavidad bucal. Una es la zona labial, y la oclusión se lleva a cabo cerrando los labios, y formando por tanto (cuando se vuelve a soltar el aire) la bilabial sonora *b* con vibración de cuerdas, y la bilabial sorda *p* sin vibración. La segunda es la zona dental (o alveolar) en que la oclusión se lleva a cabo entre la lengua y el paladar duro junto a los dientes o cerca de ellos, produciendo entonces la dental (o alveolar) sonora *d* y la sorda *t.* La tercera es la zona del velo del paladar, en que el cierre se realiza entre éste y la parte superior de la lengua, formando la consonante velar sonora *g* y la sorda *k.* Además de estas tres oclusiones, el velo del paladar blando puede bajarse, per-

mitiendo que el aire que viene de la laringe pase por detrás de él y por las fosas nasales, dando por resultado que las plosivas sonoras se convierten en plosivas nasales —la *b* se convierte en *m*, la *d* en *n*, y la *g* en *ng* [ŋ].

Luego vienen las obstrucciones parciales, conocidas también con el nombre de consonantes fricativas. En estos casos la obstrucción no es completa: los dos órganos se acercan mucho uno a otro y se mantienen juntos, pero sin unirse del todo, y se oye la fricción de la columna de aire al pasar entre ellos. De esta manera la labial sonora *b* se convierte en *v*, y la sorda *p* se convierte en *f* [4]; la dental *d* se convierte en [ð], [z] y [ʒ], y la *t* se convierte en [θ], *s* y *sh;* y la velar *k* se convierte en [x] (como en español *ajo)* y en la *h* inglesa. Entre estos dos grupos se encuentran la líquida (o lateral) *l*, y la líquida (o fricativa) *r*.

Luego vienen los sonidos que son mitad consonante y mitad vocal: *-w* (que es la vocal *u* que se convierte en consonante semiplosiva y semiconsonante) e *y* (como en inglés *young* y español *pie,* donde la vocal [i] también se convierte en consonante semiplosiva y semiconsonante). Todos los sonidos restantes del inglés son vocales.

Consideremos ahora el mismo punto de intersección entre consonantes y vocales desde el extremo opuesto, el de las vocales.

Está primero el grupo de las vocales centrales ya mencionadas, simbolizado por A, y podríamos añadir también la [æ] del inglés del S. E. (como en *hat).* Todas éstas, [ə], [ʌ], [ɑ], [a] y [æ], se distinguen una de otra por medio de ajustes precisos y delicados de la cavidad bucal.

Por medio de ajustes en cierta manera menos precisos de la lengua y los labios y la mandíbula inferior, llegamos a dos series de vocales, una de vocales anteriores —así llamadas porque la lengua está levantada y echada hacia delante— y otra de vocales posteriores, en que se baja y retrotrae la lengua. La primera serie empieza con [æ], y luego [ɛ] (como en inglés *bear),* luego [e] (como en inglés *bet),* y luego la [i] breve (como en inglés *bit)* y la [i:] larga (como en inglés *beat);* y aquí llegamos a la semiconsonante y [j], ya mencionada. En la serie posterior encontramos [a], luego [ɔ] (como en inglés *hot),* [o] (como en inglés *november),* [u] (como en inglés *hood),* y aquí nos encontramos de nuevo con la semiconsonante *w*.

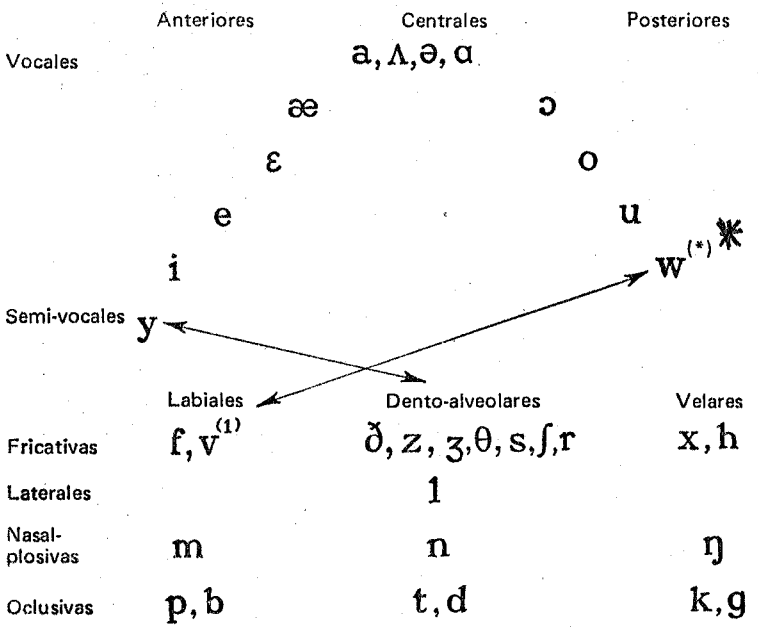


Podemos entonces disponer las consonantes y vocales inglesas según el cuadro de la página 246 [5].

Pero aunque se da esta serie fisiológica y acústica continua que incluye consonantes y vocales, hay diferencias apreciables entre los dos grupos. La distinción entre una vocal y otra se consigue, como hemos dicho, por un ajuste más fino de los órganos bucales que en la distinción entre consonantes. Esta diferencia se hace muchas veces evidente en el habla de dos individuos, que, aunque parece que pronuncian las consonantes de la misma manera, pueden tener vocales muy distintas. Uno puede decir *nice* ['nais'] y el otro *naice* ['neis']; uno puede decir *either* [aiðə] y el otro *eether* [i:ðə]; y en consecuencia, a medida que se forman los dialectos, las primeras diferencias que se advierten son las que se dan entre las vocales, ya que las consonantes se pronuncian en general de la misma manera. Así, hay muchos dialectos ingleses en que no hay diferencias apreciables en la pronunciación de las consonantes y sí una gran variedad en la pronunciación de las vocales. Dando un paso más, vemos solamente una expansión del mismo proceso. Así, en la historia del inglés, la pronunciación de las vocales ha cambiado casi cada siglo, pero las consonantes muestran muy pocas alteraciones. Y podemos ver lenguas que se han formado por variación dialectal de una sola lengua madre, y observar una expansión del mismo rasgo. Así, por ejemplo, en las lenguas indoeuropeas se dan cambios de consonantes que se pueden formular en leyes, mientras que los cambios de las vocales son tales que es mucho más difícil ver en ellos ningún proceso regular.

Sólo hay una explicación que satisfaga una serie tan extendida de fenómenos, a saber, la que ya hemos dado, que la precisión requerida para la pronunciación de una vocal es más difícil de lograr que para la pronunciación de una consonante, y esto, por lo que hasta ahora sabemos, siempre ha sido así. Ahora bien, hay que tener

siempre presente, al considerar el aspecto fonético del lenguaje, que éste es una especie de pacto entre hablante y oyente. Es esta asociación, que ha existido durante muchos millones de años antes de que surgiera el lenguaje,




* La *W* semiplosiva es una labial, como la *F* y la *V*, que se pronuncia con la lengua en posición baja y retraída y adelantando los labios; de aquí que la vocal posterior *U* en la fase siguiente se convierta en una consonante anterior, cerrándose el ciclo.

lo que ha desarrollado la correspondencia entre la escala de frecuencias de la conversación humana y la gama de sonidos que el oído humano puede percibir. Lo que crea la comunicación no es sólo la intención del hablante sino también, y todavía más, los sonidos que recibe el oyente. El lenguaje exige una constancia extraordinaria en los sonidos que utiliza, y es esto lo que da a las palabras la apariencia de una personalidad inalterable. Exige



que sus sonidos sean de tal manera que el hablante pueda repetirlos a voluntad y el oyente pueda siempre reconocerlos e imitarlos, no un *tour de force* que pueda producirse con éxito variable. Por lo tanto, si un sonido es lo suficientemente difícil para que la comunidad lingüística lo emita y reconozca, desaparecerá del lenguaje; o (lo que es lo mismo) si llega a producirse —ya que las variantes de los sonidos del lenguaje son infinitas— el lenguaje no las utilizará para sus fines de comunicación.

Dijimos que era más difícil conseguir precisión y constancia en las vocales que en las consonantes. Ahora podemos afirmar con seguridad, a medida que nos acercamos a los orígenes del lenguaje, que el hombre encontró que todos los sonidos del lenguaje eran cada vez más difíciles de conseguir. Hubo un tiempo en que el hombre no sabía hablar, y todavía hoy los monos antropoides y los niños lactantes no pueden hacerlo. La capacidad de pronunciar y distinguir con precisión y constancia sonidos que antes era innecesario emitir o reconocer, sólo puede haberse desarrollado lenta y penosamente a lo largo de milenios, mientras la naturaleza seleccionaba y transmitía, como factor favorable para la supervivencia, una capacidad creciente para ajustar delicadamente un órgano vocal y otro, y una delicadeza cada vez mayor de apreciación del oído. Entonces, si las vocales siempre han sido más difíciles de pronunciar que las consonantes, y si todos los sonidos del lenguaje se hacen más difíciles de pronunciar cuanto más nos acercamos a los orígenes del lenguaje, llegamos a una situación, al retroceder, en que el lenguaje se basaba, para la comunicación, en las consonantes: una situación en la que pocos sonidos del lenguaje podían pronunciarse y distinguirse con precisión y constancia, y ninguna vocal. Y como las vocales son necesarias para el habla, este camino nos lleva a un punto de partida en que había una sola vocal indiferenciada e indefinible y un reducido número de consonantes de relativa precisión. Por muy sorprendente que esto parezca, es uno de los pocos fenómenos básicos del lenguaje. Es el hecho fundamental de la historia fonética del lenguaje, lo mismo que la disminución regular en la proporción

de los verbos es el fenómeno más importante en la historia de las partes de la oración, y la exigencia de acción es el hecho crucial en la historia funcional del lenguaje.

Esta importancia de las consonantes y su predominio ha disminuido muy lentamente. En las lenguas clásicas todavía lo vemos con claridad. Sobrevive hoy, casi tan fuerte como siempre, en las lenguas más conservadoras que existen —a saber, las semíticas— en que todo verbo radical consta de tres consonantes invariables, y se conjuga sobre todo alternando las vocales y también añadiendo nuevas consonantes. Si no nos equivocamos al sacar esta conclusión del griego, esto era lo que ocurría hace miles de años, cuando se originaron las lenguas indoeuropeas; es seguro que ocurría en las camíticas; y las lenguas bantúes testimonian esta misma situación en algún momento de su pasado. En algunas lenguas como el polinesio, en que por todas partes las consonantes se están debilitando, podemos ver un movimiento más rápido en la misma dirección. Pero incluso en las lenguas modernas, en que las consonantes son menos importantes (ya que la vocal ha desarrollado muchas variedades de resonancia y cantidad) siguen siendo las consonantes y no las vocales las portadoras de significado. Estas son demasiado pocas si se las compara con las consonantes. Podemos, por ejemplo, reconocer fácilmente el principio del discurso de Marco Antonio en el siguiente pasaje del que se han quitado las vocales:

Frnds! Rmns! cntrmon! lnd m yr rs
. cm t br Csr, nt t prs hm.
Th vl tht mn d lvs ftr thm.

Pero no cuando faltan las consonantes:

ie oa ouye e e ou ea.
I oe o uy aea o o aie i.
e ei a e o ie ae e.

Por consiguiente, lo que imaginamos en los comienzos del lenguaje es simplemente que las vocales guardaban



en gran parte la misma relación que ahora con respecto a las consonantes, de manera que había, como ahora, muchas menos vocales articuladas que consonantes, pero había menos en ambas series.

¿Cuál era entonces esa vocal y cuáles eran las consonantes que aparecieron en los comienzos del lenguaje? La respuesta con seguridad debe ser la siguiente: las consonantes articuladas y la vocal que podían y pueden pronunciarse sin la ayuda de las adaptaciones y aptitudes fisiológicas que se han desarrollado para los fines del habla.

Cuando la boca está cerrada y los órganos articulatorios en reposo, las mandíbulas están cerradas siempre en la misma posición una con respecto a otra, la mandíbula inferior no excesivamente echada hacia adelante o hacia atrás, y la lengua tampoco hacia delante o hacia atrás, ni alta ni baja, sino descansando en la boca. Los labios en contacto; el ápice y parte superior delantera de la lengua está en contacto con el paladar duro y la parte interior de los incisivos; y la parte posterior de la lengua está muy cerca del paladar blando. La corriente de aire expulsado por la boca queda obstruida, y toda la respiración se hace por la nariz. Era más por la nariz, cuya función, si es que era distinta, era mayor en el hombre primitivo, ya que dependía más del olfato que sus descendientes. La presión del aire es más bien hacia fuera que hacia dentro, ya que la tendencia natural de los pulmones es a estar relajados expulsando el aire; y especialmente cuando se hace un gran esfuerzo físico, el movimiento de aire que entra y sale de los pulmones por la nariz es insuficiente. Por lo tanto, como es bien sabido, en tales circunstancias, más tarde o más temprano, la boca se abrirá para dejar salir una columna de aire, que siempre se deja escapar con un estallido o jadeo más o menos intenso. Cuando se deja escapar la columna de aire, se producen en general dos sonidos. Primero se produce un sonido oclusivo, el sonido de una consonante oclusiva: cuado los labios dejan de estar en contacto uno con otro, la parte delantera de la lengua se despega del paladar duro, y a veces la parte posterior del paladar blando. Si la aper-

tura de la boca se realiza sin ninguna intención de hablar, será absolutamente casual, o por lo menos no es seguro, que la consonante se perciba como labial, dental o palatal. Depende de cuáles sean los últimos órganos bucales que dejan de estar en contacto, pero será una oclusiva, con la precisión de una oclusiva —es decir, una liberación del aire que sigue a una oclusión completa. No hay una zona intermedia de articulación entre las labiales y las dentales, y tampoco entre las dentales y las velares. Debe ser una de los tres grupos de oclusivas. Y que sea sonora o sorda dependerá de que las cuerdas vocales estén vibrando o no, y que sea una nasal o una simple oclusiva dependerá de que la salida de aire vaya o no acompañada de un descenso del velo del paladar. En cuanto a la vocal, será sólo un sonido vocálico ligero y breve, pero, aun siendo así, será una vocal central o neutra, algo entre la *a* de *above* o la *u* de *hut* en inglés del S.E., o la *a* breve de *far,* o la *a* del francés *la,* es decir, nuestra vocal A. Tenemos aquí, entonces, un posible total de unas nueve consonantes oclusivas, y sólo una vocal central breve, formando *ba, pa,* o *ma; da, ta* o *na;* y (menos frecuentemente) *ga, ka* o *nga* —y la que tiene más probabilididades de todas es *da.* Estos son los sonidos más simples que pueden producirse, ya que ninguno de ellos implica especial adaptación para el lenguaje. Estos fueron los primeros sonidos del lenguaje.

Las consonantes oclusivas y la vocal central están en los extremos opuestos de nuestra serie continua de sonidos. El centro de la serie lo constituyen los refinamientos y combinaciones posteriores. Las oclusivas son las más consonánticas de las consonantes. El resto está formado sobre todo por fricativas que son más difíciles de pronunciar que las oclusivas, ya que para articular éstas no hay más que separar los órganos que están en contacto, mientras que las fricativas requieren que dos órganos estén lo suficientemente cerca uno de otro como para hacer que vibre uno o los dos órganos y la columna de aire que pasa entre ellos, pero ni tan apartados como para que se produzca la vibración, ni tan cerca que se cierre el paso del aire. Se realizan mediante una adaptación al lenguaje desarrollada a lo largo de un extenso período de tiempo.



Esta posición singular de las oclusivas, como las primeras y las más simples de las consonantes, está corroborada por consideraciones parecidas a las que adujimos para las consonantes en general. Como las oclusivas son más fáciles de pronunciar que las demás consonantes, hay, por tanto, menos diferencia entre un individuo y otro cuando las pronuncian. Entre un dialecto y otro hay menos variación. Distintos hombres y distintos dialectos en Inglaterra pueden pronunciar una *s* como *th,* o *z* o *sh; th* puede pronunciarse como *v* o como una oclusión glotal; la *v* puede pronunciarse como *w,* la *r* como distintos tipos de líquida o como *w* (en muchas lenguas no se encuentra, y en otras se convierte rápidamente en *l*) y las aspiradas pueden desaparecer. Pero a lo largo de la historia del inglés la pronunciación de las oclusivas apenas ha variado; y en las lenguas que descienden de una lengua madre común, las oclusivas son las últimas en experimentar cambios.

Si, por ejemplo, examinamos primero las lenguas semíticas —las que más lentamente han cambiado de todas las lenguas conocidas— encontramos que debido a las pocas alteraciones que han sufrido están todavía muy cerca unas de otras. Las oclusivas son constantes en las distintas lenguas semíticas. La única variación de consonantes se limita, en realidad, a un solo grupo de fricativas, las sibilantes.

En las lenguas indoeuropeas el cambio ha sido más rápido, y entre una lengua y otra se dan muchas variaciones en las consonantes. La primera mutación consonática (o *lautverschiebung*) entre el germánico común y sus descendientes ha sido estudiada muy detalladamente durante más de un siglo. En Inglaterra se la conoce comúnmente con el nombre de un lingüista y hombre genial, como Ley de Grimm. Fue él quien expuso los cambios sufridos por las consonantes en el paso de una lengua a otra: los cambios de las vocales son más oscuros. Cualquiera que sea la versión de la Ley de Grimm que se examine, está claro que la correspondencia entre

las oclusivas es mucho mayor que entre las demás consonantes. Una versión, por ejemplo, contenida en Rhys, *Lectures on Welsh Philology,* página 17, ofrece un cuadro de los cambios ocurridos en 13 lenguas (sánscrito, zendo, griego, latín, osco y umbro, gótico, inglés, alto alemán moderno, lituano, antiguo eslavo, galo, irlandés antiguo y galés antiguo). Podemos hacernos una idea bastante clara de la cuestión, si contamos, por cada consonante, el número de lenguas en que permanece inalterada[6]:

| | | | |
|---|---|---|---|
| N | se mantiene constante en | 13 | lenguas |
| M | » | 11½ | » |
| Ng | » | 11 | » |
| T | » | 10 | » |
| D | » | 9½ | » |
| Dh | » | 9 | » |
| B | » | 9 | » |
| S | » | 7½ | » |
| P | » | 7 | » |
| G | » | 6 | » |

Puede observarse que en la parte superior del cuadro están las tres nasales, luego las otras oclusivas dentales y labiales. En realidad sólo hay una no oclusiva, la sibilante S. La R alterna con la L.

El polinesio ofrece el ejemplo de una familia de lenguas que están sufriendo un cambio aún más rápido, pero donde puede verse la correspondencia de las consonantes entre lenguas que descienden de la misma lengua madre común. Un cuadro de los cambios de las consonantes en 10 lenguas polinesias[7] da las siguientes resultados:



| | *Datos de E. y I. D. Andrew (modificado a Tregar)* | | | | | | *Datos de Hale*[8] |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| M | se mantiene | constante | en | 10 | lenguas | | 8 |
| N | » | » | » | » 10 | » | | 8 |
| P (o B) | » | » | » | » 10 | » | | 8 |
| T (o D) | » | » | » | » 9 | » | | 7½ |
| V | » | » | » | » 8 | » | | 6 |
| Ng (o G nasalizada) | » | » | » | » 8 | » | | 5½ |
| K (o G) | » | » | » | » 7 | » | | 5 |

También aquí, en la parte superior del cuadro, se encuentran las nasales, luego las demás oclusivas labiales y dentales. Sólo hay una no oclusiva en la lista, la V. La R alterna con la L.

Las lenguas de Africa presentan en algunos aspectos un cuadro algo distinto. Aquí la transición de consonantes entre una lengua y otra puede ser violenta, pero regular. Por ejemplo, la *n* alterna muchas veces con la *d;* la *d* y la *t* alternan regularmente con la *l* y *r*[9]*;* la *l* pasa a menudo a *n,* lo mismo que la *t* inicial pasa a *k,* y la *p* a *t.* Pero una comparación parecida ofrece resultados semejantes. Por ejemplo, un cuadro antiguo de Bleek[10] de las correspondencias de siete lenguas bantúes nos da:

| | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|
| M | se mantiene | constante | en | 7 | lenguas | |
| N | » | » | » | » 7 | » | |
| Ng | » | » | » | » 6 | » | |
| K | » | » | » | » 5 | » | |
| T | » | » | » | » 4½ | » | |
| F | » | » | » | » 4½ | » | |
| P | » | » | » | » 3½ | » | |
| ND | » | » | » | » 3 | » | |
| S | » | » | » | » 3 | » | |
| Z | » | » | » | » 2½ | » | |

De nuevo las nasales encabezan la lista, seguidas de las otras oclusivas y, en último término, de las fricativas. La R alterna con la L.

Estos ejemplos deben ser suficientes. Se verá que en todos estos casos las nasales encabezan la lista; luego vienen las otras oclusivas y, por último, las fricativas; luego las otras oclusivas.

Si nos volvemos ahora a las vocales, vemos, en pocas palabras, que en todas las familias de lenguas citadas arriba la vocal A es casi tan invariable como las nasales. Es constante como vocal de las raíces semíticas. Es casi constante en las lenguas indoeuropeas [11] y en general en las polinesias y bantúes [12]. El resto de las vocales va por detrás. Las más cercanas son las semivocales *u (w)* e *i (y):* las demás vocales sufren una serie ilimitada de cambios.

Todas estas consideraciones, por consiguiente, apoyan la opinión, expresada arriba, de que los sonidos del lenguaje más simples y también los primeros son las consonantes oclusivas y la vocal A. Pero hay más consideraciones que corroboran la misma conclusión. Estos sonidos del lenguaje (como muchas veces se ha dicho en este libro) representaban la apertura de una oclusión y un breve estallido o escape de aire hacia fuera. La vocal, por lo tanto, era una vocal breve. Ahora bien, es importante observar que era y es mucho más fácil pronunciar con precisión una vocal breve que una larga. El sostener con exactitud una resonancia invariable requiere una adaptación considerable de los órganos de la fonación. Vemos esto en toda la historia de los sonidos. En primer lugar hay que señalar que generalmente una vocal no puede en absoluto alargarse sin cambiar de cualidad y resonancia. La vocal [a], por ejemplo (como el francés *la)* cambia de timbre cuando se alarga, y se convierte en [ɑ:]. La vocal [i:] (como en *beat)* no consiste simplemente en un alargamiento de la [i] de *bit.* El alargamiento de la vocal [u] (como en *put)* da como resultado la vocal completamente distinta [u:] (como en *rule).* Los resultados pueden verse claramente en la historia del inglés. Las vocales largas se han transformado a lo largo de los siglos, mientras que las vocales breves han permanecido prácticamente iguales. Así la [a], [ɑ] y [æ] breves en inglés apenas han cambiado, mientras que la «a» larga del inglés medio ya no es en general [a:] (como en *father)* sino [ɛ:] (como en *cake).* De la misma manera la «i» breve ha permanecido prácticamente invariable, mientras que la «i» larga ya no es [i:] (como en *cheese)* sino [ay] (como en *kite).* Así, la «e» breve sigue siendo la misma (como en *bet),* pero la «e» larga ya no es [ɛ:] (como en *bear)* sino [i:] (como en *cheese).* Lo mismo ocurre con la «o» *(cot* y *cote* [kout]) e incluso con la «u» *(cut* y *cute* [kiu:t]). Esto quiere decir que cuando se dio el primer paso en el desarrollo de las vocales y la vocal A indefinida se diferenció en una serie de vocales distintas, estas vocales deben haber seguido siendo breves. Hubiera sido imposible pronunciar vocales largas con la suficiente precisión como para añadir nuevos sonidos al lenguaje.



Hay otra consideración importante que corrobora firmemente nuestra opinión de que las plosivas, y particularmente las nasales, eran las primeras y más simples consonantes, y son las que menos han cambiado en la historia del lenguaje. Uno de los fenómenos más notables recogidos en este libro es que en prácticamente todas las lenguas conocidas del pasado y de la actualidad, la consonante M, o N, o (menos frecuentemente) NG, siempre ha significado el pronombre personal de la primera persona del singular. Llegamos entonces a la conclusión [13] de que la única explicación que cuadraba con los hechos era que M tenía el sentido de este pronombre cuando su sentido apareció por primera vez en el lenguaje humano. Para que el mismo sonido haya mantenido el mismo significado a lo largo de la historia del hombre desde sus comienzos, hubo al menos dos requisitos: Primero, el significado debe ser único e invariable; ya que, de lo contrario, el mismo sonido del lenguaje adquiriría un significado distinto, o más bien, una serie de significados distintos, que variarían de una lengua a otra. Y es fácil ver que para cualquier hablante su persona es única. El segundo requisito es que el sonido lingüístico debe ser invariable: y de hecho hemos llegado a la conclusión, en este capítulo, de que de todos los sonidos del lenguaje, los nasales son los que menos han cambiado, y que esto se debe a que son y fueron los más fáciles de pronunciar.

Este fenómeno nos recuerda otro del mismo tipo, de menor importancia pero igualmente instructivo. En gran parte de las lenguas del mundo la consonante M, o N, o (con menos frecuencia) NG, tiene el sentido de negación. Esto ocurre, por ejemplo, en nuestras lenguas indoeuropeas (griego *mē*, latín *ne* y *non*, inglés *ne*), y en sumerio (donde la negación usual es *nu*). También se usa mucho en semítico (árabe del Norte tardío *ma*, abisinio *-m;* y también en hebreo y abisinio *'en*, árabe *'in*). También es frecuente en las lenguas sudanesas de Africa: por ejemplo, en nandi y en suk *(me)*, en masai *(m - mi* delante de *m* y *k)*, en ewe *(me)*. No se encuentra en bantú, aunque sí en semi-bantú *(n* o *m)* y en muchas otras lenguas. Este fenómeno es menos frecuente que el que está en relación con el pronombre de primera persona, porque el significado no es único; pero si está tan extendido es porque las oclusivas nasales son muy resistentes al cambio.

Hay otra serie de fenómenos que corroboran firmemente las conclusiones expresadas en este capítulo, pero son tan importantes que debemos considerarlas por separado y detalladamente.



Las conclusiones a que hemos llegado en los capítulos anteriores en cuanto a las formas de las primeras palabras del hombre se ven corroboradas y confirmadas por los datos relativos al lenguaje de los niños.

El lenguaje de los niños ha sido estudiado detenidamente en los últimos cincuenta años por muchos investigadores expertos y competentes, y se ha recogido mucho material. Su importancia para el estudio de los orígenes del lenguaje es una cuestión sobre la que pocos se han atrevido a expresar una opinión. Es evidente que algunos aspectos del lenguaje infantil no ofrecen ningún interés para el presente estudio. De lo que podemos estar seguros es de que los significados de las primeras palabras de los niños no son los significados de las primeras palabras del hombre. Los significados de las palabras se derivan de su uso, y los niños usan sus sonidos —o, mejor dicho, los usan sus padres— para fines completamente distintos de los que se supone que el hombre, en el pasado, intentaba alcanzar al hablar. Pero la cuestión ofrece un aspecto completamente distinto si en vez de considerar

los significados tenemos en cuenta las formas de las palabras. Las formas de los primeros sonidos articulados dependen enteramente de hechos fisiológicos, y nosotros, que estamos familiarizados con la doctrina biológica de que la historia del hombre se repite en gran parte en el desarrollo del feto y del niño, podemos suponer sin miedo a equivocarnos que los primeros sonidos que emite el niño son los primeros en la historia del hombre. Los niños —como el hombre primitivo— nacen sin ninguna facultad de hablar, y deben aprender gradualmente a coordinar y ajustar los órganos de la fonación para producir las palabras y el lenguaje.

Los primeros sonidos de los niños son gritos inarticulados. Lo que quiero decir con esto es que, o bien no tienen consonantes, o bien sus consonantes son imprecisas y no pueden repetirse sin grandes dificultades.

Al comienzo mismo en realidad no hay consonantes, y los gritos son, por lo tanto, de alguna manera sonidos vocálicos. En el primer año predomina la vocal A. Calculo los siguientes porcentajes de vocales a partir de datos recogidos por un número considerable de investigadores sobre los sonidos que los niños emiten espontáneamente:

A —64 por 100. De éstas, parece que la inmensa mayoría son [a], pero hay algunas [ɑ], y una proporción muy reducida (alrededor de 3 por 100) se registran como [æ].

E —17 por 100, incluyendo cerca de un 6 por 100 de [e], 8 por 100 de [ɛ] y 3 por 100 de [ə].

O — 8 por 100
U — 6 por 100
I — 2 por 100

Estas cifras, sin embargo, no pueden pretender ser exactas. La mayoría de estos observadores no hacen uso de un alfabeto fonético, pero la tabla de arriba da una imagen bastante aceptable de los hechos.

En cuanto a las consonantes, durante los primeros 6 meses de vida son, cuando aparecen, en gran parte inarticuladas. Son principalmente consonantes posteriores.



Entre ellas están la [x], y la *r,* pero también la *m, n, ng, g* y *l.* Se incluyen también una serie de sonidos consonánticos que son difíciles de registrar incluso para un fonetista, y que ni el niño ni nadie puede repetir.

Entre los tres y los nueve meses el niño pronuncia generalmente la primera palabra articulada: *da, ma, na, ba, ga* o *wa.* La primera palabra articulada de mi hija J. fue *da* a los 5 meses y 17 días, y la primera palabra articulada de mi hija S. fue *da.* La primera palabra articulada del hijo de Charles Darwin fue *da* a la edad de 5 meses y medio [1]. Ninguna de estas «palabras» tenía significado alguno.

Entre los 6 y los 12 meses de edad (que es el período de aumento de la imitación) las consonantes —tanto las emitidas espontáneamente como las producidas por imitación directa del lenguaje adulto— se vuelven la mayoría oclusivas: *p, b, m, n, d, t, g, k,* y también *h;* y en ocasiones aparece la *s.* Los sonidos guturales constituyen ahora una parte mucho más pequeña del conjunto, y en este momento las consonantes están en alto grado articuladas. Al mismo tiempo van apareciendo hacia el final del año (como hemos visto en capítulos anteriores) uno o dos casos de significados vagos que se unen a estos sonidos, significados que ya no expresan mero bienestar o incomodidad corporal. Está lo suficientemente demostrado como para satisfacer a la gran masa de investigadores que en estado de incomodidad y malestar las vocales y consonantes del niño son más nasales que las que emite cuando está a gusto.

En la inmensa mayoría de los casos (digamos un 90 por 100) las «palabras» empiezan por consonante, y sólo en un 10 por 100 por vocal. En la gran mayoría de los casos terminan en vocal. Prácticamente todas son monosilábicas o reduplicativas, es decir, son o del tipo *da, ma, ba, o dada, mama, baba,* pero bastantes de ellas son del tipo *bam* o *mamam.* Así están las cosas al principio del segundo año, y un niño normal dispone de unas cinco de estas palabras con sentido. Pero hay una gran diferencia entre un niño y otro. De las palabras de niños de casi un año de edad recogidas por muchos observadores, calcu-

lo que aproximadamente 47 por 100 son del tipo CVCV, 10 por 100 CVC y 22 por 100 CV —es decir, que estos tres tipos forman el 79 por 100 del total— y cerca de un 8 por 100 son de la forma VCV. Palabras que incluyan dos consonantes seguidas son prácticamente desconocidas [2]. En las palabras de los tipos CVCV y CVC las dos consonantes de una palabra son casi siempre las mismas. Esto es, desde luego, lo que podía esperarse. Si la posición de los órganos articulatorios sigue siendo la misma, no es difícil repetir el sonido; pero cambiar en la presente fase la posición de los órganos al pronunciar una palabra requeriría un reajuste mucho más rápido de lo que un niño puede lograr. De hecho, la reduplicación apenas es más difícil que una sola emisión, y no hay ninguna razón especial para que un niño tenga que detenerse ahí. En realidad, los niños repiten una y otra vez las palabras que acaban de descubrir, y disfrutan de su triunfo.

Los datos son en general los mismos a la edad de más o menos un año y medio, que, por el desarrollo psicológico de niños y chimpancés y los datos lingüísticos de niños, parece ser la edad mental en que el hombre empezó primero a hablar. La gran dificultad que experimentan los niños en el segundo año, al cambiar la posición de los órganos de la fonación y pronunciar una palabra con dos consonantes distintas, se ve muy claramente cuando no consiguen pronunciar esas palabras que continuamente están oyendo. Hay innumerables ejemplos de estos casos en los libros —por ejemplo, *tata* por café y por taza *tasse* (la hija de Deville); *didda* por tic-tac (Stern y también Sander); *gogi* por *doggie* ['perrito']; *baba* por *vater* ['padre']; *faffaf* y *awa* por *wasser* ['agua]; *go-go* por *Gordon* (niño B de C. W. Valentine); en Rasmussen *mama* por *mad* (danés ['comida']); *papô* por *drapeau* ['bandera'] y *tato* por *gâteau* ['pastel'] (la hija de Deville); *goga* por chocolate y *fa* por *flower* ['flor'] (niño K de M. M. Lewis); *ba* por *blanc* ['blanco']. En menor grado hay una oposición a terminar una palabra por consonante —así Hilde Stern decía *fu* por *fuss* ['pie], la hija de Deville *ta* por *Charles* ['Carlos']; *didda* por *tic-tac; see* [si:] por *sleep* ['sueño']; y otros ejemplos dados anteriormente. Todos estos casos están dotados del lenguaje de niños de 1 año y 6 meses, pocas semanas más o menos.



La dificultad que tienen los niños de esta edad para pronunciar las fricativas es notable. El Dr. C. W. Valentine realizó dos experimentos interesantes con su hijo B. El primero fue a los 16 meses y medio de edad [3].

| *Sonido pronunciado C. W. V.* | *Imitación de B* |
|---|---|
| *bow* | baa |
| *cow* | gĕ |
| *dow* | dŭ (entre dĕ y dow) |
| *fow* | (no lo imitó; luego movió la cabeza) |
| *gow* | ge |
| *how* | (respiró bruscamente —casi sonido h) |
| *jow* | ge |
| *low* | (sin éxito) |
| *mow* | m (con los labios cerrados) |
| *now* | awă |
| *ow* | (sin respuesta) |
| *pow* | ba |
| *quow* | ? (cierto intento) |
| *wow* | wow: wa |
| *vow* | bow-we (¿o vow-we? Sin respuesta al principio hasta que C. W. V., mostró un lápiz amarillo como premio) |

El niño, por lo tanto, no hizo ningún intento ante *f* o *l*, y pronunció la *j* como una oclusiva. No hizo ningún intento ante *ow* (la única palabra que empezaba por vocal). El sonido vocálico *ow* causó dificultades en todos los casos, y produjo una gran variedad de vocales, pero todas breves excepto en un caso *(baa)* y todas vocales centrales.

El segundo experimento fue a la edad de un año y nueve meses y medio [4]:

| *C.W.V.* | *B.* | *C.W.V.* | *B.* |
|---|---|---|---|
| *bow* | bow | *now* | dĕ |
| *cow* | că | *pow* | bāā |
| *dow* | dă | *qow* | ga |
| *fow* | ŏ | *row* | oa(r) |
| *gow* | gār | *sow* | oa(r) |
| *how* | ŏ | *tow* | toa(r) |
| *jow* | oŭ | *vow* | ŏ |
| *kow* | kă | *wow* | ŏ |
| *low* | oa(r) | *xow* | ŏ |
| *mow* | mă(w) | *zow* | ŏ |

Este resultado es todavía más claro que el del experimento anterior. Hay un fracaso completo en la reproducción de toda consonante que no sea oclusiva, es decir, en la reproducción de *f, h, j, l, r, s, v, x* o *z*. Apenas ha habido progreso en el intento de reproducir el diptongo *ow*. Prácticamente todos los resultados son vocales breves, con tendencia a sustituir la *a* breve.

Estas características del primer lenguaje de los niños —a saber, la nasal inicial o cualquier otra consonante oclusiva seguida de la vocal A y generalmente reproducida— no se limitan a Europa o al mundo moderno. Este ha sido el primer lenguaje de los niños en todas las tierras y a lo largo de todos los milenios, hasta donde podemos alcanzar. De nada hay tantos testimonios en el lenguaje. Jespersen expone bien la cuestión [5]: «En los cuartos de los niños de todos los países», dice, «se ha representado en todas las épocas una pequeña comedia —el niño está en la cuna y balbucea su *mamama* o *amama* o *papapa* o *apapa* o *bababa* o *ababa* [6] sin el menor asomo de asociar un significado a estos juegos que hace con la boca, y los adultos que le rodean, en su alegría ante el precioso niño, asignan a estas sílabas un sentido racional, acostumbrados como están al hecho de que la emisión de un sonido tiene un contenido, un pensamiento, una idea, correspondiente. Así tenemos toda una clase de palabras, que se distinguen por la simplicidad de su articulación —nunca dos consonantes juntas, generalmente la misma consonante repetida con una *a* en medio, frecuentemente también con una *a* al final— palabras que se encuentran en muchas lenguas, a menudo con forma distinta, pero esencialmente con el mismo significado».



Estos primeros sonidos del lenguaje de los niños, *papa* y *mama,* etc., que se originan de esta manera, se convierten en las palabras reconocidas de los adultos en las lenguas del mundo del presente y del pasado, todas con el sentido de personas o cosas del entorno del niño. Sería un fácil alarde de erudición citar cientos e incluso miles de ejemplos [7].

Por consiguiente, en primer lugar, están las palabras para 'padre' y 'madre'. Por ejemplo, estas dos últimas palabras en inglés (como en griego *pater, mēter;* latín *pater, māter;* sánscrito *pita (pitri), mâta;* ant. alt. al. *fater, muotar;* mod. alt. al. *vater, mutter),* eran en indoeuropeo común *pater* y *māter;* y estas palabras no eran más que los *pa* y *ma* del niño provistas de una terminación *(-ter)* normal en nombres de agente indoeuropeos, que los convirtió en sustantivo de forma familiar declinable [8]. Pero esta adición formal a las palabras del niño es poco frecuente: la mayoría de las lenguas tiene pocas desinencias casuales o carecen de ellas por completo, y adoptan las palabras sin alterarlas. En la inmensa mayoría de lenguas (como sucede en el lenguaje de la gran mayoría de los niños) estas palabras empiezan por consonante; pero en un pequeño número de lenguas encontramos que sucede lo contrario. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, en las lenguas sumerias [9] y semíticas [10], en las lenguas de algunas tribus bosquimanas [11], y en otras partes [12]. En la gran mayoría de los niños la consonante nasal *m* o *n* significa la madre, y la octusiva no nasal *(p* o *b, t* o *d,* y en ocasiones *k* o *g)* el padre. Ya hemos visto la explicación: la nasal aparece en el grito de malestar causado por el hambre y la incomodidad, cuando los dientes y quizá los labios están cerrados, y el velo del paladar está caído. Es la madre quien satisface las necesidades del niño cuando éste lo pide, y de ahí se supone que la llamada *ma* se refiere a ella, y más tarde así ocurre. El niño llama alegremente a su padre cuando está jugando, pero en cuanto empieza a llorar el padre pasa el niño, quiera o no quiera,

a su madre. Pero un pequeño número de niños usan *mama* para el padre, y *baba* para la madre; y también en otro grupo reducido de lenguas (principalmente en Norteamérica [13] y en los Mares del Sur [14], pero también en otras partes [15] encontramos el mismo fenómeno. También se usan las semiconsonantes con los mismos fines [16]. Hay palabras de forma parecida que también indican otros parentescos familiares [17], y a otras personas y cosas del entorno del niño [18]. Nunca se refieren a personas que están fuera de este entorno; nunca significan, por ejemplo, 'marido' o 'esposa'. Pero a menudo los significados se alejan mucho de estos puntos de partida. Así de *nonna,* abuela, viene el inglés *nun* ['monja']; y de *papa* viene el francés *pape* y el inglés *pope* ['papa']. Del arameo *abba,* ['padre'], viene el griego *abbas,* y el inglés *abbot* ['abad'] y *abbey* ['abadía']. Muchísimas más palabras (como el inglés *uncle* ['tío']) han cambiado de forma y de significado de manera que resulten irreconocibles. En las lenguas de los pueblos modernos muchas veces las mismas palabras cobran nueva vida al ser incluidas en el lenguaje de los niños, y conviven con las formas antiguas, ahora del lenguaje de los adultos [19], y puede que incluso se introduzcan en el diccionario con forma y significado nuevos. A veces hay un significado de confianza, que está a medio camino [20].

Estas son, pues, las formas de los sonidos lingüísticos en los comienzos del lenguaje de los niños, y éstas fueron sus formas en todos los países y en todas las épocas, hasta donde podemos remontarnos. Y como las formas del lenguaje están configuradas por hechos fisiológicos, éstas son las formas que esperaríamos encontrar en los comienzos del lenguaje del hombre. Estan son, también, las formas que dedujimos en el último capítulo, al suponer, como hicimos, que el lenguaje se originaba cuando los órganos de la fonación del hombre apenas se habían adaptado al lenguaje, y éstas eran, también, las formas originales que dedujimos a partir de las relaciones existentes entre vocales y consonantes. Estas son también las formas principales de las palabras radicales o raíces que encontrábamos por todas partes en el lenguaje: tipos CV, CVC o CVCV,



en que la vocal que predomina en la *A,* y donde no hay dos consonantes en contacto, y la mayoría de las palabras terminan en vocal. En estas raíces, sin embargo, el número de consonantes había aumentado entretanto, y las palabras contenían más de una consonante; y en general no podíamos decir por su forma si las consonantes habían sido octusivas en su origen. Pero si volvemos atrás veremos que esto era muy probable, ya que en estas raíces raras veces se encuentran, como dijimos, dos consonantes en contacto. Ahora bien, una de las características de las consonantes oclusivas es que en general no pueden pronunciarse dos seguidas, por lo menos al principio de una palabra o de una sílaba. Por lo tanto, si el lenguaje se originó con las octusivas, las raíces, aunque llegaran a incluir otras consonantes que no eran oclusivas, no hacían más que mantener su característica original al rechazar las consonantes en contacto.

No es sólo el lenguaje de los niños el que apoya nuestras conclusiones previas: podemos ir todavía más atrás y ver los primeros pasos de estas formas fonéticas en sonidos orales registrados de chimpancés, el mono más cercano al hombre o por lo menos el más chillón de los monos que están más de cerca del hombre. Yerkes y Learned [21] hicieron una lista de 32 «palabras o elementos de lenguaje» usados por uno u otro de los dos monos que estudiaron. Estos sonidos difícilmente pueden llamarse todavía articulados. Faltan labiales y dentales. Aun abundan las guturales, lo mismo que en nuestros niños durante aproximadamente los 9 primeros meses de vida; y poco sentido puede atribuirse a estos ruidos. Pero aquí están:

Empezando con la gutural *g: gak, gahk, gah, gha, ghak, gho, ghoo, ga-ha.*

Empezando con la gutural sorda *k: kah-kah, ko-ko, ku-ku.*

Empezando con la *k* sonora: *ka-ka, ky-ah, kuoh, kah-hah, ka-ha-ha, kuh-huh, kha.*

Empezando con *h: ho-oh, hu-wha, whah, who-ah, hüh.*

Empezando con labiales y nasales: *ngak, nghak, nkak, m.*

Empezando con vocales: *ah-oh-ah, ai, ae, ooh, ue.*

No podemos decir que los predecesores del hombre emitieran sonidos parecidos. Pero lo significativo es que de un total de 48 sonidos vocálicos que aparecen aquí, no menos de 26 son *a*, y otros 8 son *o*. Prácticamente todos estos sonidos empiezan por consonante. Prácticamente no aparecen dos consonantes seguidas, y hay un número considerable de reduplicaciones.

Pero aunque los sonidos del lenguaje de los niños descritos en este capítulo, se remontan a los comienzos del lenguaje, hasta donde podemos alcanzar [22], está claro que los significados no se remontan a estos comienzos. Los significados no los dan los niños sino los adultos que se quedan embobados en su presencia, y estos adultos ya están de tal manera familiarizados con los fenómenos del lenguaje y el significado, que atribuyen una significación objetiva a cada uno de estos sonidos, una referencia a las personas y objetos del entorno. Así pues, la consideración de los hechos fisiológicos no ha hecho hasta ahora más que confirmar nuestras conclusiones en cuanto a las formas originales de las palabras. ¿Confirma también nuestras opiniones sobre los significados originales de las palabras? Entendemos que sí, y de manera convincente como veremos en el siguiente capítulo.



Hay otro aspecto de la fisiología del lenguaje que debemos tener en cuenta si queremos dar toda su importancia a los testimonios de que disponemos sobre los orígenes del mismo. El examen de esos testimonios que hemos llevado a cabo en este libro acentúa la importancia, en la aparición del lenguaje, del papel realizado por el uso enérgico de los brazos. El órgano primordial que se usa para la producción del lenguaje es la laringe, y aún nos queda por considerar una cuestión importante: la relación fisiológica entre el uso de la laringe y el uso enérgico de los brazos.

La laringe, aunque es un órgano decisivo en la producción del lenguaje, no se desarrolló con el fin de servirle. Se desarrolló mucho antes y con otros fines, pero en último término también fue utilizado para el lenguaje. La laringe ha sido bien estudiada últimamente, principalmente en el trabajo clásico de Sir Victor Negus, *The Mechanism of the Larynx* [1].

La laringe apareció por primera vez en el reino animal cuando se desarrolló el pulmón, haciendo posible la res-

piración de aire. En esta fase se hizo necesario un procedimiento que excluyera todo lo que no fuera aire del aparato pulmonar, y mantenerlo abierto como lo requería la respiración. Entonces se desarrolló la laringe, en el extremo superior de la tráquea, con el fin de cerrar el paso al aparato pulmonar de todo lo que no fuera aire (especialmente agua y comida) y dejarlo abierto para la respiración. El objetivo se llevó a cabo al principio mediante la creación de una banda esfinteriana muscular alrededor de la glotis, que cerraba la apertura cuando era preciso, lo mismo que una cuerda cierra la boca de un saco.

Esta fue la primera forma de la laringe, y todos los animales que tienen laringe pueden hacer uso de esta acción esfinteriana en mayor o menor grado. Pero en los animales más avanzados —ratas, perros, osos, monos, monos antropoides y el hombre— la laringe sigue desarrollándose como una válvula, que impide la entrada primero del agua y después del aire. Impedía la entrada del agua con el fin de proteger el aparato respiratorio. La válvula de acceso capaz de impedir la entrada del aire se desarrolló, como expone Sir Victor Negus, con un fin completamente diferente, no para el lenguaje, sino para el uso eficaz e independiente de los miembros anteriores (brazos) «con fines distintos de la locomoción, y sobre todo para agarrar, trepar, abrazar y golpear con los miembros anteriores» [2]; y esta forma de la laringe se encuentra en casi todos los animales capaces de usar independientemente los miembros anteriores. Las razones eran las siguientes, y hay que tener en cuenta que estamos considerando particularmente los monos y simios que viven en los árboles, en los que este órgano aparece más perfecto.

Los animales así saltan, por ejemplo, de un árbol a otro, agarrándose a las ramas y soportando con los brazos todo el peso del cuerpo. Ahora bien, los brazos van unidos al tronco del animal, y deben su fuerza y su capacidad de acción a una serie de músculos, especialmente el pectoralis major, por el cual los brazos se unen a la parte delantera del cuerpo, y el latissimus dorsi, por el que se



unen a la espalda. Este último músculo comienza en una amplia zona junto a la espina dorsal, que hace de base firme e inmóvil, de manera que cuando los músculos pectorales se contraen hay una fuerte tendencia a hacer bajar el brazo y por tanto, a soportar el peso del cuerpo cuando cuelga de una rama. Pero el pectoralis major va desde las costillas inferiores hasta el húmero, y las costillas son móviles y suben cuando se aspira aire —especialmente en el hombre, que tiene una respiración menos abdominal que sus predecesores y utiliza más el tórax. Por consiguiente, si las costillas tienen que formar una base firme desde la que se pueda contraer el músculo, debe haber algún medio de mantenerlas fijas. Este objetivo podrían haberlo cumplido unos músculos abdominales más fuertes, con un gran gasto de energía muscular y algún proceso de adaptación. En su ausencia, y con gran economía de energía, se consigue el mismo fin con un cierre temporal de la glotis e impidiendo la entrada de aire. De esta manera, cuando el músculo pectoral se contrae y tiende a tirar de las costillas inferiores hacia el húmero, se contrarresta la elevación de las costillas con la aspiración de aire, y la tensión del músculo no disminuye ni se debilita su poder de contracción. La exclusión de aire es el fin conseguido por la laringe valvular. Es en los animales que viven en los árboles —monos, lémures, gibones y chimpancés— donde la laringe de válvula de acceso es más eficaz. En los animales más terrestres, que han abandonado la vida en los árboles, y no exigen esa fuerza de los brazos, que se han ido acortando progresivamente —los mandriles, gorilas y el hombre—, esta válvula de acceso ha degenerado en cierta manera. En el hombre, esta válvula —es decir, el pliegue tiro-aritenoideo inferior, o cuerdas vocales— es algo menos eficiente, ya que las cuerdas vocales no están aguzadas como en los lémures y chimpancés, y por tanto no impiden con la misma eficacia el paso de aire.

Pero mientras la laringe provista de válvula de acceso se opone a la entrada de aire, se abre fácilmente al pasó de una columna de aire que sale por la tráquea, ya que el movimiento natural de los pulmones es contraerse cuando

se relajan, y originan dicha columna; pero en los monos y en el hombre hay un medio de impedir esta salida de aire y aumentar en cierta medida la presión dentro del tórax y el abdomen, dando más firmeza a la caja torácica. El primer objetivo se cubre mientras dura el esfuerzo del brazo en los monos superiores y en el hombre con las bandas ventriculares libres (pliegues tiro-aritenoideos superiores) que pueden unirse uno a otro para impedir la salida del aire [3], y además se produce un cierto esfuerzo en la expulsión de aire, que comprime el aire retenido, afianza la caja torácica y aumenta la presión abdominal.

Ahora bien, los animales que viven en los árboles, en los que la laringe del tipo de válvula de acceso es más eficaz, tienen también otras características notables. Utilizan muchísimo los órganos de la fonación, son quizá los animales que más los utilizan, ya que para ellos los sonidos orales son de primera necesidad para comunircarse, viviendo como viven entre las hojas y las ramas. De los hechos fisiológicos que se han mencionado se sigue que los sonidos orales deben verse muy afectados por los esfuerzos enérgicos de los brazos y el cierre de la glotis que los acompaña. El sonido oral debe cesar momentáneamente mientras dura este esfuerzo; pero esto importa menos para nuestro estudio. El silencio nunca producirá el lenguaje. Más importante es lo que sigue al esfuerzo. Los sonidos orales, como hemos visto, se producen casi siempre por una columna de aire que sale, no que entra, y la oclusión temporal irá seguida de un mayor o menor escape de aire en el momento en que súbitamente las cuerdas vocales tensas se relajen; y cuanto mayor sea el esfuerzo precedente mayor será la necesidad de remozar el aire. Hay divergencia de opiniones entre los que han tratado este tema sobre si, por regla general, los pulmones están llenos de aire mientras duran estos esfuerzos. Darwin, por ejemplo, era de esta opinión. Negus cree que los pulmones no están en general llenos, sino parcialmente vacíos, pero aunque esto sea así, no habría duda de que, incluso si los pulmones están parcialmente vacíos, mientras dura el uso enérgico de los brazos se produce un cierto esfuerzo en la espiración y un aumento de la presión interna; y cuando las cuerdas se relajan y la glotis se abre, esto no puede más que aumentar la fuerza del aire que sale.



En general, lo mismo sucede en el hombre. Los objetivos de abrazar y trepar han desaparecido en gran parte, pero sigue habiendo el mismo cierre de la glotis cuando se golpea fuerte con los brazos, y cuanto más enérgico es el esfuerzo de los brazos, más firme es el cierre. Se dice, por ejemplo, que los trabajadores que han perdido la laringe no son capaces de ganarse la vida con trabajos manuales. Y el cierre de la glotis no se limita a casos de esfuerzo violento: mientras dura cualquier acción difícil que requiera un movimiento preciso se para la respiración y en general se cierran los labios, a fin de conseguir mayor firmeza en la mano y un movimiento más preciso del brazo. Darwin observó esto en el hombre y en el orangután. Se dice que en la mujer el cierre de la glotis es mucho menor mientras dura el esfuerzo del brazo. Negus dice que esto es excepcional; y es evidente que la mujer hace por norma general esfuerzos musculares menos violentos, y sus brazos son más débiles. No puede sorprendernos el encontrar aquí un testimonio más de que el lenguaje surgió con el hombre, no con la mujer.

Este jadeo o escape de aire debido al relajamiento del cierre de la glotis podía hacerse por la boca, o por la boca y la nariz. Se ha dicho que la espiración por la boca ha ido aumentando lenta y continuamente a lo largo de la historia del hombre. Un rasgo sobresaliente de su evolución ha sido el desarrollo, milenario de la boca para respirar. Para los antepasados pre-arbóreos del hombre el sentido del olfato era mucho más importante de lo que es ahora, y el de la vista mucho más débil. Aquellos pequeños mamíferos terrestres, que se movían entre la hierba y la maleza, no podían hacer un uso eficaz de la vista a ninguna distancia; pero el olfato era de importancia vital para conseguir cualquier objetivo. Y a fin de que no hubiera interferencias con el olor de las columnas de aire que entraban por la nariz y la naso-faringe, era importante que la epiglotis (y ésta fue su función original) se juntara con el velo del paladar para separar esa columna

de aire de la que tenía acceso por la boca (excepto durante el acto de tragar comida y bebida). Pero cuando los antepasados del hombre empezaron a vivir en los árboles, y (como vimos) el sentido del olfato empezó a deteriorarse y el de la vista a mejorar, la epiglotis degeneró y se separó del paladar blando, haciendo posible el lenguaje oral (es decir, habla que se produce por una columna de aire que sale por la boca, afectada por la forma y tamaño de la cavidad bucal). Probablemente hasta la aparición del lenguaje no se realizaron por completo estas condiciones que llevaban a él (ya que en los monos la unión entre la epiglotis y el paladar blando todavía es posible). Y así, cuando surgió el lenguaje, los sonidos laríngeos eran con toda probabilidad más nasales que ahora, como lo son en los niños más que en los adultos.

Había otra diferencia importante: en la calidad de la voz. Cuando los antepasados del hombre vivían en los árboles y sus cuerdas vocales eran afiladas y el cierre de la glotis brusco y enérgico, los tonos de la voz eran ásperos y estridentes. La tráquea también era más ancha de lo que es ahora, y la voz más alta. A medida que el mono y el hombre evolucionaron y pisaron más el suelo, la tráquea se estrechó y disminuyó la energía del esfuerzo violento. Las cuerdas vocales se deterioraron un poco y se hicieron más romas y carnosas y más capaces de ajustarse rápidamente, y los tonos de la voz más suaves, blandos y variables. Los sonidos laríngeos que se producían después de un esfuerzo violento de los brazos se hicieron menos ásperos y fuertes.

Si a estos hechos añadimos los que mencionamos en capítulos anteriores, cuando considerábamos el comportamiento de los monos y otros animales, veremos lo inevitable que era este accidente de la producción del lenguaje. Es fácil imaginar a un europeo moderno en sus horas de trabajo, dando una serie de golpes pesados y regulares con un martillo o un pico, permaneciendo en silencio antes, durante y después de cada esfuerzo, por lo menos mientras no abuse al máximo de su fuerza, o empiece a cansarse. No son hombres así, capaces de semejante autonomía entre cuerpo y mente, los que nos con-



ciernen. El hombre, en los comienzos del lenguaje, probablemente tenía una edad mental de un año y medio a dos años. Sus agitaciones, movimientos y vocalizaciones constituían más que ahora una unidad, sus estados de ánimo eran espontáneos, superficiales, sin inhibiciones, mutables y extremados. Este hombre usaba quizá más que ahora, su voz, que era desde luego más fuerte y áspera. No tenía los tonos arrulladores de un niño actual. Si hacía un esfuerzo hasta tal punto intenso con el brazo, era en un estado de excitación igualmente intensa, y expresaba esta con gritos igualmente intensos y fuertes. Las voces que daba eran fuertes antes del golpe; muy probablemente es que sus labios y dientes y también la glotis estuviesen firmemente cerrados durante el esfuerzo, y el jadeo o gruñido que seguía fuera fuerte y agitado, triunfante o desesperado, y de sonido inconfundiblemente distinto, lo mismo que el gesto, de todos los demás gritos. Según los labios hubiesen permanecido cerrados o no, y según la tensión y posición de la lengua, cuando el cierre cesaba lo que se escapaba era un *ba, pa* o *ma, da, ta,* o *na,* o *ga, ka* o *nga* —siempre la misma vocal central indefinida y la consonante oclusiva. Por consiguiente, cuando en el mismo estado de ruidosa e intensa agitación su compañero le pedía una acción semejante, imitaba con el gesto la acción que estaba pidiendo y este sonido que generalmente la acompañaba; porque era un sonido que él asociaba con el recuerdo de la acción, y un sonido que él mismo tendía a producir cuando su propia glotis se cerraba al realizar el esfuerzo del gesto. Entonces, a medida que el hombre iba adquiriendo un control creciente sobre los órganos de fonación, y estos jadeos o gruñidos se hacían más articulados (es decir, las consonantes oclusivas se hacían claras y distintas), se dio la oportunidad —como siempre la hay en el lenguaje cuando hay sinónimos— de que un determinado sonido cobrara el significado de un tipo de acción violenta —por ejemplo, cortar— y otro adquiriera el de una acción distinta —por ejemplo, golpear o machacar— y el lenguaje había así iniciado el ancho camino de su expansión.

Hay un ejemplo de estos primeros sonidos que aún

hoy vemos y oímos que se produce con una función y un sentido en cierta manera iguales. La glotis se cierra también en otra ocasión, a saber, durante la defecación; y lo mismo que durante un esfuerzo violento del brazo o un trabajo manual absorbente, hay una contracción de los músculos abdominales y un esfuerzo espiratorio que comprime el aire retenido en el tórax. En consecuencia, al final de un esfuerzo que se ha hecho durante la defecación tiende a haber un relajamiento del cierre y un breve jadeo o gruñido causado por la espiración generalmente una oclusiva velar indefinida y una vocal neutra, que se distingue muy bien en un niño pequeño. La primera ocasión en que una madre necesita exigir con la voz a su hijo que realice una acción, es cuando quiere que haga este esfuerzo. No puede confiar en el gesto, y reproduce este gruñido para sugerirle el esfuerzo que comúnmente lo acompaña.

Este es el tipo de relación entre actor, acción, sonido oral y exigencia, que debemos pensar que se ha dado entre los hombres primitivos en los días remotos de los comienzos del lenguaje. ¿Cómo es la historia que siguió? Consistió, sobre todo, en una adición de sonidos que representaban acciones más débiles de los órganos vocales, junto con acciones menos enérgicas del cuerpo y significados menos enérgicos. Sobre esta historia de los significados ya hemos dicho algo en capítulos anteriores y diremos más en los siguientes. Si no nos equivocamos al pensar que el primer lenguaje acompañaba y representaba acciones del máximo de energía, los significados que se han añadido al lenguaje posterior sólo pueden haber sido significados menos enérgicos. Lo mismo puede decirse de los gestos, y también de los sonidos. Cuando la glotis no se cierra por sí misma, como en el esfuerzo manual, la pronunciación de las oclusivas requiere más energía —es decir, una presión de aire mayor— que la pronunciación de otras consonantes. A las consonantes más modernas se ha llegado simplemente porque se hace menos esfuerzo físico para pronunciarlas. Las consonantes han recorrido el camino que les estamos viendo recorrer en las lenguas polinesias. Para que suene una oclusiva es



necesario que dos órganos estén firmemente unidos; en las fricativas la unión es más débil, de manera que el aire que sale pasa entre los dos, con las consiguientes vibraciones de los órganos y del aire, y el sonido de fricción entre ellos. Así la *b* se convierte en *v*, la *p* en *f*, y la *d* en *z*, y la *t* en *th* o *s*, y la *k* en *ch* [x] (como en *j*), y así sucesivamente. Pero un sonido fricativo así sólo puede tener la persistencia que le capacita para su uso como un fonema con un significado inconfundible, cuando los hombres han adquirido la adaptación para el lenguaje y el control de los órganos suficientes como para pronunciarlo sin dificultad. Es la ley del mínimo esfuerzo que hemos visto antes: los hombres no hacen un esfuerzo mayor del necesario para que les entiendan, o para cualquier otra cosa. De las fricativas más fuertes vienen las más débiles, que se producen a medida que disminuye el contacto. Así el inglés *thank you* se convierte en la lengua diaria en *hank you*, y en muchas lenguas una sibilante se debilita hasta convertirse en aspirada. En la fase siguiente, cuando el contacto se pierde por completo, la consonante se debilita hasta convertirse en una vocal. Así, por ejemplo, en el verbo griego *ser* —en que originariamente la raíz *ed* significaba 'comer'— vemos que la oclusiva *d* o *t* se debilita pasando a una fricativa *z* o *s*, como en ἐσμέν (*ĕsmĕn*, 'somos'), y luego a la vocal *i*, como en εἰμί (*eimi*, 'soy'). La *i* se pronuncia en la misma zona de cavidad bucal que la *s*, con toda la cavidad reducida a un pequeño resquicio entre la lengua y el paladar duro; pero en un caso se mantiene un contacto fricativo y se pronuncia una *s*, y en el otro caso el contacto se pierde por completo y en lugar de la consonante se pronuncia la vocal *i*. De este modo hemos ido de las plosivas hacia el centro de nuestra línea continua de sonidos del lenguaje. Al mismo tiempo, hemos formado ahora un diptongo, *ei*.

Desde la vocal *A*, en el otro extremo de la línea, se produce el mismo proceso hacia el centro, ya que con el avance de la adaptación y el control de los sonidos pueden pronunciarse una serie de vocales breves e incluso una serie de vocales largas claramente diferenciadas. Y

esta capacidad creciente para pronunciar claramente estos sonidos con menos esfuerzo, y la capacidad consiguiente del oído para distinguirlos, lo que hace posible que se hable y entienda un lenguaje menos ruidoso, y exige y produce una voz más suave y mejor modulada.

Este debilitamiento y desaparición de las consonantes es el hito más conocido en el camino de la historia fonética. Como la mayoría de los demás procesos del lenguaje, siempre se está repitiendo. Este proceso es el que contrarresta el proceso igualmente general de alargamiento de palabras a partir de las raíces, y las mantiene dentro de límites controlables. Tomemos como ejemplo la palabra indoeuropea para 'noche'. Probablemente su raíz era *n-k*, y había adquirido un sufijo *t*. En griego la palabra era *nukt-*, en sánscrito *nakt-*. Ya la vocal varía tanto en las lenguas clásicas que no podemos decir cuál puede haber sido la vocal original, si es que había una sola vocal común en indoeuropeo. Pero dos plosivas seguidas no es fácil que se mantengan en ninguna lengua. En italiano la palabra es ahora *notte* —la *k* se ha convertido en otra *t* (cambio frecuente). En m. a., alemán es *Nacht:* la oclusiva se ha convertido en fricativa, como en inglés antiguo, *niht* (pronunciada *nijt*). Ahora bien, tanto en inglés como en francés *(nuit)* ha desaparecido, y en francés la *t* final casi ha desaparecido; y lo único en común que sobrevive en estas dos lenguas y en sus hermanas actuales de la antigua palabra indoeuropea es la oclusiva nasal inicial *n*. Tampoco esto es raro; ya vimos que ocurría, por ejemplo, en *nacionalización,* de la raíz antigua *gen,* y vimos lo constantes que son en todas partes las oclusivas nasales.

Pero este desgaste fonético y desaparición de las consonantes (y con ellas de las vocales) no afecta por igual a todas las partes de la palabra. Afecta especialmente a los finales de las palabras (esto es notable en francés y sumerio, pero sucede también en otras lenguas). Porque, en primer lugar, las palabras siguen produciéndose mediante una bocanada de aire que sale, y la presión es mayor al comienzo y disminuye rápidamente a medida que los pulmones se contraen. Y, como hemos dicho, los hombres no hacen un esfuerzo mayor del necesario para les atiendan,



y así, si el principio de la palabra está claro, el final puede deducirse por el contexto. Así la ley de Grimm tiene vigencia plena (como dijimos) en las consonantes y no en las vocales; y entre aquellas, se cumple principalmente en los sonidos iniciales de las palabras más que en el resto. Y, repetimos: en muchas palabras hay partes que son más sobresalientes que otras —debido al acento, o al tono, o a la cantidad, o a la calidad de la vocal o de la consonante; y en estos casos si la parte que se oye más está clara parece innecesario preocuparse mucho por el resto: probablemente se entenderá por el contexto. Esto explica, por ejemplo, muchos usos populares: *exáms* por *examinations, Bózzy* por *Bóswell, Nick* por *Nicholas,* y también *Claus* por *Nikoláus.*

Así pues, ésta ha sido la historia del cambio de aquellas primerísimas palabras: *ba* y *baba, na* y *nana,* y las demás. Una de sus características principales era la reduplicación, y ha sido necesaria toda la vida del hombre para ver cómo han ido desapareciendo. Si dispusiéramos las lenguas que conocemos por orden del desarrollo económico de los pueblos que las hablaron —como hicimos en un capítulo anterior cuando considerábamos el porcentaje de los verbos— nos encontraríamos con que cada fase había presenciado una disminución del total de reduplicaciones. Hace tiempo que Lord Avebury [4] comparó una serie de lenguas primitivas con el griego, francés, inglés y alemán, y encontró entre 20 y 80 veces más reduplicaciones en las lenguas del primer grupo que en las del segundo. En las lenguas indoeuropeas clásicas todavía quedan vestigios importantes. En las diversas lenguas del hombre se hace uso de ella para una gran variedad de fines —muchas veces para formar el plural de un nombre; muchas veces para formar el tiempo continuativo de un verbo por reduplicación del aoristo (como en griego para formar el presente y el perfecto sobre el aoristo «fuerte»); y a menudo también para expresar repetición en el verbo; y finalmente con frecuencia para expresar una acción intensiva o énfasis. En las lenguas más primitivas frecuentemente es una reduplicación de la palabra breve entera; pero como las raíces y las palabras se alargan, en las len-

guas más avanzadas es frecuentemente la mera reduplicación de un solo sonido. Así, ocurre en la voz *piel* semítica, por reduplicación de la segunda consonante, y en presente o perfecto del indoeuropeo por reduplicación de la primera.

Debemos mencionar otra característica importante del desarrollo fonético. Esas primeras palabras eran en su mayoría del tipo *ba* y *baba,* o *ma* y *mama,* y hemos visto que entre los cambios que sufrieron estaba el logro de nuevas vocales, y también el debilitamiento de las oclusivas para formar nuevas consonantes. Pero uno de los primeros avances, y de los más importantes, se consiguió cuando palabras como *bama, bata, kata, kaba, tasa, tara* y otras palabras de dos consonantes distintas aparecieron en el lenguaje. *Bama* (una de las primeras) puede haber venido de *baba* por un debilitamiento fonético de la segunda consonante, y *tasa* de *tata,* y *tara* de *tasa,* por un proceso parecido. Oír y pronunciar con precisión los nuevos sonidos requería (como dijimos) una nueva capacidad para adaptar delicada y rápidamente los órganos vocales. Siguiendo estos diversos pasos se llevaron a cabo los avances fonéticos más importantes.

## 18. El origen del lenguaje a través de las lenguas semíticas y bantúes

En todos los capítulos anteriores de este libro hemos intentado rastrear los comienzos del lenguaje en cada una de sus diversas facetas; y el resultado en el curso de esta investigación ha sido que todos los caminos llevaban cada uno por su lado al mismo comienzo. La cuestión importante que se presenta ahora es la siguiente: ¿es posible que este origen del lenguaje, es decir, los tipos de sonidos y significados que hemos supuesto que se daban en sus comienzos sean aún visibles en alguna lengua humana?

Ha sido principalmente, desde luego, mediante el examen de las diversas lenguas del hombre como hemos emprendido esta investigación. Así es, por ejemplo, como hemos observado los cambios en el porcentaje de verbos y el origen de determinados tipos fonéticos a partir de raíces verbales. Pero continuamos la investigación, hasta cierto punto, agrupando las distintas lenguas del mundo y señalando algunas tendencias generales; y hasta cierto punto siguiendo una línea de razonamiento, como cuando veíamos la tendencia de los significados a cambiar de lo físico a lo no físico, y de lo más enérgico a lo menos

enérgico, y cuando apuntábamos los hechos físicos que podrían explicar el origen y desarrollo que suponíamos. Acabábamos, sin embargo, por llegar a un origen del lenguaje que consistía en determinado tipo de sonidos orales, que tenían el sentido del máximo esfuerzo humano —¡corta!, ¡rompe!, ¡machaca!, etc. ¿Hay alguna lengua que muestre todavía en sus raíces el origen a partir de palabras de este tipo que tengan significados semejantes? Es todo lo que nos faltaba para completar nuestra investigación. Sobre todo arrojaría un rayo de luz sobre el más importante y fascinante de todos los aspectos del desarrollo del lenguaje y del pensamiento —a saber, ¿qué pasos dieron las palabras con estos significados para llegar a los innumerables sentidos de la lengua actual? ¿Qué pasos siguió el hombre hasta adquirir los pensamientos e ideas de la madurez? ¿Es posible encontrar esa lengua?

Si nuestras conclusiones son acertadas, el lenguaje tuvo su origen de esta manera cruda y rudimentaria cuando la edad mental del hombre era de poco más que la de un niño de un año y medio, hace cientos de miles de años. ¿No sería un milagro que sobrevivieran rastros de estos comienzos? Hemos visto que han cambiado tantas lenguas durante el breve período de civilización que parece imposible encontrar. En Polinesia hemos presenciado cambios desde los tiempos del Capitán Cook. En nuestra propia lengua, solamente los cambios producidos en los últimos mil años son inmensos. Sería imposible deducir, a partir del inglés moderno exclusivamente, las características del indoeuropeo de sólo hace cuatro mil años, del que no es más que un dialecto que ha cambiado. Considerando de una manera más amplia las lenguas del mundo, hay unas cuantas en Norteamérica que podríamos escoger para examinarlas, a fin de encontrar los rasgos del lenguaje en sus comienzos. Con todo lo antiguos que son los testimonios escritos de los chinos, apenas tenemos idea de cómo eran los sonidos de su lenguaje hace dos milenios. Toda lengua en que las mismas sílabas tengan distintos significados según el tono en que se pronuncien, presentará obstáculos insuperables en el momento en que se intente rastrear el curso de muchos siglos de su historia. Recordando que las lenguas de las comunidades primitivas y actuales, tal como las conocemos, son todas probablemente de la misma edad, y en algunos aspectos de la misma madurez, y que los pueblos que las hablan han tenido que aplicar los pocos sonidos que los órganos vocales del hombre pueden producir sin esfuerzo, y los reducidos vocabularios de estas lenguas, para representar las innumerables ideas que han adquirido, al mismo tiempo que desde que apareció el lenguaje han desechado toda una carga de otras nociones, y con ellas las palabras que las expresaban; teniendo en cuenta estas cosas, y la evidencia en todas partes del cambio y el desgaste fonéticos, nos sentimos inclinados a pensar que semejante supervivencia sería un milagro y que no vale la pena molestarse en buscarla.



Pero por ese camino no sabremos nada. En primer lugar, como todos nuestros conocimientos de historia y prehistoria humana nos dicen, y como se hacía patente en las proporciones de las partes de la oración, el avance de la civilización va siempre a un paso cada vez más rápido. Cuanto más retrocedemos, los cambios se van haciendo más lentos, y podemos estar seguros de que, en los primeros días de la humanidad, el progreso de la tecnología, del pensamiento y del lenguaje era infinitesimal a medida que los milenios se sucedían uno a otro. La civilización cuenta solamente con siete mil años, y esto sólo en el Cercano Oriente; e incluso la agricultura tiene sólo unos cuantos miles de años; y aunque el lenguaje ha avanzado desde sus orígenes hasta algo tan inmensamente distinto, la casi totalidad de este avance debe haber ocurrido en las últimas decenas de miles de años. La fase en que las palabras todavía eran principalmente del tipo que hemos deducido, con significados de máximo esfuerzo humano y poco más, debe haber durado uno o varios centenares de milenios y dejó un rastro inconfundible en las edades que siguieron. Es cierto que el desgaste y el cambio fonéticos, dentro de los límites disponibles, deben haber ocurrido desde los primeros tiempos, de manera que incluso las lenguas de los pueblos primitivos cambian, aunque hagan pocos avances en cultura material. Pero con sólo

encontrar lenguas que resistan al desgaste fonético, parece que no habría por qué desesperar de la búsqueda. Con tal que sus palabras hayan sobrevivido sin cambiar todavía podrían rastrearse sus significados. Y no hay nada más sorprendente en el lenguaje que las diferencias en la cantidad de cambios entre una lengua y otra, incluso entre pueblos del mismo grado económico, e incluso entre pueblos que hablan lenguas que descienden de un mismo origen. Mientras el francés, por ejemplo, no podría reconocerse como una lengua indoeuropea a no ser por sus testimonios escritos, el lituano y el griego, por otra parte, mantiene innumerables rasgos de la lengua madre. De las distintas familias de lenguas, conocemos dos a lo largo de un período de tres o cuatro mil años, las indoeuropeas por un período más corto y las semíticas por uno más largo. Las primeras han sufrido innumerables cambios en la mayoría de los sitios; las segundas, tal como se habla en la actualidad y en el pasado, apenas ha sufrido ningún cambio en sus radicales. Apenas hay más diferencias entre las lenguas semíticas de hoy que entre las de hace tres o cuatro mil años. Y si en cuatro milenios se han dado tan pocos cambios, nos inclinamos a pensar que éstos ya eran lentos antes de esa época. Probablemente hay pocas esperanzas de encontrar rastros visibles de los primeros significados en la mayoría de las lenguas del hombre, pero puede haber muchas esperanzas de encontrarlos en otras. Y si no los podemos encontrar en semítico no los encontraremos en ninguna parte. Si la supervivencia que buscamos es un milagro, el semítico, con su constancia única, es un milagro.

De hecho, las lenguas semíticas ofrecen pruebas inconfundibles de este origen del lenguaje. Los fenómenos que ahora estudiaremos detalladamente ya los hemos señalado muchas veces, pero suponemos que hasta ahora nadie se ha percatado de su alcance y de su verdadera significación.

Podría parecer —no podemos estar seguros— que el sitio en que probablemente encontraríamos los testimonios más claros del origen del lenguaje serían las zonas en que el hombre hizo su aparición. Quizá en esa región todo cambio violento en el lenguaje podría verse frenado



por el ejemplo de las lenguas vecinas. Para el autor de este libro las pruebas parecen indicar que el lugar de nacimiento del hombre fue la región de los alrededores de los grandes lagos del Este de Africa. Allí, por lo que sabemos, la tierra ha sido fertilísima y la vida excepcionalmente prolífica. Sea como sea, en esta región se han originado dos familias de lenguas: una, la camito-semítica, que se hablaba hacia el Nordeste en Egipto y Arabia y más allá de los confines de Asia Menor y las montañas de Persia; la otra, el bantú, que se extiende hacia el Sur y cubre el tercio meridional de Africa [1]. De la familia camito-semítica, el semítico ha cambiado mucho menos en los tiempos históricos, y (a juzgar por la estrecha semejanza de sus distintos dialectos en los comienzos de la historia) mucho menos aún en los tiempos prehistóricos, que cualquier otra lengua conocida. Tomemos como ejemplo el hebreo del Antiguo Testamento, aunque cualquier otra lengua semítica serviría. Los hebreos estaban económicamente algo menos avanzados que los babilonios y los asirios, y su lengua se hablaba en una fecha muy anterior a la del árabe que conocemos. Habían tenido con Egipto y Africa contactos más íntimos que los habitantes de Arabia Central, donde las lenguas semíticas han desarrollado al máximo sus rasgos característicos. Las lenguas bantúes, por otra parte, se han extendido por el Sur de Africa durante los dos últimos milenios, pero todavía se mantienen unidas y no dan muestras de un cambio rápido. La lengua zulú, que hemos escogido como ejemplo, es una de las más conservadoras de éstas, y ofrece vestigios claros de los sonidos significados originales. Las compararemos con las lenguas indoeuropeas, por las que los hablantes ingleses deben tener especial interés, pero éstas han ido demasiado lejos y han cambiado demasiado para servir más que como ilustración.

Una y otra vez en este libro, a medida que deducíamos (si estábamos en lo cierto) todas y cada una de las características del lenguaje primitivo, nos veíamos obligados a señalar su supervivencia en semítico, y particularmente en el ejemplo que hemos escogido, el hebreo. Observábamos primero el aumento de los vocabularios con el avan-

ce de la civilización, y señalábamos lo reducidos que eran los vocabularios semíticos. Observábamos la disminución del porcentaje de verbos —o mejor dicho, el aumento en el porcentaje de las otras partes de la oración— a medida que avanzaba la cultura material, y en semítico encontrábamos poco más que verbos y nombres. Vimos que en las lenguas había «raíces» o palabras radicales, que tenían sentido de verbos, de las que parecía haber surgido gran parte de los diversos vocabularios; y observamos que en semítico prácticamente todas las palabras radicales eran verbos, y prácticamente todos los verbos eran palabras radicales, a partir de las cuales parecía haberse ampliado el vocabulario. Dedujimos que las funciones más primitivas que ejercieron las palabras fueron las del imperativo de la segunda persona del singular, infinitivo y aoristo de la tercera persona del singular; y en semítico observamos que (con algún cambio de vocal atribuible al cambio de acento) la raíz verbal tiene estos tres significados. Dedujimos, a partir de las numerosas lenguas que examinamos, que las raíces y las primeras palabras consistían primordialmente en una sucesión de consonante y la vocal *A*, y vimos que este mismo fenómeno se daba en los radicales semíticos.

Pero hay un rasgo que distingue las lenguas semíticas de todas las demás. Hay muchas lenguas cuyas raíces, o las de la mayoría de sus verbos, siguen siendo del tipo CVC o CVCV (como, por ejemplo, las indoeuropeas y bantúes y las lenguas de los nilotas) aunque las vocales pueden ser otras que la *A*. Hay lenguas cuyas raíces son por lo común del tipo CV, y otras que disponen de todos estos tipos. El semítico tiene los radicales más largos de todas las lenguas conocidas, ya que prácticamente todos son triconsonánticos. Son en hebreo y en algunas formas del árabe [2], del tipo CVCVC, y en árabe por lo general del tipo CVCVCV, y en cada una de estas lenguas prácticamente todos los radicales son de estos dos tipos. Esta singularidad es tan sorprendente como su uniformidad. Hemos visto algunas de las razones por las que esto es así, y por qué el semítico ha ofrecido resistencia al cambio. A medida que un pueblo avanza en cultura material y su vocabulario aumenta, debe producir nuevas palabras, y, entre otras cosas, nuevos verbos que funcionen como nuevas raíces. Muchas lenguas, incluyendo el indoeuropeo común, desarrollaron y aumentaron el número de vocales. El semítico —tan conservador en todos los aspectos— alargó los verbos al mismo tiempo que mantenía el tipo antiguo de sucesión de consonante y vocal *A;* y en último término, en su pasión por la regularidad, alargó casi todas sus raíces hasta darles tres consonantes. Estas seguían estando separadas por la vocal *A;* y sólo se cambiaba la vocal para conjugar los verbos y formar a partir de ellos los nombres. ¡Qué factor tan potente de resistencia al cambio debe haber sido este carácter triconsonántico! Las vocales (excepto la vocal *A)* son más variables que las consonantes, y una lengua de raíces de tres consonantes únicas no agrupadas, separadas por *A* debe ser resistente en grado sumo al cambio fonético. Además, como la conjugación se lleva a cabo mediante el cambio de las vocales, para la mentalidad lingüística de la gente la esencia y significado de la palabra está, como ha estado siempre, en las consonantes.



Durante muchos años una serie de investigadores han buscado en estas lenguas raíces bilíteras anteriores y sus significados. En la segunda mitad del siglo XIX buscaban la lengua común de la que procedieran el indoeuropeo y el semítico, y las raíces comunes de esa lengua no podrían haber consistido en más de dos consonantes. La búsqueda de la lengua madre del indoeuropeo y semítico se ha pasado ya de moda, pero muchos investigadores han observado, quizá especialmente en hebreo, que hay palabras de dos consonantes que no se pueden ajustar satisfactoriamente al tipo trilítero mediante un recurso tan débil como es el de duplicar la última letra. Nuestro propósito actual es diferente: se trata de buscar las raíces más breves, sobre todo bilíteras, que podamos encontrar en la mayoría de las lenguas del mundo y en el lenguaje de los niños, y que hemos llegado a la conclusión de que son las formas de las primeras palabras del hombre. Encontramos muchas raíces de esta forma en semítico, y los significados que tienen son *cortar, romper.*

Vamos a examinar con este objetivo el vocabulario hebreo, comenzando por los radicales que empiezan por labial sonora y dental. Aquí tenemos un ejemplo inconfundible. Los que siguen son radicales (es decir, verbos) hebreos que empiezan por *b* y *t:*

BT

| | |
|---|---|
| *batal* | [ar. 'cercenar', 'separar'] |
| *bataq* | ['cortar', 'separar', 'derribar cortando'] |
| *batar* | ['cortar en dos' (ar. 'separar', 'exterminar')] |
| *batat* | ['cortar', 'interrumpir'] |

Estos cuatro ejemplos dan a entender que en algún tiempo anterior, antes de que apareciera esta lengua de raíces trilíteras, hubo una lengua que disponía de la raíz verbal *bata* con el sentido de *cortar.* Supongamos, por el momento, que ésta es la explicación correcta: ya veremos más adelante si puede haber otra. Hay que tener en cuenta que formas como *cut off* ['cortar', 'amputar', 'quitar la vida', 'interrumpir', 'poner fin a'], *cut down* ['derribar cortando', 'abatir'] (que consisten en un verbo seguido de un adverbio) son imposibles en hebreo. En cambio (si nuestra explicación es correcta), se ha añadido como sufijo una tercera consonante a la palabra *cut* ['cortar']. Pero el significado de las cuatro raíces prácticamente no ha cambiado: *to separate* ['separar'] es una variante fácil del verbo *to cut* ['cortar'] (como en la expresión inglesa *to cut the cards* ['cortar los naipes'] y *to cut off* ['separar', 'dejar aislado'] es una metáfora familiar por *exterminate* ['exterminar'].

Comparemos ahora una serie de otros grupos de raíces verbales que empiezan por labial sonora y dental. Lo que sigue son todas las raíces hebreas que empiezan por *bd.*

BD

| | |
|---|---|
| *bada'* | ['planear', 'tramar' ('en mal sentido'; ar. 'empezar'] |
| *badad* | ['ser separado'] |
| *badal* | ['ser dividido'] |
| *badaq* | ['desgarrar', 'romper'] |



También estos cuatro ejemplos indican la existencia de un *bada anterior,* con el sentido de 'cortar', 'romper'. El único sentido nuevo es el de 'hacer planes', 'inventar' de *bada'.* Podemos ver el mismo proceso de cambio de sentido en inglés: por ejemplo, *to cut a figure* ['hacer papel' (en sociedad, etc.)], *cut a suit* ['cortar un traje' (con el sentido de *hacer*)]; y el árabe 'empezar' tiene su paralelo en el inglés *to have a cut at* ['tener la oportunidad de probar'], *to break* ['romper'].

Las que siguen son todas las raíces hebreas que empiezan por *bz:*

BZ

| | |
|---|---|
| *baza'* | ['dividir', 'atajar'] |
| *bazah* | ['despreciar'] |
| *bazaz* | ['despojar', 'saquear'] |
| *bazar* | ['dispersar'] |
| *buz* | ['despreciar'] |

Todos estos ejemplos indican igualmente una raíz anterior *baza* ['cortar', 'romper']. Hay, sin embargo, algunas metáforas nuevas. El sentido de 'despreciar' de *basah* y *buz* está ilustrado por la expresión inglesa *to cut an acquaintance* ['romper una amistad', 'una relación'] y el verbo *contem* ['despreciar'] (latín, 'cortar'). El 'dispersar' (*bazar*) es simplemente 'separar' de determinada manera; y 'despojar' o 'saquear' es 'aplastar' y 'destruir', y todavía más 'arrancar', 'desmembrar' [3] y 'dividir' entre los miembros de la banda de saqueadores [4]. Las lenguas están llenas de asociaciones semejantes.

Las siguientes son raíces que empiezan por *bs:*

BṢ

| | |
|---|---|
| *baṣal* | ['despojar', 'arrancar lo que cubre'] |
| *baṣa'* | ['separar', 'romper', 'conseguir violenta o injustamente', 'acabar', 'realizar'] |
| *baṣaṣ* | [(ár. 'ser impresionable')] |
| *baṣeq* | ['henchir', 'hinchar'] |
| *baṣar* | ['separar', 'cercar', 'fortificar', 'hacer inaccesible' (como 'nombre', 'secreto', 'misterio)]. |

Este grupo habla por sí mismo. El origen del significado 'hinchar' es oscuro. Los significados de los verbos *baṣa'* y *baṣar* son instructivos.

Así pues, vemos en los grupos de arriba un testimonio inequívoco de raíces más antiguas *bata, bada, baza* y *baṣa,* y todas ellas no significan más que 'romper', 'cortar'.

Veamos ahora todos los radicales que contienen una labial sorda y una dental como primeras consonantes.

PṢ

*paṣaḥ* ['apartar', 'abrir' (ár. 'separar', 'cambiar de sitio'; aram. 'liberar')]
*paṣaḳ* ['estallar', 'reventar' (ár. y etíop. 'romper', 'aplastar', 'destrozar')]
*paṣal* ['pelar' (otras lenguas sem. 'hendir', 'dividir')]
*paṣam* ['partir abriendo']
*paṣa'* ['magullar', 'herir' (aram. 'hendir')]
*paṣaṣ* ['romper', 'destrozar']
*paṣar* ['apretar', 'empujar']
*puṣ* ['ser dispersado', 'destrozado', 'desbordarse'].

Aquí nos encontramos con un claro testimonio de una raíz anterior *pasa,* que tenía el sentido de 'cortar', 'romper', 'aplastar'. De ahí vienen 'apartar', 'abrir' (como en latín *patior* ['soy cortado'], 'sufro'; *pateo* ['soy abierto'] y 'pelar' y 'herir'. 'Desbordarse' no es más 'dispersarse' (de 'cortar', 'dividir'), pero aplicado a una sustancia distinta. 'Apretar', 'empujar' no son más que nociones debilitadas de 'aplastar', 'golpear'.

PS

*pasag* ['pasar entre' (cam. Norte 'partir')]
*pasaḳ* [1) 'pasar el otro lado']
[2) 'cojear' (ár. 'dislocar')]
*pasal* ['tajar']
*pasas* [1) 'esparcir']
[2) 'desaparecer' (as. 'deshacerse de', 'tachar')]

A medida que pasamos de una segunda consonante oclusiva a una segunda consonante fricativa el sentido y el



sonido se debilitan, y los ejemplos quizá no son tan claros, aunque sí lo suficiente. 'Pasar entre' no es más que 'cortar', 'perforar', 'dividir', y lo mismo puede decirse del significado 'pasar al otro lado'. El árabe sugiere que 'cojear' significaba en un principio 'estar roto' [5]. De 'dividir', 'dispersar' se llega a 'esparcir' y 'desaparecer'; y a este último sentido también se puede llegar a través de 'cortar', 'exterminar', 'destruir'.

PT

*patah* ['ser amplio', 'espacioso']
*pataḳ* [1) 'abrir']
[2) 'grabar' (as. 'perforar', 'penetrar')]
*patal* ['torcer' (es decir: 'romper'; véase más adelante, *hatal*)]
*patar* ['resolver', 'interpretar']
*patat* ['dividir en partes', 'desmenuzar' (*pat,* 'un fragmento', 'una miga de pan')]

Aquí *pataḳ,* con sus dos significados de ['abrir' y 'grabar'], muestra claramente que su origen está en ['cortar separando']; y de ['estar abierto'] viene ['ser espacioso']. ['Abrir'] es también ['resolver', 'interpretar']. No hay una explicación segura de cómo se llega al significado ['torcer'], pero el cambio es frecuente.

PŚ

*paśah* ['difundir' (también una enfermedad; y ár. también de las noticias)]
*paśa'* ['caminar', 'marchar']
*paśaq* ['apartar', 'abrir' (camita Norte y aram. 'cercenar', 'separar', rajar')]

Estos ejemplos hablan por sí mismos. De 'abrir' se pasa a 'difundir' y 'estirar', 'alargar' y 'salir'.

PSh

*pashaḳ* ['romper en pedazos'].
*pashaṭ* ['despojar', 'hacer una incursión' (as. tachar; cam. N. y aram. 'estirar', 'alargar', 'aclarar')].

*pasha'* ['rebelarse', 'transgredir'].
*push* ['ser esparcido', 'destrozado', 'dar saltos'].

Hacer una incursión en un país es tanto como 'penetrar en él cortándolo', 'dividirlo', 'atravesarlo'. 'Rebelarse' es 'desprenderse', 'separarse de'] (inglés *break away bseak* ['romper']); 'transgredir' es 'quebrantar' *(break* ['romper']) la ley o una costumbre (cfr., más adelante, *ḫaṭah),* o en inglés *to break in* ['irrumpir'] o *to break through* ['brirse paso entre'].

Podemos incluir aquí unos cuantos grupos que corroboran los anteriores pero que en sí mismos no son decisivos porque el número de verbos que contienen estas letras es demasiado reducido.

PṬ

*paṭar* ['separar', 'cambiar de sitio', 'liberar' (as. y ár. hendir'hendir', 'romper'; ár. y et. también 'crear'])[6].

PZ

*pazaz* [1) 'ser refinado' (cfr. inglés *break down,* 'analizar', 'clasificar')].
[2) 'ser ágil', 'ligero' (cfr., *push* más arriba)].
*pazar* ['esparcir', 'destrozar' (ár. 'desgarrar', 'rajar', 'separar', 'dispersar')[.

PD

*padah* ['liberar', 'rescatar' (cfr., más adelante, *para, paraq, palat)*].

Así pues, a la vista de estos grupos de labiales y dentales, podemos resumir diciendo que en una lengua que precedió al semítico, *bata, bada, baza, baṣa, paṣa, pata, paśa, pasha,* y probablemente también *paṭa, paza* y *pada,* todas ellas significaban ['cortar', 'romper', 'aplastar'].

Con este grupo podemos comparar el grupo indoeuropeo PAT, PAD, FAT o FAD, que significaba en su origen ['cortar', 'romper', 'golpear': por ejemplo, latín *pati* (¿ser cortado?), 'sufrir'; ' παθεῖν ', 'sufrir'; ' πατεῖν ', 'abrir camino' (inglés *to break a path);* ' πάτος ', 'un sendero' (cfr., francés *route,* de *rumpere)*]; *putare,* ['podar']; *patēre* y *pandere,* ['estar abierto', 'extenderse']; πετάννυψ ['extenderse']; *fatēri,* ['abrirse', 'confesar']; *fatescere,* ['reventar']; *fodere,* ['cavar']; *findere,* ['hendir']; *fundere,* ['esparcir'; *fendere,* ['cortar', 'golpear']; *font-,* ['fuente', es decir, 'lo que brota', 'lo que salta'].



Vamos a tomar ahora una serie de grupos de verbos emparentados con éstos, en que la primera consonante es una labial y la segunda una líquida, empezando por el grupo más numeroso y significativo de todos[7]:

PR

*parad* ['dividir', 'separar'].
*parah* ['florecer', 'dar fruto'].
*paraz* [(ár. 'cambiar de sitio', 'separar')].
*paraḫ* [1) 'brotar', 'retoñar', 'germinar'].
[2) 'tener una erupción' (sobre todo de lepra)].
*parat* ['desgajarse'].
*parak* [1) 'restregar', 'frotar', 'desmenuzar'].
[2) 'cortar', 'cerrar'].
*param* ['desgarrar'].
*paras* ['romper', 'dividir' (as. 'dividir', 'impedir')].
*para'* [1) 'brotar'].
[2) 'aventajar' (cfr., *qadam, mahar)*].
[3) 'aflojar'].
*paraṣ* ['romper', 'abrirse paso', 'abatirse', 'estallar', 'reventar' (ár. 'cortar', 'rajar', 'golpear')].
*paraq* ['desgajar', 'desgarrar', 'separar', 'arrancar', 'rescatar' (ár. 'partir', 'dividir')].
*parar* [1) 'romper', 'frustrar', 'anular' (as. 'destruir', 'destrozar')].
[2) 'rajar', 'dividir'].
*paraś* ['esparcir', 'extender', 'desperdigar'].
*parash* [1) 'hacer distinto' (otras lenguas semíticas, 'separar', 'distinguir', 'explicar')].
[2) 'penetrar', 'pinchar'].
[3) 'hacer estallar'].

Este conjunto de 14 verbos habla por sí mismo, pero podemos observar en *parah, paraḳ* y *para'* cómo del sentido de 'romper', viene 'retoñar' o 'florecer', 'dar fruto' y descendencia (equivalente inglés *to bear),* y tener erupciones. *Parash* es un ejemplo importante de un proceso que se da frecuentemente en el lenguaje, en que, de verbos que significan separar, vienen 'distinguir', 'explicar' y 'aclarar'. Vimos algo parecido en *patar.* Un número considerable de palabras que hoy significan 'saber' en gran número de lenguas, tenían en su origen el sentido de 'separar', 'distinguir', 'ver'; y por tanto, muchas palabras que significan 'saber' en realidad significan 'enterarse' y se usan en tiempo pasado o aoristo 'me enteré' con sentido de presente (sé), cfr. el perfecto griego *woida* ['sé'], latín *video* ['veo', de 'cortar', 'rajar'] -sánscrito *vidhyati* ['penetrar']; latín *divido* ['dividir'], *vidua* ['cortada', 'separada'], de donde el inglés *widow* ['viuda']. Ver también el hebreo *yada',* Salmo 139, versos 1-5.

PL

*pala'* ['separar', 'distinguir', 'ser distinguido', 'ser extraordinario', 'maravilloso'].
*palaḡ* ['hendir' 'dividir'].
*palaḥ* ['ser separado', 'distinto', 'maravilloso'].
*palaḳ* ['hendir', 'arar', 'labrar la tierra'].
*palaṭ* ['escapar', 'ser rescatado' (es decir 'separado', 'arrancado')].
*palal* ['separar', 'intervenir', 'mediar', 'resolver como árbitro', 'juzgar', 'rogar' (es decir del sacerdote primitivo que mediaba entre Dios y la comunidad)].
*palaṣ* ['temblar'].
*palash* ['estar en duelo', 'lamentarse' (en su origen, 'esconderse en el polvo'; As. 'cavar un hoyo', Cam. N. 'romper', 'abriendo')].

BR

*bara'* [1) 'formar', 'crear' (ár. 'hacer cortando') confrontar la raíz indoeuropea *kar* = 'cortar', 'crear'].



[2) 'estar gordo' (ár. 'estar libre de una cosa', 'sano')].
*barad* ['granizar', 'estar frío' (¿derivación?)]
*barah* [1) 'comer'].
[2) 'atar' (ver también *patal, katal)* ].
*baraz* [(aram. 'penetrar', 'atravesar')].
*baraḳ* ['pasar a través de' (de 'atravesar'), 'huir', 'escapar'].
*barak* ['arrodillarse', 'bendecir'].
*baraq* ['centellear' ('de los relámpagos', es decir, 'estallar')].
*barar* ['purificar', 'seleccionar', 'poner a prueba', 'comprobar'].
*bur* ['explicar', 'aclarar'].

Este grupo no es quizá tan claro como los otros. La idea de cortar o de romper está presente en *bara', barah* ['comer'], *baraz, baraḳ, baraq* y *barar.* Con *bur* comparar *parash, vide, supra.* Arrodillarse *barak* es una «ruptura» metafórica de las piernas.

Resumiendo, encontramos que en este grupo *para, pala* y *bara,* revelan el mismo origen ['romper', 'cortar'].

También el indoeuropeo tiene PAR o PER, con el sentido de ['cortar', 'dividir', 'atravesar'], con numerosos ejemplos (por ejemplo: *per, par, pars, experior,* περάω πείρω, πόρος, πορεῖν, πειράω, *foro, ferio, ford).*

Examinemos ahora, de la misma manera, un gran número de grupos de verbos hebreos que empiezan con velar (o palatal) y dental:

GZ

*gazaz* ['cortar', 'separar'].
*gazal* ['esquilar'].
*gazam* ['arrancar', 'robar' (ár. 'exterminar')].
*gaza'* ['separar'].
*gazar* ['separar'].
*gazah* ['cortar', 'dividir', 'separar', 'destruir', 'decretar' (ár. y Cam. N. 'cortar', 'determinar', véase más adelante, *hatak)* ].

GD

*gadad* ['cortar', 'penetrar', 'atacar'].
*gadah* ['cortar', 'despejar'].
*gadal* ['engrandecerse', 'fortalecerse' (es decir, '¿hacerse capaz de romper cosas?')].
*gada'* ['separar', 'derribar a hachazos'].
*gadap* ['ultrajar' (ár. 'cortar', 'separar', 'negar un favor', 'ser desagradecido' confrontar inglés *cut a friend* 'ignorar a un amigo')].
*gadar* ['aislar' (es decir, 'cortar', 'separar', 'excluir')].
*gadash* ['amontonar' (es decir, 'separar', 'aislar')].
*gud* ['invadir' (es decir, 'penetrar'), 'atacar'].

QṢ

*qaṣab* ['separar' (Cam. N. 'decidir')].
*qaṣah* [1) 'exterminar'].
[2) 'decidir', 'decretar'].
*qaṣa'* [1) 'raspar', 'borrar'].
[2) 'exterminar'].
*qaṣap* [1) 'estar enfadado' (es decir, '¿romper cosas?')].
[2) 'desgajar', 'saltar de golpe algo'].
*qaṣaṣ* ['exterminar' *(qes,* 'fin')].
*qaṣar* [1) 'ser corto' (es decir, 'estar cortado', confrontar 'cortar una de teatro'; el latín *curtus* y el inglés *short* tienen el sentido de 'cortado')].
[2) (de 'cortar'), 'segar', 'cosechar'].
*quṣ* [1) 'sentir aversión' (es decir, 'separarse de')].
[2) Cam. Norte: 'exterminar'].

QṬ

*qaṭab* ['separar', 'destruir'].
*qaṭal* ['matar'].
*qaṭon* ['ser pequeño' (es decir, 'estar cortado')].
*qaṭap* ['arrancar' (fruta de un árbol), 'sacar' (un ojo, plumas)].
*qaṭar* [1) 'ahumar', 'humear' (¿destruir?)].
[2) 'aislar', 'encerrar'].
*quṭ* ['aborrecer' (ver *qus,* más arriba)].



QS

*qasam* ['dividir', 'distribuir'].
*qasas* ['separar', 'arrancar' (fruta)].

QD

*qadad* ['inclinarse' (confrontar más arriba *barak)*].
*qadaḥ* ['reavivar' (el fuego); en su origen 'taladrar' el método más antiguo de hacer fuego como en aram., y cam. N.)].
*qadam* ['estar al frente' (inglés *beat,* 'pegar', 'golpear', machacar', 'aventajar', 'vencer', confrontar *mahar)*].
*qadar* ['estar oscuro'] [8].
*qadash* ['estar separado', 'ser sagrado'] [9].

ḤT

*ḥatah* ['arrancar', 'arrebatar' (as. 'destruir')].
*ḥatak* ['determinar' (aram., y Cam. N., 'cortar', 'separar', 'determinar')].
*ḥatal* ['envolver', 'arropar' (véase más arriba, *patal*)].
*ḥatam* ['lacrar con sello' (es decir, 'grabar')].
*ḥatan* ['circuncidar'].
*ḥatap* ['arrancar', 'agarrar'].
*ḥatar* ['cavar', 'remar' (confrontar inglés *to ear* 'arar', es decir, 'surcar' y *oar* 'remo' Cam. Nor., 'taladrar')].
*ḥaṭat* ['ser destrozado' (etíope 'ser examinado')].

ḤS

*ḥaṣab* ['tajar', 'separar a hachazos'].
*ḥaṣah* ['dividir'].
*ḥaṣaṣ* ['dividir' (as. 'cortar en dos', etíope, 'cercenar', 'acortar')].
*ḥaṣar* ['aislar' (es decir, 'dividir'), 'encerrar', 'rodear'].

ḤṬ

*ḥaṭa'* ['extraviarse', 'errar el tiro', 'pecar' (es decir, ¿'soltarse', 'escaparse', 'separarse'?)]

*ḥaṭab* ['cortar madera', 'reunir leña'].
*ḥaṭaṭ* ['rayar' (aram., 'cavar', 'abrir zanjas')].
*ḥaṭam* ['contener', 'refrenar' (es decir, ¿'separar'?)].
*ḥaṭap* ['agarrar', 'arrancar'].

ḤD

*ḥadad* ['ser afilado' (es decir, 'cortante')].
*ḥadah* [1) 'ser' o 'aguzarse'].
[2) 'alegrarse' (¿'ser agudo', 'vivo'?)].
*ḥadal* ['cesar' (confrontar inglés *break off*, 'cortarse', 'interrumpirse bruscamente')].
*ḥadaq* ['penetrar'].
*ḥadar* ['aislar', 'rodear' 'encerrar' (inglés *cut off*)].
*ḥadash* ['reparar', 'renovar' (¿'cortar'?)].
*ḥud* ['evitar', 'desviarse' (ing. *cut, separate from*)].

KT

*katab* ['escribir' (en su origen 'hacer rayas cortando', 'rayar')].
*katal* ['atar' (véase más arriba, *patal, barah*)].
*katam* ['estar manchado' (?)].
*katar* ['cortar', 'aislar', 'rodear'].
*katash* ['desmenuzar', 'moler'].
*katat* ['golpear', 'aplastar'].

KS

*kasah* [1) 'esconder' (es decir, 'separar'), 'cubrir' (ver más abajo, *galah*)].
[2) 'atar' (véase más arriba *katal*)].
*kasaḥ* ['cortar', 'aislar', 'destruir'].
*kasal* ['ser tonto' (?)].
*kasam* ['esquilar'].
*kasas* ['calcular' (en su origen 'dividir en el proceso de contar', aram., 'desmenuzar', ár., 'pulverizar', as., 'cortar')].
*kasap* ['anhelar', 'añorar' (?)].

Por consiguiente, tenemos en este grupo una prueba evidente de que en una época anterior *gaza, gada, qaṣa,*



*qaṭa, qasa, qada, ḥata, ḥaṣa, ḥaṭa, ḥada, kata* y *kasa,* todas tenían el sentido de ['cortar', 'romper'].

Así pues, esto nos recuerda las raíces paralelas indoeuropeas CD y CT, ['cortar'] (por ejemplo, latín: *caedo,* ['golpear']; *scindo,* ['escindir']; *cudo,* ['golpear']; *catus,* ['agudo']; griego: σχεδάννυμι, κίδναμαι, ['esparcir', 'extender')].

Veamos ahora los grupos hebreos de velar y líquida emparentados con los anteriores.

GR

*garab* ['rascar', 'sentir picor'].
*garad* ['rascar', 'raspar' (ár. 'pelar', 'afeitar')].
*garah* ['atacar', 'hostigar'].
*garaz* ['cortar', 'exterminar', 'matar'].
*garal* ['piedras' (como en latín *saxum* de *sac,* raíz de *seco,* 'cortar')].
*garam* [1) 'poner aparte', 'ahorrar' (ár. 'exterminar')].
[2) 'romper'].
*garan* ['moler', 'trillar' (confrontar ár., 'moler', 'raer', 'acostumbrarse')].
*garaʿ* ['reducir', 'reprimir', 'retirarse' (aram., 'afeitarse la cabeza')].
*garap* ['llevarse', 'arrebatar'].
*garar* ['cortar', 'arrancar', 'arrastrar'].
*garash* ['exterminar', 'arrojar', 'echar'].
*gur* ['desviarse' (es decir, 'separarse'), 'residir por una temporada'].

GL

*galab* ['afeitar', 'cortar el pelo'].
*galah* ['descubrir', 'revelar' (confrontar más arriba *kasah*)].
*galaḥ* ['afeitar', 'ser calvo'].
*galal* ['hacer rodar'].
*galam* ['doblar', 'envolver' (ver más arriba, *patal, barah, katal, kasah*)].
*galaʿ* ['descubrir', 'desnudar', 'exponer', 'revelar'].

Todo este grupo (excepto quizá *galam*) se deriva de *gala,* ['esquiar', 'afeitar', 'descubrir', 'revelar'].

ḤR

*ḥareb* [1) 'ser secado' (¿'destruido'?)].
*ḥarab* [2) 'ser devastado' (¿'destruido'?)].
[3) 'atacar' (ár., 'saquear' -¿'de destruir'?)].
*ḥarag* ['temblar' (¿'derivado'?)].
*ḥarad* ['estremecerse', 'tener miedo' (¿'derivado'?)].
*ḥarah* ['arder' (¿'destruir'?), 'referido a la cólera'].
*ḥaraz* ['ensartar' ('penetrar'), 'referido a cuentas', etcétera].
*ḥarat* ['cortar'].
*ḥarak* ['poner en movimiento' (cfr., inglés *break)*].
*ḥaram* [1) 'exterminar', 'desterrar'].
[2) 'hender'].
*ḥara'* [(ár., 'rajar', 'inventar')].
*ḥarap* [1) 'reprochar' (aram., 'afilar' -confrontar inglés *cut)*].
[2) 'recolectar'].
[3) 'adquirir'].
*ḥaraṣ* ['cortar', 'afilar', 'decidir' (as., también 'cavar')].
*ḥaraq* ['rechinar los dientes'].
*ḥarar* [1) 'abrasarse', 'arder'].
[2) 'liberar'].
[3) (as., 'perforar')].
*ḥaraś* [(ás., 'rascar', 'desgarrar')].
*ḥarash* [1) 'cortar', 'grabar', 'arar', 'tramar' (en mal sentido -confrontar *bada')*].
[2) 'ser mudo', 'sordo' (es decir, 'privado', 'separado', 'roto')].
*ḥarat* ['grabar' (ár., 'penetrar', 'taladrar', 'hender')].

HR

*harag* ['matar'].
*harah* ['concebir', 'estar encinta'].
*haras* ['destruir', 'derribar'].

Así pues, estos grupos muestran con toda evidencia que *gara, gala, ḥara* y *hara* en un principio significaban ['cortar', 'romper', 'destruir'], y se pueden comparar con ellos los grupos de *ḥala* y *qara,* que contienen muchos más testimonios.



Con ellos pueden compararse también los numerosos paralelos indoeuropeos de la raíz KAR, ['cortar'], por ejemplo: χείρω, ['cortar']; *curtus,* ['acortado']; *creo,* ['crear cortando']; κρίνω y *cerno,* ['separar']; *cornu,* ['cuerno'], es decir, instrumento penetrante; confrontar hebreo, *qeren.*

Veamos ahora los grupos que empiezan por nasal:

MN

*myn* ['una clase', 'secta' (es decir, 'aislados', 'segregados'; como inglés *sect,* 'secta'; del latín *seco,* 'cortar')].
*min* ['separación' (de ahí, como preposición, 'desde')].
*manah* ['contar', 'numerar', 'asignar' (es decir, 'dividir'; confrontar ár., 'dividir')].
*manaḫ* ['hacer un regalo' (es decir, 'compartir', 'dividir')].
*manan* ['dividir'].
*mana'* ['retener' (es decir, 'separar')].

MD

*madad* ['medir' (es decir, 'separar')].
*madah* idem.

ML

*mala'* ['llenar' (¿'derivado'?)].
*malaḫ* ['arrancar', 'dispersar'].
*malat* ['escabucirse', 'escapar'].
*malal* [1) 'hablar'].
[2) 'raspar', 'frotar'].
[3) 'marchitarse', 'decaer'].
[4) 'circuncidar'].
*malaṣ* ['ser suave' (es decir, 'gastado por el roce')].
*malaq* ['pellizcar', 'morder', 'podar'].
*mul* ['circuncidar'].
*mahal* ['circuncidar'].

MḪ
*maḫa* ['golpear', 'aplaudir'].
*maḫah* [1) 'borrar', 'cancelar'].
[2) 'golpear'].
*maḫaṣ* ['destrozar', 'herir'].
*maḫaq* ['destruir', 'aniquilar'].
*maḫar* ['estar al frente' (confrontar *qadam, nakaḫ*].

NQ
*naqab* [1) 'penetrar', 'taladrar', 'señalar', 'designar'].
[2) 'maldecir' (¿'destruir'?)].
*naqad* ['señalar', 'marcar'].
*naqah* [('ser ahuecado'), 'ser vaciado', 'limpiado'].
*naqam* ['vengar' (es decir, 'matar' o 'herir')].
*naqa'* ['ser separado', 'aislado' (ár. y et., 'hender', 'desgarrar')].
*naqap* [1) 'soltarse', 'cercenar'].
[2) 'aislar', 'rodear', 'ir rodeando'].
*naqaq* ['hender' (referido a la hendidura de una roca)].
*naqar* ['taladrar', 'cavar'].
*naqash* ['golpear'].

NK
*naka'* ['golpear', 'fulminar', 'azotar'].
*nakah* ['golpear', 'matar', 'herir', 'atacar'].
*nakaḫ* ['estar al frente' (confrontar *qadam, mahar)*].
*nakal* ['ser astuto' (¿'de cortar', 'ser agudo'?)].
*nakar* [1) ('separar'), 'distinguir', 'reconocer'].
[2) ('separar'), 'extranjero'].

NG
*nagad* ['declarar', 'divulgar'].
*nagah* ['iluminar', 'hacer brillar'].
*nagaḫ* ['golpear', 'acuchillar'].
*nagal* [(ár., 'golpear', 'hender', 'penetrar')].
*nagan* ['tocar' (un instrumento de cuerda)].
*naga'* ['golpear', 'tocar'].
*nagap* ['golpear'].
*nagar* ['derramar', 'fluir', 'estirar'].



*nagaś* ['llevar', 'oprimir' (as., 'derribar')].
*nagash* ['aproximarse' (¿'de golpear', 'tocar'?)].

NT
*nataḫ* ['cortar'].
*natak* ['derramar' (¿'dividir', 'esparcir'?)].
*natan* ['dar', 'poner'].
*natas* ['desgarrar', 'derribar'].
*nata'* ['romper', 'derribar', 'estallar'].
*nataṣ* ['derribar', 'demoler'].
*nataq* ['arrancar', 'deshacer', 'arrebatar'].
*natar* [1) 'irrumpir' (confrontar inglés, *break)*].
[2) 'desatar', 'poner en libertad'].
*natash* ['arrancar', 'coger'].

ND
*nada'* ['ahuyentar', 'rechazar'].
*nadah* ['llevar', 'incitar'].
*nadad* ['escapar' (¿'ser ahuyentado', 'separado'?)].
*nadah* ['guardar' (as., 'derribar', 'destruir')].
*nadaḫ* ['cevar', 'impulsar', 'rechazar', 'desterrar'].
*nadap* ['llevar', 'ahuyentar', 'dispersar' (ár., 'golpear')].
*nadar* ['jurar'].

NS
*nasah* ['probar', 'intentar' (es decir, 'abrir', 'cortando', 'separar'].
*nasaḫ* ['arrancar'].
*nasak* [1) 'derramar' (es decir, 'dispersar')].
[2) 'tejer' (es decir, ¿'penetrar'?)].
[3) 'instalar'].
*nasas* ['estar enfermo', 'consumirse'].

Estos grupos muestran que *mana, mada, mala, maḫa, naqa, naka, naga, nata, nada* y *nasa,* tienen todos el mismo origen.

El indoeuropeo ofrece los siguientes paralelos: NEM y MEN, ['separar', 'distinguir'], por ejemplo: νέμω, *memini;* MAK y NAK, como *macĕre,* ['golpear', 'tajar'];

*macēre,* ['ser golpeado', 'ser delgado']; *necare,* ['matar']; *nocēre,* ['herir']; νέκυς, νεκρός, ['cadáver']. MET, ['cortar', 'separar'], como *meto,* ['segar', 'guadañar']; *metior,* μέτρον, ['medir']; μαθεῖν, ['distinguir', 'aprender']. MAR, ['aplastar', 'matar'], como *mori,* ['ser matado']; μέρος, ['división'], etc. [10].

Vienen ahora los grupos que empiezan por labial y velar.

BQ

*baqah* ['probar', 'averiguar', 'intentar' (de 'abrir cortando')].
*baqa'* ['abrir rompiendo', 'roturar', 'derribar', 'penetrar', 'abrir cortando', 'romper en pedazos', 'forzar'].
*baqaq* [1) 'ser exuberante' (es decir, 'reventar')]. [2) 'vaciar', 'devastar' (es decir, 'romper', 'destruir')].
*baqar* ['buscar', 'investigar' (en su origen, 'dividir', 'abrir cortando'; así ár. 'hender', 'rasgar')].
*baqash* ['buscar' (cfr. *baqar*)].

BK

*bakah* ['llorar' [11]].
*bakar* ['dar a luz el primer hijo' (es decir, 'romper', 'reventar')].

BḤ

*baḥan* ['examinar', 'probar', 'intentar' (de 'abrir cortando)].
*baḥar* ['escoger', 'elegir' (es decir, 'separar')].

Estos grupos muestran que *baqa, baka* y *baha* proceden del mismo origen y su sonido y sentido va debilitándose progresivamente.

Hay raíces semejantes en indoeuropeo [12].

Veamos ahora los grupos que empiezan por dental y velar.



DQ

*daqaq* ['machacar', 'pulverizar' (as. 'romper en pedazos')].
*daq* ['pequeño', 'delicado', 'delgado' (es decir, 'desmenuzado')].
*daqar* ['penetrar'].

DK

*daka'* ['machacar'].
*dakah* ['machacar', 'romper'].
*dakak* ['machacar', 'oprimir'].
*duk* ['moler', 'golpear'].

DḤ

*daḥah* ['empujar', 'impeler'].
*daḥaḥ* ['derribar'].
*daḥap* ['llevar', 'apresurarse'].
*daḥaq* ['empujar', 'oprimir' (ár. 'rechazar', 'alejar')].

SḤ

*saḥab* ['arrastrar'].
*saḥah* ['raspar', 'dar una batida', 'despejar'].
*saḥap* ['postrar' (as. 'arrollar')].
*saḥar* ['rondar', 'traficar', 'comerciar' (¿de un nombre desconocido?)].

Con estas raíces bilíteras, *daqa, daka, daḥa* y *saḥa* (en que la segunda consonante va debilitándose progresivamente de oclusiva a fricativa, y al mismo tiempo perdiendo fuerza), podemos comparar una serie de raíces indoeuropeas, DA, DAK, SAC (por ejemplo, δάω, ['separar', 'distinguir', 'aprender']; δαίω , ['dividir']; δάκνω ['morder']; δείκνυμι , ['separar', 'aislar', 'marcar'; *docēre* ['mostrar', 'enseñar']; *digitus* ['dedo'] ('el que señala'); *secare* ['cortar']; *sagio* ['ser agudo']; *sacer* ['separado', 'sagrado'; *scio* ['separar', 'distinguir', 'aprender'].

A continuación hay un grupo hebreo de dos velares y de dos dentales:

ḤQ (cfr. ing. *hack* ['tajar', 'cortar', 'cavar']).
*ḥaqah* ['hacer cortando', 'cincelar'].
*ḥaqaq* ['hacer cortando', 'decretar'].
*ḥaqar* ['buscar', 'explorar' (de 'hacer cortando')].

ShS
*shasah* ['saquear', 'despojar'].
*shasas* ['saquear', 'despojar'].
*shasa'* ['hender', 'dividir'].
*shasap* ['cortar en pedazos'].

Y con dental y líquida:

ZR
*zarah* ['dispersar', 'aventar'].
*zaraḥ* ['brotar', 'salir' ('del sol')].
*zaram* ['derramar' (es decir, 'dispersar')].
*zara'* [1) 'diseminar'].
['2) 'estirar'].
*zarap* ['gotear'].
*zaraq* ['dispesar', 'arrojar'].
*zarar* ['estornudar'].

Con este último grupo podemos comparar el indoeuropeo *sero* ['sembrar' ('diseminar')]; *sors* ['compartir' ('división')]; *tero* ['moler']; τείρω, τρύω, ['quitar frotando']; τερέω γ τράω ['taladrar']; δέρω ['desollar'].

Hay un solo grupo en hebreo que empieza por la vocal A y una aspiración inicial suave:

AK
*akal* ['comer'].
*akap* ['oprimir', 'apremiar'].
*akar* [(ár. 'cavar')].

Lo mismo sucede en indoeuropeo, que sólo dispone de un grupo que empieza por vocal, y se trata precisamente de AK. Por ejemplo, ἄγνυμί ['romper']; ὀξύς ['agudo']; ὠκύς ['agudo', 'rápido']; y en latín *acu, acuo, acer, aceo, acies, oculus,* todos con el sentido de 'cortante', 'penetrante'.

## 19. El origen del lenguaje a través de las lenguas semíticas y bantúes (continuación)

Examinemos ahora en conjunto los fenómenos semíticos expuestos en el capítulo anterior. Llegamos a la conclusión de que sólo podían explicarse suponiendo que los radicales triconsonánticos con la vocal habían sido verbos biconsonánticos en una época anterior del lenguaje; que todos ellos habían tenido los sentidos de 'cortar', 'romper', 'golpear', 'machacar', y otros parecidos; y que habían llegado a su forma actual mediante la edición de una consonante como sufijo. En muchos casos, quizá, la adición se llevaba a cabo simplemente para permitir que un verbo bilítero armonizase con el carácter trilítero que iba asumiendo el lenguaje, pero el alargamiento de las palabras, como ya dijimos, formaba parte del curso normal de la expansión de un vocabulario. Al mismo tiempo, llegamos a la conclusión de que los significados de los verbos estaban desarrollándose de una manera regular por medio de la metáfora, llegando a tener significados distintos, físicamente más débiles. Esta era nuestra opinión; pero —olvidando por un momento todos los hechos que la confirman expuestos a lo largo de este libro—

vamos a ver si podría ofrecerse cualquier otra explicación de estas circunstancias.

Sayce, distinguido lingüista y semitista, discutiendo las semejanzas mencionadas entre las raíces arias y semíticas, dijo que «se explican en casi todos los casos por la imitación de sonidos naturales. El número de raíces paralelas que existen en semítico de sonido y significado parecido, como *katsats, ka'sa's, gazaz, gazah, gazam, gaza', gazal, gazar, khadad, gadad, kadad, gadah, guz, khatsats, khatsah, katsa', katsar, ca'sakh, ca'sam, khatsah,* que contienen todas la idea de 'cortar', sólo puede explicarse no por una teoría de adición y sustracción, sino tomando estos determinados sonidos como otros tantos tipos fonéticos que se presentaban ante la mente inconsciente como símbolos de los conceptos que iban unidos a ellos» [1]. Veamos si esta explicación aclara algo.

Sayce explica estas raíces paralelas por imitación de sonidos naturales [2], e ilustra esta observación con una lista de veinte verbos que contienen ocho elementos bilíteros comunes. Este no es el alcance del fenómeno. En el capítulo anterior dimos una lista de 300 raíces verbales que contienen unos 50 elementos bilíteros distintos de los más diversos tipos fonéticos, y todos ellos con significados parecidos; y no son todos, ni mucho menos. Si la imitación del sonido natural es la causa y el origen, el sonido de cortar y romper es infinitamente variado. Pero en realidad los sonidos de cortar y romper no tienen nada en común con los sonidos del lenguaje.

Es bueno, sin embargo, tener siempre presente que las palabras no son sólo cosas que se encuentran en un diccionario, sino que están asociadas, por lo menos en cierta medida, en la mente con los conceptos de que se utilizan como símbolos. Los hombres no son autómatas. Pero el significado de las palabras se obtiene de su uso anterior, y si un sonido oral determinado se presenta ante la mente inconsciente como el símbolo de un concepto al que se cree que va unido, es casi siempre porque hace mucho tiempo que se ha venido usando en esa misma conexión. Y aunque el hombre no es un autómata, sus sonidos deben conformarse según tipos fonéticos, y deben usarse con



referencias simbólicas, aprobadas y comprendidas fácilmente por toda una comunidad. De ahí uno de los rasgos más sorprendentes del lenguaje: la regularidad de las formas que produce. ¿Podría imaginarse, en lo que al lenguaje se refiere, algo de forma más regular y artificial que una lengua cuyos verbos contienen todos tres consonantes no agrupadas, separadas por una vocal? Comparado con este fenómeno, ¿es más o menos extraordinario que esa misma lengua fuera precedida de otra en que la mayoría de los verbos contuviera dos consonantes separadas por una vocal? De hecho, casi lo extraordinario sería que fuese así, ya que en un inmenso número, y quizá la mayoría, de las lenguas del mundo la mayor parte de las raíces verbales son de esta forma, y no hay ninguna otra familia de lenguas cuyos verbos sean todos de forma trilítera o más larga [3]. Y si una comunidad sigue el proceso de cambiar la forma de sus verbos de biconsonática a triconsonántica, no puede, durante un período de tiempo determinado, deshacerse de sus raíces verbales y abandonar el uso del lenguaje hasta que esté dispuesta a adoptar una nueva lengua. El proceso de extensión no puede afectar de repente a todos los verbos al mismo tiempo, y los bilíteros, mientras dura el proceso de alargamiento, tienen que seguir siendo utilizados con los mismos sentidos. Y si el lenguaje es capaz de una regularidad conservadora semejante, como la que se da en semítico, no debe sorprendernos en absoluto que los bilíteros y sus sentidos puedan distinguirse todavía en las palabras nuevas.

¿Y por qué estos símbolos fonéticos, estos elementos bilíteros comunes con estos significados, están siempre al principio de los radicales semíticos y no al final? También éste es un rasgo de regularidad formal extrema. En los 300 ejemplos dados en el último capítulo las dos consonantes comunes eran en cada caso la primera y segunda consonante del verbo semítico. Examinando minuciosamente el vocabulario hebreo no puedo encontrar ejemplos, salvo uno o dos casos dudosos [4], en que las consonantes comunes sean la segunda y tercera, y ninguno en que sean la primera y tercera, excepto (si eso es una

excepción) cuando se interpone una semi-consonante en vez de una vocal [5]. Entonces ¿por qué estos «tipos fonéticos» comunes están al principio del radical semítico? La respuesta es, una vez más, que éstos eran en un principio los verbos de la lengua, que luego se ampliaron añadiendo una consonante como sufijo. Esta es una cuestión de importancia. Como hemos observado a menudo, el hombre, normalmente, cuando habla, no hace un esfuerzo mayor del necesario para que le entiendan. Lo que el oyente puede inferir se pronuncia confusamente o se omite. El lenguaje se ha producido porque es necesario para la comunicación, y fuera de esto no hay nada más. Si la esencia de una palabra o frase está al principio y no al final, se hace posible una economía de esfuerzo, porque si el principio da el sentido, el resto puede pronunciarse confusamente u omitirse. Por consiguiente, cuando se añaden detalles y refinamientos, desarrollo y diferenciación de significado y morfología, como la idea básica está en la raíz las adiciones tienden con más frecuencia a hacerse con sufijos que con prefijos o infijos. De esta manera el significado se captará más rápidamente; pero si la idea básica viene al final, la atención del oyente debe seguir despierta hasta entonces. Así, en la mayoría de las lenguas el alargamiento se lleva a cabo mediante sufijos, y el indoeuropeo, con su uso casi exclusivo de los sufijos, no es una excepción [6].

Pero incluso si tuviéramos que considerar estos elementos bilíteros comunes que encontramos en el verbo semítico como meros tipos fonéticos, que simbolizan los conceptos a los que van unidos, está claro que para la mente de la comunidad deben haber tenido estos significados en una época antes de que por lo menos algunos de los trilíteros, entre los que figuran, empezaran a usarse. Es imposible imaginar que un grupo de, digamos, hasta 14 [7] raíces verbales trilíteras haya empezado a usarse de golpe, conteniendo todas ellas un elemento bilítero común con su significado común. Debe haber habido una época en que el grupo estaba formado por un número más reducido, una o dos o tres; y si este es así —cualquiera que sea la verdadera explicación y origen— estos



elementos bilíteros, portadores de estos significados, son más antiguos que el estado actual de la lengua, es decir, más antiguos que el semítico tal como lo conocemos. No hemos conseguido poco si hemos retrocedido más allá del semítico, aunque sólo sea hasta este punto

¿Y cómo vamos a explicar la existencia de algunas de estas formas bilíteras, en el semítico que conocemos, aisladas y sin una tercera consonante? En el imperativo y el infinitivo, por razones de acento, hay una semivocal entre las dos consonantes —*buz, puṣ, push, bur, gud, quṣ, qut, ḫud, gur, duk*—, pero en la tercera persona del aoristo (o perfectivo) encontramos sólo la vocal A: *baz, paṣ, paṣh* [8], etc. Difícilmente pueden haber cambiado de una forma trilítera a una forma bilítera, cosa absolutamente contraria al espíritu de la lengua. Además hay muestras, por toda la lengua hebrea, de radicales bilíteros anteriores, y una serie de investigadores, basados en razones distintas, sostienen que el hebreo se ha originado a partir de raíces bilíteras.

Pero hay otras razones poderosas en lo que respecta a la explicación histórica de estos fenómenos. Una es la amplitud de estos elementos y significados comunes, que muestran lo avanzado de su edad por el grado en que el vocabulario de la lengua incorpora, hasta qué punto se han extendido en nuevas palabras. Teniendo en cuenta todos los cambios y desgastes naturales que ocurren en el lenguaje, y la adopción de palabras extranjeras, hemos dado una lista de 300 raíces verbales que contienen unos 50 de estos elementos bilíteros. Estos son los más fáciles de ver, pero hay otros 30 elementos de éstos perfectamente comprobable, y otros 30 bastante comprobables. Pero no tenemos por qué detenernos aquí: es difícil observarlos sin sacar la conclusión de que a estas parejas de consonantes se ha llegado por variación y diferenciación de un número más reducido que tenía aún más claramente la misma serie de amplios significados. Por ejemplo, nuestra primera lista de labiales y dentales —*bata, bada, baza, baṣa, paṣa, pasa, pata, paśa, pasha, paṭa, paza* y *pada*, todas con el sentido de «cortar» y «romper»— casi nos obliga a suponer la existencia de una pareja anterior de labial y

dental, pronunciada con menos claridad, con un sentido menos diferenciado, con la misma vocal central indefinida, y con significado parecido.

Y lo que es todavía más significativo, ¿por qué, de todos los significados posibles, estas parejas de consonantes ofrecen todas el mismo grupo de significados —«cortar», «romper», «golpear», «machacar»? ¿Por qué, si son meros tipos fonéticos, que se presentan ante la mente inconsciente como símbolos de determinados conceptos, no simbolizan también otros conceptos? ¿Por qué no encontramos nunca entre ecos, por ejemplo, elementos fonéticos comunes que signifiquen «cantar», «beber», «amar», «mujer» y cien más? ¿Por qué, de todos los significados del vocabulario, sólo «cortar» y «romper»? ¿Cuál era la importancia de este significado, en la vida cotidiana del hebreo del Antiguo Testamento, comparado con éstos y otros conceptos que podrían haber simbolizado?

De hecho, en muy pocos casos, las formas bilíteras comunes expresan otros significados, y esto da aún más fuerza al argumento. Examinando minuciosamente el vocabulario hebreo con este propósito, sólo he podido encontrar los tres grupos siguientes.

El primero consta de un número reducido de palabras que significan «unir«, «otar», «fortalecer», que comprenden las formas bilíteras comunes ASh y ḤB. Esto no tiene por qué sorprendernos, porque, aunque al principio el hombre hace cosas cortando y rompiendo y machacando, debe haber un número insignificante de casos, en los primeros tiempos, en que ataba y unía: y de hecho hemos visto estos significados en palabras aisladas de nuestros grupos, formadas a partir de las nociones de «cortar» y «romper». Lo que es dudoso es que estas formas bilíteras, usadas en este sentido, estén entre las más antiguas.

En el segundo grupo tiene el sentido de «gemir», y comprende las formas bilíteras comunes AN, NH y (posiblemente) NA. Por lo tanto es un grupo especialmente interesante, porque los sonidos N y A son de los más antiguos y los que menos tienden a cambiar, y en el lenguaje de los niños hemos visto cómo en estados de dolor y molestias predomina la consonante nasal. Y lo que es



más importante, estos tipos fonéticos se han introducido en el lenguaje siguiendo el mismo proceso (si no estamos equivocados) que las palabras más antiguas que significan «cortar» y «romper», a saber, imitando los sonidos que emite un hombre en el curso de la acción que aquéllos simbolizan. En un caso, los sonidos orales que el hombre emitía en una acción de máximo esfuerzo físico se imitaron y llegaron a usarse como palabras que expresaban dicha acción. En el otro caso, los sonidos que emitía al gemir se imitaron y usaron para expresar esa acción. Es una verdadera onomatopeya, y el inglés *moan* [«gemir»] es del mismo tipo.

El tercer grupo se constituyó de la misma manera. Consta de las consonantes LQ, LḤ y LSh, y tiene el sentido de «lamer», sonidos parecidos a los del indoeuropeo, con significado parecido. En otras palabras, estas formas bilíteras repiten el sonido que se hace con la lengua en el curso de la acción mencionada.

Pero como mejor nos podemos convencer no es discutiendo, sino observando cómo cambian los significados de estas palabras bilíteras para expresar las concepciones de la civilización hebrea, y viendo cómo los mismos significados sufren los mismos cambios en otras lenguas. «L'étymologie», dijo Voltaire en un pasaje célebre, «est une science ou les voyelles ne font rien, et les consonnes font peu de chose». A menudo, por desgracia la etimología parece ser poco más, pero no es este tipo de etimología el que aquí nos interesa. En esta historia de significados, el hombre primitivo ha dejado detrás un diario inconfundible, exponiendo los pensamientos que progresivamnte se le ocurrían a lo largo del medio millón de años que han transcurrido desde que apareció sobre la tierra. Sus páginas compensan un estudio incesante. Es el diario colectivo de una comunidad, y a cada significado se llega generalmente por una serie de caminos que parten de su predecesor. Muchas veces el detectar estos caminos exige un conocimiento de las condiciones materiales y modos de pensar que desaparecieron hace mucho tiempo; siempre implica los trabajos de una naturaleza humana invariable. Muchas veces el mejor paralelo lo proporcionan

las figuras de la jerga (slang, argot), de la gente de hoy que se convierte en el lenguaje del investigador de mañana. Se comprende siempre fácilmente, y siempre fascina. Ningún resto que haya dejado la vida del hombre es tan precioso ni tan significativo. No hay ningún aspecto del lenguaje que tenga la misma importancia. Comoquiera que consideremos estos fenómenos, no tenemos más remedio que ver en ellos la historia de la mente y del lenguaje.

Pero nuestra opinión de que las lenguas semíticas vinieron precedidas de estas raíces bilíteras puede criticarse y probarse mejor y de manera más provechosa siguiendo un camino completamente distinto. Sayce señala, en el mismo pasaje, que «las palabras varían más por la acción del desgaste fonético que por la adición de letras nuevas». ¿No es posible, se puede preguntar, que los radicales trilíteros semíticos que contienen un elemento trilítero común —por ejemplo, los radicales *batal, bataq, batar, batat*— fueran precedidos de una raíz trilítera anterior que consistía en *bata* y una consonante final, y que tenía el sentido de «cortar», «romper», etc., y que de ella salieran estas cuatro formas debido a una pronunciación variable de la consonante final? ¿No es posible —como tantas veces ocurre en el lenguaje— que, una vez que surgieron estas cuatro formas de pronunciación, cada una se usara con un sentido diferente, en cierta manera especializado, de modo que cada una adquiriese un significado ligeramente distinto de «cortar» y «romper»? No hay nada más probable. Esta idea no basta para desplazar los argumentos que defienden la existencia de una lengua bilítera anterior, pero sirve para recordarnos que, al mismo tiempo que el proceso normal de alargamiento de las raíces, se estaba dando aparte otro proceso de creación de palabras por cambio y desgaste fonético. Veamos cómo actuaría este último proceso.

Ya se dijo antes que el final de una palabra tiende más a debilitarse y cambiar que el principio. En primer lugar, las palabras y las frases se producen mediante una expulsión de aire, y en general esa corriente de aire es más débil al final que al principio. De aquí que, concretamente, las oclusivas se conviertan en fricativas. En segundo lugar,



el hombre al hablar no hace en general un esfuerzo mayor del necesario para que le entiendan, y si se entiende el principio de una palabra, el oyente puede suponer el resto, y por esta razón, el hablante puede pronunciarlo mal u omitirlo. De ahí que una consonante final esté expuesta a que distintos indivíduos la pronuncien descuidadamente y de manera distinta, y como estas formas diversas llegan a hacerse familiares, cada una tenderá a ser utilizada por la comunidad en un sentido ligeramente distinto, distribuyéndose entre un número creciente de ideas. Por consiguiente, el proceso de cambio fonético que estamos considerando tendería a dar como resultado que la primera consonante del verbo trilítero sufriera el menor cambio, y la última de las tres fuese la que cambia más. Si este proceso continuara mucho tiempo, pero dejara rastros evidentes en la lengua semítica, desarrollada regularmente, nos encontraríamos con que en un grupo de verbos trilíteros, con sentidos con variantes del significado «cortar», «romper», la primera letra, comparada con las demás, sería constante, la segunda cambiaría aún más. Como resultado, si este grupo contenía un par de consonantes comunes, serían la primera y la segunda[9]. Y esto es lo que hemos encontrado.

Siguiendo esta hipótesis encontraríamos otro resultado. Estábamos convencidos, en los capítulos anteriores, de que el lenguaje tuvo su origen en consonantes oclusivas sencillas, separadas por la vocal A, con gran cantidad de reduplicaciones. En los radicales semíticos sobreviven todavía dos de estos rasgos, a saber, las consonantes siguen siendo sencillas, y siempre están separadas por la vocal A. Si los radicales semíticos se formaron a partir de verbos trilíteros anteriores portadores de estos sentidos (compuestos a base de más o menos reduplicaciones, como bababa y tatata, etc.), por desgaste y cambio fonético las consonantes segunda y tercera llegarían a ser distintas, según hemos dicho antes, y la reduplicación desaparecería. Y nos encontraríamos con que, a medida que las oclusivas iban siendo reemplazadas por las fricativas, en los verbos semíticos con los sentidos de «cortar» y «romper» la proporción más elevada de oclusivas se daría en las conso-

nantes primeras, la proporción disminuiría en las segundas, y la menos elevada se daría en las terceras. Esto es de hecho lo que encontramos. Quedaría el resto del vocabulario semítico —acumulando adiciones a lo largo del tiempo— sin rastros de los significados antiguos, y sin palabras bilíteras comunes preliminares. Aquí deberíamos encontrar, en la primera y segunda consonantes, una proporción más reducida de oclusivas y mayor de fricativas que en los grupos portadores de los sonidos y significados más antiguos. Y de hecho esto es lo que encontramos. En realidad no es mucho decir que los datos más exactos sobre la pronunciación de las consonantes hebreas podrían deducirse en gran parte simplemente por la proporción de palabras portadoras de los antiguos significados en que dichas consonantes aparecen.

Quizá la mejor manera de presentar este fenómeno sea la siguiente. Vamos a apartar del resto del vocabulario hebreo tres categorías: la primera consta de verbos en que el origen a partir de palabras bilíteras con sentido de «cortar», «romper», se ve más claramente; la segunda, de verbos cuyo origen no está tan claro, aunque hay los testimonios suficientes; la tercera de verbos que conservan un resto de ese origen y nada más. El primer grupo, de casos claros, contiene 27 palabras bilíteras [10] (incluidas en los verbos enumerados en el capítulo anterior); el segundo contiene 52 palabras bilíteras [11], la mitad de las cuales aparecen en las listas del capítulo anterior, y la otra mitad no; y la tercera contiene 31 palabras bilíteras más [12]. En el primer grupo, de 27 palabras bilíteras que hemos llamado *claras,* el primer sonido es una oclusiva en 21 casos (78 por 100) y una fricativa en sólo 6 (22 por 100). En el segundo grupo (de 52 bilíteras) el primer sonido es una oclusiva en sólo 29 casos (56 por 100) y una fricativa en 23 (44 por 100). En el tercer grupo (de 31 bilíteras) el primer sonido es una oclusiva sólo en 13 casos (42 por 100) y una fricativa en 18 (58 por 100). Lo mismo ocurre con la *segunda* letra de cada palabra bilítera. En el primer grupo (el que llamamos *claro*) las oclusivas son menos numerosas que en las primeras letras del mismo grupo, pero quedan aún 12 (44 por 100) frente a 15 fricativas (56 por 100). En el segundo grupo las oclusivas son sólo 17 (33 por 100) frente a 35 fricativas (67 por 100), y la proporción en el tercer grupo es esencialmente la misma. En el resto del vocabulario predominan las fricativas en la primera letra, y lo mismo ocurre con la segunda y tercera [13].



Por consiguiente, si rechazamos la teoría de que el semítico se originó a partir de bilíteras, y suponemos una diferenciación de trilíteras más antiguas, llegamos también al mismo resultado —a saber, que tuvo su origen en palabras con oclusivas no agrupadas, separadas por la vocal A, y portadoras de significados del máximo esfuerzo humano— sólo que las palabras trilíteras ocupan el lugar de las bilíteras. Pero como hemos dicho, sería más prudente pensar que los dos procesos son contemporáneos, un proceso general de alargamiento de las palabras a partir de dos o tres consonantes, y un proceso general de debilitamiento y cambio de los finales de la palabras [14]. Como hemos visto, el lenguaje no ha avanzado hasta su condición actual por un único camino o impulsado por una sola fuerza. El curso que ha seguido es el resultado de innumerables fuerzas diversas que actúan sobre él, y de variaciones en el habla de todos los indivíduos de cada comunidad.

Queda una cuestión. Suponiendo que la causa de la presencia de estas palabras bilíteras comunes en semítico sea histórica, ¿este proceso de desarrollo no puede haberse dado en cualquier época? ¿No está el lenguaje sufriendo continuamente estos procesos? Vimos en un capítulo anterior que los nombres y las demás partes de la lengua se habían desarrollado en un orden determinado a partir de los verbos en los comienzos del lenguaje, y que desde entonces han seguido teniendo su origen, en líneas generales, en los verbos, y en el mismo orden. Y de igual manera, ¿no pueden estos innumerables significados haber seguido teniendo su origen en los verbos primarios, los verbos del máximo esfuerzo humano? De hecho hemos dado como mejor ilustración del proceso diversos usos del inglés moderno, en los cuales, por ejemplo, esa misteriosa *cut* [«cortar»] —de origen desconocido y muy

discutido, y de forma tan parecida al hebreo *kat(a)* y *hat(a)* y a otras palabras bilíteras que hemos mencionado— da lugar a significados parecidos en el habla popular. Realmente es cierto que el proceso está simpre repitiéndose, ya que los canales de la mente se trazaron de esta manera en los primeros días del hombre, y el pensamiento ha seguido fluyendo por ecos desde entonces. Pero no podemos atribuir a un desarrollo reciente la gran extensión de este fenómeno en semítico. De hecho, es tan amplio que nos invita a pensar que, si no fuera por el cambio y el desgaste fonético y la gran adición de fricativas, estos orígenes bilíteros oclusivos y sus significados podrían haberse visto en todo el vocabulario. Hay también una gran diferencia entre lo antiguo y lo nuevo. En semítico estas palabras bilíteras (en los casos claros) constan de dos consonantes, casi siempre oclusivas, con una A que las separa. En inglés moderno (aparte de la palabra *cut*) los fonemas que se usan son de muchas formas. Pero si retrocedemos lo suficiente —si buscamos en inglés las palabras que descienden de raíces bilíteras oclusivas antiguas semejantes con los mismos significados— aún podemos verlas en profusión enorme.

Los ejemplos que hemos dado del griego y el latín en el capítulo anterior son significativos. Si no nos equivocamos en nuestra reconstrucción del origen y la historia del lenguaje, es fácil, como hemos dicho, imaginarse los dos caminos divergentes que siguieron el semítico y el indoeuropeo en los primeros días del lenguaje. El semítico, al tiempo que alargaba sus radicales, conservó con regularidad única y característica el esquema de las palabras primitivas, reteniendo la vocal A y ampliando la alternancia de CVCV a CVCVC o CVCVCV. Puede que haya retenido esta vocal, además, por la razón de que este proceso tuvo lugar en los días más remotos, cuando las otras vocales no se pronunciaban todavía con regularidad y precisión, y sólo más tarde se varió la vocal para indicar los accidentes gramaticales. Por otra parte el indoeuropeo, como la mayoría de las demás lenguas, aumentó su vocabulario mediante la variación de la vocal en la raíz bilítera, y también mediante la adición irregular de consonantes, a veces agrupando un par de consonantes, como en *scar* [«cicatriz», «marcar con cicatriz»] de *kar,* y *mergo* de *mar,* etc. El bantú tuvo un desarrollo parecido, pero en general sus raíces siguen siendo del tipo CVCV.



No debemos esperar que las lenguas de este tipo ofrezcan por regla general testimonios tan palpables como los que hemos visto de los orígenes del lenguaje. Las formas de las raíces bilíteras se han alterado a fin de dar todos los significados necesarios propios de una lengua desarrollada; en Africa por medio de la mutación violenta, pero regular, de las consonantes, y en todas partes por medio del cambio de las vocales, y en muchos sitios cambiando o perdiendo una consonante final, tan expuesta al desgaste y a la desaparición. La mutación regular de las consonantes no tiene por qué preocuparnos. En bantú el desgaste de la consonante final se da en menor grado que en otras partes, ya que sobrevive la vocal A (*¡bona!* [«ve»]; *¡tema!* [«corta»]; *¡geza!* [«lava»]). La única manera de comprobar aquí nuestra teoría sobre la historia del lenguaje es reunir las raíces que contienen dos consonantes iguales, sin tener en cuenta los cambios frecuentes de las vocales.

Entonces, si tomamos como ejemplo la conservadora lengua zulú y reunimos los verbos radicales en que aparecen dos consonantes iguales, veremos por doquier, tan claro como en hebreo, los testimonios del mismo origen del lenguaje. Nos contentamos con unos cuantos ejemplos [15], haciendo referencia al hebreo cuando sea necesario ilustrar nuestro pensamiento.

AB, AP

*aba* ['distribuir', 'dividir' (*iz-abulo,* 'asuntos secretos' —cfr. hebreo *baṣar*) [16]].
*apuca* ['llevarse a la fuerza', 'arrancar'].
*apuka* ['romperse', 'torcerse' (considerado por los zulús como una fractura —ver heb. y árabe *pasaḳ*), 'morir de repente'].
*apula* ['romper', 'fracturar', 'dislocar' [17]].
*eba* ['robar'].
*ebula* ['pelar', 'desnudar'].

*epa* ['enflaquecer', 'arrancar' (de las plantas)].
*epula* 'salvar de un peligro', 'librar'].
*epa* ['derramar sangre', 'sangrar', 'fluir'].

BC

*băca, ukuti* ['estar abierto', 'salpicar', 'extenderse'].
*baca* ['esconderse', 'ir a otro sitio buscando refugio', 'ser fiel a alguien' (cfr. los dos usos del inglés *cleave* (1, 'pegarse a alguien', 'ser fiel', 2, 'hender', 'rajar')].
*boca* ['pegar a alguien', 'matar a golpes'].
*buca* ['desmenuzarse debido a la podredumbre'].

BZ

*baza* ['afeitar', 'mandar tallar'].

CB

*caba* ['tajar', 'romper', 'cortar', 'matar'].
*căba, ukuti* ['ser plano', 'nivelado', 'liso'].
*coba* [1) 'tajar', 'quitar fuerza'].
[2) 'reventar' o 'matar piojos'].
*comba* ['marcar'].
*cuba* ['aplastar' o 'romper'].
*ciba* ['lanzar una azagaya'].
*cibi, ukuti* ['aplastar', 'machacar'].

CS, CSh, CZ

*casa* ['estrellar', 'romper'].
*cosu, ukuti* ['arrancar'].
*cosha* ['escoger'].
*cushe, ukuti* ['penetrar', 'atravesar'].
*cisha* ['extinguir', 'morir'].
*caza* [1) 'separar', 'dividir'].
[2) 'hacer incisiones'].
*ceza* ['desmenuzar'].
*cezu, ukuti* ['arrancar'].
*cezula* [1) 'romper', 'golpear', 'cortar', 'aislar'].
[2) 'hacer marcharse', 'irse' o 'alejarse'].



DB

*daba* [(raíz) 'cortar', 'como en':].
*dabula* ['desgarrar', 'hacer brotar a la vida', 'crear' ('como Dios creó la tierra', ver heb. *bara'*) [18], 'rajar', 'cortar'].
*i-n-daba* ['asunto', 'cuestión'].
*um-dabuli* ['agrimensor' ('que divide', 'mide la tierra')].
*isi-dabuko* ['fuente original' (es dcir, 'sitio donde algo brota'), 'costumbre original o antigua'].
*dĕbe, ukuti* ['cortar', 'romper'].
*duba* ['romper', 'maltratar'].

DRr [19]

*dŏrro ukuti, dorroza, durruza* ['machacar', 'aplastar'].
*dĕrre, ukuti* ['ponerse en cuclillas' (es decir, 'henderse')].

DH1 [20]

*dhla* ['comer', 'cortar', 'romper'].
*dhle* [(raíz) 'desgarrar' (cfr. *dhlela, dhlebula,* etcétera)].
*dhli* [(raíz) 'desgarrar' (cfr. *dhlikiza,* etc.)].
*u-dhli* ['desairar' ('dejar cortado a alguien')].
*dhlo* [(raíz) 'cortar', 'apuñalar'].
*dhlu, ukuti* ['penetrar', 'desgarrar'].

FA

*fa* ['morir'].
*fa, ukuti* ['salpicar'] ('dispersar')].
*u(lu)fa* ['hendidura', 'grieta', 'raja'].

FL

*fala* ['dispersar' (cfr. *falakahla*)].
*fela* ['morir por'].
*fola* ['agacharse', 'estar torcido' (es decir, 'roto'; cfr. heb. *barak*), 'penetrar'].

GB

*gaba* ['señalar con agujeros una linde' o 'cuando se plantan patatas' (es decir, 'penetrar',

'dividir'), 'confiar en', 'aprovecharse de'].
*isi-gaba* ['una porción separada', 'una tropa', 'regimiento'].
*gaba* ['vaciar' (el estómago con un emético)].
*gabe, ukuti* ['cortar', 'abrir cortando haciendo una incisión o hendidura', 'hacer algo a lo grande o de manera perfecta'].
*guba* ['sacar con una pala', 'sonsacar secretos a alguien', 'hacer a lo grande', 'sacudir brutalmente'].
*geba* ['doblegar' (es decir, 'romper')].
*gĕbe, ukuti* ['doblegar', 'cortar abriendo una gran herida'].
*i(li)-gebe* ['pozo' o 'agujero profundo'].
*gebeza* ['cortar a una persona abriéndole una gran herida'].
*gĕbu, ukuti* ['cortar penetrando mucho'].
*goba* ['doblar', 'descansar', 'sustraerse a la vista de los demás' (cfr. *gebe, ukuti*)].
*goba* ['coger una gran porción de algo', 'contar algo parcialmente'].

GM
*gămu, ukuti* ['cortar', 'aislar', 'acortar'].
*i(li)-gamu* ['una unidad de la lengua' ('nombre', 'letra', 'palabra', 'frase')].
*isi-gamu* ['trozo cortado'].
*um-gamu* ['intervalo de tiempo' o 'trecho'].
*gamuka* ['cortar', 'aislar', 'cesar', 'detenerse'].
*gema* ['señalar', 'apuntar'].
*gămpu, ukuti* ['dividido', 'cortado', 'marca'].

GZ
*gazu, ukuti* ['cortar', 'abrir', 'rajar', 'avanzar a saltos'].
*i-ngozi* ['una herida', 'daño', 'peligro', 'cicatriz'].
*geza* ['lavar' (es decir, ¿'raspar', 'frotar'?)].

HB
*hăbu, ukuti* ['abrir la boca', 'bostezar'].
*hĕbe, ukuti* ['hacer un corte a una persona o un animal', 'cortar la cabellera'].
*hebeza* ['ahuyentar'].
*hoba* ['moler grano', 'estar alarmado'].



LM
*lima* ['cavar', 'hendir la tierra con la azada', 'cultivar una cosecha'].
*lamu!* ['¡soltaos!', '¡separaos!' (a personas que luchan].
*luma* ['morder', 'causar un dolor agudo'].
*lŭmu, ukuti* ['romper', 'morder', 'arrancar'].

PQ
*păqa, ukuti* ['estar al aire libre', 'al descubierto', 'derramar un poco', 'hacer ruidos ligeros y acompasados' (de lluvia, pasos, etc.)].
*pĕqe, ukuti* ['cortar', 'doblar', 'plegar'].
*pĭqi, ukuti* ['estallar'].
*poqa* ['forzar', 'arrebatar'].
*pŏqo, ukuti* ['morder', 'romper'].
*pŭqu, ukuti* ['arrojar', 'descargar'].

PRr
*pŏrro, ukuti* ['aplastar', 'romper', 'golpear'].
*pŭrru, ukuti* ['aplastar', 'romper', 'proferir algo sin reflexionar'].

PH[21]
*phala* ['interceptar', 'rodear', 'cercar', 'embarcarse clandestinamente'].
*păhla, ukuti* ['proferir de repente', 'decir algo sin reflexionar' (es decir, 'estallar')].
*pahlaza* ['aplastar', 'romper'].
*pehla* ['taladrar', 'elaborar', 'preparar'].
*pĕhle, ukuti* ['romper en dos algo haciéndolo crujir'].
*pĭhli, ukuti* ['hacer añicos', 'desparramar en gran cantidad'].
*pŏhlo, ukuti* ['aplastar con estrépito', 'sacudir a una persona un golpe demoledor', 'partir la boca a alguien'].

QB

*qăba, ukuti* ['repiquetear' (como gotas de lluvia —es decir, 'dispersar', esparcir'), 'dar a una persona una gota o una pequeña cantidad de algo' (cfr. *caba,* 'cortar', 'tajar')].
*qăbu, ukuti* ['advertir algo con la vista', 'volver en sí'].
*qib* ['romper' (así *qibula, qibuka, qibukana, qifuza*].
*qoba* ['cortar', 'tajar', 'romper', 'desmenuzar' (cfr. *coba*]).
*qŏbo, ukuti* ['golpear un objeto duro con un palo o una piedra'].
*qĕbe, qĕbe ukuti* ['charlar sobre todo lo divino y lo humano' (es decir, ¿'dispersarse'?)].
*quba* ['ahuyentar', 'correr', 'largarse'].
*qŭbu, ukuti* ['proliferar' (plantas, asuntos)].

QD

*qanda* ['ser cortante' (del frío, del dolor de cabeza), 'decir una palabra decisiva', 'derribar', 'hender', 'separar'].
*qonda* ['comprender', 'captar', 'coger' (es decir, 'distinguir'].
*qunda* ['embotar' (un cuchillo, por el uso ya mellando o doblando el filo)].
*qeda* ['acabar con', 'matar', 'ser la muerte de'].
*quda* ['ser mantenido aparte'].

QP

*qĕpu, ukuti* ['romper', 'dividir'].
*qopa* ['hacer corte en', 'mellar', 'nombrar despectivamente a alguien', 'empezar a producir un poco de fruto' (es decir, 'reventar', 'romper')].
*qupula* ['escoger' (es decir, 'separar')].

QT

*qata* ['romper' (cfr. *pota* y *quta*)].



QSh

*qasha* ['salir volando', 'saltar despedido'].
*qashula* ['romper', 'desgarrar'].
*qesha* ['mellar', 'desportillar', 'gruñir' o 'regañar',
*queshe, ukuti*
*qosha* ['darse tono'].
*qŭshu, ukuti* ['penetrar', 'pinchar', 'dar un bufido', 'mascar'].

QZ

*qaza* [1) 'examinar', 'inspeccionar' (es decir, 'abrir cortando'), 'indagar', 'buscar'].
[2) 'atar', 'agarrar', 'sujetar de repente'].
*qĕzu, ukuti* ['romper', 'abrir de golpe', 'desmenuzar', 'desviarse del camino'].
*qŏza* ['golpear', 'conseguir lo mejor de', 'hacer un ruido sordo golpeando', 'hacer algo concienzudamente', 'rematar algo'].
*quza* ['hacer dar la vuelta a alguien', 'derramar', 'arrojarse sobre'].
*qŭzu, ukuti* ['desgarrar', 'retorcer', 'hacer saltar a golpes', 'chocar con'].

RrB

*rraba* ['estar disperso pastando' (como el ganado)].
*rrabe, ukuti* ['echar un vistazo a'].
*rrabu, ukuti* ['cortar de un solo tajo profundo', 'llevarse de'].
*rrabela* ['cortar a lo largo'].
*rrĕbu, ukuti* ['desgarrar', 'rasgar'].
*rrŏbo, ukuti* ['producir en abundancia' (es decir, 'reventar')].
*rruba* ['lanzar un proyectil a'].

RrW

*rrăwu, ukuti* ['hacer cortes pequeños en la piel'].
*rrĕwu, ukuti* ['desgarrar', 'rasgar'].
*rrwĕ, ukuti* ['rascar', 'hacer un sonido como de rascar'].

*rrwi, ukuti* [1) 'desgarrar', 'romper'].
[2) 'estar lleno', 'estar enfadado'].

SK

*săka, ukuti* ['dispersar', 'caer roto en pedazos', 'morir de repente', 'desmoronarse'].
*seka* ['apoyar', 'sostener'].
*sekehla* ['machacar', 'calumniar'].
*i(li)-seko* ['piedra que está en el hogar para sostener los pucheros'].
*isi-seko* ['piedra para poner áspera una amoladera o para sostenerla' (cfr. lat. *saxum,* de *seco*)].
*sika* 'cortar', 'dividir', 'hacer una insinuación contra una persona', 'estar a punto de alcanzar', 'aproximarse a' (cfr. heb. *naga'*)].
*sĭki, ukuti* ['hacer un ligero movimiento', 'apuntar'].
*sikihli, ukuti* ['cortar', 'llenar', 'acabar'].
*soka* ['cortar' (prepucio)].
*suka* ['ponerse en marcha', 'levantarse', 'irse', 'salir volando', 'tener su origen en'].

TB

*tăba, ukuti* ['tajar', 'cortar', 'romper' (cfr. *caba*)].
*taba* ['deleitar'].
*teba* 1) 'mostrar desprecio deliberado o indiferencia por una persona'].
[2) 'vacilar', 'mecerse'].
*tĕbe, ukuti* ['tajar', 'cortar', 'romper'].
*tĭbi, ukuti* ['ceder a la presión de la mano o del pie'].
*toba* [1) 'doblar'].
[2) 'suavizar'].
*tŏbo, ukuti* ['ceder a una presión'].
*tuba* [1) 'romper', 'aplastar', 'dar un porrazo', 'golpear', 'extenuar' (a alguien)].
[2) 'oscurecerse'].

TP

*tapa* ['arrebatar con la mano', 'entender', 'mirar', 'golpear'].



*tĕpu, ukuti* ['morder', 'romper'].
*topa* ['ser liso', 'pulido', 'suave'].

ZC

*zaca* ['estar flaco', 'adelgazar', 'languidecer'].
*zăcu, ukuti* ['sacar mucho', 'en grandes cantidades'].
*zeca*
*zĕce, ukuti* ['separar', 'romper'].
*zucu, ukuti*

Estos grupos, tomados del zulú, los damos simplemente a manera de ilustración. En zulú, como en semítico, los casos más claros contienen una proporción mayor de oclusivas que el resto del lenguaje, y en las primeras letras de las palabras bilíteras vemos que la proporción es mayor que en las segundas. La vocal A predomina en los ejemplos más claros de radicales que sobreviven conservando la forma antigua con un significado algo parecido al antiguo —*aba, ata, baca, caba, casa, caza, daba* y los demás— raíces verbales que cuando examinamos el vocabulario hebreo supusimos que habían precedido al semítico en tiempo remotos. El número de grupos de bilíteras en zulú que contienen palabras bilíteras portadoras de los significados antiguos, o testimonios evidentes de ellos, es muy grande. Tenemos la impresión, todavía más clara que en hebreo, de que prácticamente todo el vocabulario puede haber descendido de ellas. Los comienzos del lenguaje que imaginamos parecen estar más al alcance de la mano. La lista total de los grupos bilíteros, que suman más de 150, es la que sigue. Los casos más claros están en letra cursiva. Hay otra serie de grupos bilíteros que ofrecen rastros del mismo origen pero que no están incluidos en esta lista.

ZULU

*Ab, ap, at,* al, *ahl.*
*Ba, be,* bq, bb, *bd, bl,* br, bj, bng, *bz,* bx, bdhl.
*Cb, cc, cd, cf, ck,* cm, cp, *cs, csh,* ct, *cz.*
*Db,* dng, *dl,* dm, *drr,* dw, dz.
Dhl.

*Fa,* fc, fd, fhl, fk, *fl,* ft, fx, fz.
Ga, *gb,* gqb, gc, *gd,* gj, *gl, gm,* gn, gq, *grr, gdhl,* gx, gz.
*Ha, hb, hl, hn, hp,* hq, hsh, hv, hw, hy, hz.
Jd, *jq,* jj, jw.
Kb, kd, kk, *kl,* km, *kt, khl,* kv, *kw,* kz.
*Lm,* lb, ll, lp.
Mn, mt, mh, mk, mrr, mb, mf, nb, nc, nq.
*Pc, pq, pk,* pd, *phl, pt, prr,* pl.
*Qb, qp, qm, qd, qt, qsh, qz, qk.*
*Rrb, rrm, rrw,* rrv, rrn, *rrl,* rry.
*Sb,* sp, *sv,* sm, sn, *sk,* sz.
Shy (shaya).
*Tb, tp,* tw, tc, *tn,* ts, *thl* (thala, tuhlu).
*Vc,* vk, *vrr, vt, vv.*
Xv, xb, xp, xz.
*Yc, yl,* yp.
*Zc, zk,* zt, *zv, zw,* zf



Esta es, pues, la conclusión a que hemos llegado sobre cómo se originó el lenguaje. Los primeros sonidos articulados emitidos por los niños pequeños escapes bruscos de aire con la forma *dă, bă, mă,* etc.— que se producían involuntariamente cuando el brazo realizaba un esfuerzo enérgico. Al ser distintos fonéticamente de otros gritos humanos, y por acompañar normalmente a ese esfuerzo, se asociaron a él en la mente, y el hombre las emitía cuando quería conseguir la ayuda del prójimo, junto con un gesto que imitaba la acción deseada. Pronto estos sonidos, en todas las lenguas que se desarrollaban, tendieron a adquirir una forma constante —CV o CVC o CVCV— y a diferenciarse y a aumentar su número mediante una variación y precisión crecientes de consonantes y, más tarde, de vocales; y al mismo tiempo los significados se diferenciaron e incrementaron y se hicieron más precisos, de modo que denotaban distintos tipos de esfuerzo del brazo. «Cortar» y «romper», «machacar» y «golpear», eran los más comunes porque éstas son las formas más comunes del máximo esfuerzo del brazo; y éstos son los

primeros significados de que encontramos rastros en el lenguaje. No hace falta repetir la historia de su desarrollo ulterior.

Y ahora, antes de poner fin a este estudio, vamos a ver algunas de las teorías más conocidas sobre el origen del lenguaje, y si también ellas se ajustan, y hasta qué punto, a las circunstancias que hemos imaginado considerando qué parte de verdad contienen a su vez.

Quizá deberíamos mencionar en primer lugar la teoría sobre el origen del lenguaje (si podemos darle ese nombre) que aparece en la segunda narración de la Creación, en el segundo capítulo del *Génesis*. De acuerdo con esta narración, «el Yahvéh Dios formó al hombre del polvo del suelo e insufló en sus narices aliento de vida» (*Gén.* 2, 7), y después creó los árboles y los ríos. Y entonces «y Yahvéh Dios formó del suelo todos los animales del campo, y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviera el nombre que el hombre le diera. Y el hombre puso nombres a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo». (*Gén.* 2, 19-20.)

Esta sencilla historia sitúa al hombre —la primera criatura de Dios, creada con todos los atributos mentales maduros del hombre— en el centro y en la cima del mundo. Es una relación del nacimiento del lenguaje en el hombre que parece derivarse del nacimiento del lenguaje en el niño. El niño, blanco de las miradas de los padres, como lo es el hombre a los ojos de Dios, emite ante los animales amigos y compañeros de juego un primer sonido espontáneo articulado, y el padre admirado lo toma como el nombre del animal, como lo toma Dios en la historia. De modo que el niño se familiariza primero con nombres de animales y objetos.

Pero ¡ay!, ya no se piensa que el hombre sea la primera criatura, sino la última, que va consiguiendo gradualmente desde el principio del mundo su aparejo mental, su madurez. Ya no es el centro del universo, como no sea a sus propios ojos. Pero apenas puede dudarse de que esta imagen del lenguaje que tiene su origen en los nombres de las cosas —y especialmente de los animales, por



los que sienten tanto afecto el niño y el hombre primitivo— constituye una teoría que los hombres están propensos a concebir y dispuestos a aceptar. Pero ¿qué debía tener el antropoide falto de lenguaje para empezar su carrera como hombre dando nombres a los seres del reino animal o a los pocos objetos de su entorno? ¿y mediante qué proceso mental llegó a hacerlo? Ya debía haber adquirido el lenguaje para concebir la idea de nombrarlos. Dejemos la Biblia y veamos las teorías más sofisticadas de los griegos y del mundo moderno.

Quizá la más familiar de éstas es la onomatopéyica, que Max Müller llamó irreverentemente la teoría guauguau [«bow-wow»]. Esta teoría ve el origen del lenguaje en la imitación de los sonidos naturales. Así es, desde luego, como se ha dado nombre a una serie de pájaros —por ejemplo, *cuco, upupa* [«abubilla»], *peewit* [«laro»], *curlew* [«zarapito»]— pero ¿de cuántas palabras más? El lenguaje no empezó, pensábamos, con el proceso de nombrar el reino animal.

Ha habido en el pasado una gran división de opiniones entre los lingüistas sobre hasta qué punto el lenguaje empezó de esta manera. No nos importa saber quiénes consideran que ésta es la única fuente del lenguaje o quiénes niegan que algunas palabras hayan tenido ese origen: la diferencia está en si este origen es insignificante o importante. Los criterios que más han penetrado en la naturaleza del lenguaje creo que se encuentran en el primer grupo. Aristóteles no quiere saber nada de la teoría de los filósofos griegos anteriores, incluido Platón, sobre la adecuación natural de las palabras para tener los significados que tienen. El anticipa la doctrina, a la que nos hemos referido en este libro, de que el sentido de las palabras se derivan de su uso. Max Müller y Dwight Whitney no tienen nada que decir a favor de esta teoría. Sayce [1], por otra parte, que aceptó todas las nociones nuevas que venían de Alemania hacia los años 1870-1880, va tan lejos que llega a hablar del «probable origen onomatopéyico de la mayor parte de nuestro vocabulario». Los autores alemanes que hablan de la metafísica del lenguaje y los autores modernos que, desesperando de todo progre-

so en la historia del lenguaje, se interesan sobre todo por el estudio de los sonidos de las palabras y las leyes fonéticas, han escrito mucho sobre este tema. Para ellos, como para Platón y los filósofos griegos anteriores, es parte de una materia más amplia, el «simbolismo del sonido». Pero mientras los filósofos griegos enseñaban que las palabras recibían su sentido por su adecuación natural para simbolizarlo, los modernos sólo afirman que esto es así en muchas palabras.

No cabe duda, en primer lugar, de que algunas palabras inglesas se han formado por imitación de un sonido natural o sus trinos. Pero por otra parte, muchas palabras que comúnmente se cree que adquieren su significado debido a su adecuación fonética, no tienen este origen. Max Müller pone el ejemplo de la palabra inglesa *thunder* [«trueno»] —aparentemente onomatopéyica, si alguna palabra lo es— y sin embargo, como él mismo señala, se deriva de la raíz indoeuropea *tan* o *ten,* con el sentido de «extender», «poner tenso» y así, de la acción de tensar las cuerdas de un instrumento musical, acaba significando de «sonido». Otro ejemplo es *sneeze* [«estornudar»] —un ejemplo con probabilidades, si es que los hay— pero en ing. ant. era *fneosan,* y tiene el mismo origen que el griego *pneo* [«respirar»] en que no encontramos ningún sonido de estornudo ni ningún simbolismo del sonido, a pesar de la opinión contraria de Jespersen [2]. Ni tampoco el origen del gua-gua (ing. bow-wow) está en la imitación del ladrido de un perro, como creía Jespersen. Se trata de uno de los sonidos infantiles (*papa, mama, baba, wawa*), de los cuales los padres ingleses creen que el último y menos frecuente significa perro, mejorando y variando las consonantes, siguiendo el modelo de las parejas rimadas *pell-mell* [«a troche y moche»], *roly-poly* [«gordinflón»], *helter-skelter* [«a tontas y a locas»], *Higgledy-piggledy* [«confuso, revuelto»], etc.

Pero es indudable que en las lenguas germánicas modernas hay una serie de palabras que parecen querer imitar sonidos naturales, y algunos autores las han reunido en grupos que contienen un elemento fonético común en el que puede rastrearse algún significado común de este



tipo. Esto sucede, por ejemplo, con las palabras *bump* ['choque', 'golpe', 'chocar', 'golpear'], *thump* ['golpe', 'golpear'], *dump* ['batacazo', 'descargar', 'golpear'], *crump* ['ruido de mascar', 'ruido de una explosión'], *slump* ['hundimiento', 'caída', 'desplomarse', 'deja caer de golpe']. Una gran proporción de palabras con sibilantes representan sonidos que produce el agua: *splash* ['chapoteo', 'chapotear', 'salpicar'], y *plash* ['chapaleteo', 'chapalear'], *sizzle* ['sonido siseante', 'freír o abrasar produciendo un chirrido], *slop* ['lodo', 'charco', 'derramar', 'mojar'], *sludge* ['cieno', 'lodo'], *slosh* ['lodo', 'andar chapoteando']; pero ni siquiera podemos estar seguros del origen de éstas. Por ejemplo, el mismo grupo *sl* aparece en grupos de palabras de significados completamente distintos: *slight* ['ligero'], *slender* ['esbelto', 'ligero'], *slim* ['delgado']; *slash* ['tajo', 'acuchillar'], *slice* ['rebanada', 'loncha', 'cortar', 'tajar'], *slit* ['hendidura', 'hender'], *sliver* ['raja', 'rajar']; *slip* ['resbalón', 'resbalar'], *slope* ['cuesta', 'inclinar', 'inclinarse'], *slide* ['resbalón', 'declive', 'deslizarse', 'resbalar'], *slew* ['torcer(se)']; *sleep* ['sueño', 'dormir'], *slumber* ['sueño', 'dormitar']; *slack* ['flojo', 'aflojar'], *slouch* ['flojedad', 'andar cansadamente', 'colgar'], *slur* ['mancha', 'cosa borrosa', 'manchar', 'oscurecer'], *slink* ['andar furtivamente'], *slut* ['desaseado'], *slattern* ['desaliñado'], *sloven* ['desaseado'], *sluggard* ['perezoso', 'holgazán'], *sluggish* ['perezoso', 'holgazán']. Más convincentes son las imitaciones del sonido oral humano —por ejemplo,, el griego *gru, gruzo,* inglés *grunt* ['gruñir'], *grumble* ['refunfuñar'], *grumpy* ['gruñón'] y *disgruntled* ['malhumorado']; y también *moan* ['gemir'] y *mumble* ['murmurar', 'refunfuñar']. Pero en el gruñido humano (*grunt*) no se da el sonido *gr,* y al refunfuñar (*grumble*) y murmurar (*mumble*) no hacemos *bl.* Por consiguiente, la mayor parte de estos grupos consonánticos no se pueden considerar como raíces anteriores que deben su origen a la imitación del sonido natural.

Realmente, debido a que el lenguaje está tan íntimamente ligado al desarrollo y funcionamiento de nuestros procesos mentales, y tan íntimamente ligado a todos

nuestros recuerdos y sentimientos y tradiciones culturales, y es tan imprescindible para nuestra vida social y nuestro progreso; y debido a que el uso de todos y cada uno de los sonidos lingüísticos es tan familiar que se ha hecho casi instintivo, y el uso adecuado de cada palabra es esencial para todos nuestros objetivos sociales, cada palabra parece totalmente adecuada para su uso, sea cual sea su origen. Por lo tanto, nos estamos engañando continuamente al buscar razones por las que el sonido y el sentido parecen encajar tan bien uno con otro. Muchos de los sonidos del lenguaje que son ahora «símbolos sonoros» al parecer se desarrollaron en un principio por medios completamente distintos.

Jespersen termina su análisis de este tema con la observación importante de que «aunque algunas palabras-eco (imitativas) pueden ser muy antiguas, la gran mayoría no lo son; por lo menos, al buscar la fecha de aparición de un buen número de estas palabras en el N.E.D. (Diccionario de Oxford), me ha sorprendido el hecho de que muchas de ellas son muy recientes, de sólo unos cuantos siglos de edad, y algunas ni siquiera eso... Es muy probable que las palabras de este tipo sean más frecuentes en la lengua hablada de los últimos tiempos que en la de épocas anteriores» [3]. Esto apenas ofrece dudas; y es un fenómeno que se da pocas veces en las lenguas de los pueblos más primitivos. En este libro hemos encontrado una razón que lo explica. Las fricativas y parejas de consonantes agrupadas, que forman la mayor parte de estas «palabras-eco», son elementos recientes de la articulación. Las raíces —las palabras primitivas del lenguaje— no tienen estos rasgos fonéticos, ni estos significados, ni son éstos los principios del cambio de significado. Las palabras cambian de sentido por una especie de metáfora, no por su simbolismo sonoro. Como dice Dwight Whitney: «Una relación del origen del lenguaje no es científica si nos trae directamente, sin interrupción, a la historia reciente del lenguaje, formando una sola secuencia con esa historia» [4]. Y la historia reciente del lenguaje consiste en un aumento, no en una disminución, de la oscilación del simbolismo sonoro; o, con palabras de



Jespersen, ha habido en la historia un desarrollo lento y progresivo hacia expresiones más adecuadas, en que sonido y significado están unidos por una relación más estrecha que la que jamás conocieron nuestros remotos antepasados [5].

Pero estaremos más cerca de la verdad del asunto si lo enfocamos desde un punto de vista más amplio. El requisito fundamental del lenguaje es una facultad para oír e imitar el sonido. Puede que el sonido oral se emita involuntariamente; pero el lenguaje no puede darse sin una facultad para oírlo o imitarlo. La mejor opinión, como dijimos, de por qué el chimpancé no puede hablar, es que tiene pocas tendencias, o ninguna, a imitar sonidos. Imita siempre y sin esfuerzo las acciones y gestos de los seres humanos, pero no se puede hacer que imite los sonidos de su lenguaje [6]. El lenguaje es, en el más amplio sentido de la palabra, onomatopéyico, pero los sonidos que imita son los que más interesan al hombre, es decir, los sonidos naturales de éste. Así, la gama de frecuencias a que el oído humano es sensible corresponde a la gama de frecuencias de la voz humana en la conversación. Así aprende cada hombre la lengua de su comunidad, y así nació el lenguaje. Y así, aparte de los significados de 'cortar' y 'romper' y parecidos, sólo encontramos en las palabras bilíteras hebreas los significados de 'gemir' y 'lamer', consistiendo ambos grupos en sonidos que (como los equivalentes ingleses similares, *moan* y *lick*) imitan los emitidos por el hombre en esas dos acciones. El lenguaje surgió de la necesidad y el deseo de comunicación entre los hombres; y sobre todo surgió de la comunicación de exigencias de ayuda. De esto no se sigue que el hombre primitivo no pueda haber imitado otros sonidos naturales, por ejemplo, el grito peculiar de otro animal. Pero hasta tal punto es éste un factor secundario en la imitación del sonido que es en extremo improbable que haya desempeñado un papel importante en el nacimiento del lenguaje. Sin embargo, hemos llegado a la conclusión de que el lenguaje tuvo su origen en la imitación del sonido que emitía el hombre al cortar, romper, penetrar, aplastar, golpear. Los que creen que el lenguaje debe su origen al

propósito de imitar el sonido en general puede que hayan observado una característica que estas acciones tienen en común: todas ellas producen, más que las restantes acciones humanas, un ruido fuerte y súbito. Podemos pensar que ese ruido, y también el reproducido por el autor al jadear, determinó que estas acciones se diferenciaran de las demás y que el propósito de imitar los dos tipos de ruido creara el lenguaje. Nos parece posible que este sonido no humano haya tenido más importancia como medio de impresionar la mente del imitador que de configurar el sonido que éste producía.

La segunda teoría más conocida sobre el origen del lenguaje es la que Max Müller denominó la teoría *pooh-pooh,* según la cual el lenguaje tuvo su origen en los gritos o interjecciones del animal humano.

Es una teoría que no nos sirve. Efectivamente, antes de que surgiera el lenguaje los únicos sonidos orales que pueden haber existido han tenido que ser gritos animales, de la misma manera que antes del hombre sólo hubo monos antropoides; pero, como observaba Max Müller, el lenguaje empieza donde las interjecciones acaban. De hecho, el hombre sigue usando gritos e interjecciones, pero su significado es siempre afectivo: expresando miedo, sorpresa, desesperación, sufrimiento, dolor o alegría. Por el contrario, todo elemento fonético tiene en el lenguaje un valor intelectual. Y no es sólo el significado, sino también el carácter fonético del lenguaje lo que está en el polo opuesto de los gritos e interjecciones. Estos últimos son inarticulados; no tienen consonantes ni vocales en el sentido que damos a éstas al decir que una lengua que consta de consonantes y vocales. Por último, no hay zona de separación entre el lenguaje y los gritos. Entonces ¿cómo ocurrió el cambio? Concretamente, ¿cómo llega un hecho afectivo a convertirse en un concepto intelectual?

La contribución de Darwin a este aspecto de la historia humana [7] ha sido objeto de muchas críticas. Le interesaba señalar la continuidad de cuerpo y mente entre el hombre y los demás animales. Se refiere al uso que el hombre sigue haciendo de gritos inarticulados para expresar lo que



quiere decir, ayudado por gestos y movimientos de los músculos de la cara. «Nuestros gritos de dolor», dice, «miedo, sorpresa, ira, junto con las acciones que les acompañan, son más expresivos que cualquier palabra». Lo que distingue al hombre de los animales inferiores no es, sigue diciendo, la comprensión de sonidos articulados, ya que los perros entienden muchas palabras y frases. Y no es la mera articulación de estos sonidos, ya que los loros y otros pájaros son capaces de hacerlo. Ni tampoco la mera capacidad de asociar determinados sonidos a determinadas ideas, ya que algunos loros asocian acertadamente palabras con cosas y personas con acontecimientos. El hombre, concluye, difiere de los animales inferiores sólo por su capacidad casi infinitamente superior de asociar los sonidos e ideas más diversos; y esto, evidentemente, depende del alto grado de desarrollo de sus facultades mentales.

Pero esta interpretación pasa por alto la diferencia, fundamental —diferencia de carácter y no sólo de grado— que es indiscutible. Antes de que apareciese el lenguaje había gritos inarticulados con sentido puramente afectivo: ahora hay gritos inarticulados con sentido puramente afectivo, y además palabras articuladas con sentido puramente intelectual. Por consiguiente, parece que éstas últimas tuvieron un origen distinto. Si no nos equivocamos, hemos señalado ese origen en este libro.

Pero el hombre no es una máquina, y el lenguaje es una resultante de innumerables fuerzas y factores, y un medio que refleja multitud de hábitos del habla. Es posible que algunos gritos —distintos de las interjecciones emitidas involuntariamente al hacer esfuerzos con los brazos— hayan contribuido a la formación del habla y el lenguaje. Hemos visto que hay una raíz en semítico y en indo-europeo que tiene el sentido de 'cortar' y 'romper', y que empieza por vocal, a saber: la raíz *agh, ag, ak* o *akh* (griego *ag-numi* ['romper'], latín *ac-u* ['aguja'], hebreo *akal* ['comer'], *akar* ['cavar']). Es posible que las interjecciones súbitas de dolor (como el alemán *ach,* inglés *ah,* griego *achos* ['dolor'], inglés *ache*) emitidas cuando un hombre recibía un corte o una herida podían

reforzar el proceso, descrito en este libro, por el que los sonidos orales producidos cuando se realizaba un esfuerzo enérgico del brazo llegaron a indicar 'cortar', 'romper', 'penetrar', 'golpear'. Es fácil imaginar que si un animal vociferante, excitable y con pocas inhibiciones recibía una herida a un corte serio, esa exclamación sería frecuente. Por lo tanto, puede que los que se inclinan a la teoría *pooh-pooh* vean en ello una prueba del origen del lenguaje que hemos sugerido. Efectivamente, se ha dicho muchas veces que la raíz indoeuropea *agh* ['cortar'] tuvo su origen en un grito de dolor. Sin embargo, la gran mayoría de estas palabras bilíteras empiezan por consonante y no tienen forma de interjecciones, y este factor en el origen del lenguaje es probablemente insignificante.

Una tercera teoría sobre el origen del lenguaje fue propuesta hace tiempo por Max Müller, y le dio el nombre de teoría ding-dong. Intentaba explicar la correspondencia, de la que muy a menudo somos conscientes, entre sonido y sentido, por una ley de la naturaleza, una misteriosa ley de armonía, según la cual «cuando algo es golpeado, suena. Cada sustancia tiene un sonido peculiar». Así, la imagen de un perro golpea la mente del observador lo mismo que cuando se golpea un gong, y entonces pronuncia las palabras «perro corre» (*dog runs*), que son como el sonido natural del acontecimiento. Sea lo que sea lo que quiere decir con esto no nos lleva más lejos.

Una cuarta teoría, conocida a veces con el nombre de teoría yo-he-ho (hip-hip-hoo), es la de Noiré, a la que ya nos hemos referido en este libro. Para él el lenguaje se originaba en actos de trabajo colectivo o en común, en el transcurso del cual, debido al intenso esfuerzo físico, probablemente se emitían gritos o sonidos en parte consonáticos, producto de un impulso común; y es posible que estos sonidos llegaran a asociarse con el trabajo realizado, y de esta manera llegar a simbolizarlo. Hasta cierto punto el origen sugerido en este libro coincide con esto, como de hecho coincide con la mayor parte de las teorías a que nos hemos referido en este capítulo. El lenguaje, dijimos, tuvo su origen en exclamaciones emitidas durante el trabajo. Pero señalamos que al afirmar que el lenguaje tiene su origen en el trabajo colectivo se da por sentado un proceso mental demasiado refinado para unos antropoides que carecían de lenguaje, un sentido social muy desarrollado, e incluso de una economía sumamente compleja. En pocas palabras, nos presenta la imagen de un grupo de hombres tirando de una cuerda, o arrastrando, mediante un esfuerzo conjunto, un árbol o una roca demasiado pesados para que uno solo los mueva. Pero en las lenguas que hemos examinado no hay rastros de una sola raíz original que signifique tirar, arrastrar.



Una quinta teoría, de bastantes partidarios, afirma que el lenguaje tuvo su origen en el gesto. Sayce, por ejemplo, habla con razón de «cómo los gestos preceden al lenguaje hablado, y llevan a él». Algunos autores ponen como ejemplos que ilustran algunas de estas tesis, las lenguas de signos de Norteamérica y de otras partes [8], pero estos ejemplos son engañosos. Las lenguas de signos se usan en general para comunicarse a grandes distancias, donde la voz sería inútil, o entre comunidades que hablan lenguas distintas. Todas ellas son utilizadas, desde luego, por personas que tienen una lengua propia tan antigua como la nuestra, y para quienes el lenguaje y sus usos son tan familiares como para nosotros. Tienen procesos mentales que se han ido elaborando a lo largo de más de cien mil años con la ayuda del lenguaje, y están familiarizados con movimientos y objetos como elementos separados de experiencia, que se han hecho distintos mediante el uso de elementos del lenguaje independientes. La cuestión es (según las palabras de F. W. Farrar): ¿cómo llegaron las palabras a ser aceptadas como signos? O (dicho en otras palabras) ¿cómo adquirieron significado las distintas modulaciones de la voz humana al asociarse con fenómenos externos o internos? [9]. Un gesto no puede convertirse en palabra o frase, aunque sí puede influir en ellas.

Tanto la comunicación mediante el gesto como la comunicación mediante el lenguaje pertenecen a las últimas fases de la evolución de los animales y el hombre. En términos generales, una misma época presenció el des-

arrollo de las dos, y las dos han seguido usándose desde entonces. Pero la época del gesto es en cierto modo anterior a la del lenguaje, ya que el gesto es el primero en aparecer, y su uso e importancia disminuye con la madurez del lenguaje.

Pero el gesto no puede llegar a una fase de variedad y amplitud plenas hasta que, con la adquisición de miembros delanteros prensiles, el gesto manual se hace posible, alcanzando en el hombre el punto máximo de elaboración [10]. Las mismas circunstancias atestiguan el crecimiento y desarrollo del lenguaje, y en este libro hemos sugerido que el lenguaje tuvo su origen en interjecciones que acompañaban involuntaria y automáticamente al uso enérgico de las extremidades anteriores. Al ser estos sonidos, como dijimos, de un carácter fonético distinto e independiente de los demás sonidos orales del hombre, y siempre (por involuntarios) acompañando a acciones de este tipo, fácilmente llegaron a indicar esta acción, y fueron imitados y repetidos para exigirla, pero sólo cuando iban unidos a un gesto violento que imitaba el esfuerzo deseado del brazo. De esta manera el gesto mismo ayudaba a configurar la emisión del sonido preciso que acompañaba al esfuerzo del brazo y que constituía la parte oral de la exigencia. Así, concluimos en capítulos anteriores, comenzó el lenguaje.

Hay que señalar también que, hasta el momento en que el lenguaje comenzó, el gesto tuvo superioridad, en lo que se refiere a la comunicación, sobre el sonido oral. Hasta ese momento el sonido oral tenía sólo un valor afectivo. Podía registrar, de acuerdo con la condición del animal, irritación, miedo, hambre, bienestar, etcétera, por la que se configuraban sus gritos, aunque este valor podía verse aumentado por las circunstancias en que se producía, como, por ejemplo, un grito de alarma podía contribuir a fijar la atención del grupo sobre un enemigo visible al acecho. El gesto era mucho más apto para referencias objetivas. Hemos visto esto entre los chimpancés. Por ejemplo, Köhler (en un pasaje citado antes) dice de ellos que «podemos creer que hay pruebas terminantes de que su gama *fonética* es enteramente subjetiva». En lo



que se refiere a sus gestos, por otra parte, señala que los chimpancés comprenden «entre ellos» no sólo estados de animo subjetivos y emocionales, sino también deseos e impulsos definidos, y «una proporción considerable del total de deseos se expresa naturalmente mediante la imitación directa de las acciones que se desean. Así, un chimpancé que desea que otro le acompañe, le da a éste con el codo, o le tira de la mano, mirándole y moviéndose «como si caminara» en la dirección deseada. Uno que desea que otro le dé plátanos imita el movimiento de arrancar o agarrar y lo acompaña de miradas suplicantes y pucheros. El llamar a otro animal desde una distancia considerable va acompañado a menudo de señas muy parecidas a las humanas... Rana, cuando quería que la acariciaran, tendía la mano hacia nosotros y al mismo tiempo se daba golpes y caricias torpes, mirándonos con expresión de intensa súplica» [11]. Así pues, podemos ver fácilmente que los primeros sonidos del lenguaje estuvieron probablemente supeditados a la acción y al gesto, conclusión a la que llegamos anteriormente.

Entonces ¿por qué surgió finalmente el lenguaje como medio más importante de comunicación y expresión? ¿Cuáles eran las ventajas del habla sobre el gesto que dieron lugar a este resultado? El lenguaje tiene más alcance que la vista y es útil en la oscuridad; deja los ojos y los demás órganos libres para otras ocupaciones; y está capacitado para una variedad expresiva infinitamente mayor. Es evidente, sin embargo, que durante incontables milenios la mayoría de estas ventajas del lenguaje no actuarían. Los gritos animales, lo mismo que el lenguaje, llegan donde la vista no penetra, y el lenguaje no sería necesario para llevar a cabo sus objetivos. El lenguaje tenía necesidad del contorno visible para sus significados. El hombre no hacía uso del lenguaje en la oscuridad: cuando terminaba el día, dormía. Como el gesto continuó usándose durante mucho tiempo, el lenguaje no dejó las manos o los ojos libres. Pero aumentó en variedad; y así, aunque tuvo sus comienzos como socio más joven del gesto —y, en cierto sentido, era hijo del gesto, ya que era un incidente de la acción que el gesto imitaba— se

fue convirtiendo gradualmente en el socio importante debido a su mayor variedad de expresión. Pero sólo podía expresar esta variedad librándose del gesto. Y este proceso ha sido lento. El gesto se sigue usando en gran medida como complemento del lenguaje [12], para comunicarse con personas que hablan una lengua distinta o que están a grandes distancias, o para evitar el ruido; pero el alcance de este uso como suplemento del lenguaje varía mucho de un pueblo a otro, y si hubiera seguido siendo necesario, la lengua escrita sería imposible.

El gesto y el lenguaje han seguido estando asociados durante tanto tiempo que hasta una época relativamente reciente de su historia el lenguaje ha mantenido muchas de las características del gesto, moldeado por las mismas circunstancias. Hemos llegado a la conclusión de que, en los primeros tiempos, el lenguaje consistía en verbos, y aunque se fueron añadiendo gradualmente otras partes de la oración, al final del Período Paleolítico los verbos constituían todavía casi la mitad del vocabulario. Aún no se conocían tiempos verbales, luego habían aparecido los nombres formados a partir de los verbos, y después unos cuantos adjetivos —que variaban mucho en número de un pueblo a otro— al principio derivados de verbos, y más tarde de nombres. Al finalizar el Período Paleolítico hubo también un número importante de adverbios, formados a partir de verbos, pero más tarde disminuyó su proporción, y sólo en tiempos modernos se ha formado un gran número de adverbios a partir de los adjetivos. El pronombre *yo* fue común desde los primeros tiempos, y un poco más tarde al pronombre *tú*, pero los pronombres de tercera persona eran desconocidos. Hasta este momento, y antes de la formación de adverbios a partir de adjetivos, es probable que el gesto siguiera siendo importante, ya que las partes de la oración que no eran verbos, nombres o adverbios, estaban muy mal representadas, sobre todo las preposociones y conjunciones. El lenguaje, en este aspecto —es decir, en su función— ha cambiado mucho desde entonces, pero el gesto ha seguido estando sujeto a las mismas limitaciones.

Por ejemplo, Charles Aubert, en su libro *L'Art Mimique* [13], habla de la dificultad de expresar en el teatro mímico algunas partes de la oración. Los pronombres personales de primera y segunda persona, dice, pueden interpretarse fácilmente (ya que la primera y la segunda personas siempre están en el escenario), pero los pronombres personales de tercera persona sólo pueden expresarse cuando se aplican a personas que están presentes en ese momento. Los pronombres demostrativos pueden expresarse aún más fácilmente, pero es totalmente imposible expresar los pronombres relativos. Los verbos constituyen «la vida y riqueza» del lenguaje mímico. Como la función del verbo consiste en representar «acciones, pasiones y situaciones», es «le mot par excellence et presque le mot unique du langage mimique, puisque la pantomime ne s'exprime que par du mouvement et de l'action» (p. 178). Pero es imposible conjugar los tiempos. Un caballero con traje de fiesta vuelve a casa, donde su esposa le recibe con la siguiente observación: «Mientras tú bailabas allí, yo estaba aquí sola llorando.» Las palabras deben representarse como sigue: 'Allí abajo — tú bailar — sola — aquí — yo llorar'. Los nombres se representan siempre por medio de acciones. El gesto de abanicarse expresa un abanico. 'Dame una llave' se representa mediante '¡da!' y 'lo que se usa para abrir'. Los adjetivos se representan por lo general mediante verbos. Con este fin están divididos en cuatro clases: los adjetivos derivados de verbos se tratan como verbos; los adjetivos de imitación como verbos de acción; los adjetivos de valor sensorial como verbos de sensación; y los adjetivos descriptivos se representan mediante el gesto. Así, el adjetivo 'perezoso' se representa mediante una acción de caminar indolentemente, y 'alegre' sonriendo. El color es imposible de interpretar (como no sea señalando algún objeto visible del mismo tono). Esta manera de expresar adjetivos, dice Aubert, es un arte delicado. Por otra parte, los adverbios se representan sin dificultad —se les trata como verbos—, a excepción de los adverbios de tiempo (como *en la actualidad, mañana, de ahora en adelante, al mismo tiempo,* etc.), que es imposible representar. Las preposiciones y conjunciones no se pue-

den expresar, pero la verdad es que son innecesarias. «En somme», dice Aubert, «a part quelques exceptions relativement peu nombreuses, tous les mots que nous pouvons exprimer par la mimique, sont où deviennent forcément des verbes». El capítulo podría ser una descripción, hecha por un testigo presencial, del lenguaje tal como lo hemos imaginado en una fase primitiva de desarrollo a lo largo del Período Poleolítico. Podemos llegar a la misma conclusión de Macdonald Critchley cuando expone sus dudas sobre las conclusiones de algunos autores de que el primer lenguaje humano fue un lenguaje de gestos. El gesto no fue tanto un precursor cuanto un hermano mayor del lenguaje. Sigue teniendo sobre el lenguaje una serie de ventajas. Los gestos instintivos son internacionales y comprensibles para todos. Pueden hacerse con más rapidez que el lenguaje, y a veces pueden expresar matices de significado que sólo puede expresar un lenguaje elaborado. A veces pueden describir un fenómeno físico (una espiral, por ejemplo) cuando por medio del lenguaje sería difícil o imposible. Por consiguiente parece, según dice este autor, que deberíamos considerar el gesto como una modalidad importante de comunicación, con unos orígenes por lo menos tan remotos como los del lenguaje, y con capacidad de enriquecerlo y realzarlo [14].

Más recientemente Paget [15] formuló otra teoría sobre el origen del lenguaje, que podríamos llamar la teoría del gesto bucal.

Empieza por exponer (p. 126) lo que llama «las conclusiones de los filólogos» de que «el primer lenguaje humano puede decirse que ha sido un lenguaje de signos por medio de gestos». Añade (p. 132) que «los gestos, que en un principio se hacían con la mano, fueron copiados inconscientemente con movimientos o posiciones de la boca, lengua o labios», y echa mano de la siguiente observación de Darwin: «Hay otras acciones que se realizan comúnmente en determinadas circunstancias independientemente del hábito, y que parece que se deben a imitación o una especie de afinidad. Así, se puede ver que las personas que cortan algo con unas



tijeras mueven las mandíbulas al mismo tiempo que las hojas de las tijeras. Los niños que aprenden a escribir muchas veces sacan la lengua y la retuercen de un lado a otro de manera bastante ridícula a medida que van moviendo los dedos» [16]. La argumentación de sir Richard Paget sigue, afirmando que «en un principio el hombre expresaba sus ideas por medio del gesto, pero al mismo tiempo que gesticulaba con las manos, la lengua, los labios y la mandíbula las seguían inconscientemente de manera bastante ridícula, como repitiendo la acción de las manos. La consecuencia fue que cuando, debido a la presión de otros asuntos, los actores principales (las manos) se retiraron del escenario —como hacen siempre los actores principales— los suplentes, la lengua, los labios y la mandíbula, ya estaban adelantados en el arte de la pantomima. «Entonces», sugiere, «se hizo el gran descubrimiento de que, si mientras se hacía un gesto con la lengua y los labios, se echaba aire por las cavidades bucales o nasales, el gesto podía oírse como un sonido del habla susurrado», y la parte sonora del lenguaje se originó de la misma manera. Entonces nuestros antepasados descubrieron que no todos los gestos de la lengua y los labios eran igualmente apropiados, y «limitaron la pantomima de la boca a movimientos hacia arriba y hacia abajo, y adelante y atrás. De esta manera surgió un nuevo sistema de gestos convencionales de los órganos de articulación en que tuvo su origen casi todo el lenguaje humano» [17]. Así, por ejemplo, si mientras comemos movemos la boca, la lenguas y los labios, y al comunicar este signo por medio de un gesto hacemos salir aire por las cavidades bucales y nasales, emitiremos automáticamente el sonido *mnyum o mnya* (ñam-ñam), que en todas partes comprenderían que significa 'comer'. Igualmente la acción de chupar produciría *sip* (ing. *to sip* ['beber a sorbos', 'chupar']) o *sup* (ing. *to sup* ['beber a sorbos']) [18]; y la acción de atravesar con un cuchillo o una lanza *peth, puth* o probablemente *pul* (ing. *to pull* ['tirar de', 'arrancar']) [19].

Esta teoría, lo mismo que la onomatopéyica, es peligrosa. Da ocasión a un autoengaño ilimitado, que nace de que el hablante siente que las palabras de su lengua

nativa son perfectamente adecuadas para su uso. No puede aceptarse la teoría de que los gestos de la boca se hicieron conscientemente sonoros como resultado del descubrimiento de que esto era posible al hacer salir el aire contenido en los pulmones. Pero, al igual que la mayor parte de las teorías sobre el origen del lenguaje, tiene algo de verdad. En primer lugar tiene el gran mérito de hacer derivar el lenguaje de palabras que significan acciones humanas. Hemos visto dos casos importantes en las palabras bilíteras hebreas: el primero consistía en las parejas LQ, LH y LSh, todas con el sentido del indoeuropeo 'lamer' (latín *lingo,* sánsch. *lih,* griego *leicho,* inglés *lick*); y el segundo consistía en las parejas AN, NH y (probablemente) NA, todas con el sentido de la expresión nasal inglesa *moan* ['gemir']. Ninguno de estos casos pertenece, propiamente hablando, al proceso de sir R. Paget: no son gestos de la boca que acompañan e imitan la acción del brazo; son imitaciones de los sonidos de lamer y gemir.

Pero en este libro hemos llegado a la conclusión de que el lenguaje tuvo su origen en los sonidos orales que acompañaban automáticamente el esfuerzo del brazo, y los que deseen pueden ver (adoptando y alterando ligeramente la teoría de sir R. Paget), en las primeras palabras bilíteras, sonidos que hasta cierto punto estaban configurados por gestos de la lengua y los labios que acompañaban, seguían y suplían la acción del brazo. De hecho se puede pensar que el proceso que describe empezaría probablemente con la acción física más violenta, porque es en el transcurso de esa acción —al estar en tensión todos los nervios y músculos del cuerpo— cuando el gesto de la boca sería más seguro, más audible y más diferenciado.

Hace años, el lingüista danés Jespersen propuso otra teoría sobre el origen del lenguaje [20]. Todo lo que dice es lo opuesto a lo que hemos apuntado en el presente libro. Según él, «debemos pensar que el lenguaje primitivo consistía (principalmente, por lo menos) en palabras muy largas, llenas de sonidos difíciles, y cantadas más que habladas». Es la teoría más rara de todas, pero dados los



grandes conocimientos del autor, hay que tomarla en serio.

Jespersen, al contrario que muchos otros lingüistas del presente siglo, no estaba dispuesto a aceptar la idea de que es imposible llegar a conocer los orígenes del lenguaje. Mantenía con razón que, lo mismo que otros problemas, había que enfrentarse con él mediante un amplio examen de testimonios, pero no llevó a cabo esta tarea que él mismo se asignó, y basó sus conclusiones en una pequeña parte de los materiales que estaban a su alcance. Su teoría se mantiene en pie o se derrumba en conjunto, pero vamos a examinar sus partes por separado.

Jespersen sugiere que «hubo un tiempo en que todo lenguaje era canción, o mejor dicho, en que estas dos actividades todavía no se habían diferenciado» [21]. «El lenguaje», dice, «nació en los días en que la humanidad cortejaba; los primeros sonidos del lenguaje pienso para mí que eran algo intermedio entre los poemas de amor del gato en la fronda nocturna de los tilos y las melodiosas canciones de amor del ruiseñor» [22].Probablemente tomó estas nociones de Darwin. Este gran científico, a quien le interesaba mostrar la continuidad tanto de mente como de cuerpo entre el hombre y los demás animales, y la continuidad entre el lenguaje y los gritos animales, sugirió que «el hombre primitivo, o más bien algún progenitor del hombre, probablemente hizo uso de su voz, en un principio, para la emisión de verdaderas cadencias musicales, es decir, para cantar, como hacen en el día de hoy algunos monos de Asia (gibbon-apes); y partiendo de una analogía muy extendida, podemos llegar a la conclusión de que esta aptitud se ejercitaría especialmente durante la época de galanteo entre los sextos —expresaría emociones diversas, como amor, celos, triunfo— y serviría como de reto a los rivales. Es probable, por lo tanto, que la imitación de gritos musicales mediante sonidos articulados [*sic*] [23] haya dado lugar a que surgieran palabras que expresaban diversas emociones complejas» [24]. Esta sugerencia aparece en el tercer capítulo de su *Descent of Man,* y forma parte de un pasaje con que poca gente ha estado de acuerdo Todo lo que se ha dicho en este libro con-

tradice ese punto de vista. Son pocos los sonidos emitidos por los monos de Asia (gibbons) que puedan introducirnos a afirmar que cantan, y entre los demás monos antropoides no hay ninguno. Todo ser humano con facultades mentales normales puede hablar, pero un inmenso número de ellos son incapaces de cantar. En cuanto a cortejar, si juzgamos por los hábitos de la gran mayoría de la humanidad, ha sido siempre una actividad particularmente silenciosa. Las relaciones y procesos sexuales son los últimos que cambian en todos los animales, y si los hombres primitivos coquistaban a sus mujeres cantando, la situación actual sería increíble. Pero la concepción entera no sólo es errónea sino además irrelevante. Solamente añade un grito o alarido animal más. ¿Qué proceso sigue una nota para convertirse en palabras? Son dos cosas completamente dispares. La cuestión, en sus términos más limitados, es: ¿cómo se produjeron las consonantes? En las lenguas tonodistintivas que conocemos, el número de tonos empleados por lo general ha aumentado, no disminuido, a lo largo de la historia. La facultad del hombre para cantar es probablemente el lento producto de su evolución desde que apareció el lenguaje. Que el hombre primitivo emitiera más sonidos que la mujer es posible, pero esa es otra cuestión. Y si nos paramos a considerar el significado, la teoría resulta aún más rara. ¿Cómo consiguió el amor o cualquier otra emoción formar un eslabón en la cadena de desarrollo intelectual? ¿Cómo pudo una emoción convertirse en verbo o nombre? Esta es la pregunta que hay que responder, y que hemos intentando responder en este libro.

Con estas «cantilenas» (singing tunes), dice Jespersen, se emitían, en los comienzos del lenguaje, «palabras muy largas llenas de sonidos difíciles» [25]. Llega a esta conclusión después de haber observado que en todas partes, como dice, se da en primer lugar la tendencia a abreviar las palabras [26], y en segundo lugar, «la tendencia a hacer que la pronunciación sea más fácil, de modo que disminuya el esfuerzo muscular; las combinaciones difíciles de sonidos son desechadas, sólo se retienen las que se pronuncian fácilmente». Consideremos primero la longitud de las palabras.



Hay dos tendencias en el lenguaje; una a alargar las palabras, la otra a acortarlas. Esta última es un proceso fonético, una tendencia a reducir el esfuerzo requerido por parte del hablante, con tal de que se entienda el significado. Así, la antigua raíz indo-europea *gen,* nacer (como en *genus* y γένος y *kin* (ing. 'estirpe'), se reduce a *gn* (como en *gnatus*) y a una *n* sola (como en *natus*). Así, también, las consonantes iniciales del inglés *know, gnaw* y *wrong,* que todavía se pronunciaban en el siglo XV, han desaparecido desde entonces. Más extendida aún es la caída de las terminaciones o de las partes no acentuadas de las palabras. Pero la tendencia a *aumentar* la longitud de las palabras es igualmente importante, y ha actuado a lo largo de toda la historia humana. Es totalmente científico y erróneo separar las palabras de las frases como si fueran entidades diferentes con características distintas. El lenguaje surgió con frases, pero frases que eran también palabras aisladas. En el curso del avance hacia la civilización, el número de comunicaciones y conceptos del hombre ha ido siempre en aumento, y su vocabulario ha aumentado. En lo que se refiere a la frase, esto ha significado un aumento notable de longitud. Pero lo que en una lengua se expresa mediante una frase o período compacto (como en esquimal, iroqués o sumerio) se expresa en otra mediante palabras. En general, esto ha significado un aumento tanto en la longitud de las palabras como en la de las frases. En inglés (a pesar de una cierta abreviación fonética) no tenemos más remedio que notar el contraste entre las antiguas palabras monosilábicas anglosajonas y las sesquipedales romances que se han añadido al vocabulario. Así, mientras por un lado la antigua raíz *gen* y *kin* se ha reducido a una sola *n,* se ha alargado por otro dando *naturalización.* Jespersen está insistiendo continuamente en la longitud de las palabras latinas —*hominibus nobilibus, cantavisset* [27]— y demás cuadrisílabos latinos. Pero el latín es una lengua moderna en el sentido que la palabra tiene en este libro. La diferencia no está en la fecha sino en el progreso económico y mental. No es cier-

to que los vocabularios de los colectores de alimentos consistiesen en «largas sartas de sonidos». En Norteamérica y Australia hay algunas frases compactas; en bosquimano y andamanés no hay nada parecido. Pero si consideramos el lenguaje de los niños la teoría se hace aún más extraña. No hay nada más evidente que la incapacidad de los niños de una sílaba a no ser que las sílabas sean idénticas. Cambiar la «posición» de los órganos bucales entre una sílaba y la siguiente es al principio imposible. Podemos ver que, a no ser que el hombre primitivo naciera con facultades maduras para el habla, igual que Palas Atenea brotó con todas sus armas de la cabeza de Zeus, las «palabras largas» o «sartas de sílabas» que Jespersen imagina sólo pueden haber sido repeticiones de una misma consonante y vocal.

En cuanto a la eliminación de los «sonidos difíciles», esto es parte del segundo proceso mencionado arriba, por el que el esfuerzo de pronunciación se reduce al mínimo. Así *gnatus* pasa a ser *natus,* y la dificultad del grupo *gn* se elimina. Pero no debe haber sido muy difícil de pronunciar para los que lo usaban en su lengua; y si lo era, la dificultad sólo existió cuando cayó la *e* intermedia. Si esto hubiera creado una dificultad, no habría caído. Pero toda la teoría es realmente extraordinaria. ¿Es necesario aportar argumentos para afirmar que cuando el hombre estaba emitiendo las primeras consonantes y sonidos articulados, sólo pudo hacerlo gradualmente, y que debe haber adquirido primero los sonidos que le resultaba más fáciles de pronunciar, fueran los que fueran? Deben haber sido precisamente los sonidos más fáciles desde el momento en que la existencia de un lenguaje dependía de la capacidad del individuo para pronunciarlos y oírlos sin esfuerzo. Es imposible examinar las diversas lenguas del mundo sin reparar en el número de ellas en que las sílabas son del tipo CV, y es escapar a la deducción de que esto sucede porque son éstas las que al hombre le resulta más fácil de pronunciar, de la misma manera que son los primeros sonidos articulados de los niños. Y los sonidos en todas las lenguas del mundo —*p, t, k, b, d, g, n, m,* iniciales y la vocal *A*— son también los más fáciles de pronunciar, y son los que menos cambian en la historia de las palabras [28] y son también los sonidos de las primeras palabras de los niños.



La última teoría que vamos a mencionar fue propuesta hace más de un siglo, en los primeros días de la lingüística moderna. En 1823 se publicó en Edimburgo *The History of the European Languages,* de Alexander Murray, D.D. Se publicó basándose en los papeles que dejó al morir, y si hubiera vivido habría desarrollado más, sin duda, su teoría. En este trabajo [29] presenta nueve palabras que llama «los fundamentos del lenguaje... Al principio, y probablemente durante varias generaciones, se pronunciaron aisladas. Las circunstancias de las acciones se comunicaban mediante gestos y las diversas entonaciones de la voz; pero las acciones mismas se expresaban mediante su propio monosílabo». Eran las siguientes:

«1.ª Golpear o mover con un efecto rápido, uniforme, penetrante o cortante era ¡AG! ¡AG!

Si el movimiento no era tan repentino, pero del mismo tipo: HWAG.

Si se hacía enérgicamente y con un gran esfuerzo: HWA.

Estas son variantes de una sola palabra usada en un principio para expresar el movimiento del fuego, agua, viento, dardos.

2.ª Golpear con un esfuerzo rápido, vigoroso, compulsivo, BAG o BWAG, de que FAG y PAG son variantes más débiles.

3.ª Dar un golpe duro, violento o fuerte: DWAG (de que son variantes THWAG y TWAG).

4.ª Mover o golpear con un impulso rápido, vacilante, desigual: GWAG o CWAG.

5.ª Golpear con algo flexible: LAG y HLAG.

6.ª Apretar con un esfuerzo o impulso violento, como para condensar, magullar u obligar, MAG.

7.ª Golpear con energía aplastante, destructora, NAG y HNAG.

8.ª Golpear con un impulso cortante, rudo, fuerte y penetrante: RAG o HRAG.

9.ª Mover con un impulso fuerte y pesado: SWAG.»

No he tenido noticia de la teoría del doctor Murray hasta que llegué al meollo del presente libro, pero es ampliamente conocida y desde el día que apareció mucha gente se ha referido a ella en tono burlón y denigrante. Contiene errores evidentes; pero atribuye los comienzos del lenguaje articulado a un número reducido de monosílabos que significan diversas maneras de golpear, la primera de las cuales, AG, significa «golpear ...con un efecto rápido ...penetrante o cortante». Si las opiniones expuestas en este libro son correctas, el doctor Murray había alcanzado ya entonces una parte de la verdad.



## Capítulo 1

[1] Véase un ejemplo en J. R. A. I., vol. LXXVII (1947), p. 133.
[2] Fenómeno que no se limita, sin embargo, a pueblos cultos. Hay tribus africanas que usan a menudo con fines religiosos palabras cuyo significado se ha perdido. Y el judío de Marruecos que habla árabe traduce oralmente el Pentateuco Hebreo a un árabe cuyas palabras son a menudo anticuadas o desconocidas.
[3] Whitney, L. G. (1896), p. 1.
[4] Sweet, *History of Language.*
[5] Tylor.
[6] Sayce, vol. I, p. 132. Véanse otras definiciones reunidas en De Laguna, *Speech, Its Functions and Development* (1927), páginas 12 y sig.
[7] V. Dewey, «Psychology of Infant Language», *Psych. Rev.,* I (1894); *Context and Thought* (Univ. of California Publications in Philosophy, XII, 3 (1931)).
[8] Malinowski en *The Meaning of Meaning,* de Ogden y Richards, pág. 310.

## Capítulo 2

[1] Es decir, elementos que expresan un sentimiento o que solicitan alguna acción.
[2] Meillet, tomo II, pág. 1.
[3] La palabra «nombre» (ing. *noun*) se usa en este libro en el

sentido que tiene corrientemente en español (como *noun* en inglés) que equivale a «sustantivo», sin incluir «adjetivo».

## Capítulo 3

[1] Las cifras que aparecen en varias páginas del presente libro —por ejemplo, las que se refieren a las proporciones de las partes de la oración en algunos diccionarios— se han obtenido, a no ser que se especifique lo contrario en el contexto, mediante el cálculo de un gran número de casos. Estoy satisfecho con la exactitud fundamental de los resultados. Las cifras referentes al vocabulario de Shakespeare, por ejemplo, que aparecen en el presente capítulo, se obtuvieron al principio siguiendo el mismo método. Posteriormente, la he verificado contando todas las palabras que aparecen en el Lexicon de Schmidt, y los resultados fueron sustancialmente los mismos.

[2] Cálculo que he hecho del contenido de *Greek and English Lexicon for Homer* de G. C. Crusius (trad. de H. Smith, New Ed., Londres, 1876).

[3] Cálculo que he hecho del contenido del *Vocabulario Dantesco* de L. C. Blanc (Leipzig, 1852).

[4] Cálculo que he hecho del contenido (8.000 palabras) del *Lexicon to the English Poetical Works of John Milton* de Laura E. Lockwood (Nueva York, 1907); de *Concordance to the Poems of Edmund Spenser* de Osgood, 1915 (8.500 palabras); y de *Concordance of Chaucer* de Tatlock y Kennedy, 1927 (8.000 palabras).

[5] Cálculo que he hecho del vocabulario del *Hebrew and English Lexicon of the Old Testament* de Brown, Driver y Briggs. Leusden contó 5.642 palabras hebreas y caldeas en el Antiguo Testamento.

[6] *Macbeth,* III, IV, 118.

[7] Las palabras compuestas mediante guión (hyphenated words) de las que hay unas 2.125 en Shakespeare (tales como *here-approach, curse-blessed* y *not-appearance*), están en una zona intermedia. En algunas ocasiones hay diferencias de opinión sobre si debería haber guión o no. He decidido rechazarlas, teniendo presente que las palabras que las componen ya aparecen en otras partes del vocabulario, pero debemos ser consecuentes a este respecto cuando examinemos otros autores y diccionarios.

[8] He llegado a estas cifras y las siguientes contando todas las palabras del Lexicon de Schmidt y asignando cada palabra, en casi todos los casos, a la misma parte de la oración que él.

[9] He contado, posteriormente, el número de menciones en vez del número de líneas, y no he encontrado diferencias apreciables.

[10] De las cuales las palabras que ocupan de 14 a 24 líneas constituyen sólo una quinta parte de este grupo, y las que ocupan de 4 a 14 líneas constituyen las cuatro quintas partes.

[11] Redondeamos al entero más próximo, es decir, menos del 0,5 por 100.



[12] Al grupo AAA lo llamamos $A^1$; AA menos AAA es $A^2$; lo que queda de A es $A^3$.

[13] Los verbos son: *to be* ['ser'], *bear* ['llevar', 'soportar'], *break* ['romper'], *come* ['llegar'], *do* ['hacer', 'auxiliar'], *fall* ['caer'], *go* ['ir'], *have* ['tener'], *hold* ['mantener', 'sujetar'], *keep* ['mantener', 'guardar'], *lay* ['tender'], *look* ['mirar'], *make* ['hacer', 'fabricar'], *move* ['mover'], *put* ['poner'], *set* ['colocar'], *stand* ['estar de pie'], *take* ['tomar', 'coger'], *turn* ['volver', 'dar la vuelta']; además de *shall* y *will* (auxiliares que expresan el futuro).

[14] Como vimos entre las frases de Tipo 1 y Tipo 2.

[15] Como vimos entre las frases de Tipo 2 y Tipo 3.

[16] Por ejemplo, *mercifully* ['piadosamente'], *affectionally* ['afectuosamente'], *reasonably* ['razonablemente'], *seemingly* ['de modo parecido'], *stiffly* ['rígidamente'], *wearily* ['cansadamente'], *blindly* ['ciegamente'], y muchos otros.

[17] *Enrique VI,* Parte 3.ª, V, IV, 8.

[18] *Ricardo III,* III, I, 45.

[19] *Enrique VI,* Parte 1.ª, II, III, 34.

[20] *Enrique VI,* Parte 2.ª, II, IV, 16.

[21] *Macbeth,* IV, I, 96.

[22] *La Tempestad,* IV, I, 152.

[23] Por ejemplo, *first-fruit* ['primicias'], *bedroom* ['dormitorio'], *to battle* ['batallar'], *jaunt* ['corretear', 'hacer una excursión'], *aspiration* ['aspiración'], *intricate* ['intrincado'], *gentlefolks* ['hidalgos'], *inaudible* ['inaudible'], *knob* ['bulto'], *disagree* ['discrepar'], *disastrous* ['desastroso'], *to further* ['promover'], *dwelling-house* ['morada'], *mode* ['modo', 'moda'], *tomoderate* ['moderar'], *instrument* ['instrumento'], *stiffen* ['atiesar', 'endurecer'], *stammer* ['tartamudear', 'balbucir'], *an outbreak* ['un arrebato', 'estallido'].

[24] Por ejemplo, *daughter-beamed* ['Trabajos de amor perdidos']. Love's Labour's Lost, V, II, 171.

[25] Tales como el martín *temple-haunting* ['frecuentador de templos'], *Macbeth,* I, VI, 4; o Ilion *cloud-kissing* ['que besa las nubes'] (*Lucrecia,* 1370).

[26] La edición de 1830, de la última edición en folio corregida por el Doctor.

[27] Chas. Richadson, LL. D., *A New Dictionary of the English Language* (1844), 2 vols.

[28] Mayhew y Skeat, *A Concise Dictionary of Middle English* (1888).

[29] En el diccionario de Collins un número considerable de expresiones con guión se incluyen como ejemplos del uso de una palabra —por ejemplo, *hand-breadth* ['de la anchura de un palmo'] y *hand-glass* ['espejo de mano', 'lente de aumento'] en el artículo *hand* ['mano']— y han sido excluidas de las cifras dadas arriba.

[30] Ar. *Ret.*, III, I, 9. Ver también *ibid.*, III, II, 5, y *Poética* IV, I, 4.
[31] Beowulfo, 352 y sig.
[32] Es decir, templos paganos.
[33] Sacrificios.
[34] El Diablo.
[35] Segunda edición, 1916.
[36] El reducido número de palabras que encontramos aquí se debe a la exclusión de formas alternantes. Por ejemplo, el número de voces del *Middle-English Dictionary* de Stratmann es considerablemente mayor. Esto también da por resultado que la proporción de adjetivos en Mayhew y Skeat sea ligeramente más pequeña que en el diccionario de Clark-Hall.
[37] Max Müller, vol. I, pág. 308.
[38] Ver sobre este tema los comentarios de Lucien Adam en su *Grammaire de la Langue Jâgane* (1885), pág. I. Max Müller tenía en su poder el documento en 1889, ya que se refiere a él en una carta del 12 de mayo de ese año (ver *The Life and Letters of the Rt. Honble. Friedrich Max Müller,* (1902), vol. II, pág. 241), pero no sé qué ha sido de él.
[39] Véase algunas referencias en *Growth and Structure of the English Language* de Jespersen, 9.ª edición (1946), págs. 200-1.
[40] Por ejemplo, la palabra *wine* ['vino'], distinta de *vine* ['vid'], que procede del francés.
[41] *Graphic English Dictionary, de Collins.* Para esta comparación he tratado las pocas palabras romances con terminaciones germánicas (por ejemplo, la palabra *denseness* ['densidad']) como románicas. En general el desarrollo de cada sección del vocabulario ha seguido sus propios métodos (por ejemplo, *swiftness, rapidity* ['rapidez']).
[42] Cálculo del contenido de la *Concordance* de Osgood.
[43] Como muestra mi cálculo del contenido de *Concordance* de la Tatlock y Kennedy.
[44] Cálculo a partir del contenido de *Concordance to the Works of Alexander Pope* (1875), de E. Abbott.
[45] Cálculo a partir de *Concordance to the Poems and Songs of Robert Burns* (1889), de J. B. Reid.
[46] Cálculo a partir de *Concordance to the Poems of John Keats* (1917), de Baldwin.
[47] Cálculo a partir de *Lexical Concordance to the Poetical Works of P. B. Shelley* (1892), de F. S. Ellis.
[48] Cálculo a partir de *Concordance to the Poems of William Wordsworth* (1911), de Lane Cooper.
[49] Cálculo a partir de *Concordance to the Poetical and Dramatic Works of Alfred Lord Tennyson* (1914), de A. E. Baker.
[50] Cálculo a partir de *Concordance to the Poems of Robert Browning* (1924), de L. N. Broughton y B. F. Stelter.
[51] Por ejemplo, que las palabras de otras partes de la oración derivan en general de los verbos.
[52] Véase el siguiente capítulo.



## Capítulo 4

[1] Para más detalles de esta clasificación, véase mi *Evolution of Law and Order* (1951).
[2] Los más conocidos son los sakai y semang de Malaya, los de las islas Andaman, bosquimanos, pueblos del Archipiélago chileno meridional, shoshonenses y otros pueblos de California, los de Tasmania y aborígenes australianos.
[3] Véase, sin embargo, más adelante, págs. 56-58.
[4] En su plenitud en el siglo XVII, probablemente con una población de unos 25.000.
[5] Unos 25.000.
[6] Las últimas unos 30.000 en 1650.
[7] Hemos evitado las lenguas norteamericanas más polisintéticas, debido a la mayor dificultad que ofrecen para separar la palabra de la frase.
[8] Uhlenbeck y Van Gulek, *A Black-foot-English Vocabulary* (Amsterdam, 1934).
[9] J. H. Trumbull, *Natick Dictionary,* B. A. E., Boletín 25 (1903). El autor, un lingüista, murió en 1897.
[10] Cyrus Byington, *A Dictionary of the Choctaw Language,* B. A. E., Boletín 46 (1911). Recopilado principalmente por Byington, un misionero, en los cincuenta años que precedieron a 1868. En estas tres lenguas la mayoría de los verbos realizan la función del adjetivo, p. ej.: esto-es-verde, él-es-delgado, y así sucesivamente.
[11] Por ejemplo: palabras para libro, papel, escribiente, encuadernador, escuela, tribunal, capítulo, deudor, etc. La proporción de verbos, por lo tanto, ha disminuido un poco.
[12] W. G. Ivens, *A Dictionary of the Language of Bugotu* (1940).
[13] W. G. Ivens, *A Dictionary of the Language of Sa'a (Mala) and Ulawa, South-East Solomon Islands* (1929).
[14] Brown y Danks, *A Dictionary of the Duke of York Language, New Britain Group* (Sydney, 1882) en MS.
[15] R. H. Codrington y Ven. J. Palmer, *A Dictionary of the Language of Mota* (1896).
[16] A. Capell, *A New Fijian Dictionary* (Sydney, 1941).
[17] *Dictionnaire Toga-Français,* par les Missionnaires Maristes (París, 1890).
[18] L. Violette, *Dictionnaire Samoa-Français-Anglais et Français-Samoa-Anglais* (1879).
[19] L. Andrews, *A Dictionary of the Hawaiian Language* (1865).
[20] E. Tregear, *The Maori-Polynesian Comparative Dictionary* (1891).
[21] En Africa sólo entre los shilluk y (en menor grado) los anuak; y en una minoría de tribus alemanas.
[22] J. C. Mitterrützner, *Die Dinka-Sprache in Central-Africa* (Brixen, 1866).

[23] Diedrich Westermann, *The Shilluk People* (1912).
[24] J. H. Driberg, *The Lango* (1923).
[25] *A Kikamba-English Dictionary*, recopilado por el Comité de Lenguas de la Misión Interior de África en Ukamba (Nairobi, Librería C.M.S., Bookshop, 1939).
[26] L. J. y G. S. Beecher, *A Kikuyu-English Dictionary* (C. M. S., Fort Hall 1935).
[27] A. T. Bryant, *A Zulu-English Dictionary* (1905).
[28] H. Brincker, *Wörterbuch und kurzgefasste Grammatik des Otji-Heréro* (Leipzig, 1886).
[29] Leo Bittremieux, *Mayombsch Idioticon* (Ghent, 1922).
[30] La mayor parte de éstos, sin embargo, no tienen ganado debido a la presencia de la mosca tsetsé y a la selva virgen.
[31] Centro y sudeste de Asia Menor, siglo XIV a. c.
[32] C. R. Lagae, *La Langue des Azande* (Gand, 1921).
[33] M. M. Morrison, *Grammar and Dictionary of the Buluba-Lulua Language* (American Tract Society, Nueva York, 1906).
[34] W. H. Bentley, *Dictionary and Grammar of the Kongo Language* (1887).
[35] G. R. Blackledge, *Luganda-English and English-Luganda Vocabulary* (2.ª ed., 1921).
[36] R. C. Abraham, *Dictionary of the Hausa Language* (1949).
[37] H. Melzian, *A Concise Dictionary of the Bini Language of S. Nigeria* (1937).
[38] L. Krapf, *A Dictionary of the Suahili Language* (1882).
[39] Brown, Driver y Briggs, *Hebrew and English Lexicon of the Old Testament* (1929).
[40] Liddell y Scott, *Greek-English Lexicon*. Nueva ed. por Sir H. S. Jones (1940).
[41] Lewis y Short, *Latin Dictionary* (1907).
[42] C. G. Crusius, *Greek and English Lexicon for Homer*, trad. de H. Smith, revisado por T. K. Arnold (New ed., Londres, 1876).
[43] Podemos hacer esto con respecto a muchas lenguas de los pueblos más atrasados, allí donde dispongamos de diccionarios de distintas fechas. Por ejemplo, con respecto al maorí está el Diccionario de E. Tregear (1891), y el Diccionario de H. W. Williams (1917), y calculo el contenido como sigue (el número entre paréntesis representa el Diccionario de Williams): Total de palabras 8.000 (14.000). Porcentaje de verbos 34 (31), nombres 46 (50), adjetivos 15 (17). Con respecto al samoa están los Diccionarios de Le. P. Violette (1879) y Pratt (edición 3.ª y revisada de 1893); y con respecto al fiji los diccionarios de Hazlewood (1850) y A. Capell (Sydney, 1941); y hay muchos otros ejemplos. Hay que tener en cuenta que un diccionario posterior puede ser más reducido que uno anterior.
[44] Véase más arriba p. 34.
[45] En las varias lenguas indoeuropeas los adverbios están formados de distintas maneras a partir de adjetivos, ya que este proceso es más tardío que el indoeuropeo común.



[46] Prof. L. F. Maingard, *The Khomani Dialect of Bushman: Its Morphology and other Characteristics* (págs. 237-275 de *Bushmen of the Southern Kalahari* de J. D. R. Jones y C. M. Doke, Johannesburgo, 1937).
[47] Véase, por ejemplo, los comentarios de S. H. Ray sobre este tema en Australian Encyclopaedia (título *Aboriginal Languages*).
[48] Con respecto a las lenguas de los bosquimanos, por ejemplo, Dorothy Bleek.
[49] *The Lango*, pág. 314.
[50] *Bari Grammar* (Verona 1933), pág. 98. Los bari son un pueblo nilota del Grado A3 (1).
[51] Por ejemplo, con respecto al tonkawa, H.A.I.L., 3.ª parte, página 106, por H. Hoijer; con respecto al takelma, H.A.I.L., 2.ª parte, pág. 63, por Edward Sapir; con respecto al suslawa, H.A.I.L., 2.ª parte, págs. 459-60, por Leo J. Frachtenberg.
[52] C. C. Uhlenbeck, *A Concise Blackfoot Grammar* (Amsterdam, 1938), pág. 198; y ver *The Lango*, loc. cit.
[53] Uhlenbeck, op. cit., pág. 133.
[54] Condensado de Portman, y citado en *A Grammar of the Andamanese Language* de Sir R. C. Temple (el cap. IV de la 1.ª parte trata del *Census Report on the Andaman and Nicobar Islands*, 1902).

## Capítulo 5

[1] *Essai de Sémantique* (1897), cap. 7, pág. 87.
[2] *Life and Growth of Language* (1896), pág. 120.
[3] Pero incluso las palabras importadas tienden a ser asimilables para el nativo, y a ser entendidas mediante un parecido real o imaginado con una palabra nativa. *Ecrevisse* se convierte en *crayfish* (langosta), *asparagus* se convierte en *sparrow grass* (lit. hierba de gorrión).
[4] Pero (como sugirió Bréal) con un vago recuerdo del *gest* ('espíritu') de los países bajos.
[5] La palabra «verbal» se usa en este libro no como sinónimo de «oral», sino como el adjetivo de la palabra «verbo».
[6] La *g* de *gna* dejó de pronunciarse, como ha ocurrido en palabras inglesas como *gnaw* (roer) a partir del 1500.
[7] *Na-* (verbo) *-tion* (nombre) *-al* (adj.) *-is* (verbo) *-t* (nombre *-ic* (adj.): los tres primeros términos de la serie son de forma latina, y los tres últimos vienen del griego a través del francés.
[8] Por ejemplo, en inglés: *nationalism* (griego «-ισμός»), *sectionalism, secularization, generalization, pastoralism, conceptualism.*
[9] Por ejemplo: nombres abstractos formados por modificación de la vocal, a menudo con el sufijo *th*: así de *lang, leng* o *length* (longitud); de *brad, braed* (hoy *breadth*: 'anchura'); de *strong, strength* (fuerza); *wide, width* (amplitud); *high, height* (altura). También se utiliza el sufijo *ness.*
[10] Es decir, del fr. ant. *bataille* viene el fr. ant. *batailler* (ing.

med. *bataile* y *batailen*). Pero la misma palabra *bataille* viene del verbo del bajo latín *battere*.

[11] Por ejemplo: *rostratus* de *rostrum, scutatus* de *scutum, staminatus* de *stamen*. La misma forma se usa en palabras románicas en inglés, p. ej.: *roseate* (rosado).

[12] Excepto omitiendo y sobreentendiendo el nombre, p. ej.: *a Roman* (*man* se sobreentiende) del adjetivo *Roman*.

[13] Como en griego, εἶδος, añadido como sufijo a un nombre formaba adjetivos que terminaban en -εἰδής y -ώδης.

## Capítulo 6

[1] Por ejemplo: *findo, seco, duco, dico, gero, pendo, sono, căndo, ruo, fĕro, păro, rapio, moneo, video,* etc.

[2] Por ejemplo: *auctorare, aucupare, depompare, comitiare, munerari, titulare, numerare.*

[3] Por ejemplo: *divinare, asperare, vacuare, continuare.*

[4] En enormes cantidades, terminando principalmente en *-mentum* (p. ej.: *argumentum* de *arguo*), *-tor* o *-sor* (p. ej.: *arator, assessor*), *-tus* y *-sus* (p. ej.: *exercitus, ascensus*), *-lum* (*vinculum, exemplum, templum*), *-tum* o *-tium* (*edictum, servitium*).

[5] Por ejemplo: *hospitium* de *hospes, aucupium* de *auceps;* y los *diminutivos* (p. ej.: *rostellum, scurrula, scutella*).

[6] En gran profusión, terminando en: p. ej., *-alis, -ilis, -eus, -aris, -ius, -anus, -icus,* etc.

[7] Por ejemplo: en *-ax* (*edax, audax*), *-idus* (*horridus, torridus, timidus, tumidus, frigidus*), *-ilis* (*agilis*), *-bilis* (*horribilis, flebilis*), *-uus* (*assiduus, arduus*), *-ivus* (*stativus*).

[8] Por ejemplo: *statim, cursim, ductim, passim* (de *stare, currere, ducere, pandere*).

[9] Cuando una palabra está compuesta de una preposición (o adverbio) y otra palabra (p. ej.: *oppugnare* o *contineo*), la proposición o adverbio no se tienen en cuenta. En rigor no hay más palabras compuestas en latín.

[10] Véase, por ejemplo: pág. 66, nota 1.

[11] Th. Benfey, *Kurze Grammatik,* párrafo 151.

[12] En el diccionario de latín observamos que las palabras radicales eran principalmente del tipo CVCV. Pero éstas eran palabras completas, no meras raíces, mientras que *gen, ker, mer* y *per* son simplemente raíces y no necesariamente palabras completas. En su forma más simple como palabras completas en indoeuropeo quizá en general, si no siempre, iban seguidas de una vocal. Desde el principio del lenguaje es difícil decidir si estas raíces originales y palabras radicales eran del tipo CVC o CVCV, pero ya veremos que con toda probabilidad eran normalmente de la forma CVCV. La diferencia es pequeña. La vocal breve final se pierde fácilmente, y no es lo suficientemente distintiva como para ser permanente; pero en un gran número de lenguas del mundo, como el italiano y las lenguas polinesias y melanesias, todas las palabras deben



terminar en vocal. En estas raíces indoeuropeas es importante señalar que la vocal es generalmente breve, y que hay un cierto predominio de la vocal *a,* asunto sobre el que volveremos a menudo.

[13] Véase por ejemplo, Max Müller, *Lectures on the Science of Language* (1877), vol. II, pág. 92; G. Curtius, *Zur Chronologie der Indogerm. Sprachforschung* (Leipzig, 1783), p. 22; *Zur Kritik der neuesten Sprachforschung* (Leipzig, 1885), pág. 132; D. Dwght Whitney, *Language and the Study of Language* (1868), pág. 255; *Views of Language,* pág. 338.

[14] Max Müller, *ibid.,* pág. 90; W. D. Whitney, *Life and Growth of Language* (1875), pág. 200 (1896), págs. 201-203.

[15] Véase por ejemplo, W. D. Whitney, *loc. cit.;* Max Müller, *ibid.,* pág. 90.

[16] G. Curtius, *Zur Chronologie,* etc., *loc. cit.*

[17] ¿Por qué «destronamiento»? Nunca debería haberse considerado el sánscrito más que como una de las lenguas hermanas, descendientes de dialectos del indoeuropeo. Tal era el punto de vista que Sir William Jones expresó en su famoso discurso de 1786.

[18] Fick fue también quien «descubrió» que el aoristo fuerte del griego es posterior en desarrollo al presente. Ver más adelante, página 166.

[19] Por lo visto se refería particularmente al egipcio y polinesio, pero estaba equivocado.

[20] Se refería especialmente a las raíces semíticas, con sus verbos radicales de tres consonantes; así por ejemplo, *qtl* es la parte común del radical que significa matar, pero no puede pronunciarse sin la adición de vocales. Por otro lado, sería mejor decir que la raíz (o tronco) es *qatala* o *qatal.*

[21] Como ocurre comúnmente en el lenguaje, ha habido también algún desgaste y acortamiento de palabras con el paso del tiempo (por ejemplo, el inglés antiguo *hlaford* se ha convertido en *lord*), especialmente la desaparición de la *e* breve final en el siglo XV, pero estos son detalles de, relativamente, poca importancia en el conjunto.

[22] Esta tendencia general a aumentar la longitud de las palabras forma parte también de la tendencia a aumentar la longitud de la frase, ver más adelante, pág. 94.

[23] Como, por ejemplo, en ewe. En Norteamérica vemos ejemplos de los dos tipos de lenguas, sobre todo de la primera.

[24] Por ejemplo: en las lenguas semíticas.

[25] Véase más adelante, pág. 292.

## Capítulo 7

[1] (1941), pág. 16.

[2] 3.ª ed., 1891.

[3] *Ibid.,* pág. 14. A éstas las hemos llamado palabras radicales.

[4] *Ibid.,* pág. 3.

[5] Pág. 4.

[6] Pág. 7.

[7] Pág. 8.

[8] Rev. W. G. Lawes, *Grammar and Vocabulary of Language spoken by Motu Tribes (New Guinea)* (3.ª ed., Sydney, 1896).

[9] *Op. cit.*, págs. 3-7. El mismo proceso puede verse también en las lenguas de Norteamérica, aunque no ha llegado tan lejos. Por ejemplo, M. J. Andrade dice a propósito del quileute (lengua de cazadores de la costa Noroeste del estado de Washington) que «las palabras que clasificaríamos como adjetivos en las lenguas indoeuropeas son idénticas, en su morfología y en su sintaxis, a los verbos del quileute, y esto alcanza incluso a los numerales». También observa que «es más frecuente formar nombres con elementos cuyos significados consideraríamos primariamente verbales, que formar verbos siguiendo el proceso inverso», H.A.I.L., 3.ª parte, página 179. Leo J. Frachtenberg dice lo mismo del suslawa, señalando que «todas las raíces que expresan nuestras ideas de adjetivo son en realidad verbos intransitivos» (H.A.I.L., 2.ª parte, páginas 459-60). Véase también más arriba, pág. 50 (n.) 2.

[10] Véase Homburger, *Negro-African Languages*, pág. 78.

[11] *Op. cit.*, pág. 79. Y véase Apéndice B en *A Study of the Ewe Language*, de D. Westermann (trad. de A. L. Bickford-Smith, 1930).

[12] Westermann, pág. 26 p. ej.: *ka* ['esparcir'], *ká* ['tocar'], *ke* ['raíz'], *ké* ['dejar caer'].

[13] Generalmente CVCV excepto en aquellos casos en que la vocal final ha caído, en el bantú del Noroeste o semi-bantú (Johnston, vol. II, págs. 495 y 512).

[14] Johnston, vol. II, pág. 495.

[15] Homburger, pág. 81.

[16] Añadiendo frecuentemente una semi-consonante, como en lango *bwong, gwen, tyen, lyech.*

[17] En Driberg, *The Lango.*

[18] J. C. Mitterrützner (1866), *Die Dinka-Sprache in Central-Africa*, pág. 29.

[19] Ray, pág. 39.

[20] Véase, por ejemplo: Ray, pág. 40.

[21] Ray, pág. 53.

[22] Ray, pág. 54.

[23] G. Stern, en *Meaning and Change of Meaning*, da como factor conservador en la permanencia del significado «la frecuencia de palabras con significado determinado; dicho de otro modo, la fuerza de la tradición lingüística. Es bien sabido que las palabras más comunes de una lengua son las que más tenazmente retienen formas e inflexiones que en otras menos comunes se abandonan. No es arriesgado suponer que una tradición fuerte tiene efectos similares en los significados», pág. 185. Ver también *ibid.*, página 193. Este es el mismo punto de vista.

[24] Omito en los siguientes ejemplos el pronombre nominativo singular (griego y latín *ego*, sánscr. *aham*, gót. *ik*, ing. mod. *I*). Esta es una palabra indoeuropea distinta.

[25] *Sing*: *Acusativo*: sánscr. y *zendamam* y *mā*; gr. *mĕ ĕmĕ*; lat. *mĕ*; ant. eslavo *mĕ*; lituano *mane*; ant. alto alemán *mih* (bajo *mik*); hitita *amm, mu.*

*Genitivo*: sánscr. *mama*; zenda *mana*; gr. *emeĩo, moũ, emoũ*; lat. *mei*; ant. esl. *mene*; lit. *mané.*

*Dativo*: sánscr. *máhy-am, me*; zenda *me*; *gr. moi, ĕmoi*; umbro y ant. lat. *mehe*; lat. *mihi*; ant. esl. *mi*; al. mod. *mich*; hitita *-mu.*

*Plural*: *Nominativo*: gr. *hĕ-meis*; gr. lesb. *am-mes*; armenio *mekh*; ant. esl. *my*; lit. *mes*; lat. *nos.*

*Acusativo*: sánscr. *nah*; zenda *no*; gr. *he-mas*; lat. *nos*; ant. esl. *ny*; gót. *uns.*

*Genitivo*: ant. esl. *nasu. Dativo*: ant. esl. *namu.*

*Dual*: sánscr. *nau*; ant. esl. *na*; gr. (acus.) *nõ.*

*Añadido como sufijo al verbo con función de pronombre-sujeto* -M que se debilita en N.

*Presente*: *-M*, p. ej.: verbos que acaban en *-mi* (sánscr. *as-mi*; gr. *ei-mi* por *es-mi*; ant. esl. *yes-mi*; lat. *sum* por *es-mi*; ing. mod. *am*). También formas como las del gr. *luoimi*; lat. *regam, amem*; hitita *-mi.*

*Tiempos secundarios o pasados*: *Sing.*: gr. *-n* (p. ej.: *ebalon, estēn, eien*); lat. *-m* (p. ej.: *amabam, amaverim*, etc.).

*Plural*: *gr. -mes, -mos, -men*; lat. *-mus*; ant. esl. *-mu*; ant. alt. al. *-mes.*

*Media y Pasiva*: gr. *-mai, -metha, -mēn*; indoiran. *madhai*; *sánscr. -mahe*; lat. *-mur.*

[26] En Abisinia, *'ana* en ge'ez, *'ane* en tigriña, y *'ennih* o *eñe'* en amhárico.

[27] Arabe, hebreo, ge'ez, arameo, asirio (en este último *-ni* o *-ani, -anni, -inni*).

[28] Por ejemplo: en hausa (con sus afinidades camíticas) *ni, nai*, plural *mu*; pero en las lenguas sudanesas occidentales la consonante es generalmente *m*: en basa: *me, mi, em*; en nupe: *mi*; en yoruba: *emi, mo, ng, mi*; en ewe: *nye, me, m, ng, ye*; en pul: *min, mi, -am*; en wolof: *man, ma.*

[29] Johnston, vol. I, pág. 32.

[30] D. F. Bleek, *Comparative Vocabularies of Bushmen Languages* (1929), pág. 49. Las tribus son las siguientes (omito las lenguas de chasquides clics): -Norte: 1) K'au en, 2) Kung, 3) O Kung. Sur: 1) Kam-ka ke, 2) Ng-ke, 3) Batwa, 4) Auni, 5) Masarwa, 6) Nu en. También registra dos tribus centrales Masarwa (Tati) y Naron, en que las palabras son de forma distinta. Cfr. también *The Naron* (por la misma autora), 1928, pág. 61, en que nos dice que los pronombres auen son *mihi, mi.*

[31] Véase tabla de pronombres en M. A. Castrén, *Grammatik der Samojedischen Sprachen*, ed. Schiefner (San Petersburgo, 1854), páginas 210-13.

[32] Por ejemplo, en las Nuevas Hébridas (en tasiko: *nu, ne; aulua*: *anu* (*ne*); en paama: *mau* (*na*); en ambrim: *ni*, etc.) Véase Ray, *A Comparative Study of the Melanesian Island Languages* (1926).

[33] Por ejemplo: chinook, maidu, pies negros, fox, mejicano, suslawa, coos (kusano).
[34] Como se ve por los ejemplos, el número de variaciones es reducido. Creo, por ejemplo, que en ningún sitio se encontrará una forma *ama.*

## Capítulo 8

[1] C. W. Valentine, *The Psychology of Early Childhood* (tercera ed., 1946), págs. 393-4.
[2] Véase una serie de referencias y una discusión sobre ellas en M. M. Lewis, *Infant Speech,* 1936, cap. XI.
[3] Los doctos autores encuentran cierta dificultad al definir πρόβατα (que significa ganado bovino y ovino, pero sobre todo ovino) usando la palabra inglesa «cattle» (que significa ganado bovino y ovino, pero sobre todo bovino).
[4] Citado por Sir R. C. Temple en *A Grammar of the Andamanese Language* (que es el cap. IV de la 1.ª parte del *Census Report on the Andaman and Nicobar Islands* (1902), págs. 16-17.
[5] J. R. Swanton, *Haida,* H.A.I.L., parte I, pág. 216.
[6] Strehlow, pág. 65.
[7] Véase, por ejemplo: A. M. Hocart, *The Psychological Interpretation of Language,* B.J.P., V, 1912.
[8] B. Malinowski en *The Meaning of Meaning,* 6.ª ed., pág. 331.
[9] Maingard, pág. 259.
[10] Cazadores, N. E. de California, véase R. B. Dixon, en H.A.I.L., parte I, pág. 694.
[11] Ellis, págs. 53-4.
[12] Boas, *Chinook,* págs. 597 y s.
[13] Maingard, pág. 239; pero ver Bleek, *Naron,* pág. 53.
[14] Uhlenbeck, págs. 18-19.
[15] Adam, pág. 29.
[16] Boas, *Chinook,* pág. 597.
[17] Goddard, pág. 105.
[18] Morrison, págs. 79-91.
[19] Por ejemplo, las lenguas dravídicas orientales (telugu, tamil, kui y kurukh; pero no el canara, gondi y brahui); las lenguas munda, annamita y del grupo mon-khmer.
[20] La familia malayo-polinesia (indonesio, melanesio y polinesio).
[21] Uhlenbeck, pág. 70.
[22] Por lo menos en el singular de la mayoría de los nombres inanimados (Uhlenbeck, pág. 24).
[23] *Ibid.*
[24] Bentley, pág. 526.
[25] Y, podemos añadir, donde no ha habido un progreso económico que trajera los cambios consiguientes.
[26] Strehlow, pág. 105.



[27] Hollis, *Masai,* pág. 91 (E. de Africa, A3-1).
[28] J. W. C. Kirk, *A Grammar of the Somali Language,* 1905, página 14.
[29] Lo mismo sucede con el artículo definido francés, que va unido a las palabras francesas de la jerga chinook.

## Capítulo 9

[1] En la primera persona singular del presente, *amõ* es una abreviación de *ama-o* (como el griego τιμῶ por τιμάω ); y excepcionalmente, el subjuntivo *amem* es una variación de *amam.*
[2] Probablemente la presencia de la ə final se explica por el hecho de que las raíces verbales más antiguas eran del tipo CVC (como βαλ.-) y no CV (como λν-), y como el griego (lo mismo que el italiano moderno) tendía a evitar que las palabras terminaran en consonante, el imperativo era βάλ-ε, y las formas posteriores CV tomaron el mismo final ε.
[3] Como en el griego λαβε.
[4] Por ejemplo: abisinio *qeṭel.* Cfr. hebreo *galéh* ['redimir'], *găš* o *gēš* 'acercar', *tēn* 'dar'.
[5] Así en hebreo *meṣá'* (¡encuentra!), *šemá'* '¡oye!'. También el imperfectivo (formado a partir del imperativo) *yilemód* o *yilemád* 'él aprenderá', *yimesá'* 'él encontrará'.
[6] Por ejemplo: en hebreo de *yšb, šēb;* de *ngš, găš* o *gēs;* de *lkq, qak.*
[7] Johnston, vol. 1, pág. 20; vol. 2, págs. 496 y 513.
[8] La segunda persona singular del imperativo es la raíz del verbo, y la única forma que pierde la *-o* final cuando ésta aparece.
[9] Si la raíz del verbo termina en vocal, la raíz es también la segunda persona del singular del imperativo. Si termina en consonante, se añade una *e* breve al final, pero en raíces que terminan en *m, b* o *n* nunca se pronuncian la *e,* o no la pronuncian apenas en cualquier circunstancia; véase Mitterrützner, p. 29 f.
[10] La segunda persona singular del imperativo es sencillamente la raíz verbal.
[11] Por ejemplo: *yi,* '¡ve (te)!'
[12] El verbo en su forma más simple.
[13] Homburger, págs. 138-39, y pág. 79.
[14] Como, por ejemplo, en latín y congolés.
[15] Por ejemplo: semítico; así en hebreo del A.T., traducido «Thou shalt not...» (no + futuro: tu no ...-ras!).
[16] Por ejemplo: latín «*noli*»..., o inglés «*do not...*»; o en mota, en que se añade el verbo «*pea*» ['no ser' o 'no ser nada'].
[17] Por ejemplo: griego ναύτης ('nautēs'), vocativo ναῦτα ('nauta'); πρέσβυς ('presbūs'), vocativo πρέσβυ ('presbu'); πατηρ ('patēr'), vocativo πατερ (patĕr); Lituano *wejas* ('viento'), vocativo *wéje; zodis* ('palabra'), vocativo *zodi; gaidys* (gallina), vocativo

*gaidi*. El hitita tiene, también, un vocativo de nombres propios que sólo consta de raíz.

[18] Este fenómeno no afecta al plural: *friends* o *amici* pueden ser nominativos o vocativos. Pero recuérdese que cuando hablamos nos dirigimos normalmente a una sola persona y no a más.

[19] Véase, p. ej., Homburger, pág. 55.

[20] Boas, *Chinook*, pág. 612.

[21] Y al revés, el tronco verbal se usa a veces (según nos dicen) como subjuntivo, p. ej.: en shilluk y nandi (nilotas), serer y dyola (Sur del Senegal).

[22] H.A.I.L., parte 1, pág. 407.

[23] Nueva Guinea, nos dicen que la forma usada para el imperativo es la misma que para el futuro.

[24] En muchas lenguas polinesias la misma exclamación, usada antes o después del nombre, tiene el sentido de vocativo (por ejemplo: maorí, hawaiano, tahitiano, mangarevano; y también en fidji). En algunas de estas lenguas se usa para señalar el final de un verso, y en malagasy para señalar el final de una frase.

[25] En hebreo la primera consonante se omite en el imperativo de algunos verbos.

[26] En ostyak es *ke*: por ejemplo, *manlem*, 'yo voy'; *manlem-ke*, 'Sí, yo voy'. *Ollem*, 'yo soy', *ollem-ke* 'Sí, yo soy'. En húngaro esta forma plena se abrevia: *varom*, 'yo (lo) siembro'; *varok* (por *varomk*), 'yo siembró'.

[27] *Varj*, '¡siembra!' *irj*, '¡escribe!'

[28] Michel Bréal, *Semantics*, trad. de Mrs. H. Cust (1900), páginas 235-6.

[29] *Ibid.*, pág. 283. El pasaje queda en cierta manera desvirtuado por la inclusión de la frase «dar a entender la toma de posesión de personas o de cosas». ¿De qué propiedades podían tomar posesión los primitivos colectores de alimentos? De la tierra no, desde luego, y prácticamente no había bienes que poseer. Ni personas, como no fuera una novia que se hubiera fugado. «Dar a entender una toma de posesión» no es para ningún ser humano el único uso del lenguaje.

[30] G. Elliott Smith, *The Evolution of Man*, 2.ª ed., 1927, página 173.

## Capítulo 10

[1] Hemos observado arriba el uso que raras veces se hace de la raíz verbal como subjuntivo —limitada posiblemente a unas cuantas lenguas sudanesas. Puede tratarse en su origen del infinitivo, ya que es característico de las lenguas sudanesas que la raíz verbal se use como infinitivo.

[2] En semítico, y algunas lenguas de filiación camítica, por ejemplo el hausa.

[3] Conclusión a la que llegó primero Bopp en *Conjugationssystem der Sanskritsprache* (1816), seguido luego de otros investigadores. Ver referencias en Callaway, *The Infinitive in Anglo-Saxon* (1913), pág. 1. De la misma manera, en las lenguas romances, conforme los significados de las desinencias nominales latinas se iban olvidando una sola desinencia (la de uso más frecuente) quedó incrustada en el nombre, llegando a formar parte de él (por ejemplo el acusativo singular).



[4] Por ejemplo: en griego en formas del dativo como ἱσταναι, λῦσαι, λύεσθαι; y formas latinas como *rĕgi* ('ser gobernado', también 'para gobernar'; cfr. *rēgi*, 'para un gobernante') y formas semejantes del sánscrito. También la forma latina *-ĕre* (de *-esei*) y lituana *-ti*. Cfr. también la oratio obliqua latina, como en el ejemplo de Max Müller, *miror te nihil ad me scribĕre*, 'me sorprende que no me escribas nada' (me sorprendes al no escribirme nada).

[5] Así, partiendo de *beran* (= 'llevar'), está la terminación añadida de dativo (*beranne* o *berenne*), y añadiendo a esto el prefijo «*to*» (*to beranne o to berenne*), y finalmente se añade «*for*» (*for to beranne*).

[6] Como en asirio, imper. *purus*, infin. *parās*. La forma árabe más común es *qatl*.

[7] Pero a menudo en dinka la raíz va precedida de *ba, be, bûg*, etcétera (como el inglés «*to*»).

[8] *Ku la* ['comer']. La inclusión de la palabra *ku* en la exigencia de acción es también frecuente en algunas lenguas bantúes del Congo. Así en buluba-lulua, donde el imperativo es la raíz del verbo, y *ku* va prefijado a dicha raíz para formar el infinitivo, se añade a veces al tronco verbal como *sufijo* para formar un imperativo enfático en segunda persona del singular -así *ambak* (¡habla!), *yaku* (¡vete!) ver Morrison, pág. 64.

[9] Excepto que, claro está el hablante, al elegir las palabras que expresen el sentido que él quiere, está siempre limitado, por la necesidad de hacerse entender.

[10] El proceso de cambio de sentido de «lanzamiento» a «cosa arrojadiza» es frecuente en el lenguaje, véase más adelante, página 177.

## Capítulo 11

[1] En hebreo, al contrario que en árabe, el acento va en la segunda sílaba, pero en su origen parece haber recaído sobre la primera (véase Wright, pág. 170). Por lo tanto la diferencia en hebreo entre *qetól* o *qetál* (imperativo); *qâtōl* o *qetól* (infinitivo constructo); y *qátal* (aoristo) es mera cuestión de acento. El desplazamiento del acento de la última sílaba del imperativo a la primera sílaba del aoristo es frecuente en el lenguaje (cfr. griego clásico y hausa).

[2] Cfr. el aoristo eslavo, p. ej., *pade* ('él cayó'), *griego* πὲτε más tarde πὲσε

[3] Toma la siguiente serie escueta de ejemplos de una carta de

Max Müller a W. E. Gladstone con fecha 7 de septiembre de 1862:

| | | | |
|---|---|---|---|
| Sánscrito | *naman,* | nombre | — ὄνομα |
| » | *nakha,* | uña | — ὄνυξ |
| » | *bhrû,* | ceja | — ὀφρῦς |
| » | *navan,* | nueve | — ἐννέα |
| » | *rudhira,* | rojo | — ἐρυθρός |
| » | *laghu,* | luz | — ἐλαχὺς |
| » | *star,* | estrella | — ἀστήρ |

(Latín *stella* = *sterula,* diminutivo de *ster.*)

[4] En armenio, sin embargo, no se emplea excepto con monosílabos de la tercera persona (p. ej.: *e-ber,* 'él llevó').

[5] Por ejemplo: ἔδον , 'yo comí' (latín *edo,* 'yo comó'; sánscrito *admi*).

[6] Voces media y pasiva que surgen en este momento.

[7] Ejemplos:

κάμε, πόρε, ἴκε-το,τέκε, βάλε, γένε-το, φύγε, ἴδε, πίθε, ἕλε, μάθε, θάνε, λάθε, πάθε, λάβε, λίπε, θόρε, μόλε, πέσε (de πέτε), τύχὲ, πόθε-το, κίχε

Obsérvese también la gran proporción de consonantes oclusivas. He omitido de esta lista sumaria verbos del tipo ἵστημι (aoristo στῆ, ἔστη ); son relativamente pocos, pero pueden aplicarse las mismas observaciones.

[8] La forma verbal puede indicar lo mismo pasado presente o futuro.

[9] Homburger, pág. 136.

[10] *Na zo,* 'yo vine' (he venido, había venido), *ka zo* (segunda persona sing. masc.), *kin zo* (fem.), *ya zo* (tercera persona singular masc.), *ta zo* (fem.).

[11] Por ejemplo, en Africa Occidental, en nupe: *u bé,* 'él vino'; *u wo,* 'él oye'; en vewe: *yi,* 'ir'; *meyi,* 'yo voy', 'fui', 'iré'; *eyi,* 'él va', 'fue'. Así también en África Oriental, en bari, lango y masai.

[12] Así, p. ej., en nandi (que conserva una gramática más antigua que la de los masai: *a-mwe,* 'yo escapo'; *i-mwe,* 'tú escapas'; *mwe,* 'él', 'ella' o 'ellos escapan'. Lo mismo en acholi.

[13] Véase, con respecto a estas lenguas, Ray (1926).

[14] H.A.I.L., parte I, introducción de Fr. Boas, pág. 42.

[15] H.A.I.L., parte I, pág. 908, es decir, hay pronombres para «yo», «tú» y «yo y tú».

[16] Como ejemplo de literatura temprana tomado al azar, escojo la Ilíada de Homero, y cuento los verbos que aparecen en los 245 primero versos del Libro I, como sigue:

| 3.ª pers. sing. | 3.ª pers. pl. | 3.ª pers. dual |
|---|---|---|
| 138 | 36 | 3 |
| 50 % | 13 % | 1 % |
| 1.ª pers. (sing. y pl.) | 2.ª pers. (sing. y pl.) | |
| 54 | 41 | |
| 20 % | 15 % | |

En este pasaje se relata una disputa, y por lo tanto la proporción de afirmaciones en primera y segunda personas es excepcionalmente elevada.



[17] Contando palabras como ἔφερε y ἔκλυε como imperfectos. Si se contaran como aoristos la proporción aumentaría, desde luego.

[18] Pág. 161.

[19] Pág. 165.

[20] En la reseña de un libro publicada en *Galehrte Anzeigen* de Gotinga (6 de abril de 1881).

[21] Donde, por ejemplo, «ella mató» es la forma personal femenina de «él mató».

[22] Por ejemplo, húngaro: *varok* (por *varom-ke*), 'yo siembro'; *varz,* 'tú siembras'; *var,* 'él siembra'; *házam,* 'mi casa'; *házad,* 'tu casa'; *háza,* 'su casa' (de él). Compárense las siguientes lenguas samoyedas, en que el presente indefinido se expresa en todas las personas mediante la raíz y el sufijo pronominal; en yurak, *lamba-u,* 'mi esquí'; *lamba-r,* 'tu esquí'; *lamba-da,* 'su esquí' (de él); *madā-u,* 'yo corto' ('mi cortar'); *madā-r* 'tú cortas'; *madā-da,* 'él corta'. Yenissei: *l'ibe-bo,* 'mi águila'; *l'ibe-lo,* 'tu águila'; *l'ibe-ra,* 'su águila' (de él); *motā-bo,* 'yo corto; *motā-lo,* 'tú cortas'; *motā-ra,* 'él corta'.

[23] Por ejemplo: en nandi (véase más arriba, pág. 135).

[24] C. A. Bell, *Grammar of Colloquial Tibetan* (Calcuta, segunda edic. 1919), pág. 51.

## Capítulo 12

[1] Ludwig Noiré, *Der Ursprung der Sprache* (1877).

[2] Véase R. M. Yerkes, *Chimpanzees* (1945), pág. 92.

[3] Esto puede comprobarse fácilmente en el petirrojo que observa al jardinero a unos cuantos metros de distancia en invierno. No hace caso de gritos o silbidos; pero al más ligero movimiento sale disparado, aunque sólo sea unos pocos pasos, sin poder detenerse.

[4] Negus, cap. IX.

[5] Köhler, pág. 317.

[6] Págs. 319 y s.

[7] Köhler, pág. 297.

[8] Köhler, pág. 321.

[9] Köhler, pág. 322.

[10] Köhler, pág. 293.

[11] Véase Köhler, págs. 172-6, y fotografía de la pág. 174. Comparar págs. 293 y s.

[12] Los del perro van dirigidos a su amo, los de mono a sus congéneres.

[13] Cfr. Hobhouse, pág. 272.

[14] Köhler, págs. 30-35.

[15] Köhler, pág. 40.

[16] Köhler, pág. 324.

[17] Köhler, pág. 318.
[18] Según Rothmann y Teuber, *Einzelausgabe aus der Anthropoidenstation auf Teneriffa,* 1. Abh. Preuss. Akad. Wiss., Berlín, 1-20 (1915), págs. 13-14, los sonidos vocales son menos importantes y la actitud corporal y los gestos más importantes entre los chimpancés que en el hombre. Se obtiene la misma impresión en otros escritos sobre el chimpancé.
[19] *The Malay Archipelago,* vol. I (1869), pág. 87.
[20] Véase, por ejemplo: Hobhouse, pág. 283.
[21] Véase Köhler, págs. 136-8, y otros autores; por ejemplo, Hobhouse, pág. 320, en qué Cónsul se fabrica una llave mordiendo un trozo de madera hasta que encaja en una cerradura cuadrada.
[22] Köhler, págs. 105-7.
[23] Köhler, pág. 130.
[24] Véase también el trabajo constructivo de Nueva, Köhler, página 324, que el autor califica de asombroso. Nueva ató un trapo de lana a un palo.
[25] T. S. Trailla, *Observations on the Anatomy of the Orang Outang* (1821). Con este nombre el autor se refería al chimpancé. Cfr. Köohler, pág. 75; Yerkes y Learned, pág. 53; Yerkes, *The Great Apes,* pág. 306.
[26] Yerkes, *The Great Apes,* pág. 307.
[27] Köhler, pág. 317.
[28] Yerkes, *The Great Apes,* pág. 307.
[29] Yerkes y Learned, págs. 53-6; véase también Yerkes, *The Great Apes,* págs. 306-7.

## Capítulo 13

[1] Babilónico antiguo *sabâtu* (neo-babilónico y asirio *leqû* o *abâku* o *nadânu*) *ana šîmi* o *ana kaspi.* Ver *Primitive Law,* páginas 411 y s.; *Evolution of Law and Order,* cap. VIII.
[2] Véase «*ownership*» en el Oxford Dictionary, y *Primitive Law,* página 261.
[3] Véase *Primitive Law* (1935), pág. 26; Homburger (1949), página 152.
[4] El estudio más importante y la obra clásica en este campo fue el de los Stern: Stern, C. y W., *Die Kindersprache* (1907), 4.ª Ed., 1928. En Inglaterra ha aparecido en los últimos años el valioso *Infant Speech* (1936) de Dr. M. M. Lewis, y el igualmente útil cap. XX de *The Psychology of Early Childhood* de doctor C. W. Valentine (3.ª ed., 1946). Para bibliografías útiles, véase *Infant Speech* (*supra*) y Arnold Gesell, *The First Five Years of Live.*
[5] Sin embargo, no es posible arrojar luz sobre la historia de la proporción de las partes de la oración en el lenguaje de niños muy pequeños. La razón es que mientras los padres tratan de enseñar a los niños sobre todo con nombres, la mayoría de las palabras



que usan los niños son palabras-frase, y la mayor parte expresan *deseos* de objetos. Dewey señala la necesidad de tener en cuenta «hasta qué punto el sustantivo «pelota» tiene un sentido activo. «Pelota» significa tanto «tirar» como la cosa redonda que se tira» (J. Dewey, *Psicology of Infant Language,* Psych. Rev. I [1894]). Tracy señaló hace tiempo (*The Psychology of Childhood,* de F. Tracy y J. Stimpfl, 7.ª ed., 1909, págs. 144-9) a partir de información recogida en distintas fuentes, que el vocabulario de los niños de dos a tres años de edad contenía un 20 por 100 de verbos. C. W. Valentine, *op. cit.,* pág. 420, da cifras parecidas para niños de la misma edad recogidas en otras fuentes. No podemos fiarnos de estas cifras por la razón dada arriba. Tracy tenía razón al señalar la importancia de las nociones de acción más que de objetos en el lenguaje infantil, pero su argumento, que había sacado de las cifras, no tenía base. En este terreno se ha trabajado en América sin que se haya llegado a ninguna conclusión.
[6] Por ejemplo, presentando una persona o un objeto determinado cuando se emite un sonido determinado.
[7] *Behaviorism,* págs. 158-63.
[8] Cfr. en esta obra, pág. 94.
[9] Lewis, pág. 192.
[10] Cfr. en esta obra, pág. 94.

## Capítulo 14

[1] O bien, como se expresa con las metáforas «vago» y «preciso», menos *errante* y más *cercenado.* El gran número de metáforas que contiene este párrafo es un ejemplo de lo que ocurre cuando se intenta aplicar términos antiguos a conceptos nuevos.
[2] *Essai de Sémantique,* págs. 119-20.
[3] Whitney, L. G. (1896), pág. 84.
[4] Véase más adelante, pág. 183.
[5] Locke, *On the Human Understanding,* III, 4, 3.
[6] Max Müller, vol. II, p. 372.
[7] Whitney, L. G. (1896), pág. 89.
[8] Bréal, cap. XIII.
[9] Otro ejemplo.
[10] Whitney, L. G. (1896), pág. 90. Habla de ella como parte de nuestro segundo proceso.
[11] Podemos añadir que en el curso de este proceso la carga semántica de cada palabra se hace más pesada, el número de sus sentidos debe aumentar progresivamente.
[12] París, 1841.
[13] *Op. cit.,* vol. II, pág. 274.
[14] Por ejemplo: *Ashrê ha'ish 'asher lo halak ba'atsat resha'im* (Feliz el hombre que no sigue el consejo de los malos —Salmo 1, 1. Ariston men hydor (Lo mejor, desde luego (es) el agua, Píndaro, Ol. I, 1. Felix qui potuit rerum cognoscere causas (Feliz (es) el que ha podido saber las causas de las cosas, Virg. G. 2, 490).

[15] El corchete indica una consonante líquida, entre *r* y *l*, variante vibrante de *l*.
[16] Así, *ali'de obwāmi*, él ha-llegado a ser-jefe.
[17] Wright, *Arabic* Gr., I, 269 B.
[18] Fr. Boas en H.A.I.L., pág. 148.
[19] Hollis, *The Masai*, pág. 117.
[20] Hollis, *op. cit.*, págs. 11 y 43.

## Capítulo 15

[1] Cap. 6.
[2] Por ejemplo, el chasquido con que el conductor arrea el caballo, y los chasquidos consonánticos del bosquimano, zulú y otras lenguas surafricanas, y del fulbe y hausa en el oeste de África.
[3] No es el agua la que se desplaza, desde luego, ni el aire, sino sólo la vibración. Lo mismo puede decirse de las olas del mar.
[4] Aunque en inglés la *v* y la *f* no son biliales, sino que se pronuncian con los incisivos superiores y el labio inferior.
[5] Véase también Whitney, L. G. (1896), pág. 62, y profesor Daniel Jones, *Anoutline of English Phonetics* (introducción).
[6] Contando medio punto cuando se da la consonante en cuestión tanto como cualquier otra.
[7] En E. e I. D. Andrews, *A Comparative Dictionary of the Tahitian Language* (Chicago, 1944), pág. XV. Las 10 lenguas son tahitiano, maorí, hawaiano, samoano, tuaumotu, tongano, marquesano, manga reva, rarotongano, y el de la isla de Pascua.
[8] Lo cita L. Andrews, *A Dictionary of the Hawaian Language* (1865), pág. XIV. Esta es una tabla de 8 lenguas: fakaafo, samoano, tongano, mari, rarotongano, tahitiano, hawaiano, marquesano.
[9] Compárense los ejemplos dados arriba, pág. 183. Véase también, p. ej.: Johnston, vol. II, cap. VIII; Homburger, págs. 48-72.
[10] Lo cita Sayce, vol. I, pág. 327. Las siete lenguas son «kafir», setshuana, herero, kisuahili, kinika, mpongwe y bunda.
[11] Véase, por ejemplo, la versión de la Ley de Grimm en Sayce, volumen I, pág. 305.
[12] Véase Jonhston, vol. II, pág. 221.
[13] *Vide supra*, cap. 7.

## Capítulo 16

[1] *Mind*, 7 (julio 1877); y véase Sayce, vol. 2, pág. 313.
[2] Pero se dice que Hilde Stern pronunció con toda exactitud su nombre (Hildĕ) a los once meses de edad.
[3] Valentine, pág. 390.
[4] Valentine, pág. 404.
[5] Jespersen, págs. 154-5.



[6] Jespersen, sin embargo, no da suficiente relieve al predominio de las formas *ma, mama, da, dada*, etc. Predominan tanto en el lenguaje de los niños como en todas las lenguas del mundo. Una forma, por ejemplo, como *ababab* es de hecho muy rara tanto en el cuarto de los niños como en cualquier otra parte.
[7] Ver una serie de ejemplos hábilmente ordenados en Jespersen, *op. cit.*, págs. 155-8,
[8] La diferencia en la longitud y carácter de la primera vocal en las dos palabras está producida por la diferencia entre las dos consonantes *p* y *m*. Así, en inglés, *daddy* y *mummy*; más abajo hay ejemplos sumerios y semíticos.
[9] Sumerio: *abba, ama* y *umma*.
[10] Asirio: *abu, ummu;* hebreo *'ab, 'ēm*.
[11] Tomo los siguientes ejemplos de las lenguas de una serie de tribus bosquimanas del sur (S), centro (C) y norte (N). (Ver D. F. Bleek, *Comparative Vocabularies of Bushman Languages*). *Padre*: -S. 1: *ibo, bobo, tata*. S. 3: *ba, ba*. S. 6: *tata*. N. 1, N. 2, N. 3: *-ba*. N. 3: *-pa*. C. 2: *aba*. H: *dadab; Madre* -S. 1, S. 6, H: *mama*. C. 1: *mæ*. *Abuela paterna*: -N. 1: *mama*. C. 1: *mæ*. C. 2: *mamasa*. *Hermano mayor*: C. 1: *tata*.
[12] Por ejemplo: indoeuropeo; así de *aba*, latín *avus* (abuelo), diminutivo *avunculus*, inglés *uncle* (tío); ant. nord. *afi;* gótico *avo* (abuela). De *ama*, albanés *ama*, madre; latín *amita*, inglés *aunt*. Así *Ama*, la diosa madre de los jukun de Nigeria, etc.
[13] Por ejemplo: chinook: *māma* (padre); *qacqac* (abuelo); tata (tío). Zuni: *nána* (abuelo, nieto); *pāpa* (hermano mayor); kuku ['tía'], *käkä* ['tío'], *tātcu* ['padre'], *tsita* ['madre'], *wowo* ['abuela paterna'].
[14] *Mama*, padre en varias lenguas melanesias (como el mota), y también indonesias. Maorí: *kōkā* (madre).
[15] Por ejemplo: Eslavo *baba* = 'madre' (también abuela, anciana, etc.); *tata*, 'padre'. En buluba lulua: *baba* (madre); también *mamu* (madre); *tatu* (padre); *kaku* (abuelo-a). Pero *baba* en general significa 'padre', como p. ej., en turco, búlgaro, etc. En hausa *bāba* significa 'tía paterna'.
[16] Por ejemplo: zuni: *wowo*, 'abuela paterna'. Masai: *papa* (padre); *yeyo* (madre). Congolés: *tata* (padre); *yaya* (madre).
[17] Véase ejemplos dados en notas anteriores, y también, por ejemplo, griego *pappos* ['abuelo'], *nennos* ['tío'], *nanna* ['tía'].
[18] Por ejemplo: *nana* y *nanny* (niñera). Ver también el latín *mamma*, 'pezón', y los términos correspondientes en inglés, *pap, teat* y *tit*. *Pap* también 'alimento lechoso o acuoso'. Cfr. también *pupa, poupée*, y *puppet* (muñeca); *pupil* (alumno) y *puppy* (cachorro). También el griego *nanos*, latín *nanus*, enano; y el inglés *ninny* (bobo). Y no debemos olvidar al niño mismo, *bébé* y *babe*.
[19] Así en inglés, además de *father* y *mother*, están *papa* y *mamma;* y *daddy* y *mummy*. En griego, además de *păter* y *māter*, están *pappas* (vocativo *pappa*, Hom. Od. 6, 57) y *mamma* o *mammē*. En azande, *buba* (padre) sólo lo usan los niños; *ba* está

muy extendido en el lenguaje de los adultos, por ejemplo, como título honorífico o muestra de cortesía. Madre es *na* y *nina,* mamá. En lango, *baba* es 'padre' en el lenguaje infantil.

[20] Por ejemplo, bari: *baba,* 'mi padre'; *mama,* 'mi madre'.

[21] Yerkes y Learned, págs. 154-6.

[22] Llegan a un período muy anterior al de la introducción de los pronombres personales, que no aparecen en los niños hasta la edad de dos años y medio (véanse referencias en Tracy y Stimpfl, *The Psychology of Childhood,* 7.ª ed., 1909, pág. 140; Valentine, página 412).

## Capítulo 17

[1] (1929). Se ha vuelto a publicar abreviado bajo el título de *Comparative Anatomy and Physiology of the Larynx* (1949).

[2] Negus, pág. 239.

[3] Negus, pág. 263. Dice, sin embargo, que en la mayor parte de los indivíduos no llegan a cerrarse, pág. 264.

[4] *On the Origin of Civilization,* págs. 403-5.

## Capítulo 18

[1] El llamado grupo sudanés abarca todas las demás lenguas de Africa excepto las de los Colectores de Alimentos africanos y los hotentotes.

[2] Como la de Aden.

[3] Como el latín *rapina* de *rapio.* Cfr. *basaʿ,* más adelante.

[4] Cfr. griego (de *da,* ['cortar', 'dividir']), *daiō* ['dividir'], *daïos* ['hostil', 'destructivo', 'abrasador'], *daio* [quemar'].

[5] Como en algunas lenguas africanas.

[6] Véase más adelante *baraʿ.*

[7] A lo largo de este capítulo, debajo de cada encabezamiento de dos consonantes hebreas (por ejemplo, PR) damos todos los radicales en que éstas figuran como las dos primeras, sea cual sea su significado.

[8] La etimología es oscura.

[9] La separación es un elemento importante en lo que se considera sagrado en muchas de las lenguas del mundo, y las religiones y sistemas de magia (cfr. latín *seco, sacer*).

[10] Max Müller da una enorme lista de palabras derivadas de la raíz MAR en las lenguas indoeuropeas; ver sus *Lectures on the Science of Language,* vol. 2, Conferencia VII.

[11] De 'romper' (a llorar). Así en griego *dak* ['cortar'], *dakno* ['morder'], *dakru* ['lágrima']. *Latín lac* ['desgarrar'], *lacer* ['desgarrado', 'roto'], *lacrima* ['lágrima']. Inglés *tear* ['desgarrar', 'llorar'].

[12] Cfr. φαγεῖν, πικρός, *pingere, pungere, pugna.*



## Capítulo 19

[1] Sayce, vol. 2, p. 175.

[2] Véase lo referente a la teoría onomatopéyica sobre el origen del lenguaje, más adelante, p. 259.

[3] En antiguo egipcio las palabras bilíteras se extendieron a verbos de dos, tres y cuatro consonantes.

[4] ʾAB (da'ab, da'eb, ya'ab, ka'ab, ta'ab, ta'eb), BH (zabaḫ, tabah) BT (habat, labat), DP (nadap, hadap, radap).
ṭabaḫ) BṬ (ḫabaṭ, labaṭ), DP (nadap, hadap, radap).

[5] Por ejemplo: *buz, pus, qus,* etc. (ver para esto el capítulo anterior).

[6] Hay lenguas, por supuesto, en que la raíz se desarrolla mediante prefijos e infijos. El siguiente ejemplo de khmer se ha citado muchas veces, pero aquí resulta especialmente apropiado:

| | |
|---|---|
| *kăt* | ['cortar']. |
| *kʾnăt* | ['medir']. |
| *kŏmanăt* | ['un trozo']. |
| *tʾkăt* | ['dolor', 'sufrimiento']. |
| *dămkăt* | ['dolor', 'sufrimiento']. |
| *skăt* | ['cortar', 'separar', 'cercar', 'obstruir']. |
| *sankăt* | ['una división']. |
| *bankăt* | ['cortar', 'decidir']. |

Ver Meillet y Cohen, p. 392. La versión de Schmidt, *Die Sprachen der Sakei und Semang,* p. 568, difiere en aspectos insignificantes.

[7] Como en el grupo PR.

[8] Probablemente han perdido la *a* final del árabe, como generalmente ocurre en hebreo y otros dialectos semíticos.

[9] Una primera consonante común pasaría inadvertida; hay demasiadas palabras y muy variadas.

[10] ʾAk, bd, bz, bt, bq, gd, gz, gr, dq, dk, ḫt, ḫs, ḫq, ḫr, mn, nq, nt, pl, pṣ, pt, psh, pr, qṭ, qs, qṣ, shs.

[11] Bḫ, bk, bṣ, br, bl, gl, gm, hr, hb, zr, ḫl, hṭ, tb, ta', tr, yḫ, ks, kr, kt, ml, mr, mḫ, ng, nk, ns, nd, sa', sp, sq, sḫ, pa, pz, pḫ' pt, pa', sl, sr, qd, qr, ql, qm, rṣ, rd, rs, rsh, śr, śt, shb, shḫ, shṭ, shl, shaʿ.

[12] ʾAz, dm, hg, zb, ḫś, ḫsh, ḫs, ḫp, tḫ, ksh, kp, lṭ, nz, nsh, nṣ, naʿ, np, ny, sl, aʿd, aʿr, aʿz, a's, a'ṣ, qb, qś, ql, rt, ra', śk, shm.

[13] Vemos que ocurre lo mismo en indoeuropeo. En los ejemplos que hemos dado en el capítulo anterior se habrá podido observar el predominio de las oclusivas, y especialmente en la primera letra de cada reja.

[14] De hecho puede decirse que este último examen corrobora la idea de un origen bilítero, ya que la proporción de oclusivas disminuye no sólo en la tercera consonante radical, sino también en la segunda.

[15] Tomados del *Zulu-English Dictionary* de Byrant (1905).
[16] Véase más arriba p. 224.
[17] Véase más arriba p. 225.
[18] Véase más arriba p. 228.
[19] Rr es una gutural fuerte.
[20] Dhl representa un sonido muy velar, parecido al sonido de *thl* en ing. *smoothly*.
[21] Hl tiene el sonido de *thl* en ing. *deathly*.

## Capítulo 20

[1] Sayce, vol. 1, p. 149.
[2] Jespersen, p. 398.
[3] Jespersen, p. 411. De modo parecido, Dwight Whitney, L. G. en p. 297 se refiere a la «innegable presencia de un considerable elemento onomatopéyico en el lenguaje reciente».
[4] *Ibid.*
[5] Jespersen, p. 411.
[6] R. M. y A. W. Yerkes, *The Great Apes* (1929), p. 306; Yerkes y Learned, pp. 53-6, Köhler, p. 75, y T. S. Trail.
[7] *Descent of Man,* cap. 3.
[8] Para ejemplos de los Colectores de Alimentos (Australia), ver, por ejemplo, Spencer y Gillen, *The Arunta* (1927), vol. II, páginas 60 y sigs.; y *Across Australia* (1912), vol. II, p. 390.
[9] F. W. Farrar, *An Essay on the Origin of Language* (1860), páginas 36-7.
[10] Véase Macdonald Critchley, *The Language of Gesture* (1939).
[11] Köhler, pp. 319 y sig.
[12] Para un ejemplo de las Islas Andaman, véase más arriba páginas 56 y sigs.
[13] (1901). Traducción inglesa de E. Sears, *The Art of Pantomime* (1927).
[14] *Ibid.,* p. 121.
[15] Sir Richard Paget, *Human Speech* (1930).
[16] Darwin, *The Expression of the Emotions,* p. 35.
[17] Paget, pp. 133-4.
[18] *Ibid.,* p. 137.
[19] *Ibid.,* p. 141.
[20] Cap. 21 de su *Language, Its Nature Development and Origin* (1922); *Ency. Brit.,* art. «Language».
[21] *Ibid.,* p. 420.
[22] *Ibid.,* p. 434.
[23] Esto zanja la cuestión. Si el hombre primitivo tenía sonidos articulados ¿qué necesidad tenía de imitar gritos musicales? ¿Y cómo se imitan gritos musicales por medio de sonidos articulados?
[24] Termina diciendo: «¿No puede un animal de la familia de los simios, excepcionalmente inteligente, haber imitado el rugido de una bestia feroz y haber puesto de esta manera en sobreaviso a sus compañeros sobre la naturaleza del peligro que se avecinaba? Este podría haber sido un primer paso en la formación del lenguaje».
[25] «Largos conglomerados de sonidos, ...largas sartas de sílabas» (*Ency. Brit.*).
[26] Jespersen, p. 328.
[27] Elaboradas mediante un gran aparato gramatical a partir de *hŏmo, gno-* y *cano*.
[28] Véase el mismo Jespersen, p. 199, citando a Meillet.
[29] Vol. I, p. 312.

Adam. Lucien Adam, *Grammaire de la langue Jâgane* (París, 1885).
Ar. Arabe.
As. Asirio.
B.A.E. *Bureau of American Ethnology, Annual Reports.*
Bentley. W. H. Bentley, *Dictionary and Grammar of the Kongo Language* (1887).
Bleek, *Naron.* D. F. Bleek, *The Naron* (1928).
Boas, *Chinook. Chinook,* de Franz Boas, en *H.A.I.L.,* Parte I, páginas 562 y sigs.
Ellis. Report of Researches into the language of the South Andaman Island, preparado por A. J. Ellis y basado en los trabajos de E. H. Man y R. C. Temple, apéndice de la obra *The Andaman Islanders* de E. H. Man (ed. 1932).
*Evolution of Law and Order,* de A. S. Diamond (1951).
Goddard. P. E. Goddard, *Athapascan* (Hupa), en *H.A.I.L.,* Parte I, pp. 91 y s.
H.A.I.L. *Handbook of American Indian Languages,* publicado por Franz Boas, Bureau of American Ethnology, Boletín 40.
Hobhouse. *Mind in Evolution,* de L. T. Hobhouse.
Hollis, *Masai.* A. C. Hollis, *The Masai* (1905).
Homburger. L. Homburger, *The Negro-African Languages* (Londres, 1949).
Jespersen. O. Jespersen, *Language, Its Nature, Development and Origin* (1922).





Lista de referencias abreviadas

Johnston. Sir H. Johnston, *A Comparative Study of the Bantu and Semi-Bantu Languages* (1919).
J.R.A.I. *Journal of the Royal Anthropological Institute.*
Köhler. W. Köhler, *The Mentality of Apes* (1925).
Lewis. M. M. Lewis, *Infant Speech* (1936).
Maingard. L. F. Maingard, *The Khomani Dialect of Bushman,* en *Bushmen of the Southern Kalahari,* publicado por Jones and Doke (1937).
Max Müller. *Lectures on the Science of Language,* 9.ª ed. (1877).
*Meaning of Meaning,* de C. K. Ogden y I. A. Richards, 6.ª ed. (1944).
Meillet. A. Meillet, *Linguistique Historique et Linguistique Générale.*
Meillet & Cohen. A. Meillet & M. Cohen, *Les langues du Monde.*
Morrison. W. M. Morrison, *Grammar and Dictionary of the Buluba-Lulua Language* (Nueva York, 1906).
Negus. V. E. Negus, *The Mechanism of the Larynx* (1929).
Paget. Sir R. Paget, *Human Speech* (1890).
*Primitive Law.* A. S. Diamond, *Primitive Law* (1935, 2.ª edición 1950).
Ray. S. H. Ray, *A Comparative Study of the Melanesian Island Languages* (1926).
Sayce. A. H. Sayce, *Introduction to the Science of Language* (4.ª ed. 1900).
Strehlow. T. G. H. Strehlow, *Aranda Phonetics and Grammar* (1942).
Uhlenbeck. C. C. Uhlenbeck, *A Concise Blackfoot Grammar* (Amsterdam, 1938).
Valentine. C. W. Valentine, *The Psychology of Early Childhood* (3.ª ed., 1946).
Westermann. D. Westermann, *A Study of the Ewe Language* (traducido al inglés por A. L. Bickford-Smith, 1930).
Whitney, L. G. W. Dwight-Whitney, *The Life and Growth of Language* (ed. 1896).
Wright. W. Wright, *Comparative Grammar of the Semitic Languages* (1890).
Yerkes y Learned. *Chimpanzee Intelligence,* de Yerkes y Learned (Baltimore, 1922).

Indice

Sinopsis ..... 7

1. Introducción ..... 11
2. La oración ..... 20
3. El vocabulario y las partes de la oración en inglés ... 29
4. El vocabulario y las partes de la oración en las diversas lenguas ..... 50
5. El origen de los nombres, adjetivos y adverbios en inglés ..... 74
6. El origen de los nombres, adjetivos y adverbios en las lenguas clásicas ..... 84
7. El origen de los nombres, adjetivos y adverbios en las lenguas de las comunidades atrasadas: los pronombres ..... 99
8. La gramática ..... 117
9. La exigencia de acción (Ruego y mandato) ..... 140
10. El infinitivo ..... 155

11. La tercera persona del singular del aoristo de indicativo ..... 164

12. Comportamiento animal ..... 179

13. Historia del significado ..... 206

14. Historia del significado (continuación) ..... 221

15. Las primeras palabras ..... 238

16. Las primeras palabras de los niños ..... 257

17. La laringe ..... 267

18. El origen del lenguaje a través de las lenguas semíticas y bantúes ..... 279

19. El origen del lenguaje a través de las lenguas semíticas y bantúes (continuación) ..... 305

20. Teorías sobre el origen del lenguaje ..... 327

Notas ..... 351

Lista de referencias abreviadas ..... 376